

SERIE MINOR

- 1. Carmelitas Descalzas de Duruelo (Ávila)
EL LUGARCILLO DE DURUELO
- 2. Eduardo Ruiz Ayucar
EL ALCALDE RONQUILLO
- 3. Emilio Rodríguez Almeida
EL CÁLIZ DE SAN SEGUNDO
DE LA CATEDRAL DE ÁVILA
- 4. Diego Martín Peñas. Alberto Sáez Gordo,
Francisco Javier Luis Jiménez
SAN BARTOLOMÉ DE PINARES
- 5. Jacinto Herrero Esteban
ÁVILA EN EL '98
- 6. José María Muñoz Quirós
EN ÁVILA MIS OJOS
- 7. Emilio Rodríguez Almeida
ÁVILA GALLEGA
- 8. José Luis Martín
ABULENSES EN TIEMPOS
DE ISABEL LA CATÓLICA
- 9. Juan Jacinto García Pérez
CRÓNICA JUDICIAL DESENFADADA
DE ÁVILA DURANTE LA II REPÚBLICA
ESPAÑOLA
- 10. Sonia Caballero Escamilla
MARÍA DÁVILA, UNA DAMA
DE LA REINA ISABEL: PROMOCIÓN
ARTÍSTICA Y DEVOCIÓN
- 11. María Teresa López Fernández
José Ramón Duralde Rodríguez
EL CONVENTO DE SAN FRANCISCO
DE ÁVILA Y SU RESTAURACIÓN
- 12. Pedro Tomé Martín
LOS HERMANOS DE TERESA DE ÁVILA
EN AMÉRICA



Pedro Tomé Martín

LOS HERMANOS DE TERESA DE ÁVILA EN AMÉRICA

Pedro Tomé Martín

LOS HERMANOS DE TERESA
DE ÁVILA EN AMÉRICA



DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE ÁVILA
INSTITUCIÓN GRAN DUQUE DE ALBA

Serie Minor

Cubierta:
Sepulcro de Lorenzo de Cepeda en el
convento de San José de Ávila (Ricardo
Muñoz)

Pedro Tomé Martín

LOS HERMANOS DE TERESA DE ÁVILA EN AMÉRICA



2015



ISBN: 978-84-15038-64-1

D.L.: AV 61-2015

Imprime: Apunto Creatividad, S.L.

PRESENTACIÓN

Sabido es que la labor fundacional que Teresa de Ávila llevó a cabo en su tiempo hubo de vencer dificultades de diferente índole. No fueron las menores las de carácter económico. No obstante, quien más, quien menos, conoce que Lorenzo de Cepeda, su hermano, pudo contribuir a paliar esos aprietos gracias a la fortuna que adquirió en Indias. Menos conocido es que fueron todos los hermanos de la Santa los que se aventuraron en la empresa colonizadora. De dicha participación tuvimos conocimiento sistemático, aunque parcial, en el volumen V de la *Historia de Ávila*, publicado en 2014 por la Institución Gran Duque de Alba con la financiación de la Diputación Provincial de Ávila y la Fundación Caja de Ávila. En dicha obra, Pedro Tomé, autor también de la que aquí se inicia, presentó un análisis de las múltiples relaciones entre Ávila y las Américas en los siglos XVI y XVII, insertando dentro del mismo a los Cepeda y Ahumada.

Lo que era entonces una apretada síntesis se convierte aquí en un pormenorizado estudio de las andanzas de cada uno de los hermanos de la Santa; de aquellos que triunfaron y de los que lo pasaron mal. De los que anduvieron en múltiples batallas y de los que rápidamente se asentaron en las ciudades como usufructuarios de ricas encomiendas. Esta obra analiza, además, algunos de los tópicos más conocidos sobre los hermanos de Teresa de Ávila y los yerros y aciertos en que se basan. El autor, Pedro Tomé, actualmente coordinador de la Sección de Ciencias Sociales de la Institución Gran Duque de Alba, es científico titular del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, donde es también el jefe del Departamento de Antropología en el Instituto de Lengua, Literatura y Antropología. Autor de numerosas publicaciones, varias de ellas en la Institución

Gran Duque de Alba, el actual director de la *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, la más antigua e importante revista de antropología social existente en España, es posiblemente el investigador que mejor conoce las vicisitudes por las que han pasado cientos de abulenses en América, habiendo llevado el nombre de Ávila por numerosos países de dicho continente en el que es profesor invitado de varias universidades y conferenciante habitual de otras.

Con esta obra, publicada en la Serie Minor, la Institución Gran Duque de Alba, dependiente de la Diputación Provincial, se suma con una publicación de rigor al año del V Centenario del nacimiento de nuestra más universal y conocida santa. Con ello, cumple la Institución con su misión de dar a conocer investigaciones sobre nuestra provincia y sus hombres y mujeres asumiendo, en este caso, un tema muy desconocido por los abulenses. Si sabemos al detalle la vida de Teresa —en parte gracias a su propia autobiografía y a los miles de libros que sobre ella se han escrito—, si conocemos también las características e interpretaciones que se han hecho sobre sus orígenes, sobre las vidas de sus padres y abuelos, lo que aconteció a sus hermanos sigue siendo tema ignorado. Pues bien, esta obra, de modo ameno y divulgativo, pretende abonar el conocimiento en ese ámbito. Esperemos que, gracias a ella, otras investigaciones puedan profundizar aún más sobre nuestra Santa y su tiempo, sobre sus relaciones familiares, sobre sus desvelos y, en definitiva, sobre lo que de entonces hemos heredado.

Jesús Manuel Sánchez Cabrera
Presidente de la Diputación de Ávila

INTRODUCCIÓN

Posiblemente haya pocas figuras históricas que hayan concitado tanta atención como Teresa de Cepeda y Ahumada. La ingente bibliografía a ella dedicada, en tantas lenguas que hasta difícil resulta imaginar, ha escudriñado hasta límites insospechables todos los detalles de su vida, obra y pensamiento. Por razones obvias, han sido su propuesta espiritual, sus reflexiones sobre la experiencia mística, su propia vida —con la adicional ventaja de poseer una genuina autobiografía (el *Libro de la vida*) que por dos veces ella misma escribió—, así como los aspectos relacionados con su apuesta reformadora en tiempos de tribulación, lo que ha ocupado a la mayor parte de los investigadores que han centrado sus análisis en tan egregia figura.

Sea como fuere, abundan las referencias al contexto vital de santa Teresa en relación con la situación de la economía, española, la situación social o política de Castilla, España o Europa y, por supuesto, la de la Iglesia Católica. Menor es el número de páginas, no obstante, que se han dedicado a su contexto vital más próximo: la familia en que nació. Sería imprudente señalar que, por ser menor su número, son pocos los escritos dedicados a esta cuestión pues abundan los realizados sobre sus ancestros. Es más, los dedicados a elucidar si su ascendencia era de «cristianos viejos» o de «convertos», resulta considerable. Y no es cuestión reciente ni menor. Giuliana de Febo, analizando las fiestas que hace cuatrocientos años se realizaron por la beatificación de santa Teresa en 1615, destaca cómo

la exaltación de la *mulier fortis*, de la virgen castellana y de la escritora y doctora de vida espiritual, va acompañada de la insistencia en su linaje ilustre¹.

¹ FEBO, Giuliana de. *La santa de la raza. Un culto barroco en la España franquista*. Barcelona: Icaria, 1987, p. 78.

Pero desde entonces, casi hasta nuestros días, el sinnúmero de páginas destinadas a desenredar la «calidad» de la ascendencia de santa Teresa, aunque haya sido presentado como argumento central de algunas reflexiones, solo tangencialmente tenía que ver con la propia abulense. Por mucho que le afectara de lleno. Lo que se dirimía no era tanto si Teresa era hija de judeoconversa o de cristiana vieja, sino si, en un contexto cultural en que la «pureza genealógica» era utilizada como instrumento fundamental en la consolidación de una determinada identidad socioeconómica, la santidad podía ser predicada de alguien que no formara parte de la selecta minoría que quería seguir rigiendo los destinos del país. O, en sentido opuesto, si era predicable la santidad de alguien que formara parte de alguno de los grupos sociales —como los «conversos»— que con su ascenso estaban agrietando un *status quo* que, so pretexto de lo que hoy denominaríamos discriminación racial, buscaba una exclusión económica y social.

Se comprende que desde entonces, con Teresa de por medio, pero también sin ella, el tema fuera *in crescendo*. Con el siglo XX ya bien iniciado, sigue siendo polémico como lo muestran los tres hitos fundamentales para entender dicha cuestión, que se publican en los años treinta. Me refiero a *Teresa la santa y otros ensayos*, escrito por Américo Castro en 1929, donde se defendía la presencia de sangre judía en la escritora abulense; *La Santa de la Raza, Vida gráfica de Santa Teresa de Jesús*, del P. Gabriel de Jesús, que aparece publicado al año siguiente para defender un punto de vista opuesto; e igualmente, intentando contradecir las tesis de Américo Castro, el insigne teresianista padre Silverio de Santa Teresa publicará *Santa Teresa de Jesús. Síntesis suprema de la raza* afirmando la «limpieza» de la sangre de Teresa.

Sin embargo, el descubrimiento que hiciera mediando el pasado siglo XX Narciso Alonso Cortés de unos legajos guardados en la Real Chancillería de Valladolid vino a confirmar las hipótesis de Américo Castro. Más allá de los recelos de unos y otros, este hallazgo fue el detonante de numerosos estudios que optaron definitivamente por soslayar lo legendario y atenerse más a los documentos hasta que la aparición de *El linaje judeoconverso de Santa Teresa* de Teófanés Egido, obra publicada en 1986, pareciera solventar definitivamente la controversia. Con todo, cada día siguen

afloRANDO nuevas páginas que matizan, explicitan o extienden lo ya incuestionado.

Las referencias precedentes explican por qué padres, abuelos y ancestros en general de Teresa han sido permanente foco de todo tipo de investigaciones. Ahora bien, no parecen haber recibido la misma atención las vicisitudes acontecidas en las vidas de sus hermanos. Eso no significa que no haya prolijas páginas en que se mencionen. Sin embargo, en la medida en que prácticamente todas se dedican a mostrar cómo estas relaciones lastraron o apoyaron los designios y propósitos de la Santa, dichas noticias suelen aparecer como comentarios a obras o actos de la misma. Así, se encuentran en los capítulos biográficos que glosan la infancia y primera juventud de Teresa, al mencionarse las aportaciones económicas de Lorenzo que favorecieron la reforma carmelitana o dispersas en el epistolario teresiano. Por tanto, no es frecuente que aparezcan sistematizadas, sino más bien diseminadas en indagaciones varias. Esta constatación es la que justifica este libro de modesta pretensión. Consciente de que, como es comprensible, el acontecer vital de los hermanos de la santa abulense no es un tema de investigación autónomo, lo que a continuación sigue es un intento de paliar el poco conocimiento que tenemos de los hermanos de santa Teresa de Ávila través de un ejercicio de sistematización de sus vidas. En todo caso, no pretende abarcar todo lo acontecido a sus hermanos, sino fijarse, principalmente, en las vidas americanas que estos tuvieron. No caben aquí, por tanto, las hermanas Juana y María. Ni gran parte de lo que a sus hermanos varones les ocurrió mientras vivían en Ávila.

1. LA BIBLIOGRAFÍA SOBRE LOS HERMANOS DE SANTA TERESA EN AMÉRICA

El carácter subordinado de las indagaciones acerca de los hermanos de Teresa de Cepeda y Ahumada en relación con la peripecia vital de esta, hace que los estudios a ellos dedicados no sean excesivos. Es más, aunque la propia santa informa al inicio del *Libro de la Vida* que «éramos tres hermanas y nueve hermanos», no son pocas las biografías de la misma en las que se traslada una gran confusión sobre el tamaño de la familia de Alonso Sánchez de Cepeda. El que este contrajera matrimonio por dos veces, con progenie en ambos casos, provoca un relativo desconcierto en las fuentes que ora hablan de doce hermanos (3 + 9), de diez (2 + 8) u once (3 + 8). La falta de coincidencia se extiende igualmente a la prelación de los hermanos haciendo que sea nombrado como primogénito uno u otro, o que el orden de nacimiento pueda variar. Siendo así, no ha de extrañar que los errores, incluso en autores de usual rigor, puedan encontrarse fácilmente en las fechas relativas a su nacimiento, muerte o su partida a América. Si en los cronológicamente más próximos a la Santa, el yerro suele ser escaso, poco o casi nada es lo que se sabe acerca de los hijos que su padre hubo en el primer matrimonio. No está demás, al respecto, señalar que un autor como Joseph Pérez indica que de algunos, como Juan de Ahumada, poco más se sabe que su nombre. Y del resto, «Juan Vázquez, hijo del primer matrimonio, irá a África; los otros se embarcarán rumbo a América»¹. No es inusual, en este contexto, que se hayan arraigado ciertos tópicos. Tal ocurre, por ejemplo, con la reiterada afirmación por la tradición oral abulense, de que los hermanos de santa Teresa se

¹ PÉREZ, Joseph. *Teresa de Ávila y la España de su tiempo*. Madrid: Algaba, 2007, p. 32.

fueron a América con su vecino Blasco Núñez Vela. Sin embargo, aunque había vecindad y estrechas conexiones entre ambas familias, y aunque varios de los Cepeda y Ahumada estuvieron con el mencionado en el virreinato del Perú, lo cierto, como más adelante veremos, es que ninguno viajó en la expedición en que este se hizo a la mar para tomar posesión de su cargo.

En cualquier caso, las menciones parciales u ocasionales a los diferentes hermanos de santa Teresa han sido frecuentes desde el momento de la beatificación y posterior canonización de esta. Sin embargo, más allá de las informaciones producidas en relación con tales procesos, habrá que esperar hasta el último tercio del siglo XIX para encontrar dos obras, escritas desde posicionamientos teóricos muy diferentes, que se ocupen directamente de ellos.

La primera de ellas es la *Historia eclesiástica del Ecuador desde los tiempos de la conquista hasta nuestros días*, publicada en 1881. Su autor, Federico González Suárez, fue un presbítero, político y riguroso historiador ecuatoriano, autor de una *Historia General de la República del Ecuador*. Diputado por la provincia de Azuay, en primer lugar, y senador en 1892, tuvo una próspera carrera eclesiástica que le llevó desde su presbiterio a ser nombrado obispo de Riobamba en 1894, de Ibarra entre 1895 y 1905 y, finalmente, arzobispo de Quito desde 1906 hasta su fallecimiento en 1917. Analizando los primeros pasos de la iglesia quiteña, González Suárez² recuerda que en esos momentos vivía en Quito, una «familia no solamente cristiana, sino también ilustre y piadosa», la de Lorenzo de Cepeda, cuya vida intentará reconstruir basándose en el expediente de beatificación de su hermana. A mayores, toma diversos datos tanto de las obras de la propia santa, utilizando la edición de Vicente de la Fuente, así como lo expuesto por biógrafos como Yépez o Ribera, las notas a las cartas de Palafox y el carmelita Pedro de la Anunciación y la *Crónica de los Carmelitas descalzos*, escrita por los frailes Francisco de Santa María y José de Santa Teresa. Por último, entre las fuentes directas menciona tres: la escritura de concesión de sepultura otorgada por el cabildo eclesiástico a Lorenzo de Cepeda, los libros de cuentas de la antigua tesorería de la Real Hacienda y un documento inédito que incluye copia del testamento de un nieto del mencionado Lorenzo de Cepeda.

² GONZÁLEZ SUÁREZ, Federico. *Historia eclesiástica del Ecuador desde los tiempos de la conquista hasta nuestros días*. Quito: Imp. Miranda, 1881, p. 298.

Desde una posición distinta se escribe la otra obra que en esos años nos traslada noticias de los hermanos de santa Teresa. Incluyendo fuentes muy diferentes, prioritariamente documentación de diversos archivos, el mismo año en que se publicó la *Historia eclesiástica del Ecuador*, apareció en España el primer volumen de las *Relaciones Geográficas* que escribió Marcos Jiménez de la Espada. Prototipo del investigador europeo de finales del siglo XIX, al estilo de A. von Humboldt, Marcos Jiménez de la Espada participó en la *Comisión Científica del Pacífico*, que, a instancias del gobierno español, se llevó a cabo entre 1862 y 1865. Fruto de la misma fueron magníficos trabajos de zoología, botánica, así como de geografía e historia. De hecho, sus publicaciones en el ámbito de las ciencias naturales le supusieron múltiples reconocimientos en toda Europa. Sin embargo, desde mediados de la década de 1870 comenzó a centrar sus investigaciones más en la geografía e historia de América que en los aspectos propiamente naturales. Así, tras fundar en 1876 la Sociedad Geográfica de Madrid, inició la publicación de los cuatro volúmenes de sus *Relaciones geográficas de Indias*, centradas en la historia del virreinato del Perú, cuyo primer volumen, como he indicado más arriba, apareció en 1881 y el último en 1897³.

Pues bien, en esa labor Jiménez de la Espada reúne diversas relaciones producidas en los primeros años del virreinato para trasladar, desde los documentos originales, la historia del mismo. Aunque los hermanos de santa Teresa aparecen mencionados en varias de estas relaciones, será en una larga nota a pie de página, además de la atención que presta en el Apéndice IV del Tomo III a Lorenzo y Agustín, donde desliza sus opiniones sobre los citados derivadas de una relación anónima escrita en 1573. En la misma, titulada «La Ciudad de Sant Francisco del Quito», se indica que

Lorenzo de Cepeda tendrá cincuenta años; vale su hacienda treinta y cinco mill pesos. Estando para se venir en la flota pasada, tenía

³ Tras la aparición del primer tomo de dichas *Relaciones*, Jiménez de la Espada ingresó en la Academia de la Historia (1883) donde se dedicó a promocionar y divulgar los estudios del Perú prehispánico, así como obras de grandes viajeros, tanto mediante publicaciones como a través de la participación en numerosos congresos americanistas. Además de otros reconocimientos, Jiménez de la Espada, fue miembro de la Sociedad Berlinesa de Antropología, Etnografía y Prehistoria, de la Real Sociedad Geográfica de Londres y de la Sociedad Española de Historia Natural que llegó a presidir.

juntos veinte y siete o veinte y ocho mill pesos en oro; empleó en mercaderías cuarenta y cinco mill pesos, por lo cual dejó presente su venida. Tiene un hijo y dos hijas muchachos⁴.

En ese marco, para explicar que la realización del negocio de Lorenzo de Cepeda se demoró todavía ocho años, desde 1567 hasta 1575, año en que regresó a España, Jiménez de la Espada escribe una nota a lo largo de más de tres páginas en la que, en un tono ligeramente sarcástico, cuenta quiénes eran Lorenzo y Agustín y por qué, en su opinión, tenía Teresa la predilección de que hacía gala hacia el primero. Arranca la nota indicando que

La ciudad y provincia de Quito fueron para Santa Teresa y sus hermanos una verdadera tierra de promisión, y el primer cosechero de los bienes que en gran parte la Providencia, entre sus altos y secretos designios, destinaba a las piadosas fundaciones fue este Lorenzo de Cepeda, sextogénito de la muchiguada prole del buen caballero Alfón Sánchez de Cepeda. Semejante preferencia por parte del Altísimo, dando motivo a la santa para más estrechas relaciones con Lorenzo que con sus demás hermanos, y por tanto, a un frecuente ejercicio epistolar a que Teresa era tan aficionada, suministró a los diligentes continuadores de los *Acta sanctorum* de los Bolandos, materia para tratar con abundancia del tesoro de Quito y encomendero de Tolontac, Pintac y Gao⁵.

A partir de aquí, tras apuntar que en dicha correspondencia se puede ver cómo fue la vida de Lorenzo, narra lo relativo al viaje de regreso a España que este hizo y cómo se estableció en Ávila,

fincando allí con la compra en catorce mil ducados del pueblo de Ledesma; bien es verdad que con no pocos escrúpulos de conciencia, que su hermana logró desvanecer, de este rasgo de vanidad mundanal, como rezan los *Acta* en el mes de octubre⁶.

⁴ JIMÉNEZ DE LA ESPADA, Marcos. *Relaciones geográficas de Indias. Perú* [1881-1897]. Madrid: Atlas, 1965, vol. II, p. 217.

⁵ IBÍDEM.

⁶ Las cartas cruzadas entre santa Teresa y Lorenzo de Cepeda revelan que entre ambos podía haber en ocasiones divergencias a propósito de la ostentación. Así se muestra claramente en la carta que desde Valladolid envía a su hermano el 27 de julio de 1579,

Realizado el apunte reseñado, Jiménez de la Espada corrige al autor anónimo de la *Relación*, indicando cuál era la exacta composición de la familia de Lorenzo, en cuanto a hijos e hijas, así como algunos aspectos relevantes de estos. Critica a los bolandistas por no haberse percatado de la relevancia de otros hermanos de la Santa, como Jerónimo de Cepeda,

muerto en dicha ciudad [Quito] cuando preparaba segunda vez su regreso a España, del cual ignoran –como puede verse en la relación que encabeza las de este tomo, y en el número 109 de la presente– que fue tesorero de Quito nombrado por el gobernador del Perú, licenciado Lope García de Castro, confirmado por la Audiencia de la expresa ciudad y últimamente por el rey. Y tampoco supieron que Agustín de Ahumada tuvo a su cargo la gobernación de los Quijos y conquista de el Dorado⁷.

Para confirmar su apreciación sobre Agustín de Ahumada transcribe una carta manuscrita del propio Agustín, así como documentación relativa al mismo. En la carta, firmada por Agustín de Ahumada, gobernador de los *Quixos*, de 25 de octubre de 1582, al virrey Martín Enríquez, que la recibió el 22 de noviembre, pide autorización para ir en busca de El Dorado del que asegura estar muy cerca de Ávila, ciudad de dicha gobernación, y que es «la más rica de gente y oro que se ha visto». Dice también Agustín de Ahumada, que no es la codicia lo que le mueve, «como porque creo que se ha de hacer en ello gran servicio a Dios y a su Mgd.», además

donde, amén de otras cuestiones, se hace referencia al uso de una vajilla de plata para comer: «Dejaré escrito a vuestra merced, aunque sea corto, para que lleve la carta el que suele llevar los dineros; también los llevará; tres mil reales dicen están ya a punto –que me he holgado hart– y un cáliz hart bueno, que no ha menester ser mejor, y pesa doce ducados y creo un real, y cuarenta de hechura, que vienen a ser dieciséis ducados menos tres reales. Es todo de plata. Creo contentará a vuestra merced. Como ésos que dice de ese metal me mostraron uno que tienen acá; y, con no haver muchos años y estar dorado, ya da señal de lo que es y una negregura por dentro del pie, que es asco. Luego me determiné a no le comprar así, y parecióme que comer vuestra merced en mucha plata y para Dios buscar otro metal, que no se sufría. No pensé hallarle tan barato y tan de buen tamaño, sino que esta hurguillas de la priora con un amigo que tiene, por ser para esta casa, lo ha andado concertando (Carta 298, 2-3, p. 1233).

⁷ IBÍDEM, p. 218n.

de indicar que será su sobrino Lorenzo quien pague la entrada. Según Jiménez de la Espada,

no pudo Dios encaminar el negocio de Ahumada a medida de su deseo, ni aún con la ayuda de los tres o cuatro mil pesos de su sobrino Lorenzo, por la sencilla razón de ser el rey Dorado y sus dominios pura leyenda indígena, aunque verdadera realidad se la pintase a los descubridores y conquistadores su codicioso anhelo de enriquecerse en un momento y fabulosamente⁸.

Prueba de ello sería que en 1588 se encuentra Ahumada nuevamente pidiendo mercedes en la Corte, con inicial escasa fortuna. Sin embargo, al poco mudaron las cosas y, el arzobispo de México, Moya de Contreras, firma el 23 de noviembre de 1588 un informe en el que se proponen personas para ocupar el cargo de gobernador de Tucumán, por estar vacante por finalización del mandato de Juan Ramírez de Velasco, en el que se dice que

habiéndome informado, he entendido que el capitán Agustín de Ahumada ha servido a S. M. aventajadamente en el Pirú, como lo significa el presidente [del Consejo de Indias] en esta consulta y en la que hizo el 25 de agosto, proponiéndolo para os corregimientos del Cuzco y Chuchito, demás de haber dado buena cuenta de cargos que ha tenido de gober nación y justicia⁹.

Añade Jiménez de la Espada que el rey escribió «al frente del nombre de Ahumada, después de subrayarlo: a éste», si bien indica que, a pesar del nombramiento, el cesado Ramírez de Velasco siguió ejerciendo como gobernador¹⁰.

De uno u otro modo, aunque escritas desde posicionamientos teóricos muy diferentes, los datos relativos a los hermanos de santa Teresa que aparecen en las obras de González Suárez y Jiménez de la Espada se han convertido en referencia obligatoria para quienes posteriormente se han acercado a dichos personajes. Tan es así, que

⁸ IBÍDEM, p. 219n.

⁹ IBÍDEM, p. 219n.

¹⁰ Según Jiménez de la Espada, la carta al virrey se hallaría en la B. Nacional (M.S. J.53, fol. 517), en tanto la información de Moya de Contreras sería parte de «los papeles del Conde de Valencia de D. Juan» (Legajo 22).

no es extraño que la reiteración acrítica de los mismos haya llevado, en ocasiones, a que comprensibles errores cometidos por los citados sigan repitiéndose hoy día.

Con el cambio del siglo, se publica en Alemania, aunque en castellano, la que será obra de referencia casi canónica para tratar las historias de los hermanos de Teresa de Jesús. Me refiero a *La familia de Santa Teresa en América y la primera carmelita americana*, escrita en 1905 por el «canónigo ordinario de la iglesia metropolitana y superior de las carmelitas de Quito», Manuel María Pólit¹¹. Este inicia su obra situándose en la estela de González Suárez:

la primera idea de este libro la tuvimos, inconsciente tal vez, en nuestra adolescencia, leyendo con curiosidad, luego con entusiasmo, las páginas que nuestro insigne historiador ecuatoriano, el ilustrísimo señor don Federico González Suárez, obispo de Ibarra, entonces simple canónigo de la catedral de Cuenca, había dedicado en su *Historia Eclesiástica del Ecuador* a una familia notable de la colonia [...] ¹².

Sin embargo, en su redacción no se va a limitar a este libro sino que intentará utilizar toda la documentación disponible hasta ese momento. Ahora bien, que tome los datos aportados por Jiménez de la Espada, por ejemplo, no significa que acepte el tono sarcástico que este emplea. De hecho, entre los variados apéndices que incluye en su obra dedica el quinto, titulado «Algo de refutación», a la *Relaciones geográficas*. Alaba Pólit el rigor de esta obra cuyos datos, afirma, acepta sin recelo y sin dudar en ningún momento de su veracidad. No obstante, esta favorable consideración merece una nítida matización:

lo que no podemos admitir ni por un momento y contra lo cual protestamos enérgicamente, son ciertos juicios que se atreve a estampar, y el tono despreciativo con que trata a la familia de santa Teresa. En esto el señor Jiménez de la Espada deja ya de ser el sabio americanista que todos conocemos y respetamos y se muestra como volteriano

¹¹ Recientemente (2010) ha aparecido una reproducción facsímil de dicha edición en los Estados Unidos a cargo de la editorial NABU PRESS, de Charleston, en Carolina del Sur.

¹² PÓLIT, Manuel María. *La familia de Santa Teresa en América y la primera carmelita americana*. Friburgo de Brisgovia (Alemania): Herder, 1905, VII.

viejo, que bien pudiera hacer reír en el siglo antepasado, no en la época actual, más positiva, por incrédula que parecza¹³.

Por ese motivo, cree, igualmente, inasumible el tono «socarrón y burlesco» que, a su parecer, utiliza el autor de las *Relaciones geográficas*, para reiterar

la calumniosa insinuación de que la Santa prefería a Lorenzo por su riqueza. No puede desconocerse más completamente el carácter y la vida entera de la abnegada virgen avilesa, ni irrogársele mayor injuria; ¡Dios haya perdonado a su escéptico detractor!¹⁴.

La crítica no para ahí pues, según el canónigo,

el espíritu irreligioso perjudica el criterio histórico del distinguido académico y le hace calumniar villanamente al hermano más querido de Santa Teresa, a Lorenzo de Cepeda¹⁵.

Finalmente, y tras documentar varios errores presentes en las mencionadas *Relaciones*, alguno calificado, no sin propiedad, como «dislate», concluye afirmando que

No extrañamos nada, ni mucho menos tachamos de grave culpa el que don Marco Jiménez de la Espada, no obstante su competencia como americanista, se hubiese equivocado en este y otros pormenores. Si los advertimos, es tan sólo para manifestar que, respecto a la familia de Santa Teresa en América, no es tan infalible que digamos, y se ha dejado arrastrar en sus juicios por sus preocupaciones. Por lo demás, le agradecemos cordialmente los interesantes documentos relativos a los Cepedas y Ahumadas, que ha desempolvado en los archivos. Y con esto, quedamos y descanse él en paz¹⁶.

Habrà que esperar a que en 1936 Enrique de Gandía publique su *Historia de Alonso de Cabrera y de la destrucción de Buenos Aires en 1541* para encontrar una obra que, si no completa, dedique un capítulo entero (pp. 221-230) a un familiar de Teresa de Cepeda.

¹³ IBÍDEM, p. 343.

¹⁴ IBÍDEM.

¹⁵ IBÍDEM, pp. 343-344.

¹⁶ IBÍDEM, p. 345.

Dicho capítulo lleva el descriptivo título de «Un hermano de santa Teresa en la primera fundación de Buenos Aires». Aunque esta obra ofrece un gran rigor en el manejo de los datos de la historia del Río de la Plata, lo que lleva a criticar algunos utilizados por diferentes biógrafos de Rodrigo de Cepeda, entre ellos al mencionado Pólit, es el espíritu hagiográfico que este último había desarrollado en su obra, el que predomina entre sus páginas. Así, tras constatar lo indubitable de la noticia de la presencia de Rodrigo en la fundación de Buenos Aires:

[...] no puede ser más cierta, ni el hecho más sugerente. Los Oficiales de la Casa de Contratación en Sevilla lo vieron embarcar; los conquistadores lo conocieron y la tradición conservó su recuerdo desteñido por el tiempo como una flor marchita entre las páginas de un libro antiguo¹⁷.

pone de manifiesto que la misma otorga una pátina de grandeza a la propia ciudad pues

da a nuestra lejana historia unos toques tan delicados de belleza y poesía que nos parece sentir, a la distancia de cuatro siglos, el perfume de las flores de Ávila como flotando sobre las ruinas de la primera Buenos Aires¹⁸.

Afortunadamente, dice Enrique Larreta en su obra *Las dos fundaciones de Buenos Aires*, citó a un personaje que hasta entonces había pasado desapercibido.

Basándose, sobre todo, en los escasos datos aportados por santa Teresa respecto de la infancia de ambos, Enrique de Gandía mantiene en las páginas dedicadas a Rodrigo de Cepeda una visión idílica:

Sorprende, entre los hombres fieros, veteranos de campañas, la dulce presencia de Rodrigo de Cepeda. Todos aquellos hombres habían partido a la conquista del oro; él, a la conquista de las almas: era la antítesis de los otros, lo que constituye el eterno dualismo del alma española: el hombre de armas y hombre de rezos; la tierra y el cielo¹⁹.

¹⁷ GANDÍA, Enrique de. *Historia de Alonso de Cabrera y de la destrucción de Buenos Aires en 1541*. Buenos Aires: Librería Cervantes, 1936, p. 221.

¹⁸ IBÍDEM.

¹⁹ IBÍDEM, p. 223.

No extraña, por tanto, que considere la presencia del abulense de forma diferente a la del resto de los fundadores: «lo indudable es que asistió a la fundación de Buenos Aires, como si su presencia fuera un símbolo»²⁰. A partir de estas consideraciones previas, se desarrolla una pormenorizada relación de lo acontecido a Rodrigo desde que llegó al Río de la Plata hasta su muerte. En tal desempeño se ve en la necesidad de desmontar varias ideas ya asentadas, como la que murió ahogado en el Río de la Plata, como afirman los bolandistas o el padre Ribera, el biógrafo de la Santa, para concluir afirmando que

Rodrigo de Cepeda fue el primer hombre que cruzó el continente sudamericano, a través del Chaco, desde el Océano Atlántico al Océano Pacífico, y en el primero que hizo conocer en el Perú la empresa de Mendoza y el viaje de Ayolas²¹.

Desde esa época hasta nuestros días el número de referencias a los hermanos de santa Teresa se ha ido multiplicando paulatinamente al ritmo que lo hacían las biografías de esta. Ahora bien, aunque algunas de estas ofrecen datos novedosos, los trabajos específicamente dedicados a ellos siguen sin ser particularmente abundantes. Aún así, atendiendo a sus aportaciones, hay algunos que deben ser mencionados.

Tal es el caso del libro de Baltasar Cuartero y Huerta, publicado en Madrid por el CSIC en 1952, con el título de *El pacto de los toros de Guisando y la venta del mismo nombre*. En esta obra aparece un capítulo denominado «Sucesos que motivaron las dos visitas de Santa Teresa al monasterio de Guisando» (pp. 96-109). Aunque, como su título indica, la obra se centra en el entorno del Cerro de Guisando, se da somera cuenta en ella de la romería que, por cumplimiento de una promesa, habría hecho en su día santa Teresa al monasterio cacereño de Nuestra Señora de Guadalupe. Tras dicha peregrinación, Teresa habría dado un largo rodeo para llegar hasta Ávila pasando previamente por el convento hoy en ruinas que estaba en dicho cerro. Entre sus muros vivía como fraile jerónimo Pedro de Cepeda, el hermano de su padre que tanta influencia

²⁰ IBÍDEM, p. 224.

²¹ IBÍDEM, p. 229.

había tenido en ella, a quien quiso visitar. Es narrando esta entrevista cuando aparecen algunos de los avatares que padecían los hermanos de Teresa en América. Según indica el autor, Teresa habría viajado hasta Guadalupe para cumplir la promesa que en su día realizara a esta virgen morena al tener conocimiento de los conflictos bélicos en que se veían envueltos sus hermanos. A partir de aquí, Cuartero y Huerta hace una síntesis de las crónicas de Cieza de León sobre las guerras civiles en Perú en las que inserta a los hermanos de la Santa. Esta, tras saber (o creer) que la mayoría había superado los trances derivados de las guerras, habría cumplido su manda con la peregrinación ofrecida en contraprestación. Esta estructura narrativa sería seguida posteriormente por Efrén de la M. de Dios y O. Steggink, en el capítulo titulado genéricamente «Aventura en América, romería en Castilla», que incluyeron en el primer tomo del libro que, magníficamente documentado, publicaron en 1982 con el título de *Santa Teresa y su Tiempo. I. Teresa de Ahumada*.

Doce años antes de que Efrén de la Madre de Dios y Otger Steggink publicaran dicha obra, Encarnación Moreno Ruiz defendió en la Universidad Complutense de Madrid su tesis doctoral titulada *Historia de la penetración española en el sur de Colombia (Etnohistoria de Pastos y Quillancingas, siglo XVI)*. Aunque esta tesis ha pasado desapercibida para muchos estudiosos de la vida de santa Teresa, incluía en el capítulo noveno – «Establecimiento de los españoles» – un específico apartado para «La familia de Santa Teresa de Jesús». Aunque hubo que esperar diez años a que la propia universidad publicara dicha tesis en formato facsímil, Encarnación Moreno en el artículo «Noticias sobre los primeros asentamientos españoles en el sur de Colombia», publicado en 1971 en la *Revista Española de Antropología Americana* ya da noticias de que «Hernando de Ahumada (conquistador y poblador)», tiene distribuidas sus encomiendas y tributos del siguiente modo: «50 fanegas, tres pueblos: Calcanycapays, Yanqual, Sacandonoy y Botiñaxoxoa, 1.056 indios, 70 de minas y 800 mantas»²².

²² MORENO RUIZ, Encarnación. «Noticias sobre los primeros asentamientos españoles en el Sur de Colombia». *Revista Española de Antropología Americana*, vol. 6 (1971), p. 429.

Además del mencionado libro de E. de la Madre de Dios y O. Steggink publicado en 1982, la primera mitad de la década de los 80 verá aparecer numerosas referencias a los Cepeda y Ahumada en América. Así, en 1981, la *Revista Teológica Limense* publicaba en su número 15 el artículo de J. L. Ugarte titulado «Familia de S. Teresa en América». Por su parte, el volumen de las *Actas del I Congreso Internacional sobre Santa Teresa y la mística hispánica* que, dirigido por Manuel Criado del Val, apareció en Madrid en 1984 con el título de *Santa Teresa y la literatura mística hispánica*, incluía una aportación, con pocas novedades de paso sea dicho, de Mercedes de Lara Marcano titulada «Hermanos de Santa Teresa de Jesús en el Nuevo Mundo». Un año después, en 1985, Francisco Javier Pérez de Rada, quien firma como Marqués de Jaureguizar, publica su «Genealogía de los Cepeda, Rama de Santa Teresa» en el monográfico *XXV Años de la Escuela de Genealogía Heráldica y Nobiliaria*, editado por el Instituto Salazar y Castro del CSIC y la «Asociación de Hidalgos a fuero de España», en el que, tras una somera exposición de la familia, dedicó unas específicas páginas a Lorenzo de Cepeda y a su hijo Francisco.

Tendremos que esperar ocho años más hasta que en 1993 se amplíen las referencias a los avatares americanos de la familia de Teresa de Cepeda. En concreto dos obras de muy distinto signo y calado se ocupan de los parientes de la andariega. Por una parte, Luis Vázquez publica en el número 49 de *Estudios*, revista trimestral publicada por los frailes de la Orden de la Merced, «Ocho documentos de don Francisco de Cepeda, sobrino de Santa Teresa: Madrid 1580-1590». Antes de reproducir los citados documentos, alguno de los cuales arroja cierta luz sobre pasajes poco aclarados de la vida del hijo de Lorenzo de Cepeda, el artículo de Vázquez hace un recorrido por las vicisitudes de «los hermanos Cepeda que van al Nuevo Mundo» en el que, por cierto, se deslizan algunos errores sorprendentes. También en 1993, pero con una intención totalmente diferente, se publica el documentado estudio realizado por Javier Ortiz de la Tabla Ducasse titulado *Los encomenderos de Quito 1534-1660. Origen y evolución de una élite colonial*. Esta obra contiene un apartado específico para analizar a una de estas familias de la oligarquía quiteña –los Cepeda–, dentro de su capítulo VI «Las familias encomenderas».

Por último, para concluir este rápido repaso a la bibliografía dedicada a analizar de modo específico lo que aconteció a los hermanos de santa Teresa en sus viajes a Indias, hay que mencionar el *Diccionario de Santa Teresa de Jesús*. Publicado por la editorial Monte Carmelo en el año 2000 bajo la dirección de Tomás Álvarez, dicho diccionario cuenta con dos acepciones centradas en la cuestión de referencia. La primera de ellas es la escrita por José Miguel Miranda: «América, familia de Teresa». La otra es desarrollada por el propio director del diccionario y es la destinada a analizar la «Familia de Teresa».

Evidentemente la relación aquí presenta ni es exhaustiva ni aspira a serlo. A mayores, injusto sería no reconocer que una parte considerable de los avances en el conocimiento sobre los hermanos de santa Teresa en América no aparecen en espacios destinados a tal fin, sino en obras más amplias sobre la propia santa que, además, se están multiplicando coincidiendo con la celebración del V centenario de su nacimiento. Por tanto, lo que aquí se presenta, simplemente, coadyuva, o eso espero, a una mejor sistematización de este conocimiento.

2. LAS RELACIONES DE TERESA Y SUS HERMANOS

2.1. EN LA INFANCIA Y JUVENTUD

Prácticamente no hay momento de la vida infantil y de primera juventud de Teresa de Ávila que no haya sido escudriñado hasta el detalle. A pesar de ello, con excesiva frecuencia, las noticias sobre su infancia suelen subordinarse a la presentación de una determinada imagen de su proceso de formación. En ese sentido, en demasiadas ocasiones, nos encontramos con una visión teleológica de ese periodo. Como si todo lo que le ocurrió estuviera ya dispuesto para llegar al fin que a la postre tuvo. Es decir, en la medida en que la mayor parte de los relatos de los primeros años de su vida están contados desde después de su muerte, algunos de los acontecimientos son forzados para que encajen con su gloriosa vida posterior. No ha de extrañar, por tanto, que algunas de las reiteradas historias sobre su edad temprana difícilmente puedan justificarse documentalmente. Así ocurre con algunas de las más conocidas «anécdotas» vitales que ligan a la Santa con sus hermanos: la archirreferida escapada a «tierra de moros» de Teresa y Rodrigo, el riesgo de morir abrasada mientras padecía un episodio cataléptico y, por último, la conjunta huida de casa con Antonio para dedicarse a la vida religiosa.

Casi no hay libro sobre la vida de santa Teresa que no incluya la huida a «tierra de moros» junto a su hermano Rodrigo. Debemos, posiblemente, la historia original de este conocido suceso al jesuita Francisco de Ribera, quien solo cinco años después de que falleciera Teresa escribió *La vida de la Madre Teresa de Jesús, fundadora de las*

Descalças y Descalços Carmelitas. Con gran aderezo retórico decía el jesuita que

encendíase su corazón leyendo los martirios [...]. Y porque aún desde entonces tenía mucho ánimo, y era muy determinada para las cosas de Dios, no se contentó con sólo deseos, sino comenzó luego a tratar con su hermano Rodrigo qué medio habría para poner por obra aquel deseo y alcanzar luego una muerte tan gloriosa. En fin, lo tomó tan de veras, que tomando alguna cosilla para comer se salió con su hermano de casa de su padre, determinados los dos de ir a tierra de moros, donde les cortasen las cabezas por Jesucristo. Y saliendo por la puerta de Adaja, que es el río que pasa por Ávila, se fueron por la puente adelante, hasta que un tío suyo los encontró y los volvió a su casa con harto contento de su madre, que los hacía buscar por todas partes con mucha tristeza, y con miedo no hubiesen caído en una noria de casa ahogándose. El niño se excusaba con decir que su hermana le había hecho tomar aquel camino [...]²³.

Más podría decirse que no es un mal comentario de texto el que hizo Ribera. Se parece, de hecho, a lo que escribió Teresa. Hay, no obstante, diferencias que sobrepasan lo sutil. Dice la abulense, recordando su propia vida, que

mis hermanos ninguna cosa me desayudavan a servir a Dios. Tenía uno casi de mi edad, juntávamonos entrambos a leer vidas de santos, que era el que yo más quería, aunque a todos tenía gran amor, y ellos a mí. Como vía los martyrios que por Dios los santos passavan, parecíame compravan muy barato el yr a gozar de Dios y desseava yo mucho morir así, no por amor que yo entendiesse tenerle, sino por gozar tan en breve de los grandes bienes que leya aver en el cielo. Juntávame con este mi hermano a tratar qué medio avría para esto. Concertávamos yrnos a tierra de moros, pidiendo por amor de Dios, para que allá nos descabeçassen. Y paréceme que nos dava el Señor ánimo en tan tierna edad, si viéramos algún medio, sino que el tener padres nos parecía el mayor embaraço. Espantávamos mucho el dezir que pena y gloria era para siempre, en lo que leíamos. Acaecíanos estar muchos ratos tratando d'esto y gustávamos de dezir

²³ RIBERA, Francisco. *La vida de la Madre Teresa de Iesús, fundadora de las Descalças y Descalços Carmelitas* [1590]. Barcelona: Gustavo Gili, 1908, p. 96.

muchas veces: ¡para siempre, siempre, siempre! En pronunciar esto mucho rato era el Señor servido me quedasse en esta niñez imprimido el camino de la verdad.

De que vi que era imposible yr a donde me matassen por Dios, ordenávamos ser hermitaños; y en una huerta que avía en casa procurávamos, como podíamos, hazer hermitas, poniendo unas pedrezillas que luego se nos cayan, y así no hallávamos remedio en nada para nuestro desseo; que aora me pone devoción ver cómo me dava Dios tan presto lo que yo perdí por mi culpa²⁴.

Es decir, más allá de la literatura hagiográfica del padre Ribera que no tiene por qué acomodarse a los documentos, Teresa indica solamente que «concertaba» la huida con su hermano, pero que pronto se dio cuenta de que «era imposible». Así pues, colegir si tal salida existió solamente en su fértil imaginación infantil o si fue materialmente llevada a cabo, es ejercicio de conjetura. Si hubo o no fuga, lo cierto es que santa Teresa no lo cuenta, a pesar de lo cual, esta historia ha sido recreada incontables veces pasando a convertirse en tradición incontrovertible. Tal recreación ha implicado que haya sido presentada de múltiples formas, saliendo los niños por puertas diferentes de la muralla, cruzando el río por vías distintas y siendo detenidos por su tío en lugares de lo más variopinto. Por otra parte, hay que hacer notar que si la tradición oral cambia rápidamente, a veces no lo hace a menor velocidad la escrita. Es más, los cambios en la narración escrita de esta anécdota han podido dar lugar a interpretaciones que van desde lo arriesgado a lo sugerente. Así, por ejemplo, Cathleen Medwick utiliza la escena para presentar un matrimonio, el de los padres de Teresa, compuesto por un hombre piadoso y una mujer novelera y depresiva. Así, en opinión de la neoyorkina, la huida de los niños, a través de la «Puerta de la Malaventura» habría provocado en la madre una gran depresión:

Su madre, Beatriz de Ahumada, segunda esposa de Alonso, era una joven tediosa propensa a las novelas de caballería cuyos romances veía como algo libresco. No quería aventuras en su casa, lo único que deseaba era criar

²⁴ TERESA DE JESÚS, Santa. *Obras completas*. EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS y STEGGINK, Otger (Eds.). 9.^a ed. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1997, p. 35.

a la progenie de Alonso (incluidas dos criaturas de su anterior matrimonio) en un entorno protegido donde las actividades estuvieran prefijadas y las normas de conducta fueran inmutables. Que sus hijos desaparecieran un rato y por cualquier razón era suficiente para deprimirla y hacerla caer rápidamente en cama, donde pasaba gran parte del tiempo²⁵.

Desde una perspectiva muy diferente analiza la posible huida Jesús Barrena. En su libro *Teresa de Jesús. Una mujer educadora*, Barrena plantea cómo la fallida fuga sirvió para que, ya en la infancia, la futura santa tomara conciencia de que la familia puede ser un obstáculo para la propia autonomía. Desde ese punto de vista, los padres, al impedir el «concierto» de los hermanos, se erigían en obstáculo para conseguir sus pretensiones: «Teresa se siente frustrada por no poder vivir libremente, como deseaba, como ella quería hacerlo»²⁶. Prueba de tal aserto sería la mencionada expresión de *El Libro de la Vida* según la cual, «el tener padres nos parecía el

²⁵ MEDWICK, Cathleen. *Teresa de Jesús. Una mujer extraordinaria*. Madrid: Maeva, 2002, p. 29. *The progress of a soul*. Londres: Duckworth, 1999, p. 29. Aunque cuesta imaginarse cómo una mujer que dio a luz a tantos hijos en tan breve periodo de tiempo se dio al «tedio», por mor del rigor hay que señalar que, más allá de la contraposición entre el padre «piadoso» y la madre «novelera», la versión original de la obra no dice que la madre fuera «una joven tediosa», sino que, si bien le gustaban los romances de caballería, se encontraba «angustiada» (distressed) y el suceso la «envió directamente a la cama, donde usualmente pasaba gran parte de su tiempo»: «*The children were just walking along the dusty road to Salamanca -not quite as far as legend has carried them- when their uncle Francisco arrived on horseback and carried them home. Confronted by their parents, Rodrigo complained (not without justification) that la niña, the little one, had made him do it. And la niña had no excuse: the logic that had propelled her made no sense to anyone else. Alonso de Cepeda, her father, was a pious man, but for him religion was a duty rather than an adventure. Her mother, Alonso's second wife Beatriz de Ahumada, was a very young woman with a taste for chivalric romance, which she found exclusively in books. Her household was not where she looked for excitement, and she was distressed to find it there. All she wanted was to raise Alonso's progeny (including two children from his first marriage) in a sheltered environment where each day's activities seemed preordained and the rules of comportment immutable. Having her children disappear for any length of time and for any reason was enough to send her straight to bed, where she usually passed much of her time*» (MEDWICK, Cathleen. *Teresa of Avila. The progress of a soul*. Londres: Duckworth, 1999, p. 10).

²⁶ BARRENA SÁNCHEZ, Jesús. *Teresa de Jesús. Una mujer educadora*. Ávila: Institución Gran Duque de Alba, 2000, p. 193.

mayor embarazo». En suma, el desencanto de la teresiana expresión «de que vi que era imposible [...]» hace que la niña saboree, por vez primera, la frustración inherente a la imposibilidad de disponer de sí misma²⁷.

Un suceso de diferente índole pero igualmente reiterado en las narraciones sobre la vida de la Santa, es el intento que realizó junto a su hermano Antonio de incorporarse al mismo tiempo a la vida religiosa en un convento. Aunque Teresa no indica de qué hermano se trata, el mencionado Ribera, en otra deliciosa narración no tiene duda de que es Antonio:

Y un día muy de mañana que fue a 2 de noviembre, día de la Conmemoración de las Ánimas, año de 1535, siendo de edad de veinte años y siete meses, sin dar cuenta a nadie más de a Antonio de Ahumada, su hermano, que la acompañó, sale de casa de su padre y vase derecha a meterse monja a la Encarnación, Monasterio principal de Ávila, de la orden de Nuestra Señora del Carmen.

A éste su hermano había ella persuadido aquellos días antes en que se andaba determinando, que dejase el mundo y entrase en religión, y era bien, pues había de ayudar a tantas almas a ir al cielo, lo comenzase tan temprano. Así que los dos juntos salieron para la religión, aunque no con igual ventura. Ella se quedó en la Encarnación, y él se fue de allí al Monasterio de Santo Tomás, de la orden del glorioso Santo Domingo, a pedir el hábito. No le recibieron allí entonces hasta saber la voluntad de su padre, con quien aquellos Padres tenían amistad. Después entró en la orden del bienaventurado San Jerónimo, y siendo novicio vino a enfermar de manera que no pudo perseverar²⁸.

Del mismo modo que en el caso anterior, parece prudente contrastar esta historia con el relato de la protagonista. Dice esta en el inicio del capítulo IV del *Libro de la Vida* lo siguiente:

En estos días que andaba con estas determinaciones, había persuadido a un hermano mío a que se metiese fraile, diciéndole la vanidad del mundo; y concertamos entrambos de irnos un día muy de mañana al

²⁷ IBÍDEM.

²⁸ RIBERA, Francisco. *La vida de la Madre Teresa...*, pp. 103-105.

monasterio adonde estaba aquella mi amiga, que era al que yo tenía mucha afición; puesto que ya en esta postrera determinación ya yo estaba de suerte, que a cualquiera que pensara servir más a Dios u mi padre quisiera, fuera; que más mirava ya el remedio de mi alma, que del descanso ningún caso hacía de él²⁹.

Tal vez sea el silencio sobre el nombre del hermano lo que ha llevado a algunos autores, como Efrén de la Madre de Dios y Otger Steggink³⁰, a sugerir que se trata de Juan de Ahumada. Si Juan, Antonio o cualquiera otro, Teresa no lo dice. No ha faltado, en todo caso, quien a partir de esta historia, siguiendo a los bolandistas, haya afirmado que Antonio, a pesar de su enfermedad, continuó su vida en la orden de San Jerónimo hasta su fallecimiento. Otros, sin embargo, afirman que, finalmente, fue aceptado por los dominicos y perseveró en dicha Orden. Una vez más lo legendario y lo realmente acontecido se entremezclan de tal forma que resulta difícil discernir cuáles son los límites de lo uno y lo otro. En todo caso, en una Orden u otra, o en ninguna, lo cierto es que Antonio encontraría la muerte en la batalla de Iñaquito, en territorio hoy ecuatoriano, al poco de llegar al virreino del Perú con varios de sus hermanos.

Una tercera anécdota de juventud, sucedida un par de años después que la precedente, que une a santa Teresa con sus hermanos ha provocado menos literatura, aunque abundante iconografía. Me refiero al peligro de morir abrasada por un descuido de su hermano Lorenzo mientras, ya monja en la Encarnación, sufría un paroxismo que la tuvo cuatro días cataleptica. A propósito de esta cuestión escribe Teresa de Cepeda que debió sufrir esta enfermedad en varias ocasiones mientras era joven: «teníanme a veces por tan muerta, que hasta la cera me hallé después en los ojos»³¹. En la pluma del ya mencionado Ribera, esta expresión se incluye dentro de una emotiva historia en la que se narran los padecimientos de la joven:

El día de Nuestra Señora de Agosto en la noche, dióla un paroxismo tan recio y tan largo, que estuvo cuatro días sin sentido, y como muerta; diéronla la Extrema Unción, y decíanla muchas veces el Credo,

²⁹ TERESA DE JESÚS, Santa. *Obras completas...*, p. 41.

³⁰ IBÍDEM, p. 41n.

³¹ IBÍDEM, p. 48.

porque cada momento pensaban que espiraba, y ella no entendía nada. La cera se halló ella después echada sobre los ojos, la sepultura estaba abierta en la Encarnación, y estaban esperando el cuerpo para enterrarle, y monjas estaban allí de la Encarnación que habían enviado para estar con el cuerpo, y hubieranla enterrado si su padre no lo estorbaba muchas veces contra el parecer de todos, porque conocía mucho de pulso y no se podía persuadir que estuviera muerta; y cuando le decían que se enterrase, decía: «Esta hija no es para enterrar».

Otro peligro tan grande como éste tuvo entonces, porque velándola una noche de estas Lorenzo de Cepeda, su hermano, se durmió, y una vela que tenía sobre la cama se acabó, y se quemaban las almohadas y mantas y colcha de la cama, y si él no despertara al humo, se pudiera quemar o acabar de morir la enferma³².

2.2. EN LA MADUREZ Y ANCIANIDAD

Además de la época de formación de todos ellos, las relaciones entre santa Teresa y sus hermanos, están a menudo presentes en las indagaciones que se realizan acerca del epistolario de la santa de Ávila pues, en mayor o menor medida, aparecen mencionados en el mismo, cuando no son destinatarios directos de las misivas. Así ocurre, por ejemplo, con varias cartas dirigidas a Lorenzo de Cepeda, tanto durante su estadía ecuatorial como en su residencia abulense tras el retorno.

De hecho, de algún modo, es Lorenzo de Cepeda quien sirve como nexo articulador de esas relaciones. Pocos días después de retornar a España, Lorenzo se encuentra con su hermana en Sevilla. Desde esa ciudad el 28 de agosto de 1575 escribe Teresa una carta a la madre María Bautista dándole noticia del arribo de sus hermanos y sobrinos:

Ya habrá sabido cómo vinieron mis hermanos en esta flota. Lorenzo de Cepeda es el que yo quiero; y yo le digo que, cuando no fuera hermano, por ser tan virtuoso y siervo de Dios es mucho para amar. Muy buen alma tiene.

³² RIBERA, Francisco. *La vida de la Madre Teresa...*, pp. 110-111.

No ha faltado quien haya explicado la particular inclinación de Teresa por Lorenzo —«es el que yo quiero»— por el apoyo económico de este para la fundación de San José de Ávila y aún la del convento sevillano del Carmelo. Ciertamente el epistolario referido muestra profusamente cómo cuando los anhelos de Teresa chocaban con la realidad económica, llegaba desde el otro lado del océano la ayuda de su hermano. Sin embargo, no es la abundante riqueza que tiene Lorenzo lo primero que llama la atención de su hermana cuando tras tantos años de ausencia se encuentran en Sevilla:

Va tornando en sí, que venía muy flaco. Ha sido providencia de Dios hallarme aquí; así no acaba de alegrarse de esto. Por muchas cosas le ha estado. En fin, lo sufro mejor. La Teresa habrá ocho u nueve años, harto bonita y hermosa. Él se quiere estar aquí este invierno por no irse de conmigo³³.

En todo caso, la íntima relación que tienen los hermanos irá profundizándose tras el retorno de Lorenzo y, sobre todo, una vez que este se asiente en Ávila. A partir de ese momento, las cartas entre ambos para reflexionar sobre aspectos propios de la espiritualidad o de la vida cotidiana se incrementan notablemente.

Si bien las cartas son un buen instrumento para conocer cómo fueron las relaciones entre Teresa y sus hermanos, no solo Lorenzo, hay que hacer notar que algunas incluyen referencias cruzadas a otras de las que tenemos noticia, pero no conocemos, por lo que su interpretación a veces puede encontrar lagunas. Otras veces, las cartas, aunque no expliciten la totalidad del asunto del que los hermanos hablan, hacen referencia a sucesos narrados o conocidos por los protagonistas, de los que es posible deducir la intención del escrito. Tal ocurre, por ejemplo, con la controversia acerca de si Lorenzo de Cepeda, y particularmente sus hijos, pueden usar el título de «don». No era esta una cuestión menor, pues debe relacionarse con la aludida cuestión de la «calidad» genealógica de los ancestros familiares. Ciertamente, si hidalgos fuera de toda sospecha fueran, no habría lugar para que se suscitara polémica alguna. Más todavía, habiendo

³³ TERESA DE JESÚS, Santa. *Obras completas...*, p. 954.

estado en América. El hecho mismo de que hubieran realizado tal viaje legalmente probaba su hidalguía, ya que de no ser «limpios de sangre» se le hubiera impedido tal aventura. Sin embargo, Dámaso Chicharro en su «Introducción» al *Libro de la Vida* de Teresa de Jesús, afirma que

El padre Lorenzo de la Madre de Dios inventó literalmente un árbol genealógico de Teresa a instancias del padre Gracián. Otras genealogías igualmente falsas se deben a Francisco Fernández de Bethencourt en su obra *Los parientes de Santa Teresa*, y al marqués de Ciandocha, *Los Cepedas, linaje de Santa Teresa* [...].

Entre sus parientes los había mercaderes, que reflejaban a las claras su condición de conversos, e incluso su hermano Lorenzo e hijos intentan ocultar su ascendencia usando el 'don' a su regreso de América, lo cual levantó una protesta en Ávila porque no se les consideraba con tal derecho. La santa, a la sazón en Sevilla, escribe a una sobrina suya, María Bautista, diciéndole que, en efecto, podían utilizar el tratamiento, pues tienen vasallos en las Indias, pero no aquí³⁴.

La carta en cuestión, escrita en Sevilla el 29 de abril de 1576, es enviada a la madre María Bautista, priora en Valladolid, a la que le pide que envíe también copia a la priora de Medina del Campo y que esta, a su vez, haga lo propio enviándosela a la de Salamanca «y sea para todas tres». Se trata de una carta alegre que, no obstante, muestra un gran enfado. Alegre porque parece que la Inquisición ha optado por dejarla relativamente tranquila y, sobre todo, porque, por fin, podrá abrir el convento en Sevilla cuya fundación tantos problemas le trajo. De hecho, señala Teresa que «a no estar aquí mi hermano, cosa de la vida se pudiera hacer». No le fue bien, sin embargo, a Lorenzo. Viendo las labores en que andaba su hermana, se había convertido en avalista del convento sevillano. Mas las monjas de este no pagaron las deudas y si no fue a parar a la cárcel fue sencillamente porque se escondió a tiempo.

Justamente por los padecimientos de Lorenzo, le provoca una gran vergüenza que en Ávila no se hable de otra cosa que del título

³⁴ CHICHARRO, Dámaso. «Introducción». En: TERESA DE JESÚS, Santa. *Libro de la vida*. 10.^a ed. Madrid: Cátedra, 1994, p. 22.

que usan sus sobrinos. Por ello muestra Teresa su desagrado al abordar la cuestión:

Cuanto a lo primero de ‘dones’, todos los que tienen vasallos de Indias se lo llaman allá. Mas en viniendo, rogué yo a su padre no se lo llamasen, y le di razones. Ansí se hizo, que ya estaban quietados y llanos, cuando vino Juan de Ovalle y mi hermana, que no me bastó razón (no sé si era por soldar el de su hijo), y como mi hermano no estaba aquí ni estuvo tantos días ni yo con ellos, cuando vino, dijéronle tanto que no aprovechó nada. Y es verdad que ya en Ávila no hay otra cosa, que es vergüenza. Y, cierto, a mí me dan en los ojos por lo que a ellos toca, que de mí nunca creo se me acordó, ni de eso se le dé nada, que para otras cosas que dicen de mí, no lo es. Yo lo tomaré a decir a su padre, por amor de ella; mas creo no ha de haver remedio con sus tíos, y como ya están tan hechos a ello. Harto me mortifico cada vez que se lo oigo (Carta 102)³⁵.

Esta carta muestra una de las más habituales tópicas anacrónicas en las que caen algunos de los más acérrimos defensores de las bondades de Teresa. Ciertamente ninguno fue condenado por la Inquisición. Pero no menos que ni Teresa ni sus hermanos estaban absolutamente seguros de que eso no pudiera suceder. Es decir, no por saber, como sabemos, que no fueron condenados, se puede pensar que los miembros de la familia Cepeda y Ahumada podían comportarse como si supieran que efectivamente iba a ocurrir así. Como señala Rosa Rossi respecto de santa Teresa, «toda su vida fue una convivencia permanente con el riesgo» de ser condenada por la Inquisición³⁶. Por ello, resulta lícito plantearse que los sobrinos indianos enfatizan el «don» tanto por eliminar cualquier sospecha sobre su hidalguía como por su condición de prohombres en las Américas.

Por otra parte, Teresa de Cepeda no podía ignorar el efecto que en la ciudad de Ávila tuvo el largo pleito deliberadamente provocado por sus familiares³⁷ contra el concejo de Ortigosa pues se prolongó

³⁵ TERESA DE JESÚS, Santa. *Obras completas...*, pp. 974-975.

³⁶ ROSSI, Rosa. *Teresa de Ávila. Biografía de una escritora*. Barcelona: Icaria, 1983, p. 11.

³⁷ EGIDO, Teófanés. *El linaje judeoconverso de Santa Teresa*. Madrid: Editorial de Espiritualidad, 1986.

durante más de 15 meses: desde el 6 de agosto de 1519 en que se abren las primeras diligencias hasta el 16 de noviembre de 1520 en que se firma la «carta executoria» de hidalguía por el rey. Dicho litigio pretendía probar, más allá de toda duda, cuál era el estatuto jurídico de la familia de Teresa y se originó como consecuencia de que el ayuntamiento de Manjabálago les reclamó el pago de impuestos. En el juicio, señala Joseph Pérez,

el fiscal tiene la sensación de estar ante un asunto amañado: todo transcurre como si la municipalidad y los hermanos Cepeda estuvieran en connivencia; estos, que siempre se las han arreglado para no pagar impuestos, son hidalgos de hecho; lo que buscan es consagrar esta situación de derecho; por eso han ideado esta estratagema: sugerirle a la municipalidad de Manjabálago que les reclame unos impuestos, lo que servirá de detonante para la acción judicial³⁸.

El resultado del juicio es la «executoria» indicada que, aunque según la sentencia limita el privilegio a la ciudad de Ávila y los pueblos de Ortigosa y Manjabálago, supone un beneficio claro para Lorenzo en Quito. No en vano, como más adelante veremos, era una de las principales fortunas del virreino y, garantizada la condición de hidalgo de su linaje, quedaba exonerado de tributar, además de concederle otra serie de beneficios. Una carta escrita por Teresa a su hermano Lorenzo, residente en Quito, el 23 de diciembre de 1561, apoya esta idea. En la misma, además de agradecerle el envío de dinero que servirá para la fundación de San José, y de comunicarle que también va escribir a su hermano Jerónimo, que se halla en el mismo virreinato (pero que «a los señores Hernando de Ahumada y Pedro de Ahumada por no haver lugar no escribo; haré-lo, haré-lo presto»), le señala lo siguiente:

Le enviaré, cuando vaya Antonio Morán, un traslado de la ejecutoria, que dicen no puede estar mejor, y esto haré con todo cuidado. Y si de esta vez se perdiere en el camino, hasta que llegue la enviaré, que por un desatino no se ha enviado (que, porque toca a tercera persona que no la ha querido dar, no lo digo) (Carta 2)³⁹.

³⁸ PÉREZ, Joseph. *Teresa de Ávila...*, p. 24.

³⁹ TERESA DE JESÚS, Santa. *Obras completas...*, p. 868.

En cualquier caso, los temas que conforman el epistolario teresiano en relación con sus hermanos pueden articularse en tres ejes de diferente relevancia: preocupaciones relativas a la situación –ánímica o económica– por la que pasan; cuestiones económicas vinculadas a las fundaciones conventuales y la vida cotidiana de Lorenzo de Cepeda; y, por último, progreso espiritual del citado Lorenzo de Cepeda. Veámoslas con unas breves y no exhaustivas pinceladas.

Directa o indirectamente, las cartas de santa Teresa incluyen menciones, además de a Lorenzo y sus hijos, a sus hermanos Jerónimo, Pedro y Agustín. Así, en la carta que envía a Lorenzo de Cepeda desde Toledo el 17 de enero de 1570, además de «mandar» saludos para su hermano Pedro de Ahumada, al que dice que no escribe porque da por supuesto que el propio Lorenzo le contará las noticias que le envía en esta carta, y de decirle que también ha enviado carta para Jerónimo, expresa una doble preocupación. Por una parte, por la salud corporal del citado Jerónimo. Por otra, por la espiritual de Agustín. Del primero dice que, dados sus achaques, mejor estaría en Ávila que en las Indias. Del segundo, observa lo siguiente:

estoy con harto cuidado de Agustín de Ahumada, por no saber cómo va en las cosas de nuestro Señor. Harto se lo ofrezco y al señor Hernando de Cepeda me encomiendo (Carta 25)⁴⁰.

Las referencias a Agustín a veces son meramente informativas. Por ejemplo, el 4 de febrero de 1572 Teresa escribe a su hermana Juana, que en ese momento se encuentra en Galinduste, no muy lejos de Alba de Tormes, y, en entre otras cuestiones, le dice que se ha enterado que Agustín «está con el virrey; fray García [el dominico García de Toledo] me lo ha escrito (Carta 37)⁴¹. En otras ocasiones, las referencias a Agustín incluyen un tono de preocupación o censura. De hecho, en la misma carta, aprovecha para contar a Juana que

⁴⁰ IBÍDEM, p. 894.

El citado Hernando de Cepeda es un primo de los hermanos que, con rango de capitán, también se hallaba en el virreino del Perú. La semejanza de nombres entre Hernando de Cepeda y Hernando de Ahumada –el hermano de la Santa– junto al hecho de que habitaran en la misma ciudad, ha hecho que, en algunas ocasiones, hayan sido intercambiados como si fueran una única persona.

⁴¹ IBÍDEM, p. 905.

«mi hermano ha casado dos sobrinas, y muy bien; antes que se venga las deja remediadas» (Carta 37)⁴². O dicho más claramente, que Lorenzo de Cepeda ha tenido que dotar a dos jóvenes para que contraigan matrimonio y que estas son «hijas naturales» del mencionado Agustín⁴³.

La preocupación que la santa abulense tiene con respecto a su hermano Agustín no se limita a la posible ausencia de vida espiritual del mismo. Ciertamente el aparente optimismo preside una carta que escribe a su cuñado Juan de Ovalle, a Alba de Tormes, el 14 de noviembre de 1581, en la que le informa, de su posible regreso:

Agustín de Ahumada dice que verná de aquí a un año, y no rico sino a que le haga mercedes el rey. Dicen se las hará, porque ha servido mucho, y tendrá el favor del virrey, que es venido (Carta 399)⁴⁴.

Sin embargo, solo un mes más tarde, el 5 de diciembre de 1581, escribe a su sobrino Lorenzo, avocindado en esa época en Quito, en un tono que revela que las esperanzas sobre las posibles recompensas se han difuminado totalmente:

Cuando ésta llegue, según me escribe, estará mi hermano Agustín de Ahumada en el camino. Plega a Dios le traya con bien. Si no fuere venido, vuestra merced le envíe ésta, porque no tengo hoy la cabeza para escribir mucho. Yo le digo a vuestra merced que, si no trai que comer, que tenga harto trabajo, que no habrá quien le dé de comer, y para mí lo será de no lo poder remediar, grande (Carta 411)⁴⁵.

La preocupación por la salud de la vida espiritual de sus hermanos no se limitó solamente al aventurero Agustín. Así, aunque Lorenzo era una persona profundamente religiosa, la bonanza económica y los muchos negocios en que andaba, inquietaba a su hermana. Así se

⁴² IBÍDEM.

⁴³ Las casadas por Lorenzo serían, posiblemente, Leonor y Juana, dos hijas naturales de Agustín de Ahumada. Algunas informaciones no suficientemente contrastadas sugieren que Leonor era hija de Agustín en tanto Juana lo habría sido de Jerónimo.

⁴⁴ IBÍDEM, p. 1355.

⁴⁵ IBÍDEM, p. 1367.

comprueba en la carta que escribió a su hermana Juana de Ahumada, desde Toledo un 19 de octubre de 1569:

¿No ven qué es lo que Dios obra en Lorenzo de Cepeda? Más me parece que mire la comodidad con que se salven sus hijos, que con que tenga mucha hacienda [...]. Así lo digo ahora, que pongan sus negocios en sus manos, que Su Majestad hará en todo lo que más nos conviene (Carta 23)⁴⁶.

Por otra parte, la correspondencia, en la medida en que da cuenta de la vida, recoge sentimientos encontrados. Así cuando desde Sevilla el 12 de agosto de 1575 escribe a su hermana doña Juana de Ahumada a su residencia de Alba de Tormes, el alborozo con que arranca la carta por el arribo a España de sus hermanos se ve truncado cuando en la misma, junto a las buenas nuevas, tiene que contar las trágicas:

Jesús. –La gracia del Espíritu Santo sea con ella, amiga mía, y la deje gozar de sus hermanos que –gloria al Señor– que están ya en Sanlúcar. Hoy escribieron aquí al canónigo Cueva y Castilla para que nos lo hiciesen saber al señor Juan de Ovalle en Alva y a mí en Ávila, adonde piensan estoy. Creo se han de holgar mucho de hallarme aquí; mas los contentos de esta vida todos son con trabajos para que no nos embevas en ellos.

Sepa que en el Nombre de Dios murió el buen Jerónimo de Cepeda como un santo, y viene Pedro de Ahumada que –según me han dicho– se murió su mujer. No hay de qué tener pena, porque su vida yo la sabía. Ha mucho que tiene oración, y así fue la muerte, que dejó espantados a todos, según me dice el que lo contó. También se le ha muerto otro niño; traí tres y la Teresita. Ellos vienen buenos, gloria a Dios. Yo los escribo hoy y envío algunas cosillas. De aquí a dos u tres días me dicen que vernán aquí. Por su contento le tengo de que me hallen tan cerca (Carta 86)⁴⁷.

⁴⁶ IBÍDEM, p. 889.

⁴⁷ TERESA DE JESÚS, Santa. *Obras completas...*, pp. 952-953.

Nombre de Dios fue uno de los primeros asentamientos castellanos en Tierra Firme, concretamente en la costa panameña. Su posición la convirtió durante décadas en el principal puerto de las «flota de Indias» en el continente, aunque fue perdiendo progresivamente importancia debido a un conjunto de variados factores. Por otra parte, santa Teresa debía tener noticia previa del fallecimiento de Ana Pérez, su cuñada, la esposa de Pedro de Ahumada. Su deceso debió ocurrir posiblemente en 1574, es decir, un año antes de que los hermanos llegaran a Sanlúcar de Barrameda.

La alegría por el regreso de Lorenzo es más comprensible aún cuando se considera que el encuentro fue demorándose durante varios años desde que se anunciara. A comienzos de 1570 ya se encuentra Teresa haciendo todo tipo de preparativos para la llegada anunciada de Lorenzo. Así, en una carta que le escribe a Quito el 17 de enero de 1570, le anuncia algunos de los problemas que tendrá que resolver cuando llegue. En ese sentido, le recomienda que lo mejor que puede hacer es irse a residir a Ávila, porque en dicha ciudad encontrará un buen lugar para vivir y sobre todo para la crianza de sus hijos pues, pondera, hay en la ciudad un colegio de jesuitas, así como universidad en Santo Tomás, para cuando concluyan los estudios menores (Carta 25)⁴⁸. Sin embargo, dos años después, en febrero de 1572, no solo no se ha producido el regreso sino que Juan de Ovalle, su cuñado, ha tenido que trasladarse hasta la Corte para hacer gestiones que lo faciliten. Así se lo cuenta a su hermana en la carta que le envió a Galinduste mencionada más arriba:

Cada día esperaba al señor Juan de Ovalle —como dicen que se había de venir— para que fuese a Madrid, que fuera gran cosa enviar a mi hermano lo que envía a pedir (Carta 37)⁴⁹.

Habrà que esperar otro año para que, en carta enviada a su hermana el 9 de marzo de 1573, le informe de que «podemos tener por cierta ya su venida» (Carta 48)⁵⁰. Aún así, todavía habrían de pasar meses hasta la llegada de Lorenzo en agosto de 1575, cinco años y medio después de que su hermana le recomendase que se asentara en Ávila.

Posiblemente el más conocido escrito entre Teresa y Lorenzo es la carta que la primera envía a Quito el 23 de diciembre de 1561. En la misma, junto a otras cuestiones, le agradece los dineros que a través de ciertos mercaderes envió Lorenzo a su hermana y que le llegaron en un momento providencial: «a tan buen tiempo que para mí han sido harta consolación». En el mensaje Teresa da cuenta de cómo se han distribuido los dineros recibidos según el criterio prescrito por

⁴⁸ TERESA DE JESÚS, Santa. *Obras completas...*, p. 894.

⁴⁹ IBÍDEM, p. 905.

⁵⁰ IBÍDEM, p. 914.

el propio Lorenzo tanto para su hermana Juana como para otros destinatarios. Igualmente, se dice en la misiva que se deberá «poner lo que pudiere en esta obra que es hacer un monasterio». Es decir, Teresa informa explícitamente a su hermano de que el afán fundacional que perseguía va a ser posible gracias a los recursos recibidos. Para que se haga cuenta de cuál es la dimensión del proyecto, Teresa le da cabal explicación del «negocio» en que ella se encuentra y el destino de los recursos recibidos. Si alaba la Santa en su carta a doña Guiomar por su constante apoyo – «porque da mucha parte de la renta, por ahora está sin dineros»–, reconoce que sin el aporte de lo recibido desde Ecuador no sería posible lo que quiere hacer:

Y, cuanto toca a hacer y comprar la casa, hágolo yo; que con el favor de Dios hanme dado dos dotes antes que sea, y téngola comprada, (aunque secretamente, y para labrar cosas que había menester yo no tenía remedio). Y es así que sólo confiando –pues Dios quiere que lo haga– Él me proveerá, concierto los oficiales. Ello parecía cosa de desatino. Viene Su Majestad y mueve a vuestra merced para que lo provea; y lo que más me ha espantado, que los cuarenta pesos que añadió vuestra merced me hacían grandísima falta; y san Josep –que se ha de llamar así– creo hizo no la huviese, y sé que la pagará a vuestra merced (Carta 2)⁵¹.

En todo caso, la relevancia de esta carta no radica exclusiva o fundamentalmente en la constatación del apoyo económico. De hecho, hay varias cartas en las que Teresa se refiere a la cuestión monetaria y que son menos conocidas. Por ejemplo, en otra escrita a su hermana Juana de Ahumada a mediados de diciembre de 1569, le informará de la llegada de dinero de su hermano Lorenzo tanto para invertir en España mientras él sigue en Indias, como para ambas hermanas, lo que hará que su cuñado tenga que trasladarse a Ávila a buscar la cantidad que le corresponde:

¿No ve cómo, aunque no han querido, se han ofrecido cosas necesarias para venir aquí mi hermano? Y aún habrá de venir quizá otra vez por los dineros, aunque podrá ser haver con quien se envíen (Carta 24)⁵².

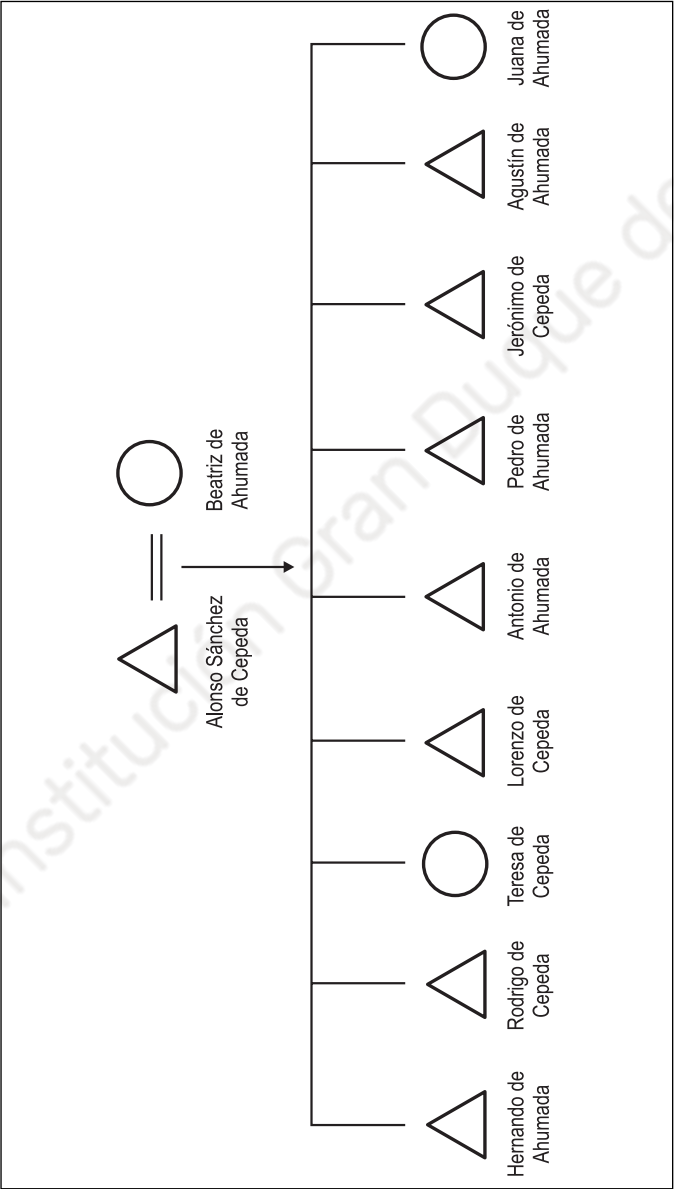
⁵¹ IBÍDEM, p. 866.

⁵² IBÍDEM, p. 890.

Lo relevante de la carta en cuestión, según los más conspicuos teresianólogos, es que confirmaría el cumplimiento de una promesa que san José le había hecho. Es decir, la carta ratificaría que los pasos teresianos habían estado guiados desde su inicio por la providencia divina. Así lo sugirió la propia Teresa en el *Libro de la vida*:

Una vez estando en una necesidad que no sabía qué me hacer, ni con qué pagar unos oficiales, me pareció San Josef, mi verdadero padre y señor, y me dio a entender que no me faltarían, que los concertase, y así lo hice sin ninguna blanca, y el Señor, por maneras que se espantaban los que oían, me proveyó⁵³.

⁵³ IBÍDEM, p. 182.



Árbol genealógico de santa Teresa

3. ¿POR QUÉ SE FUERON A AMÉRICA LOS HERMANOS VARONES DE SANTA TERESA?

Todos los estudios relativos a los fenómenos migratorios aluden a la complejidad y multiplicidad de causas que los desencadenan. No son excepción los que intentan explicar por qué tantas personas abandonaron en el siglo XVI sus casas en la corona castellana para pasar a Indias. Ahora bien, afirmar, sin matización mayor, que algo es complejo no significa desentrañar su significado. Salvo que se explique la forma en que los diferentes elementos de dicha complejidad se disponen para generarla. No hay ninguna información directa que explique por qué todos los hermanos varones de santa Teresa se fueron a Indias. Por tal motivo, su marcha deberá ser explicada atendiendo a esa multiplicidad de factores aludida. Recurrir a la analogía se convertirá en una necesidad que puede completarse, no obstante, con lo que sabemos tanto de la época, y los que en aquellos momentos se trasladaron a América, como con los datos que disponemos acerca de la propia familia. Ahora bien, esto último acrecienta la complejidad del esclarecimiento de tales motivos por cuanto gran parte de las explicaciones realizadas *ex post facto* toman como punto de partida la santidad de la andariega. Es decir, como ya he dicho más arriba, con mucha frecuencia, la ilustración de cuanto aconteció a esta familia se hace desde una posición que fija teleológicamente su destino, y no desde las condiciones mismas de su vida. Ello ha hecho que algunos de estos viajes puedan haberse comprendido como parte imprescindible del proceso hagiográfico, soslayándose aspectos relevantes de los condicionantes de la marcha. Es decir, la pretensión de algunos autores de dar razón de la marcha de los hermanos de santa Teresa a América insistiendo en la necesidad de llevar allende los mares la grandeza de una religión de la que la hermana era digna representante, olvida directamente las circunstancias en

las que estos salieron de Ávila. Tampoco hay, no obstante, unanimidad entre quienes prefieren centrarse en esas condiciones para explicar la marcha pues si unos enfatizan el ansia aventurera y las fortunas que se esperaban encontrar en una tierra de promisión, otros se centran en el deliberado intento de escapar de una situación miserable. Por supuesto, también son frecuentes las interpretaciones que buscan una síntesis de las tres posiciones:

En aquellos días, Ávila enviaba a sus jóvenes más ambiciosos a las Indias como conquistadores. Varios hermanos de Teresa, incluido Rodrigo, quien posiblemente había superado su timidez, hicieron esta larga y peligrosa travesía para luchar por la gloria de la fe y enriquecerse con el oro⁵⁴.

La tensión entre la necesidad de glorias, propias o de la patria, y la extensión de la fe, a la hora de explicar por qué los hermanos de Teresa marcharon a América se observa nítidamente en la señalada obra de Manuel María Pólit. Para este no hay duda de que la situación socio-política y económica que en esos momentos se vivía en España y en Ávila podía impulsar los deseos de abandonar la ciudad:

Motivos especiales empujaban por este camino a los jóvenes avileses, hijos y herederos tal vez de los comuneros que derrotados por el ejército de Carlos V en la célebre jornada de Villalar (23 de abril de 1521), se habían visto privados de sus fueros y privilegios, cuando no de los bienes y la vida. ¿Qué les quedaba, pues, ya que en los ejércitos imperiales de Europa poca esperanza tendrían de medrar, sino el embarcarse e ir a combatir las órdenes de Cortés o Pizarro? La situación política y económica de Ávila, después de la guerra de las Comunidades, su decadencia rápida e irremediable, explica bien el crecido número de emigrantes, como decimos hoy, o de conquistadores, como se llamaban en aquel siglo, que salieron sus almenados muros y navegaron hacia las playas americanas. La elección de Blasco Núñez Vela, hecha por el emperador, para primer virrey del Perú, contribuyó así mismo indudablemente a aumentar la emigración avileña, compuesta en gran parte de gente noble y principal, como lo comprueba entre otras la familia de Santa Teresa⁵⁵.

⁵⁴ MEDWICK, Cathleen. *Teresa de Jesús...*, p. 48.

⁵⁵ PÓLIT, Manuel María. *La familia de Santa Teresa...*, pp. 49-50.

Si a esta situación general que afectaba de modo particular a los abulenses, añadimos la particular por la que la familia de Teresa pasaba, tendríamos una respuesta evidente:

Agréguese el haber venido a menos la fortuna particular de Don Alonso Sánchez de Cepeda, y no causará extrañeza que sus hijos fuesen a formarse la suya en los lejanos pero riquísimos territorios de las Indias⁵⁶.

Aún así, para Manuel María Pólit, no hay duda de que los motivos últimos de la marcha hay que buscarlos en otro ámbito:

Sus hermanos y otros muchos avileses vecinos y coetáneos suyos, sintieron también el atractivo y hechizo que ejercía sobre la juventud española de esa época la fama de las nuevas conquistas; de modo que el deseo de correr aventuras, adquiriendo honores y riquezas, los arrancó del hogar paterno, los arrebató muy lejos de la patria, y precipitó en las colosales y sangrientas empresas de la conquista española⁵⁷.

Y, aunque afirma tajantemente que es la ambición convenientemente excitada lo que torna los viajes tan atractivos, el carácter hagiográfico que preside toda su obra le lleva a situar a los hermanos de la Santa como unos nuevos «cruzados» que, como tantas veces se ha dicho, realizarían la conquista con la cruz y la espada:

El frenesí que entonces se había apoderado de la juventud española, para la cual la conquista de América realizaba todos los ideales sublimes o ambiciones vulgares, que durante siglos se habían saciado en la cruzada contra los moros a que puso término la toma de Granada. Prurito caballeresco de aventuras, codicia de oro, sed de honores y gloria por una parte, es cierto; pero también, por otra, en casi todos, y mucho en algunos, del sentimiento vivo de la fe católica que se proponían propagar cual otros cruzados por aquel nuevo mundo, aunque fuese con la punta de la espada⁵⁸.

Por su parte, Silverio de Santa Teresa vio a los hermanos Cepeda y Ahumada menos movidos por la cruz que por la gloria. Así puede

⁵⁶ IBÍDEM, p. 50.

⁵⁷ IBÍDEM, p. 37.

⁵⁸ IBÍDEM, p. 49.

deducirse de la introducción que hiciera en 1922 a las *Obras* de Santa Teresa publicadas en Burgos. En estas breves páginas, tituladas genéricamente «Al lector», alega que

[...] algunos hermanos suyos habían embarcado para América, siguiendo el ejemplo de muchos hidalgos de Ávila y otras ciudades españolas; pues en aquella época las Indias tenían irresistible atractivo para la juventud más florida de la Patria, que se enardecía con el relato de las hazañas inauditas de los primeros conquistadores⁵⁹.

También en esa misma línea, aunque de forma más discreta y sucinta, Valentín de Santa María, que fuera archivero general de los Carmelitas Descalzos, y José Miguel Miranda insisten en la idea de que los hermanos marcharon en pos de fortuna. Así, el primero afirma en su cronología de la vida de la Santa lo siguiente:

1535. Marcha a América su hermano Rodrigo, el predilecto, sin duda, de la Santa, compañero de sus aventuras infantiles; lo siguen en seguida otros hermanos deseosos también de gloria y fortuna⁶⁰.

Para el segundo, más allá de los posibles errores iniciales en cuanto al número de miembros de la familia, esta

está formada por don Alonso y doña Beatriz y diez hermanos, ocho de ellos varones, de los cuales uno de ellos murió muy joven siendo novicio jerónimo. Los siete hermanos están convencidos de que la conquista del Nuevo Mundo es también un desafío para ellos. Sólo esperan una oportunidad para lanzarse a realizar sus sueños. Y esa ocasión se les ha presentado ahora por fortuna⁶¹.

⁵⁹ SILVERIO DE SANTA TERESA. «Al lector». En: *Obras de Santa Teresa de Jesús*. Burgos: Monte Carmelo, 1954, p. XIII.

⁶⁰ ANTONIO DE SANTA MARÍA. *Dichos y hechos de Santa Teresa de Jesús*. Madrid: Universidad Pontificia de Salamanca: Fundación Universitaria Española, 1983, p. 20.

⁶¹ MIRANDA, José Miguel. «América, familia de Teresa en». En: *Diccionario de Santa Teresa de Jesús*. ÁLVAREZ, Tomás (Dir.). Burgos: Monte Carmelo, 2000, p. 69.

Frente a estas visiones positivas de los viajes de los Cepeda y Ahumada, otros autores enfatizan las negativas condiciones de vida que tenía la familia. Así, Rosa Rossi, en su *Teresa de Ávila. Biografía de una escritora*, afirma que «huían de su condición incierta y de la miseria que les pisaba los talones, ellos, convertidos en pobres por parecer nobles»⁶².

Será, no obstante, Joseph Pérez quien, posiblemente, más claramente afirme que las consecuencias sociales derivadas de la situación de pobreza de la familia de los Cepeda y Ahumada explican la necesidad de partir:

el destino de estos muchachos confirma lo que decíamos anteriormente sobre la situación social de su padre. Se trata de una familia que se ha empobrecido y que ya no cuenta con medios suficientes para vivir de sus rentas y estar a la altura de su rango; como se decía por entonces, de forma muy gráfica: 'sustentar la honra'. Los hermanos de Santa Teresa no tienen relaciones en la Corte o en la buena sociedad; por lo tanto no tienen la oportunidad de entrar al servicio de un grande en calidad de 'criados', es decir, no como domésticos en el sentido que tiene hoy la palabra, sino como 'alimentados', como escuderos y miembros de su casa; como tal, tenías un techo, comida, vestido, más raramente una paga, y compartías la vida del señor; formabas parte de su séquito; lo acompañabas en sus desplazamientos; era una forma de aprender buenos modales y practicar los ejercicios de los caballeros: equitación, caza, torneos..., mientras encontrabas una ocupación más o menos remunerada, pero compatible con tu rango. Los hijos Cepeda, cuya condición social no se presta a estas facilidades, no se resignan sin embargo a la mediocridad; la idea del trabajo manual les repugna; no les queda más recurso que emigrar y partir a la conquista del Nuevo Mundo⁶³.

⁶² ROSSI, Rosa. *Teresa de Ávila...*, p. 32.

⁶³ PÉREZ, Joseph. *Teresa de Ávila...*, pp. 33-34.

Algo semejante plantean Efrén de la Madre de Dios y Otger Steggink en el primer volumen de *Santa Teresa y su tiempo*. Para ellos, los años que precedieron al segundo matrimonio del padre fueron muy fructíferos:

A la sombra de su padre había doblado la hacienda. Los primeros 370.000 mrs eran limpiamente 773.872, a los cuales sumaba otros 400.000 mrs largos, por la dote de su difunta esposa. Así se decía con razón que «era rico e cabdaloso, e por tal era tenido y avido e comúnmente reputado»⁶⁴.

Al nuevo matrimonio tampoco le fue mal pues en la carta de arras firmada el 14 de noviembre de 1509, además de los regalos previos entre los contrayentes, don Alonso entregaba a su esposa «mil florines de oro», en tanto esta aportaba 600.000 mrs en posesiones que, posteriormente, aún se acrecentarían con varias herencias. Sin embargo, poco a poco, los gastos continuos, el mantenimiento a toda costa de su condición de hidalgo, los numerosos criados, etc., fueron disminuyendo su hacienda hasta el punto de que en los últimos años pasó estrecheces. Hacia finales de la década de 1530 y comienzos de la de 1540 el padre de santa Teresa

moralmente estaba hundido, y económicamente, arruinado. De los hijos ninguno tenía carrera ni porvenir, si no era en las aventuras de los conquistadores de Indias. Los tres mayores habían partido años antes. Por aquellas fechas partían otros dos, mientras estaba ella paralítica. Se habían alistado en la expedición de Vaca de Castro, que zarpó de Sevilla en el otoño de 1540. Eran Lorenzo y Jerónimo. Habían seguido al aventurero, naufragaron con él y pasaron las desventuras que se han hecho famosas en los naufragios de Vaca de Castro. A duras penas llegarían medio muertos al puerto de Buenaventura en la primavera de 1541, para unirse después en Quito a Benalcázar. El equipo de ambos supuso un bocado considerable en la fortuna rota del hidalgo abulense, que tenía que salvar las apariencias como si anduviese holgado de bienes, cual siempre había aparecido⁶⁵.

⁶⁴ EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS y STEGGINK, Otger. *Santa Teresa y su tiempo. I. Teresa de Ahumada*. Salamanca: Universidad Pontificia de Salamanca, 1982, p. 55.

⁶⁵ IBÍDEM, p. 296.

De hecho, en 1542 el padre de santa Teresa ya «no tenía con qué pagar, ni cosa que poder vender»⁶⁶.

Es más, tras su fallecimiento el último día de 1543 (24 de diciembre)⁶⁷, al conocerse el testamento, aunque se generaron disputas entre los hermanos de diferentes madres por reclamar los derechos de una u otra, el tamaño de las deudas fue tal que todos estaban gastados. Para entonces, ya hacía tiempo que la mayoría de los hermanos habían partido hacia Indias.

Pero, como reseñaba más arriba, si la complejidad es el elemento definitorio de la migración, es porque la causa de la misma es multifactorial e incluye otros aspectos que pueden pasar ligeramente desapercibidos. Y los Cepeda no escapan a esa condición:

Otra razón empuja a los hermanos de Santa Teresa a partir hacia América: no han estudiado; no tienen ese título de bachiller o de licenciado, incluso de doctor, que permite hacer carrera en la administración, en una profesión liberal o en el clero⁶⁸.

En este sentido, según Joseph Pérez, el único camino que les quedaba a los hermanos de santa Teresa era convertirse en soldados.

De ahí la relevancia de la preocupación de la Santa por sus hermanos, a algunos de los cuales apenas conocía. No se trata solamente, como algunos autores han indicado, de que la marcha de Rodrigo, con quien había compartido juegos, la abocase a una situación de soledad. Más bien, como señala Tomás Álvarez,

Teresa había asistido sólo parcialmente a la formación del hogar. Ya eran muchos cuando ella nació y se agregó a los cuatro o cinco hermanos que la precedieron. En cambio, asistió a la desintegración del hogar: muerte de su madre doña Beatriz, aún muy joven (de apenas 34 años); partida de todos sus hermanos a tierras lejanas, casi todos rumbo a las Indias Occidentales; casamiento de su hermana mayor, que funda hogar propio en Castellanos de la Cañada (provincia de Ávila); noticia de la muerte de su hermano

⁶⁶ IBÍDEM.

⁶⁷ En esa época el 24 de diciembre era el último día del año, pues este comenzaba a contar el día de navidad, 25 de diciembre. Habrá que esperar a 1546 para que un cambio de calendario implique que sea el 1 de enero el primer día del año.

⁶⁸ PÉREZ, Joseph. *Teresa de Ávila...*, p. 34.

menor Antonio en la batalla de Iñaquitos, y de Rodrigo en las Pampas del Cono Sur, tierras del Río de la Plata⁶⁹.

En todo caso, parece muy arriesgado deducir, como hacen algunos autores, que las penurias por las que pasó la familia de Teresa en los últimos años de la vida de su padre, así como las condiciones económicas y sociales que se vivían en Ávila, le llevaron a defender la pobreza como un estilo de vida. Tal afirmación procede de un ilegítimo salto deductivo que, más allá de consideraciones psicologistas, olvida que, en última instancia, «la pobreza no es el elemento principal ni el único en sus monasterios, que es la oración, pero sí es esencial»⁷⁰. Como este mismo autor sugiere, tal es así porque Teresa establece una nítida relación entre ausencia de pobreza y relajación (u ociosidad) en la que la pobreza (espiritual) sería siempre consecuencia de la relajación (moral)⁷¹. Justamente por tal motivo, señalaba su sobrina Teresita de Cepeda, que

No temía la pobreza, sino que la amava. Y a los principios fundava las casas y monesterios sin querer que toviesen renta, sino que biviesen de limosna y della se sustentasen. Pero creçiendo el número, y la pobreza de los lugares, con parecer de personas doctas y graves la admitió en común⁷².

Como claramente se deduce de estas palabras, la visión económica que tiene Teresa de Jesús muda diacrónicamente. Por una parte, en relación con las cuestiones económicas Teresa observa cómo el viaje de Lorenzo y Jerónimo, con todo lo necesario, «bien aderezados de armas e caballos e esclavos e mucho lustre de sus personas»⁷³, empobreció aún más al padre y a quienes con él vivían,

⁶⁹ ÁLVAREZ, Tomás. «Familia de Teresa». En: *Diccionario de Santa Teresa...*, p. 660.

⁷⁰ ÁLVAREZ VÁZQUEZ, José Antonio. «Trabajos, dineros y negocios». *Teresa de Jesús y la economía del siglo XVI*. Madrid: Trotta, 2000, p. 59.

⁷¹ En ese sentido, Teresa iba en contra de lo que defendían la mayor parte de los moralistas de su época que creían que la relajación era efecto de la pobreza.

⁷² SOBRINO CHOMÓN, Tomás. *Procesos para la beatificación de la madre Teresa de Jesús*. 2 v. Ávila: Institución Gran Duque de Alba, 2008, vol. I, p. 70.

⁷³ EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS y STEGGINK, Otger. *Santa Teresa y su tiempo...*, p. 177.

sin que ello hubiera servido para aminorar los padecimientos económicos de algunos de sus hermanos, y luego sus sobrinos, en América. Por otra, esas ideas van transformándose en función de los logros y fracasos de sus conventos y, sobre todo, con la posibilidad de mantener una cierta autonomía, aunque sea a costa de la austeridad. Así lo enfatiza ella en la carta que envía a Lorenzo a Quito en enero de 1570 para dar cuenta de la llegada de sus remesas:

Ya he escrito a vuestra merced cuán a buen tiempo hizo la merced a mi hermana, que yo me he espantado de los trabajos de necesidad que la ha dado el Señor, y halo llevado tan bien, que así la quiera dar ya alivio. Yo no la tengo de nada sino que me sobra todo, y así lo que vuestra merced me envía en limosna, de ello se gastará con mi hermana, y lo demás en buenas obras, y será por vuestra merced. Por algunos escrúpulos que traía, me vino hartó a buen tiempo algo de ello; porque con estas fundaciones ofréncense cosas algunas que —aunque más cuidado trayo y es todo para ellas— se pudiera dar menos en algunos comedimientos de letrados (que siempre para las cosas de mi alma trato con ellos), en fin, en naderías; y así me fue de hartó alivio, por no los tomar de nadie, que no faltaría; mas gusto tener libertad con estos señores para decirles mi parecer, y está el mundo tal de interese, que en forma tengo aborrecido este tener, y así no tendré yo nada, sino con dar a la misma Orden algo quedará con libertad, que yo daré con ese intento; que tengo cuanto se puede tener del general y provincial, así para tomar monjas, como para mudar, y para ayunar a una casa con lo de otras (Carta 25)⁷⁴.

En cualquier caso, preciso es reconocer que Teresa de Cepeda, por ganas o por la fuerza, terminó convirtiéndose en una magnífica administradora que aconseja a sus hermanos y otros parientes cómo aumentar su capital económico y a sus monjas cómo acrecentar el espiritual. Aunque, en ocasiones, obligase a alguno de sus hermanos a tomar decisiones contrarias a lo económicamente razonable por cuestiones ajenas a la economía o plantease métodos radicalmente divergentes en función de los objetivos. Por ejemplo, mientras prohíbe a sus monjas

⁷⁴ TERESA DE JESÚS, Santa. *Obras completas...*, p. 893.

que se endeuden y adquieran nuevos terrenos, propone a Lorenzo, recién llegado de América, que haga lo contrario. No se trata únicamente de que atribuya una lógica diferente a las haciendas espirituales y a las temporales⁷⁵. Más bien, lo que Teresa muestra es un amplio conocimiento acerca de las condiciones económicas generales y particulares del contexto socioeconómico en que deben desenvolverse, tanto de sus familiares como sus monjas.

No en vano su pericia para interpretar los marcos socioeconómicos le permite comprender que los cambios que se estaban operando en su época incluían una radical transformación de la percepción social de la pobreza. Si durante la Edad Media el pobre podía ser visto como una encarnación de Cristo, lo que permitía contemplar la pobreza como «gracia»⁷⁶, en el mundo de santa Teresa la percepción de la pobreza trasciende claramente lo religioso o moral como puede verse claramente en «El debate sobre el tratamiento a los pobres durante el siglo XVI»⁷⁷. Esta nueva perspectiva plantea que la pobreza es

un problema social y político, irresoluble por el procedimiento tradicional de la limosna [...] [es decir] la pobreza ya no era una virtud o la oportunidad de practicar la virtud o la misericordia, sino una desgracia que debía ser identificada claramente para poder resolverla o al menos para evitar el riesgo de desorden social que la mendicidad y el vagabundeo podían provocar tanto en las ciudades como en el campo⁷⁸.

Por eso, en la medida en que los Cepeda se enfrentan a una nueva economía, los hermanos de santa Teresa, como otras muchas familias empobrecidas, verán en la expansión económica que ofrecen las nuevas tierras incorporadas por la Corona una de las posibilidades de soslayar esa situación que se aleja ya mucho de lo virtuoso. Además, en

⁷⁵ ÁLVAREZ VÁZQUEZ, José Antonio. «Trabajos...», p. 66.

⁷⁶ Recuérdese que la «pobreza apostólica» defendida por Guillermo de Ockham y los franciscanos «espirituales» (los conocidos como *fraticelli*) —frente a los «convencionales»—, fue considerada dudosamente ortodoxa cuando no directamente herética tanto por algunos dominicos como por el papa Juan XXII.

⁷⁷ IGLESIA, Jesús de la. «El debate sobre el tratamiento a los pobres durante el siglo XVI». En CAMPOS y FERNÁNDEZ DE SEVILLA, Francisco Javier (Coord.). *La iglesia española y las instituciones de caridad*. San Lorenzo de El Escorial (Madrid): Instituto Escorialense de Investigaciones Históricas y Artísticas, 2006, pp. 5-30.

⁷⁸ ÁLVAREZ VÁZQUEZ, José Antonio. «Trabajos...», p. 73.

el caso de Teresa este reto implicó un cambio de estrategia respecto a las fundaciones de monasterios en la Edad Media. Si, por convicción «espiritual» se optaba por estructuras conventuales «retiradas» en las que las monjas no se sustentarían con el trabajo manual sino con las limosnas entregadas a cambio de la oración, necesariamente los nuevos cenobios habrían de estar donde estas dádivas fueran posibles. Ahora bien, ni de campesinos pauperizados, ni de nobles arruinados y dependientes de las cosechas, podría esperarse gran cantidad. En suma:

En la ciudad era donde había más dinero, tanto más cuanto más importante fuera la ciudad; pero su importancia debía proceder más del comercio y las comunicaciones que de la política, porque era lo que generaba más riqueza y eran los beneficios de los comerciantes de la época —entre el 15% y el 30%— los que podían permitir las mayores limosnas⁷⁹.

Años más tarde, este nuevo modelo social permitirá a Teresa disuadir a Lorenzo de Cepeda de su intento de vender y abandonar La Serna, la finca próxima a Ávila que había adquirido por su consejo al regresar de Ecuador: aunque los gastos de su mantenimiento estaban a punto de arruinar a Lorenzo, Teresa era consciente de que la consideración social de «gran propietario», inherente al de La Serna, suponía un adicional «capital simbólico» que permitiría a su hermano poner su economía al servicio de la adquisición de honra. Justamente aquello que buscaba cuando se tuvo que ir al Perú.

⁷⁹ IBÍDEM, p. 69.

4. LOS HERMANOS VARONES DE SANTA TERESA EN AMÉRICA

Que todos, o la mayor parte, de los hermanos de la Santa se fueron a América es algo que se reitera en la mayor parte de sus biografías. Ahora bien, hasta ahí llegan las coincidencias pues el desacuerdo entre ellas afecta tanto a quiénes viajaron y dónde como, sobre todo, a las fechas de los viajes. Veámoslo, a título de ejemplo, con Hernando de Ahumada.

En la «Cronología de Santa Teresa» que precede a la edición de sus *Obras completas* publicó la B.A.C., E. de la Madre de Dios y O. Steggink creen que habría partido hacia el Perú en 1534. Sin embargo, los mismos, en una obra posterior, *Santa Teresa y su tiempo*, cuestionan esta fecha al indicar que «el hijo mayor, Hernando de Ahumada, hubo de negociar su partida sin demora. Probablemente se sumó a la convocatoria de los hermanos Pizarro en 1531»⁸⁰. Que probablemente fuera con Pizarro también es afirmado por M. de Lara Marcano⁸¹ quien añade que el viaje se realizó cuando contaba con veinte años, por lo que tendría que haber sido en 1529 o, tal vez, en 1530. Con estos datos está de acuerdo Rossi quien reitera que Hernando había viajado con Pizarro, colocando la fecha de tal viaje en 1530. Más afina José M. Miranda⁸², quien, en acuerdo con las precedentes, hace de enero de 1530 el mes en que partió con Pizarro.

⁸⁰ EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS y STEGGINK, Otger. *Santa Teresa y su tiempo...*, p. 174.

⁸¹ LARA MARCANO, Mercedes de. «Hermanos de Santa Teresa de Jesús en el Nuevo Mundo». En: CRIADO DEL VAL, Manuel (Dir.). *Santa Teresa y la literatura mística hispánica. Actas del I Congreso Internacional sobre Santa Teresa y la mística hispánica*. Madrid: EDI-6, 1984, pp. 245-254.

⁸² MIRANDA, José Miguel. «América, familia de Teresa en»...

Sin embargo, M. Auclair⁸³, había afirmado que Hernando se habría embarcado para las Indias en 1532. Por su parte, D. Chicharro en la «Cronología de Santa Teresa»⁸⁴ que añade a la «Introducción» al *Libro de la Vida* apuesta por el año 1534. Posiblemente tanta confusión se habría disipado atendiendo a la propuesta que realizara hace más de un siglo Pólit:

Hernando de Cepeda o de Ahumada, el mayor de los siete, es posible que se juntara al mismo Francisco Pizarro en el año de 1530, cuando éste fue a solicitar facultades y mercedes en la Corte de Madrid, para proseguir la conquista del Perú. Acaso también, y esto es más probable, se trasladó allá en 1534 con Hernando Pizarro; mas es un hecho, según los cronistas carmelitas, que fue uno de los compañeros de Pizarro en la mencionada conquista: tendría a la sazón algo más de veinte años. ¿Hallóse en Cajamarca cuando la captura y muerte del inca Atahualpa? No lo sabemos; pero es verosímil que combatiese en la guerra promovida por el inca Manco, que reivindicaba el imperio de sus mayores. Por lo demás, carecemos de datos sobre su carrera militar hasta que le encontramos de alférez real, en la batalla de Ñaquito, al lado del virrey Núñez Vela, según referiremos más adelante⁸⁵.

Como fuera, una información sobre sus méritos trasladada en 1586

en nombre de Alonso de Ahumada, vecino de la ciudad de San Juan de Pasto, de la Gobernación de Popayán, dice que es hijo natural del capitán Hernando de Ahumada [que] fue uno de los primeros conquistadores y pobladores de aquella gobernación y provincia del Perú⁸⁶.

La determinación de en qué lugares y cuándo estuvieron los hermanos de la Santa no afecta solamente al primero que partió, Hernando, pues algo semejante ocurre con el segundo, Rodrigo,

⁸³ AUCLAIR, Marcelle. *Vida de Santa Teresa de Jesús*. Madrid: Ed. Cultura Hispánica, 1970, p. 348.

⁸⁴ CHICHARRO, Dámaso. «Introducción»..., p. 97.

⁸⁵ PÓLIT, Manuel María. *La familia de Santa Teresa*..., p. 51.

⁸⁶ AGI: PATRONATO, 108. R. 4. Salvo indicación en contra, las referencias de documentos del Archivo General de Indias (en adelante, AGI) que aparezcan en estas páginas están disponibles a través del portal telemático PARES (Portal de Archivos Españoles): <http://pares.mcu.es/>.

quien, en función de la referencia tomada, podría haber fallecido en países tan alejados entre sí como Paraguay y Chile, y con diferencias temporales que superan la década. Lo mismo, más o menos, ocurre con el resto de los hermanos, si bien sobre Lorenzo, Agustín y, en menor medida, Jerónimo, disponemos de una mayor documentación oficial debido a que ostentaron diversos cargos públicos. En última instancia, el problema al que nos enfrentamos es la ausencia de datos suficientemente contrastados y, consecuentemente, la proliferación de conjeturas que son reiteradas acríticamente con el paso del tiempo. Por tal motivo, en las páginas que siguen, voy a intentar trasladar lo que de cada uno de ellos se conoce de forma relativamente independiente. Es decir, en la medida en que sea posible, tomaré a cada uno de los hermanos que viajaron a América con independencia de los otros. Desde un punto de vista estrictamente narrativo ello puede generar algunas oscilaciones cronológicas e, incluso, alguna repetición. No obstante, tras hablar de Rodrigo, dedicaré un epígrafe previo a la batalla de Iñaquito acontecida en 1546 y en la que se vieron envueltos de manera conjunta Hernando, Lorenzo, Jerónimo, Antonio y, según algunos autores, Agustín. W. T. Walsh⁸⁷, también ubica en la misma a Rodrigo pero es altamente improbable que tal hubiera sucedido, aunque lo repitan otros autores como Jorge Papasogli⁸⁸ o J. M. Miranda⁸⁹, entre otros.

⁸⁷ WALSH, W. T. *Santa Teresa de Ávila* [1942]. Madrid: Espasa-Calpe, 1968, p. 53.

⁸⁸ PAPASOGLI, Giorgio. *Santa Teresa de Ávila*. Madrid: Ediciones Studium, 1957.

⁸⁹ MIRANDA, José Miguel. «América, familia de Teresa en»..., p. 74.



Lugares en que estuvieron los hermanos de santa Teresa (DINA SÁNCHEZ, en *La Aventura de la historia*, 2015, 196 (año 17), p. 70)

5. RODRIGO EN EL RÍO DE LA PLATA

No es Rodrigo ni el mayor de los hermanos de santa Teresa ni tampoco el primero que partió hacia América. Sin embargo, lo presento en primer lugar porque, mientras todos sus hermanos, partieron hacia el virreino del Perú, él tomó un rumbo diferente. Cabe la posibilidad de que concluyera en las mismas tierras que vieron las peripecias de sus hermanos. Si así es, no hay documentación que lo pruebe aunque son numerosos los estudios que lo afirman.

Rodrigo de Cepeda, el hermano del que se reitera que jugaba con Teresa a marchar a «tierra de moros», se embarcó en la expedición que al Río de la Plata dirigía el adelantado Pedro de Mendoza. La misma, compuesta por un indeterminado, pero numeroso, grupo de personas salió de Sevilla el 3 de agosto de 1535 y de la costa peninsular, en concreto de Sanlúcar el 24 del mismo mes. Su partida está verificada en el catálogo de asientos de pasajeros que incluye a «Rodrigo de Cepeda, hijo de Alonso Sánchez de Cepeda y de doña Beatriz de Ahumada, vecinos de Ávila, al Río de la Plata», en la fecha indicada⁹⁰. Sabemos también que, antes de embarcar, juraron que no era «de los prohibidos» otros dos hidalgos abulenses que también irían en la misma expedición: Pedro de Valderrábano y Agustín del Águila.

Afortunadamente, contamos con todos los pormenores de este viaje gracias a Ulrich Schmidel, un soldado alemán que embarcó en dicha expedición. Schmidel publicaría en Alemania en 1567 un detallado informe titulado *Wahrhaftige Historien. Einer Wunderbaren Schifffahrt / welche Ulrich Schmiedel von Straubing / von Anno 1534 biß Anno 1554 in Americam oder Neuwewelt / bey Brasilia und Rio della Plata gethan*, usualmente conocido como *Viaje al Río de la Plata* o, con

⁹⁰ AGI: CONTRATACIÓN, 5536, L. 3, F. 364 (6).

más propiedad, *La Admirable navegación realizada por el Nuevo Mundo entre Brasil y el Río de la Plata entre los años 1534 al 1554*. Lamentablemente, Schmidel no nombra en ningún momento a Rodrigo, lo que tampoco ha de extrañar habida cuenta del tamaño del grupo que distribuidos en 14 navíos incluía a 2.500 hombres entre los que habría 150 soldados alemanes, holandeses y sajones. Otras crónicas, no obstante, disminuyen notablemente el número dejándolo, sin tener muy claro por qué, en 800, 1.300 o 1.500⁹¹.

Con más o con menos, eran los suficientes, y bien armados, como para que la travesía no fuera tan calmada como esperaban sus promotores. Las relaciones entre los viajeros comenzaron a deteriorarse mucho antes de la llegada que se demoró más de lo previsto: tras una larga escala en Canarias, dos meses después de partir de Sanlúcar todavía estaban en las islas de Cabo Verde esperando a cruzar el océano. Las disputas en alta mar se sucedieron hasta el punto de que, al vislumbrar tierra a fines de noviembre de ese mismo año en

⁹¹ En la capitulación del 21 de mayo de 1534 por la que el rey nombraba adelantado a Pedro de Mendoza y en la que se fijaban los detalles de la expedición, salarios, costes, rentas, edificaciones, etc., se decía que «por quanto vos don Pedro de Mendoça, mi criado y gentil hombre de mi casa me hizistes relación que por la mucha voluntad que tenéis de nos seruir y del acrescentamiento de nuestra Corona Real de Castilla os ofrecéis de yr a conquistar y poblar las tierras y prouincias que hay en el Río de Solís que llaman de la plata donde estuvo Seuastián Caboto y por allí calar y pasar la tierra hasta llegar a la Mar del Sur y de lleuar de estos nuestros reynos a vuestra costa y misión mil hombres los quinientos en el primer viaje en que vos hauéis de yr con el mantenimiento necesario para vn año y cient cavallos y yeguas y dentro de dos años siguientes los otros quinientos hombres con el mismo vestimento y con las armas y artillería necesaria, así mismo trauajareis de descubrir todas las yslas que estuvieren en paraje de dicho Río de vuestra gouernación en la dicha Mar del Sur en lo que fuere dentro de los límites de nuestra demarcación todo a vuestra costa y misión sin que en ningún tiempo seamos obligados a vos pagar ni satisfacer los gastos que en ello hiziéredes más de lo que en esta capitulación vos sera otorgado y me suplicásteis y pedisteis por merced vos hiziese merced de la conquista de las dichas tierras y prouincias del dicho Río y de las que estuviessen en su paraje y vos hiziese y otorgasse las mercedes y con las condiciones que de suyo serán contenidas sobre lo qual yo mande tomar con vos el asiento y capitulación siguiente [...] ítem, que vos el dicho don Pedro de Mendoza, seáis obligado de llevar á la dicha tierra un médico y un cirujano y un boticario, para que curen los enfermos que en ella y en el viaje adolecieren, [...]. Otro sí, vos daremos licencia, [para que] podáis llevar y llevéis á las tierras y prouincias de vuestra gouernación, doscientos esclavos negros, la mitad hombres y la otra mitad hembras, libres de todos derechos á Nos pertenecientes».

Río de Janeiro, un grupo numeroso de los expedicionarios, ignoro si también Rodrigo, convirtió las playas en improvisado cadalso en las que el propio adelantado Mendoza mandó ahorcar a su maestre de campo y segundo al mando, el abulense Juan de Osorio. Tras prolongarse la escala en Río de Janeiro dos semanas, las naves se volvieron a hacer a la mar en dirección al Río de la Plata.

Allí llegaron en los primeros días de 1536. Tocaron tierra en la costa oriental, donde hallaron un pueblo, los charrúa, con quienes apenas pudieron contactar pues ante su presencia optaron por la desbandada. Volvieron a embarcar hacia la costa occidental, donde tuvieron que enfrentarse con los querandi, con gran escarmiento para ambas partes, según Schmidel. Finalmente, a comienzos de febrero de 1536, el día dos o el tres, según las fuentes, se tomó posesión de un lugar donde se comenzó a construir un asentamiento que Mendoza llamaría Puerto de Nuestra Señora Santa María del Buen Aire⁹². Así pues, era Rodrigo de Cepeda uno de los que se encontró en esa primera fundación de la ciudad bonaerense.

Si de tal acontecimiento no hay duda, no sabemos con certeza en qué sucesos participó desde entonces. Las conjeturas se originan porque los padres bolandistas, al indagar en la vida de santa Teresa, afirmaron que Rodrigo de Cepeda había muerto ahogado en el Río de la Plata al poco de llegar a aquellas tierras, hecho que ha sido, posteriormente, reiterado por muchos autores. Sin embargo, parece más que dudoso que su muerte fuera tan temprana ya que

lo vemos con Mendoza en Buena Esperanza después que Ayolas hubo fundado *Corpus Christi* y vuelto a Buenos Aires en busca del adelantado.

Tal vez hay permanecido en esta ciudad con don Pedro y haya ido con él a *Corpus Christi* y lo haya acompañado, además, en la fundación del fuerte Buena Esperanza, próximo a Corpus Christi, a mediados de 1536. [...]

Lo que no se discute es en lo que nos refiere Ruy Díaz de Guzmán: que tomó

⁹² La primera fundación de Buenos Aires coincidió con la festividad de la Candelaria, lo que explica el nombre de la ciudad. Nuestra Señora del Buen Aire, también conocida como *Madonna di Bonaria* era una advocación de la Virgen María muy popular entre los marineros españoles que surcaban el Mediterráneo y que la tenían entonces por patrona. Su culto estaba ligado a la iglesia mercedaria de Bonaria, en Cagliari, en Cerdeña donde con este nombre se venera a una imagen de Nuestra Señora de la Candelaria.

parte en la expedición que Mendoza despachó desde Buena Esperanza, el 14 de septiembre de 1536, en busca de la Sierra de la Plata⁹³.

Antes de partir en esta expedición, Rodrigo de Cepeda habría sufrido el hambre, como todos los españoles que estaban allí, como consecuencia de un ataque a la ciudad llevado a cabo por los pueblos originarios que con el ánimo de resistir a la presencia de los conquistadores la tuvieron asediada en el mes de junio. La referida expedición habría remontado el Paraná para explorar los alrededores del río. No puede olvidarse, al respecto, que uno de los objetivos que Mendoza se había trazado era el de lograr establecer una vía de comunicación estable con el virreinato del Perú. Por tal motivo, el grupo, compuesto por tres naves, tomó dirección norte, hacia las tierras que hoy son Paraguay. Al llegar al punto 21° de latitud sur, los exploradores se detuvieron y establecieron un fuerte al que llamaron Candelaria, por ser ese el día en que se encontraban, lo que quiere decir que ya hacía un año que habían llegado. Desde ese fuerte, nuevamente los expedicionarios se dividirían en varios grupos. El mayoritario, bajo el mando de Juan de Ayolas, tomó el camino del Chaco y, posiblemente, en él iba Rodrigo de Cepeda⁹⁴.

Según Enrique de Gandía, esta expedición al Chaco había sido ignorada por los historiadores, lo que había llevado a que autores como Pólit u otros cometieran grandes errores

como los de creer que Ayolas fundó la Asunción, que Rodrigo halló-se presente en la fundación, que Ayolas se había internado en el Pilcomayo, y no sabía si Rodrigo lo había acompañado o se había quedado con Irala⁹⁵.

⁹³ GANDÍA, Enrique de. *Historia de Alonso de Cabrera...*, p. 224.

⁹⁴ De Gandía (1936. 226) lo da por cierto basándose en Ruy Díaz de Guzmán quien, según su criterio, lo llama «tres veces, equivocadamente Luis Pérez de Ahumada y Luis Pérez de Cepeda, 'hermano de Santa Teresa de Jesús'». Puede, no obstante, que Ruy Díaz de Guzmán no se equivocara porque en la expedición de Mendoza también viajaba «Luis Pérez, hijo de Francisco Pérez y de Catalina González, vecinos de Albuquerque» (AGI: PASAJEROS, L.2, E. 1440).

⁹⁵ GANDÍA, Enrique de. *Historia de Alonso de Cabrera...*, p. 226.

Al parecer, Ayolas habría cumplido con su objetivo de llegar a la Sierra de la Plata, en las primeras estribaciones de los Andes,

donde los indios chane le dieron grandes cantidades de plata y de oro que recibían de los indios del Perú. Rodrigo de Cepeda vio aquel ensueño materializado y comprendió que las ilusiones, en la vida, algunas veces tienen su realización. Ayolas emprendió entonces el camino de retorno para volver a donde debía esperarlo Irala y bajar con él a Buenos Aires, a dar la buena nueva a Pedro de Mendoza; para asegurar su regreso construyó un pequeño fuerte en la tierra de los indios chane y dejó en él a unos quince españoles entre los que se hallaba Rodrigo de Cepeda. Estos hombres debían esperar a Ayolas hasta su vuelta y servir como rehenes de los chane que acompañaban a Ayolas en su viaje al río Paraguay⁹⁶.

Por tanto, según esta versión, en contra de lo sugerido por algunos historiadores, Rodrigo no habría perecido con Ayolas en el fuerte de la Candelaria cuando, desnutridos y sin armas, regresaron a un fuerte que se hallaba abandonado. Los payaguas, viendo el estado de la gente de Ayolas decidieron vengar en el contingente los malos tratos infringidos por Irala, matando a todos los españoles, si bien dejaron marchar a los chane que les acompañaban. Así pues, Rodrigo de Cepeda, con otros 14 españoles, habría aguardado como prisionero en el Chaco. Diez años después, en 1548, pocos días antes de que Domingo de Irala llegara al lugar en que se hallaban, los indígenas decidieron acabar con los tres supervivientes españoles que quedaban para evitar que rebelaran el maltrato sufrido. Sin embargo,

la historia de Rodrigo de Cepeda, como en una narración fantástica, no termina con este final doloroso. Sin que sepamos cuándo, ni cómo, Rodrigo consiguió huir del fuerte y del poder de los indios. Solo, o tal vez acompañado por algún otro conquistador, anduvo vagando por los llanos de los tamacocis, cruzó la cordillera de los chiriguano y entró en el Perú donde se encontró con los españoles que habían hecho su conquista desde el Pacífico. Rodrigo de Cepeda fue el primer hombre que cruzó el continente sudamericano, a través del Chaco, desde el

⁹⁶ IBÍDEM, p. 227.

Océano Atlántico al Océano Pacífico, y en el primero que hizo conocer en el Perú la empresa de Mendoza y el viaje de Ayolas⁹⁷.

Según De Gandía, no se sabe mucho de él después, salvo que parece ser que «murió en combate contra los araucanos en Chile, el 10 de agosto de 1557»⁹⁸, hecho que vendría probado por figurar así en la *Historia General del Reyno de Chile* escrita por Diego de Rosales entre 1645 y 1673. No obstante, hay que señalar que Rosales indica que en dicha batalla «salieron muchos españoles heridos», entre los cuales se nombra a Alonso de Ercilla y un «Rodrigo de Ahumada», que cabe la posibilidad que sea el hermano de santa Teresa o quién sabe.

Ciertamente, la historia parece fantástica pero, de todos modos, su final ha sido repetido por varios autores. Así, por ejemplo, Lafuente Machaín⁹⁹ nombra a Rodrigo de Cepeda de quien dice lo siguiente:

Expedicionario con Mendoza. Hidalgo. Nacido por 1511. Formó parte del contingente que acompañó al capitán Juan de Ayolas al Norte y entró con él en el Chaco. Parece que regresó luego, hasta el Paraguay, donde fue muerto por los payaguaes. Otra versión le daba por queda en una casa fuerte hecha entre los chanés, con algunos compañeros.

Por su parte, Jorge Papasogli¹⁰⁰ señala lo siguiente:

Luego lo vemos como compañero de viaje de Juan de Ayolas sobre los ríos Paraná y Paraguay, y podemos deducir que asistiría a la fundación de Asunción, capital de Paraguay. Entonces comenzó el periodo más duro de su vida colonial pues en 1537, en compañía del citado Juan de Ayolas, se dirigió a la región de Xarayes y allí intervino en durísimas batallas contra los indios, en las cuales perdieron la vida la mayor parte de los soldados españoles de Irala y Ayolas. Rodrigo se salvó, pero continuó luchando contra grupos aislados de indios, hasta tomar parte, en 1546 en la famosa batalla de Iñaquito, en compañía, nada menos, que de cuatro hermanos suyos. Diez años más tarde, el 10 de agosto de 1557, después de haber

⁹⁷ IBÍDEM, p. 229.

⁹⁸ IBÍDEM.

⁹⁹ LAFUENTE MACHAÍN, Ricardo. *Los conquistadores del Río de la Plata*. Buenos Aires: Ayacucho, 1943, p. 147.

¹⁰⁰ PAPASOGLI, Giorgio. *Santa Teresa de Ávila...*, p. 40.

escalado la cordillera andina y penetrado en Chile, murió luchando al lado de su hermano Agustín contra los araucanos.

W. T. Walsh¹⁰¹ se suma a esta idea asumiendo también la participación de Rodrigo en Ñaquito:

Luchó él valientemente en nombre de su rey al lado del cuarto de sus hermanos en la terrible batalla de Ñaquito en 1545, y fue muerto, después de una brillante carrera, en 1557.

Más escueta, la cronología de Marcelle Auclair¹⁰², señala simplemente: «1557. Muere Rodrigo en Chile». José Miguel Miranda¹⁰³, por su parte, indica que Rodrigo

Habría estado en la fundación de Buenos Aires, en la de Asunción y habría pasado con Juan de Ayolas hacia el Uruguay en un intento de llegar al imperio inca. Más tarde estuvo en Ñaquito y de allí pasó a Chile donde moriría en enfrentamiento con los «araucanos el 10 de agosto de 1557.

Más recientemente, Joseph Pérez¹⁰⁴ indica, sin más, que Rodrigo «morirá el 10 de agosto de 1557, peleando con los araucanos de Chile».

La interpretación de De Gandía que ha servido de base para tantas otras, se inició a partir de una breve nota a pie de página escrita por Pablo Pastells en 1919 dentro de un largo prólogo a un libro de Roberto Levillier sobre la organización de la iglesia. Pastells, al hablar de la muerte del adelantado D. Pedro de Mendoza, señalaba que el emperador había emitido varias cédulas pidiendo que partiese socorro hacia quienes se encontraban conquistando el Río de la Plata. Así, habría ordenado al veedor Alonso de Cabrera que nombrase como sucesor a quien

según su conciencia fuese el más a propósito para desempeñar aquel cargo, como así se hizo; porque habiéndose fundado en este intermedio el fuerte y ciudad de la Asunción por los capitanes Salazar e Irala,

¹⁰¹ WALSH, W. T. *Santa Teresa de Ávila...*, p. 53.

¹⁰² AUCLAIR, Marcelle. *Vida de Santa Teresa...*, p. 349.

¹⁰³ MIRANDA, José Miguel. «América, familia de Teresa en...», p. 74.

¹⁰⁴ PÉREZ, Joseph. *Teresa de Ávila...*, p. 32.

respectivamente, e internándose Ayolas en la región contigua al lado de los Xarayes, fue muerto con casi todos sus compañeros por los payaguas y elegido Irala interinamente por gobernador, hasta que llegase el propietario enviado por el Emperador¹⁰⁵.

Para explicar que no todos los que estaban con Ayolas habían muerto, Pastells escribe una nota a pie de página que dice lo siguiente:

Digo casi todos, porque entre los pocos que se libraron fue uno Rodrigo de Cepeda, quien logró traspasar la cordillera de Chile y fue muerto en un combate habido con los araucanos el 10 de agosto de 1557, el mismo día en que Felipe II ganara la batalla de San Quintín¹⁰⁶.

No obstante, a pesar de la contundencia de estas afirmaciones, autores como Efrén de la Madre de Dios y Otger Steggink¹⁰⁷ dejan abiertas todas las posibilidades. Tras contar que Ayolas partió hacia el Chaco dejando a 33 hombres al mando de Domingo de Irala en dicho lugar señalan que «aquí se pierde el rastro de Rodrigo de Cepeda». Y, a continuación, señalan que, según algunos autores, habría muerto en dicho lugar, pero que hay otros para los que Rodrigo logró huir cruzando los Andes para morir, tras sufrir el ataque que sufrieron de los indios payaguaes, en combate contra los araucanos en 1557. No son los únicos que se han mostrado cautos al respecto porque otros, como Tomás Álvarez¹⁰⁸, no se han comprometido ahorrándose decir la fecha y el lugar preciso, al señalar que la muerte de Rodrigo aconteció «en las Pampas del Cono Sur, tierras del Río de la Plata».

Frente a estas prudentes posiciones, desde Pólit hasta nuestros días, varios autores han afirmado rotundamente que la muerte de Rodrigo se produjo en los primeros años de su arribo a tierras

¹⁰⁵ PASTELLS, Pablo. «Prólogo». En: LEVILLIER, Roberto. *Organización de la Iglesia y Órdenes Religiosos en el Virreinato del Perú en el siglo XVI. Documentos del Archivo de Indias*. Madrid: Sucesores de Rivadeneira, 1919, p. XXXV.

¹⁰⁶ IBÍDEM, p. XXXVn.

¹⁰⁷ EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS y STEGGINK, Otger. *Santa Teresa y su tiempo...*, p. 176.

¹⁰⁸ ÁLVAREZ, Tomás. «Familia de Teresa»..., p. 660.

sudamericanas, lo que le habría impedido estar en la Araucanía. Así, señala que

éste [Rodrigo] tomaría parte en el sangriento combate con los indios el día de *Corpus Christi*, 15 de junio de 1536, en que pereció don Diego de Mendoza [hermano de Pedro que iba como almirante de la expedición]. Fue designado en seguida para acompañar a Juan de Ayolas en la expedición que, remontando, hasta la confluencia del Paraná y el Paraguay, subió luego por este último río y fundó, el 15 de agosto, la villa de Asunción, futura capital de una república¹⁰⁹.

Posteriormente, el autor ecuatoriano pasa a describir el diferente rumbo de los dos grupos, el que remontó el río Pilcomayo, en dirección al Chaco, y el que, con Martínez de Irala se quedó en el fuerte, para afirmar a continuación que

con cuál de los dos estuviera Rodrigo de Cepeda, es incierto; mas desgraciadamente en ese mismo año de 1536 o en el siguiente, fue muerto en algún combate de los que hubieron de sostener entrambos jefes contra los feroces indios payaguas¹¹⁰.

En todo caso, Pólit, aunque asegura no saber exactamente la fecha en que falleció Rodrigo, dice que la noticia

llegó a España unos meses después, y llenó de pesar el corazón de Teresa, que sin embargo, se consolaba, considerando que su hermano querido había muerto mártir, en el empeño de propagar la fe y la religión católica¹¹¹.

Esto le obligará presentar una consideración general sobre el «martirio» para terminar acudiendo a los bolandistas y señalar que no se trata de un verdadero martirio, sino de «martirio similitudinario».

¹⁰⁹ PÓLIT, Manuel María. *La familia de Santa Teresa...*, p. 53.

¹¹⁰ IBÍDEM.

¹¹¹ IBÍDEM, p. 54.

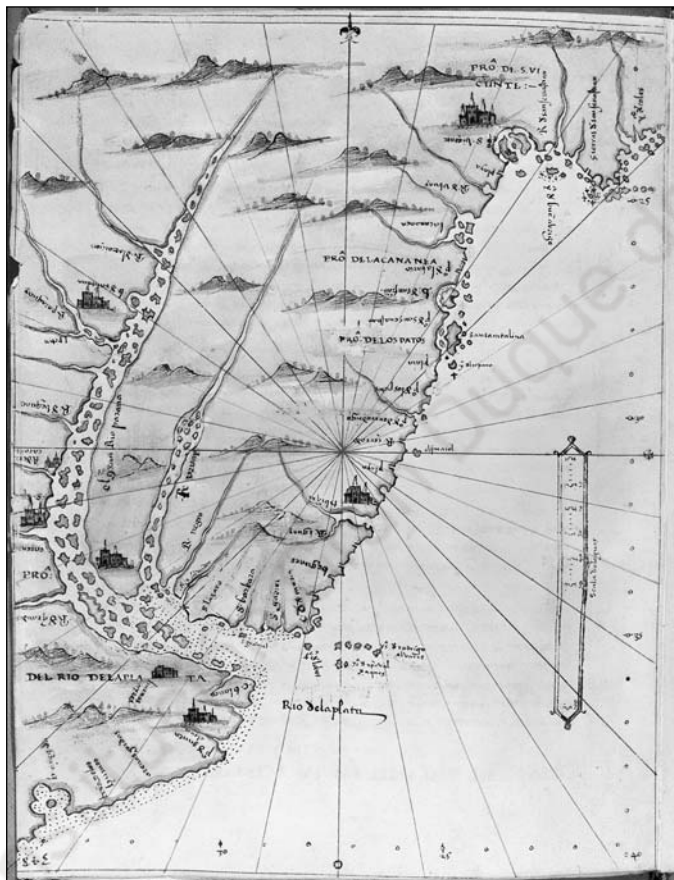
La idea de que pudo morir al poco de llegar, también ha sido defendida por Silverio de Santa Teresa¹¹² quien afirma que

Rodrigo salió para América en septiembre de 1535 y murió al año siguiente, o el 1537, luchando contra los indios payaguas, en tierras que baña el río de la Plata, hacia el desierto del Chaco. Había nacido en 1511, y profesaba tanto cariño a su hermana Teresa que, al partir para las Indias, renunció en ella su legítima.

En esta misma línea se expresa De Lara Marcano¹¹³ al aseverar que Rodrigo murió con 25 años, es decir, en 1936, en la «expedición de Ayolas, en feroz combate con los indios paraguayas».

¹¹² SILVERIO DE SANTA TERESA. «Al lector». En: *Obras de Santa Teresa de Jesús*. Burgos: Ed. El Monte Carmelo, 1954, p. 4.

¹¹³ LARA MARCANO, Mercedes de. «Hermanos de Santa Teresa...», p. 247.



Rodrigo de Cepeda participó en la fundación de Buenos Aires (Argentina). En la imagen, mapa del Río de la Plata, por Alfonso de Santa Cruz (ARCHIVO ORONÓZ)

6. LOS CEPEDA Y AHUMADA EN IÑAQUITO

Decía en el siglo XIX Jiménez de la Espada¹¹⁴ en sus *Relaciones geográficas* que hay un lugar en las proximidades de Quito, en el actual Ecuador, que

Hoy le llaman al prado Iñaquito; no sé si éste es el propio nombre o corrupción, bien de Añaquito, Quito, el hermoso o hermosura de Quito; o bien Aunanquito o Hananquito, Quito alto o de arriba, porque la antigua ciudad, estaba dividida en dos barriadas, Hanan Quito y Urin Quito, con el Cozco.

Pues bien, la batalla acontecida en enero de 1546 en dicho lugar, que indistintamente se ha denominado Añaquito o Iñaquito, marca una línea divisoria en el acontecer de la aventura americana de parte de los Cepeda y Ahumada. Allí dejaría su vida Antonio mientras otros de sus hermanos comenzaron, aunque malheridos y derrotados, a cimentar una posición social que con el paso del tiempo se consolidaría hasta convertirlos en parte de las élites locales de las poblaciones en que habitaron.

El 5 de noviembre de 1540 los hermanos Lorenzo y Jerónimo de Cepeda partieron en la expedición que llevaba a Cristóbal Vaca de Castro como presidente de la Audiencia de Panamá con facultades de «juez pesquisidor» para, luego de averiguar las causas de las guerras entre españoles que assolaban los territorios peruanos, tomar las decisiones correspondientes. Esperaban, entre otras cosas, Lorenzo y Jerónimo, poder reunirse con su hermano Hernando quien, a decir de J. M. Miranda habría desembarco, «en cabalgadura propia como hidalgo nacido en Ávila», en 1532 en «San Miguel de Piura», la ciudad sita en el noroccidente de Perú, en las cercanías de la

¹¹⁴ JIMÉNEZ DE LA ESPADA, Marcos. *Relaciones geográficas...*, vol. I, p. 23.

actual frontera entre este país y Ecuador, que ese mismo año fundara Francisco Pizarro. La singladura oceánica de los diecisiete navíos que conformaban la expedición de Vaca de Castro pasó por múltiples vicisitudes que la llevaron a arribar al puerto de Santo Domingo el 30 de diciembre, aunque su inicial destino era San Juan (de Puerto Rico). En enero de 1541 se volvieron a hacer a la mar para llegar a Panamá en febrero de ese mismo año. Desde aquí, por la costa del Pacífico, partieron un mes después con destino al Perú. Sin embargo, el temporal provocó el naufragio de varios barcos enviándolos hacia la costa por lo que finalmente desembarcaron en la ciudad de Buenaventura, fundada pocos meses antes en la costa de la actual Colombia. Desde allí, prosiguieron por tierra hasta Popayán pasando previamente por Cali. Así pues, el viaje hasta el Perú de Lorenzo y Jerónimo no pudo ser más azaroso. Poco sería esto para lo que les esperaba en tierra.

Lo que allí encontraron fue un territorio inmenso totalmente devastado por una incontable sucesión de guerras que se mantendrían todavía durante décadas y en las que les tocaría participar. Si cuando los primeros españoles llegaron al Tahuantinsuyo, el imperio incaico, sus moradores peleaban entre sí en una de sus disputas ritualizadas, pero no por ello menos sangrientas, entre «arriba» y «abajo», la llegada de los conquistadores propició un sinfín de combates de resistencia contra los invasores. El primer movimiento de resistencia tuvo como protagonista a Rumiñahui, uno de los generales de Atahualpa en Cajamarca, quien aguantó con su ejército hasta caer en Quito en 1535. A principios de 1536 Manco, el Inca que había sido colocado como títore por los españoles, se rebeló ayudado por su tío Tisoc y atacó Cuzco aprovechando la dispersión hispana por un territorio de tan vastas dimensiones: parte de los españoles se habían ido hacia Chile, Pizarro se dirigía a fundar lo que después sería Lima y otra parte se hallaba recorriendo el país en busca de oro. Como consecuencia del levantamiento, la rebelión se generalizó por todo el territorio pero, especialmente, en Cuzco donde varios españoles fueron apresados y obligados a enseñar el manejo de las armas de fuego y la pólvora. Pronto, sin embargo, el ejército incaico dejó de atacar para dedicarse a la labranza de los campos y combatir así al que había sido su enemigo tradicional: el hambre. Esta retirada que, no obstante, no finalizó unas disputas que se prolongarían durante décadas, hizo que

los conquistadores pudieran consolidar su posición. Finalizada la «conquista» no hubo que esperar mucho para que los invasores se enzarzasen en interminables disputas por el control y reparto de los territorios ocupados. Las diferencias entre Francisco Pizarro y Diego de Almagro pronto dejaron de ser meramente personales y una disputa por la frontera que había de delimitar la gobernación de Nueva Castilla, gobernada por Pizarro, y la que al sur de esta, Nueva Toledo, debía administrar Almagro, terminó por definir dos bandos irreconciliables que, mutuamente, se acusaban de traición. Almagro, tras su fallida expedición a Chile en busca de riquezas, aprovechó el levantamiento inca para apoderarse en 1537 del Cuzco, que, según su criterio, debía estar en su gobernación. Este hecho se convirtió en el detonante de una cruel guerra entre sus partidarios y los de Pizarro. A partir de ese momento, batallas y escaramuzas se sucedieron ininterrumpidamente. Tras numerosos avatares, un año después, ambos ejércitos se enfrentaron en las proximidades de Cuzco, en la denominada batalla de las Salinas. Las tropas almagristas fueron derrotadas y aunque su líder huyó, fue apresado, y tras juicio, degollado en la plaza pública, en ausencia de Pizarro. La disputa no concluyó aquí pues el hijo de Almagro, conocido como Almagro «el Mozo», con algunos de sus partidarios, logró en junio de 1541 que la muerte de su padre fuera vengada dando muerte a Francisco Pizarro. Tras la muerte de éste, los almagristas nombraron a Diego de Almagro «el Mozo» Gobernador del Perú, lo que de facto suponía desconsiderar la autoridad del recién llegado Vaca de Castro, a quien acompañaban Lorenzo y Jerónimo.

Así pues, si el viaje de los hermanos de Teresa no fue bueno, nada más llegar a su destino hubieron de aprestarse a la batalla contra otros españoles. En el avance de Vaca de Castro hacia Lima, a donde llegaría en agosto de 1542 luego de haber pasado por Piura y Trujillo, se le adhirieron numerosos grupos pizarristas que reafirmaban su lealtad al enviado de la Corona contra las pretensiones de «el Mozo». Finalmente, el ejército comandado por Vaca de Castro, en el que posiblemente iban Hernando de Ahumada y Lorenzo y Jerónimo de Cepeda, derrotó al de Almagro en la batalla de Chupas, en septiembre de 1542, siendo este último capturado y decapitado, luego de un juicio en el que se le condenó a muerte por traidor.

Mientras esto ocurría en tierras peruanas, las denuncias presentadas por Bartolomé de las Casas y otros dominicos ante la corte

española, habían hecho suficiente mella como para que esta terminase por aprobar las denominadas «Leyes Nuevas». Disponían estas, entre otras cosas, la supresión del carácter hereditario de las encomiendas de indios repartidas entre los conquistadores, así como la supresión del servicio personal de los indios¹¹⁵. Tal decisión, considerada por los encomenderos como una injusticia y una arbitrariedad que pretendía arrebatarles lo que consideraban fruto de su esfuerzo, suscitó una inmediata reacción de estos que amenazaron con tomar las armas para defender sus privilegios. Sordo a estas reacciones, el emperador nombró a Blasco Núñez Vela virrey del Perú con el mandato expreso de, con la ayuda de la Audiencia de Lima, hacer cumplir tales disposiciones. Vecinos suyos al cabo, fue concertado que a su expedición se incorporaran Antonio y Pedro de Ahumada, dos de los hermanos de la santa andariega que aún estaban en Ávila. Sin embargo, la grave enfermedad del padre, quien de hecho fallecería al poco tiempo, hizo que estos prefirieran mantenerse a su lado, en lugar de viajar con el virrey:

partía con su mujer, doña Brianda de Acuña, y su hermano, Francisco Vela Núñez, padrino que era de doña Teresa, el cuñado, Diego Álvarez del Cueto, y gran número de abulenses que tenían gran cabida con el nuevo virrey. Pero aquella famosa expedición tenía que partir y en efecto partió antes del fallecimiento de don Alonso, y los hijos prefirieron

¹¹⁵ En los nuevos territorios se había generado un estado social difícilmente reversible en el que cualquier colono aspiraba a tener una encomienda que le asegurase una renta desahogada y que, conforme al ideal medieval prácticamente extinto, pudiera dejar en herencia a sus hijos. Sin embargo, las *Leyes y ordenanças nuevamente hechas por su Magestad para la governación de las Indias y buen tratamiento y conservación de los Indios*, pretendían subvertir la situación que hacía posible el miedo desmesurado y aplicar la doctrina que Francisco de Vitoria y los teólogos de la Escuela de Salamanca postulaban sobre los derechos de los indígenas. A tal efecto, dichas leyes recordaron la prohibición, pocas veces cumplida, de esclavizar a los indígenas y obligaban a poner en libertad los que hubiera. Además, pretendían acabar con la costumbre de que los indígenas trabajaran sin remuneración alguna o pudieran ser forzosamente trasladados a cualquier parte del virreinato sin su consentimiento para ejercer los trabajos que se les impusieran. Los dos aspectos que, sin embargo, resultaron más problemáticos fueron la abolición del carácter hereditario de las encomiendas, de modo tal que a la muerte del encomendero reverterían a la Corona; y la prohibición de que las órdenes religiosas, hospitales, cofradías y, sobre todo, oficiales reales, tuvieran derecho a encomienda o repartimiento de indios.

quedarse al lado del enfermo. La gran flota de 50 navíos se hizo a la vela el primer día de noviembre de 1543, y llegó a Nombre de Dios con buena navegación, el 8 de enero del año siguiente, como anotaba el secretario Zárate, miembro de la expedición. Antonio y Pedro fueron en otra expedición¹¹⁶.

Aunque, ciertamente, Antonio de Ahumada se uniría a las huestes del virrey al año siguiente, lo cierto es que esto desmiente el reiterado tópico de que los hermanos de santa Teresa partieron a América acompañando al virrey Blasco Núñez Vela.

Sea como fuere, Núñez Vela no fue bien recibido a su arribo al Perú. La situación se empeoró debido a que, sin atender a las demandas de diálogo de algunos encomenderos, Núñez Vela aplicó desde su llegada en 1544 la nueva legislación con gran inflexibilidad, intransigencia y escaso tacto diplomático. Amparado en la voluntad regia, no consideró la posibilidad de que los encomenderos, que veían cómo iban a perder sus privilegios y rentas, se aunasen en su contra. El resultado directo de este carácter fue la enemistad de todo el *stablishment* del virreinato que, a su vez, propició que Núñez Vela no pudiera confiar en casi nadie. A pesar de tal malestar, «los hermanos de Santa Teresa tenían que seguir forzosamente a Núñez Vela aun en los errores»¹¹⁷. Finalmente, los encomenderos se rebelaron poniendo a su frente a Gonzalo Pizarro, el hermano del fallecido conquistador y uno de los más ricos encomenderos en Charcas (hoy Sucre, en Bolivia)¹¹⁸, al que nombraron Procurador General del Perú en Cusco¹¹⁹. Mientras esto

¹¹⁶ EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS y STEGGINK, Otger. *Santa Teresa y su tiempo...*, pp. 302-303.

¹¹⁷ IBÍDEM, p. 304.

¹¹⁸ La ciudad era denominada Choquechaca por los charcas, un pueblo enfrentado a los incas. Tras la invasión española, pasó a denominarse sucesivamente como Villa de la Plata de la Nueva Toledo, Charcas y Chuquisaca. Con el arribo de la independencia boliviana, la ciudad pasó a llamarse Sucre, en honor al mariscal del mismo nombre.

¹¹⁹ La posición de los encomenderos fue expuesta por el propio Pizarro en una carta que envió en agosto de 1544 a los oidores de la Audiencia de Lima: «Nosotros, ¿en qué habemos deservido a Su Magestad?, ¿en qué le habemos sido tan traidores o en qué habemos pecado tan gravemente, que no merezcamos ser oídos, y que interponiendo una suplicación tan justa como se ha interpuesto por todo este reino, de las ordenanzas que Su Magestad nos envía, por ser como son, si se executasen, total destrucción de todo él, el cual con tanto trabaxo, tanto gasto de nuestras haciendas, riesgo de nuestras vidas, sangre nuestra e pérdida de nuestros debdos y amigos, sin costa alguna de

sucedía en Cuzco, en Lima el virrey seguía ganando enemigos. Incluso sus partidarios, comenzaron a huir de la ciudad. Tras la muerte por su propia mano del factor¹²⁰ Illán Suárez de Carvajal, según narra López de Gómara en su *Historia General de las Indias* (CLX),

murmuraban en Lima reciamente la muerte del factor, diciendo que otro día mataría el virrey a quien se le antojase, y deseaban a Pizarro. Blasco Núñez sentía mucho esto, y por no estar donde tan mal le querían, cuando viniese, propuso de irse a Trujillo con toda la Audiencia y la Contaduría del rey; y para llevar las mujeres y hacienda armó dos o tres naos. [...] Metió en aquellas naos al licenciado Vaca de Castro y a los hijos del marqués Francisco Pizarro, con don Antonio de Ribera, de Soria, que los tenía en cargo, juntamente con su mujer, doña Inés, y encomendó la guarda de todos ellos a Diego Álvarez Cueto. Habló a los oidores tres días después de muerto el factor, persuadiéndoles la ida de Trujillo con llevar sus mujeres y todo el oro y fierro que había; que llevar las mujeres de los oidores y vecinos de Los Reyes [Lima] era para obligarlos a seguirle, y el oro y plata para sustentar el ejército, y el fierro, para que no lo hubiese Pizarro, que tenía falta de ello para herraduras y para arcabuces. [...] y mandóles estar a punto para otro día, que sin duda se partirían, él por la mar, y mujeres y Vela Núñez por tierra con la gente de guerra. [Sin embargo] Los capitanes del virrey huyeron a su casa, y los más soldados se pasaron con los oidores, que estaban asentados en un escaño, a la puerta de la iglesia; no hubo sangre, como se temía.

Finalmente la Audiencia logró arrestar al virrey. Con este preso, reconoció a Gonzalo de Pizarro como gobernador del Perú quien, al mando de un ejército de más de mil doscientos hombres, finalmente entraría en Lima en octubre de 1544. Un mes antes de que esto ocurriera Núñez Vela, tras ser arrestado fue enviado como prisionero a España.

Su Majestad habemos ganado, nos sea denegada e no admitida, y que mientras mas se suplique y más razones y causas se den para que se admita, más ásperamente e con más rigor se executen las dichas ordenanzas, no como en ellas se contiene, sino en pero sentido en nuestro daño y en el deste reino?» (*Documentos* 1964. II: 195).

¹²⁰ El factor era el encargado de recaudar las rentas y rendir los tributos en especie pertenecientes a la Corona.



Escalera del palacio del virrey Núñez Vela en Ávila (DIPUTACIÓN DE ÁVILA)

En el traslado a España logró huir junto a su hermano Vela Núñez, el padrino de santa Teresa, y Diego Álvarez Cueto. Refugiado en Túmbez (hoy Tumbes), en el área noroccidental peruana que se sitúa junto al ecuatoriano Golfo de Guayaquil, Blasco Núñez Vela comenzó a armar un nuevo ejército, a la vez que enviaba a su hermano a varios lugares en búsqueda de dinero y caballos y a Diego Álvarez Cueto a España para que informase al emperador de lo que estaba aconteciendo¹²¹. Desde Túmbez, se dirigió a Quito el 4 de marzo de 1545. En el camino, a unas setenta leguas de esta ciudad, fue alcanzado por los hermanos de santa Teresa:

Habían acudido desde Pasto, Hernando de Ahumada, Lorenzo y Jerónimo de Cepeda, y el primo Hernando de Cepeda, el de Plasencia, hijo

¹²¹ La llegada de Álvarez del Cueto a España con las nuevas de la rebelión trasladaron tanta intranquilidad a los abulenses que Teresa de Jesús habría prometido hacer la romería al monasterio de Nuestra Señora de Guadalupe de la que hablaba con anterioridad. No hay certeza de la fecha en que la realizó acompañada de su hermana Juana, si bien parece razonable suponer que fuera en torno al 8 de septiembre, día en que se conmemora su festividad, y en año posterior a la victoria de La Gasca (tal vez en 1548), una vez que las noticias aseguraban que el Perú se había tranquilizado.

de don Ruy, ‘con todo el aderezo de sus personas, de armas y cavallos’. Allí organizó el virrey las defensas con cuatrocientos españoles bien armado y nombró general a don Francisco Vela Núñez¹²².

Desde Quito, el ejército del abulense se dirigió hacia el sur, ocupando San Miguel de Piura. Sin embargo, al conocer que Pizarro había salido desde Lima hacia Trujillo, regresó a Quito. Al descubrir la retirada, Gonzalo Pizarro, al mando del ejército sublevado, siguió hacia Quito para enfrentarse a los partidarios de la Corona. El enfrentamiento aún se dilató en el tiempo pues Núñez Vela, en un trágico juego del ratón y el gato, había partido con sus tropas hacia Popayán. Ese no fue su destino definitivo: en el camino a esta ciudad fue convencido de que la ciudad de Lima le esperaba para proclamarle nuevamente virrey por lo que tornó nuevamente sus pasos para encaminarse a la capital.

Tanto ir y venir de tropas permitió a Antonio de Ahumada presentarse en el domicilio que Hernando tenía en Pasto, donde ya estaban otros de sus hermanos, para unirse junto a ellos al contingente de su vecino Núñez Vela. Cuando los Cepeda y Ahumada consideraron que ya la batalla final era inevitable decidieron reunirse ante notario para hacer una renuncia conjunta a sus derechos hereditarios. Juana, que tras casar con Juan de Ovalle vivía en Alba de Tormes, sería la depositaria de los mismos:

Antonio de Ahumada y Hernando de Ahumada, Lorenzo de Cepeda y Gerónimo de Cepeda, todos hermanos e hijos legítimos de Alonso Sánchez de Cepeda y de doña Beatriz de Ahumada, difuntos, estando cerca del río Guallabamba, jurisdicción de la ciudad de Quito en el reyno del Perú, en el ejército de Blasco Núñez Vela, virrey del Perú, para resistir a Gonzalo de Pizarro, por si acaso morían en la batalla, hicieron todos quatro hermanos renuncia de sus legítimas en doña Juana de Ahumada, su hermana. Passó esta escritura ante Diego Méndez, escribano des sus Majestades, en diez y siete de henero de quinientos cuarenta y seis¹²³.

¹²² EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS y STEGGINK, Otger. *Santa Teresa y su tiempo...*, pp. 305-306.

¹²³ IBÍDEM, p. 306n.

Solo el río separaba a ambos ejércitos. Uno en cada ribera. Sin embargo, antes de entrar en combate el virrey, aprovechando la oscuridad de la noche, movió a sus tropas en dirección a Quito para encontrar un espacio que le fuera más favorable. Vano propósito porque, según aseveró Juan Griego, uno de los testigos que declararía en la probanza de méritos de Hernando de Ahumada¹²⁴, la retaguardia del ejército de Núñez Vela fue emboscada por los pizarristas. Esto permitió que, antes del combate, la estrategia del virrey quedara desmontada. Finalmente los dos ejércitos chocaron en Iñaquito el 18 de enero de 1546, un día después de que los hermanos de Teresa firmaran las disposiciones testamentarias. Antes de que el combate se iniciara Hernando de Ahumada sería nombrado alférez general y, por lo tanto, sería el encargado de llevar el estandarte con los símbolos regios. Así lo cuenta el cronista Pedro Cieza de León¹²⁵:

Y después que los alféreces hubieron sacados las banderas, y lo mismo el estandarte real del águila, que iba a cargo de Ahumada, vecino de aquella villa [de Pasto], salió el visorey della a primero día del mes de enero, año del señor de mil y quinientos y cuarenta y seis años [...].

Para disipar la menor duda acerca de la privilegiada posición de Hernando de Ahumada en el ejército regio, al describir la forma en que el virrey sitúa las tropas aprestadas para el combate, señala nuevamente Cieza de León que Núñez Vela

ordenó que llevase el capitán Cepeda¹²⁶, con su compañía de lanzas, la mano derecha del escuadrón, y en la otra que fuese el capitán Garcí Pérez de Bazán, yendo junto con ellos don Alonso de Montemayor, y el estandarte del águila, que iba a cargo de Ahumada, mandó [...] ¹²⁷.

¹²⁴ AGI: PATRONATO, 108, R. 4. La probanza de méritos es un documento de carácter legal en el que se enumeran ante el rey los méritos que un determinado conquistador o colono ha realizado en servicio de la Corona y por los que esta debería compensarle. Lo usual es que, además de las declaraciones de quien solicita la recompensa, se incluyan las de un indeterminado número de testigos que sirven de prueba de los méritos alegados.

¹²⁵ CIEZA DE LEÓN, Pedro. «Tercero libro de las guerras civiles del Perú el cual se llama la Guerra de Quito». En: *Obras completas*. 2 v. Madrid: CSIC, 1984, vol. 2, p. 483.

¹²⁶ Se refiere a Hernando de Cepeda, primo de Hernando de Ahumada con quien ha sido confundido con cierta frecuencia.

¹²⁷ IBÍDEM, p. 494.

La ordenada disposición no fue, sin embargo, suficiente para superar al ejército contrario. Así, al poco de iniciarse la batalla, las tropas de Pizarro tenían una posición claramente favorable. El resultado se anticipaba tan nítidamente que parte de las de Núñez Vela optaron por una desbandada que garantizase sus vidas. ¿Qué pasó con los hermanos de santa Teresa?



Grabado de la batalla de Iñaquito en *La Historia General de las Indias* de Francisco López de Gómara (1554)

Asegura Cieza que tras los embates iniciales, una vez iniciada la masiva desertión, Hernando de Ahumada posiblemente se encontraba entre los que optaron huir:

Afirman que yendo los capitanes Hernando Cepeda y García de Bazán a encontrarse con los enemigos, tomaron los lados de la batalla y mostrando gran pavor fueron huyendo a toda prisa, y aun también dicen que lo mismo el alférez general Ahumada y Luis de Vargas y otros muchos de a caballo, los cuales con gran flaqueza, dejando a su capitán en el campo, se salieron ellos de la batalla; esto yo no sé más de que es público entre muchos. [...] Pues como ya estuvieses casi desbaratados por haberse huido los capitanes con toda la más gente de a caballo, Cerdán, alférez de Cepeda, tenía la bandera en las manos y

allegaron a él Martín de Olmos, e Herrezuelo con los dos Pinedas, los cuales comenzaron a darle grandes voces y golpes, diciendo: ‘¿deja, traidor la bandera!’ Y el alférez leal, no queriendo ser como su capitán, a grandes voces respondía: ‘no quiero, que es del rey’. Mas diéronle tantas heridas, que lo derribaron en el suelo, y el caballo con la bandera se fue por el campo. Ahumada, alférez general, fue llevando el estandarte del águila en sus manos, queriendo ir a tener compañía al capitán Cepeda su primo, dicen que dio con él en tierra, y el licenciado Álvarez le dijo. ‘Ah, mal hijodalgo, ¿por qué dejas caer en tierra las armas del rey?’ Y él, no mirando aquello, comenzó a huir¹²⁸.

La mencionada probanza de méritos de Hernando de Ahumada, como era previsible, no aclara este extremo. De los numerosos testigos aportados, al menos seis –Hernando de la Parra, Francisco de Olmos, Juan Griego, Gómez de Tapia, Juan de Albarracín y Diego de Arcos– simplemente indican que Hernando de Ahumada estuvo presente en la batalla. Otro de los testigos, llamado Juan Diego, no obstante, afirma que, tras la batalla Hernando de Ahumada logró refugiarse en su casa donde estuvo hasta que curó las múltiples heridas que tenía.

Peor le fue en la contienda a Núñez Vela quien, tras ser reconocido en el suelo entre los heridos, fue decapitado y su cabeza llevada a Quito para exponer en una picota. No fue el único fallecido: más de doscientos hombres del virrey, entre ellos Antonio, se dejaron la vida directamente o como efecto de las heridas: el último de los hermanos de Teresa en llegar al Perú se encontraba entre este grupo de malheridos que posteriormente fallecerían. Sucedería el deceso el día 20 de enero de 1546, dos días después de la batalla. Así lo aseguró Gómez de Tapia, uno de los testigos de la mencionada probanza de servicios de Hernando de Ahumada:

Antonio de Ahumada salió herido de muerte de la dicha batalla y este testigo y el deán de esta santa iglesia avaxaron adonde se avía dado la batalla y hallaron al dicho Antonio de Ahumada herido de muerte, y este testigo le ató un paño a la cabeza que la tenía hendida, el qual dende a dos días murió.

¹²⁸ IBÍDEM, p. 500.

Igualmente, tanto Juan Griego como Juan de Albarracín testifican en dicho documento las heridas y posterior fallecimiento de Antonio de Ahumada. También al menos dos de los testigos que aporta Lorenzo de Cepeda para probar sus servicios en Indias en su extensa relación de «Méritos y servicios»¹²⁹ —Alonso Flórez Dávila, presente en la batalla, y Juan Ruiz— declaran que Antonio murió «a pocos días de la heridas» que le produjeron en dicha batalla.

Los relatos que con posterioridad se han realizado de la participación de los hermanos de Teresa parecen, sin embargo, más interesados en mostrar la santidad de esta extendiendo sus virtudes a sus hermanos. Así, en el siglo XIX, al narrar este episodio bélico, Federico González Suárez indica que son cuatro los hermanos que participaron en este combate. Comete, sin embargo, un error pues sitúa en la batalla a Pedro, del que sabemos por la documentación existente se encontraba en Ávila a fines de 1544, y se olvida de Antonio que, como acabamos de ver, falleció en la refriega. No obstante, esta equivocación no resta un ápice al dramatismo hagiográfico de su historia:

Todos cuatro hermanos sirvieron al Rey en el ejército de Blasco Núñez Vela y se hallaron en la batalla de Iñaquito: muerto el Virey, cuidaron de dar sepultura á su cadáver, para lo cual se juntaron con otros caballeros, naturales de Ávila, recogieron el cuerpo descabezado del campo de batalla, donde había quedado tendido, y toda aquella noche lo velaron en casa de uno de ellos, pues los hermanos de santa Teresa estaban ligados con el desventurado Blasco Núñez Vela por los vínculos estrechos de la patria, por ser naturales de Ávila, de donde también aquel era nativo¹³⁰.

Más «novelesca» aún resulta la aportación al respecto de Pólit:

Entre los del virrey hace prodigios de valor Sancho Sánchez de Ávila y cae acribillado por cien enemigos que le rodean; el mismo Benalcázar rueda herido bajo los pies de los caballos, e idéntica suerte les cabe a los jóvenes Cepedas y a su hermano Agustín, mientras Antonio de Ahumada

¹²⁹ AGI: PATRONATO, 107, R. 5.

¹³⁰ GONZÁLEZ SUÁREZ, Federico. *Historia eclesiástica del Ecuador desde los tiempos de la conquista hasta nuestros días*. Quito: Imp. Miranda, 1881, p. 298.

recibe un tiro mortal de arcabuz, y Hernando, abierto el vientre por un terrible lanzazo, abate exánime el estandarte y huye en medio de la derrota¹³¹.

Sin contar el error de nombrar entre los combatientes a Agustín de Ahumada, quien no estaba presente por muy aventurero que llegara a ser, Pólit utiliza esta narración para arremeter contra quienes han criticado la conducta de Hernando de Ahumada pues señala que la herida que tenía en el vientre probaría que peleaba de frente. Sin embargo, su propia descripción épica parece contradecir su opinión pues concluye aseverando que cuando huyó ya la «derrota estaba pronunciada y el había cumplido con su deber»¹³². Tras estos alegatos afirma Pólit que, al finalizar la disputa, y mientras los soldados abulenses recogían el cadáver del virrey y aprovechaban para guarecerse en las iglesias y conventos de Quito, «fueron despojados por los indios, que a manera de aves de rapiña se precipitaron allá entre las sombras de la noche»¹³³.

Como sea, en el lugar en que tuvo lugar la batalla se erigió una ermita conmemorativa. Como quiera que la lid ocurrió un 18 de enero, festividad de Santa Prisca, el templo fue dedicado a la devoción a esta santa. Pólit, que da noticia de la ermita, señalaba que habría desaparecido a finales del siglo XIX en un terremoto, estando ocupado el lugar en el momento en que él escribe [1905] por el seminario menor San Luis. Por su parte, José Gabriel Navarro¹³⁴ elaboró un pormenorizado estudio histórico de las vicisitudes por las que pasó el primitivo humilladero de Ñaquito: edificado como ermita «memorial» se habría convertido en parroquia hacia 1597 o 98. Con el paso de los años la misma habría quedado en estado de abandono para convertirse en ruina tras el terremoto de 1868.

¹³¹ PÓLIT, Manuel María. *La familia de Santa Teresa...*, p. 62.

¹³² IBÍDEM, p. 62n.

¹³³ IBÍDEM, p. 63.

¹³⁴ NAVARRO, José Gabriel. *Contribuciones a la Historia del Arte en el Ecuador*. Volumen IV. Quito: La Prensa Católica, 1952, pp. 185ss.

7. HERNANDO DE AHUMADA, VECINO DE PASTO

Hernando de Ahumada, el primogénito de los hijos de Alonso Sánchez y Beatriz de Ahumada, tuvo un destacado (e incierto) protagonismo en la batalla de Iñaquito, como acabamos de ver. Pero, antes de este momento, no es mucho lo que sabemos de él. Posiblemente había nacido en 1509 (o 1510, según otras fuentes) y habría sido el primero en tomar el camino de las Indias Occidentales, cuando Teresa de Cepeda contaba con quince o dieciséis años (o, tal vez veinte, si atendemos a la polémica expuesta más arriba). De hecho, no es fácil seguirle la pista, no solo porque algunas veces aparezca referido como Hernando y otras como Fernando, sino, sobre todo, por la confusión que se genera al coincidir en numerosos lugares y tiempos con Fernando (o Hernando) de Cepeda, su primo. Es más, hay múltiples referencias en las que las andanzas de ambos son intercambiadas y asignadas a uno u otro indistintamente. Tampoco ha de extrañar esto pues, en última instancia, el nombre completo del hermano de santa Teresa es Hernando Sánchez de Cepeda y Ahumada. Esta confusión hace que haya habido problemas para determinar aspectos relevantes de su vida. Así, por ejemplo, Mercedes de Lara Marcano¹³⁵, tras afirmar que estuvo en la captura y muerte de Atahualpa en Cajamarca antes de colocarse a las órdenes de Benalcázar en Antioquia y avecindarse en «Pastos», asevera que habría regresado a España en 1570, casándose con Leonor de Jerez con quien habría tenido, al menos, una hija llamada Leonor de Ahumada y Jerez.

¹³⁵ LARA MARCANO, Mercedes de. «Hermanos de Santa Teresa...».

La mayor parte de los autores insisten, no obstante, en el hecho de que nunca regresaría a España. Es más, según José Miguel Miranda, Hernando Sánchez de Cepeda y Ahumada «murió en Pasto el día 28 de enero de 1565 y fue enterrado, en la capilla de San Miguel de la entonces catedral de San Juan Bautista»¹³⁶. Tampoco parece, por otra parte, muy ajustado a lo que posiblemente ocurrió la afirmación de De Lara Marcano en el sentido de que contrajo matrimonio con Leonor de Jerez y que con esta tuvo una hija llamada Leonor de Ahumada y Jérez. No solo porque cabe la posibilidad de que haya habido una confusión respecto de Leonor de Ahumada, hija natural de Agustín de Ahumada, el hermano de Teresa, que, según una carta de esta, habría sido «remediada» por su hermano Lorenzo, sino, fundamentalmente, porque no concuerda con la documentación existente.

Más ajustado resulta lo que indica Encarnación Moreno Ruiz quien afirma que

el 14 de julio de 1562 contrajo matrimonio con Gregoria de Zúñiga de quién tuvo su única hija legítima, Doña Beatriz, que casó allí con D. Antonio de Guevara¹³⁷.

De hecho, ya fallecido Hernando, su hija y yerno, a través de su tío Agustín, pedirían en 1585, ciertas mercedes al rey, «solicitando en nombre de su difunto padre algunos oficios reales o vacaciones de indios»¹³⁸. No sabemos si además de esta hija pudo haber tenido otras fuera del matrimonio pues existen referencias a que la descendencia de Hernando fue más extensa. De hecho, como he

¹³⁶ MIRANDA, José Miguel. «América, familia de Teresa en»..., p. 73.

¹³⁷ MORENO RUIZ, Encarnación. *Historia de la penetración española en el sur de Colombia (Etnohistoria de Pastos y Quillancingas, Siglo XVI)*: Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 1980 (facsímil reprografado de tesis doctoral defendida en 1970), p. 474.

¹³⁸ IBÍDEM, p. 475.

mencionado con antelación, el documento de sus servicios y méritos¹³⁹, se realiza en nombre de

Alonso de Aumada, vecino de la ciudad de San Juan de Pasto, de la Gobernación de Popayán, dice que es hijo natural del capitán Hernando de Ahumada [que] fue uno de los primeros conquistadores y pobladores de aquella gobernación y provincia del Perú.



Mapa de la situación de Ahumada, en Colombia

¹³⁹ AGI: PATRONATO, 108, R. 4.

Según Moreno Ruiz, Hernando de Ahumada habría tenido dos hijos naturales, el citado Alonso, y Juan de Ahumada:

Alonso vivía en 1602 y, como no tuvo descendencia, hizo donación de una estancia, que hoy es una pequeña aldea que conserva el nombre de Ahumada, donde se conserva celosamente la tradición de su ascendencia¹⁴⁰.

José Miguel Miranda precisa, si bien ignora cuál es la fuente, que estos hijos naturales habrían sido fruto de sus relaciones con una «judía llamada Constanza»¹⁴¹.

Así pues, más allá de la batalla de Iñaquito, gran parte de la vida de Hernando de Ahumada se desarrollaría en el área de lo que hoy es el suroeste de Colombia, y, en particular, en la ciudad de Pasto. En esta ciudad, en la que ya estaba avicinado, se refugiaría, posiblemente herido, tras la contienda. Pero, ¿cómo llegó Hernando de Ahumada a convertirse en parte de la oligarquía de esta ciudad a la que, después de la lucha en las proximidades de Quito, llegaría andando y acompañado de sus hermanos Lorenzo y Jerónimo para sanar de las heridas?

La conquista de lo que luego sería el virreinato del Perú no fue fácil para los que allí fueron en busca de oro y gloria. Si la lógica resistencia de los pueblos originarios fue enconada, las disputas entre conquistadores fueron tantas que los soldados pudieron disfrutar de pocos meses de tregua. Ya antes de que la situación se convirtiera en una declarada guerra civil que se extendió desde 1537 hasta más allá de 1550, con algunos intervalos más o menos pacíficos, algunos capitanes españoles mostraban claramente su afán por ser los primeros en llegar a determinados territorios para poder ejercer control sobre ellos y recibirlos en premio de la Corona. En dicho intento cualquier obstáculo pretendía ser eliminado por la fuerza, ya fueran poblaciones habitadas por los pueblos originarios, ya otros conquistadores con el mismo objetivo. Tal fue el caso de lo que, en los inicios de la conquista del Tahuantinsuyu, aconteció entre Pizarro y

¹⁴⁰ MORENO RUIZ, Encarnación. *Historia de la penetración...*, p. 477.

¹⁴¹ MIRANDA, José Miguel. «América, familia de Teresa en»..., p. 71.

Alvarado que, indirectamente, afectaría a Hernando de Ahumada. Si bien Pizarro y Alvarado eran aliados, maniobraron por separado para ser los primeros en llegar a Quito. Sin embargo, no sería ni uno ni otro quien lograra tal entrada: Sebastián de Benalcázar, que se encontraba en San Miguel de Piura, a pesar de no contar con las autorizaciones necesarias, se les adelantó. Pero Francisco Pizarro no era persona que se conformara con los hechos cuando estos contradecían sus intenciones. Así, envió a Quito a quien todavía era su aliado Diego de Almagro para evitar que Alvarado quisiera apoderarse de la ciudad. Benalcázar, que se percató de que su acción podía acarrearle problemas con Pizarro, decidió pactar con Almagro la fundación formal de la ciudad. Esta acción llevaría a Alvarado a retirarse del área, no sin antes negociar alguna compensación y recibir autorización para que algunos de sus hombres pudieran quedarse en dicha ciudad¹⁴². Desde Quito, para consolidar su posición, Benalcázar asumió la exploración de los territorios situados al norte de dicha ciudad. Estas expediciones incluían, siempre que era posible, el establecimiento de pequeñas ciudades de españoles. Pero una cosa es la intención de fundar una ciudad en un territorio del que los conquistadores se querían apropiar y otra diferente lograrlo. Sirva como ejemplo lo acontecido con una población establecida sobre la prehispánica de Chapanchica, a la que los expedicionarios denominaron Madrigal, que «terminó por desaparecer en una incursión de los indígenas que asesinaron a los habitantes hispanos y quemaron la población»¹⁴³. Aún así, los expedicionarios enviados por Benalcázar lograron fundar en 1536-37 una ciudad en el actual departamento de Nariño, al sur de Colombia, en la que se avecindaría Hernando de Ahumada y cuya denominación pasaría por los sucesivos nombres de Villaviciosa de la Concepción, Villaviciosa de Pasto, Villa de Pasto hasta llegar al actual de San Juan de Pasto.

Seis o siete años después de ser fundada, en 1544, Pasto era todavía una pequeña población en la que había «poco más de un centenar

¹⁴² Este hecho ofrece una doble interpretación ya que puede verse como una deserción de capitanes de Alvarado que «se pasan» al bando de Almagro, es decir, Pizarro, o como un intento de controlar en ausencia el nacimiento y consolidación de dicha ciudad.

¹⁴³ MORENO RUIZ, Encarnación. *Historia de la penetración española...*, p. 406.

de habitantes de origen español»¹⁴⁴, entre los que, por cierto, se halla un abulense llamado Diego de Meneses. Si bien en esas fechas Hernando de Ahumada todavía no se encontraba en la ciudad, es posible que lo hiciera ya en la misma Gobernación. De hecho, aparece citado en 1553 como uno de los capitanes asentados en Popayán donde sería uno de los oficiales de la Audiencia de Santa Fe. Así puede deducirse del juicio de residencia¹⁴⁵ tomado a

Francisco Briceño, oidor de la Audiencia de Santa Fe, del tiempo que fue visitador y gobernador de la provincia de Popayán y a sus tenientes y oficiales, a saber: el capitán Gonzalo Delgadillo, Diego Delgado, Antonio Redondo, Sebastián de Magaña, Luis Pérez de Leiva, Fernando de Ahumada, Diego de Benavides, Luis de Míderos y Antonio Pimentel de Prado; por Luis de Guzmán, gobernador y capitán general de dicha provincia, juez nombrado para este efecto¹⁴⁶.

Muy pocos años después, en concreto en 1559, Hernando de Ahumada ya está asentado en la villa de Pasto como lo atestigua la relación que Tomás López Medel hace del «primer pueblo de la gobernación de Popayán que cae en el distrito del Nuevo Reino de Granada»¹⁴⁷. López Medel era un oidor que, acompañado de los obispos de Popayán y Quito, realizó una visita a la región, escribiendo a continuación una «Relación de Popayán y del nuevo Reino». En la

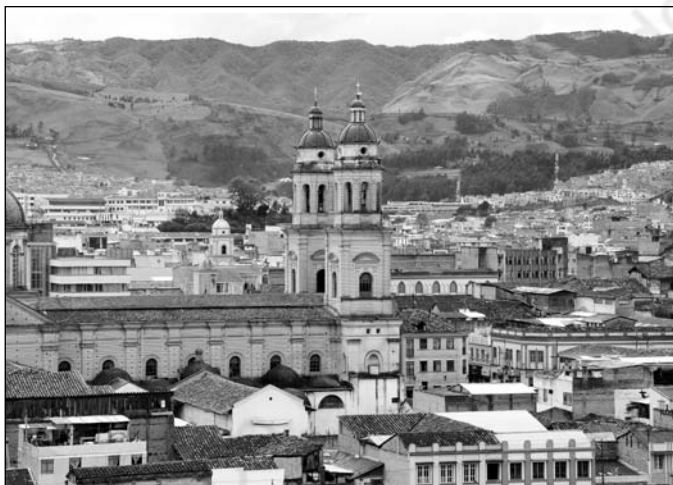
¹⁴⁴ IBÍDEM, p. 470.

¹⁴⁵ Los llamados juicios de residencia eran un mecanismo de control por el que debían pasar obligatoriamente todos los «cargos públicos» de Indias, desde los virreyes hasta los alcaldes. Tenía lugar a la finalización del mandato y consistía en una revisión pública de sus actuaciones. Durante la misma cuantas personas quisieran podían presentar quejas, denuncias o alegatos a favor de la autoridad cuyos actos se revisaban ante un juez de residencia. Durante el procedimiento, el enjuiciado no podía ni asumir otro cargo ni marcharse del lugar en que había ejercido aquel por el que se juzgaba. La conclusión positiva del juicio de residencia solía ser condición necesaria para poder desempeñar otros cargos de mayor nivel. Por lo mismo, si la conclusión era negativa y se constataba la presencia de ilegalidades, el juzgado podía ser sancionado o inhabilitado.

¹⁴⁶ AGI: JUSTICIA, 575.

¹⁴⁷ LÓPEZ MEDEL, Tomás. «Relación de Popayán y del nuevo Reino». En: *Relaciones Histórico-Geográficas de la Audiencia de Quito: S. XVI-XIX (1559-1560)*. PONCE LEIVA, Pilar (Ed.). Madrid: C.S.I.C., 1991, tomo I, p. 18.

misma relataba pormenorizadamente el estado de las nueve ciudades de la gobernación –Pasto, Almaguer, Popayán, Santiago de Cali, Guadalajara de Buga, Toro, Cartago, Anserma y Santa Fe de Antioquia– y sus ocho villas: Chapachinca (también llamada Madrigal), Ágreda (también llamada Mocoa), Iscancé, Timaná, San Sebastián de la Plata, Cáceres, Arma y Caramanta.



Vista de San Juan de Pasto (Colombia), donde residió Hernando de Ahumada (CAROLINA OBANDO PAZ)

Además de la descripción, en calidad de oidor, Tomás López, cumpliendo una provisión real de 1555, realizó una tasación general en la que se explicaba qué y cuánto podía recaudarse en la gobernación de Popayán y a quién debía pagarse. En la provisión se ordenaba tasar a los indios en productos de la tierra, prohibiéndose expresamente el envío de indígenas a las minas, los trabajos personales, etc¹⁴⁸. De la relación en cuestión se puede colegir que en Pasto había

28 vecinos encomenderos y 66 caciques y pueblos y en ellos 23.634 indios. Y quedaron tasados en 17.454 mantas, y en 987 fanegas de

¹⁴⁸ PONCE, Pilar. «El poder informal. Mujeres de Quito en el siglo XVII». *Revista Complutense de Historia de América*, 23 (1997), p. 24n.

trigo y maíz y cebada y frijoles; sembrado y beneficiado y cogido. Demás de esto quedaron tasados, que cada indio diese una gallina y algunos venados y en perdices y frutas y jáquimas y cabrestos y otras menudencias que tienen en sus poblaciones, y hierba y leña para sustento de sus casas, y algunos indios de servicio para sus casas; con que el encomendero pagase a cada uno cada un año por el servicio¹⁴⁹.

Pues bien, además del mencionado Diego de Meneses, entre los 28 encomenderos se encuentran tanto Hernando de Ahumada como su primo Hernando de Cepeda. Según la relación, Hernando de Ahumada habría participado en un «sometimiento de indígenas» que sería recompensado con tierras. Si bien no está claro en qué «sometimiento» estuvo, es posible que recibiera tal recompensa por su participación en «la jornada de los Quijos» en la que, según algunos testigos de su probanza de méritos, habría tenido un papel relevante. En dicha entrada al territorio de los Quijos, Hernando de Ahumada habría ido en compañía del capitán Gonzalo Díaz de Pineda contra el que

se juntaron mucha cantidad de indios de todas las provincias comarcanas, que habría más de 20.000, les tomaron el paso a los españoles y les dieron una gran guazabara a los que iban con el dicho Gonzalo Díaz de Pineda, y que estando ya apartados los españoles en dos partes, e muchos dellos heridos y en gran peligro de perderse, el capitán Hernando de Ahumada e otros soldados subieron una gran cuesta arriba a tomar una albarrada e fuerza que tenían tomada los dichos indios, y la tomaron los españoles con mucho peligro e riesgo, en el cual se señaló mucho el dicho capitán Hernando de Ahumada¹⁵⁰.

Fuera o no este el sometimiento en que anduvo, según la citada relación de López Medel, fue un

repartimiento de tierras, ni demasiado grande, ni demasiado bueno: ‘a Hernando de Ahumada, Juan Fuertes y Juan Armero, se les dio en

¹⁴⁹ LÓPEZ MEDEL, Tomás. «Relación de Popayán...», p. 23.

¹⁵⁰ EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS y STEGGINK, Otger. *Santa Teresa y su tiempo...*, p. 174.

la repartición de tierras, más a la cabeza del llano de Mojombuco, junto a las sepulturas¹⁵¹.

En concreto, tras la tasación a Hernando de Ahumada, correspondían «50 fanegas, 2 pueblos: Calcanuycapays y Yascual; 1.080 indios, 70 de minas y 800 mantas»¹⁵².

Por su parte, según la misma relación, a Hernando de Cepeda, primo de la Santa, le correspondían «50 fanegas, 3 pueblos: Ypiales, Chunon y Joxoa, 1.550 indios, 80 de minas y 1.200 mantas»¹⁵³.

En síntesis¹⁵⁴ la tasación de los primos sería la siguiente:

Fanegas de sembradura	Españoles	Caciques o pueblos	Naturales	Tasa de mantas	Indios de minas
50	Hernando de Cepeda, casado, conquistador y poblador	Ipiales Chunojojoa	1400 150	1200	80
50	Hernando de Ahumada, soltero, conquistador y poblador	Calcán Capuis (¿Sapueyes?) Yancual	700 380	800	70

Conviene señalar, en todo caso, que aunque la provisión era bastante clara sobre la tasación, lo cierto es que no se cumplió

porque así los indios como los españoles les pareció que era agravio a los indios porque muchos de ellos o los más no tienen algodón ni lo saben beneficiar ni es gente de industria ni de trato ni de contrato, como está dicho en la relación; los españoles, por parecerles que en ninguna manera pueden cumplir esta tasa, por ser tasados en cosa que ellos no tienen ni poseen¹⁵⁵.

¹⁵¹ MORENO RUIZ, Encarnación. *Historia de la penetración...*, p. 474.

¹⁵² IBÍDEM, p. 593. Aunque la misma autora pocos años después señalaba que no eran dos, sino tres los pueblos: «Calcanycapays, Yancual, Sacandonoy y Botiñaxoxoa» (ÍDEM. «Noticias sobre los primeros...», p. 429).

¹⁵³ MORENO RUIZ, Encarnación. *Historia de la penetración...*, p. 592.

¹⁵⁴ LÓPEZ MEDEL, Tomás. «Relación de Popayán...», pp. 21-22.

¹⁵⁵ LÓPEZ MEDEL, Tomás. «Relación de Popayán...», p. 23.

Como consecuencia de esta inconformidad, se produjeron fuertes protestas en la región, tanto por parte de los indios como de los encomenderos. Los grupos originarios preferían pagar a los encomenderos en oro, pues, como se ha indicado más arriba, ni sabían hacer mantas ni tenían con qué. A su vez, los encomenderos veían que sus ingresos fijados en mantas, caso de que llegaran, no les permitiría tener tanta liquidez como la que el oro daba¹⁵⁶. Por tal motivo,

las protestas parecieron tener eco entre las autoridades de la Audiencia de Quito ya que, en 1569, el oidor Pedro de Hinojosa retasó la gobernación convirtiendo su tributo en oro¹⁵⁷.

De uno u otro modo, Hernando de Ahumada estaba bien considerado en Pasto y de hecho,

fue nombrado regidor perpetuo. Asistía a las juntas semanales del Cabildo, existiendo su rúbrica desde octubre de 1561 hasta enero de 1565. En 1564 fue elegido para el cargo más honroso: lugarteniente de Justicia Mayor¹⁵⁸.

Ahora bien, su primo Hernando de Cepeda no le andaba a la zaga pues también llegó a desempeñar los cargos públicos de Teniente de

¹⁵⁶ El oidor tiene muy claro cuáles son las condiciones que han de darse para que la tasa se abone y las condiciones de vida sean aceptadas por unos y otros: «Y supuesto que esta tierra ha de permanecer y sustentarse, no puede otra manera sino es sacando oro con los naturales, y no hay en qué ellos menos pesadumbre reciban ni de qué puedan pagar sus tasas, sino es sacando oro, pues lo tienen todos en sus pueblos de esta gobernación; con que no se bastezcan las minas con indios cargados de comida, sino con recuas de caballos o mulas, que en esto es donde han muerto mucha cantidad de indios. Y con que tengan entendido los indios la cantidad que han de sacar para su encomendero y que algunos meses del año se les dé huelga; con que los que son de tierra fría no los saquen en caliente ni los de caliente en tierra fría, sino que cada uno lo saque en su natural y provincia, y con que tengan doctrina, y con que haya persona que visite las rancherías de las minas y vean y entien dan cómo son tratados, y sus mujeres e hijos los tengan consigo; y no teniéndose orden en la dicha gobernación de Popayán, no se podrán sustentar los españoles ni los pueblos permanecer ni los naturales dejarse acabar y despoblarse los pueblos en menos tiempo que ha que se poblaron» (LÓPEZ MEDEL, Tomás. «Relación de Popayán...», p. 24).

¹⁵⁷ Pilar Ponce Leyva en nota a pie de página a la edición de LÓPEZ MEDEL, Tomás. «Relación de Popayán...», p. 24n.

¹⁵⁸ MORENO RUIZ, Encarnación. *Historia de la penetración...*, p. 474.

Gobernador, Justicia Mayor y, en 1565, Alcalde de Pasto. La referencia al parentesco no resulta baladí pues prueba como la adecuada utilización de sus estructuras de parentesco puede ponerse al servicio de la creación y consolidación de una oligarquía ciudadana: si Hernando de Cepeda casó con una hija de Benalcázar, su primo Hernando de Ahumada hizo lo propio en 1562 con Gregoria de Zúñiga (o, según otras fuentes Ana Pérez de Zúñiga) quien, en todo caso, era hermana de Rodrigo Pérez Zúñiga, uno de los fundadores de la ciudad. Posiblemente esta «calidad» de prohombres pasteños es lo que les lleva a firmar conjuntamente, junto a otros notables de la región, una carta al emperador solicitando la creación de una diócesis en Popayán.

Por otra parte, sabido es que Benalcázar, asentado ya en Pasto, había enviado diversas expediciones armadas a «pacificar» a los indios que al norte de dicha ciudad se habían levantado en varias ocasiones contra los conquistadores. Como en todas las ciudades fundadas por los españoles, las noticias acerca de la existencia de ricas minas eran continuas. Los propios pueblos originarios se encargaban, además, de señalar que «más allá», siempre más allá, había oro y plata en abundancia. No extraña pues que Benalcázar, como otros muchos conquistadores, ardiese en deseos de «pacificar» esas tierras en las que tantas riquezas habría. Por tal motivo, envió una expedición en la que probablemente se encontraban ambos primos. La misma tomó el rumbo de Antioquia, en la dirección en la que hoy día se halla Medellín. Ahora bien, las mismas noticias sobre la existencia del oro también habían llegado hasta la Audiencia de Santa Fe. Su reacción fue la misma: ordenar una expedición. Una y otra, la de la Audiencia que comandaba Francisco Núñez Pedroso y la de Benalcázar, dirigida por Hernando de Cepeda, el primo de la Santa, se encontraron en el camino. El encuentro entre los dos grupos de españoles se resolvió, cual era usual, por la vía militar. Según la narración que del mismo hizo Castellanos, el capitán Hernando de Cepeda habría salido victorioso. Así pues, parece prudente aseverar que quien aparece mencionado en la *Elegía de varones ilustres de Indias* de Juan de Castellanos era este y no, aunque sea reiterado por parte de que algunos biógrafos de la santa abulense, Hernando de Ahumada. Veámoslo.

Juan de Castellanos en su *Elegía de varones ilustres de Indias*, concretamente en su «Parte tres», dedica unas páginas a la *Historia de la gobernación de Antioquia y de la del Chocó, adyacentes a la de Popayán, nuevamente desmembradas della por provisiones de la real majestad del rey don Filipe segundo deste nombre, nuestro señor*. En la misma, dentro del primero de los catorce cantos que la componen, «se dan razón de los primeros capitanes que entraron en las provincias de entre los ríos Cauca y el de la Magdalena, así de la gobernación de Popayán como deste Nuevo Reino»¹⁵⁹. Es en este contexto donde aparece la disputa entre las expediciones comandadas por Francisco Núñez Pedroso y Hernando de Cepeda:

«Corriendo pues del parto de la Virgen
años cincuenta sobre tres quinientos,
un diestro capitán, Francisco Núñez
Pedroso, de quien ya tractamos antes,
fue por estos oidores proveído
a la jornada dentre los dos ríos
a cuyos senos voy encaminando.
Este salió con gente valerosa,
soldados escogidos y cursados,
en las penalidades de conquistas,
do la seguridad mas evidente
amenaza con muerte trabajosa:
ochenta fueron estos compañeros,
de caballos y armas pertrechados,
y en número pasaban de quinientos
los indios que llevaban de servicio.
Entró con este buen aviamiento
adonde lo llevaban sus intentos,
siendo con estos mismos ya salido
de la ciudad de Arma, subyacente
a la de Popayán, con más posible

¹⁵⁹ Se refiere al Nuevo Reino de Granada, que coincide en gran parte con el área que hoy identificamos con Colombia.

el capitán Fernando de Cepeda
 a fin de subjectar aquellos indios
 a la ciudad de Santafé nombrada
 que de la de Antioquia tiene nombre,
 de quien hemos tratado largamente
 en el discurso de Pedro de Heredia.
 Estos dos capitanes que decimos,
 aunque entraron por vías diferentes
 (sin saber uno de otro), se juntaron
 y tuvieron pesadas diferencias,
 en las cuales Pedroso, descompuesto,
 al reino se volvió do residía,
 quedándose Cepeda más pujante,
 el cual con aquel bárbaro gentío
 tuvo batallas y recuentros varios
 que contrastaban siempre sus intentos;
 y así potencia bárbara le hizo
 dejar de proseguir esta demanda,
 con pérdida de muchos españoles»¹⁶⁰.

Al margen del resultado de las disputas entre unos y otros grupos de conquistadores, lo cierto es que la riqueza pasteña pronto comenzó a sufrir los excesos de la sobreexplotación de los conquistadores. Y, con ella, se incrementaron los padecimientos de sus naturales. Así se constata en la Relación sobre el «Gobierno de Popayán, calidades de la tierra», escribe fray Jerónimo de Escobar,

¹⁶⁰ CASTELLANOS, Joan. *Elegías de varones ilustres de Indias* [1589]. Madrid: Atlas, 1944. En la mencionada «Villa de Arma», se encontraban, junto a las existentes en las ciudades de Anserma, Cartago y Toro, las minas más productivas de oro de la Gobernación de Popayán. Según Silvia Padilla (1977.14), el descenso de la producción fue seguido por el de la población, haciendo que, posteriormente Arma, quedara reducida a un «pueblo insignificante». A su vez, María Luisa López Arellano («Las encomiendas de Popayán en los siglos XVII y XVIII». En: PADILLA, Silvia et ál. *La encomienda...*, p. 190), señala que esta población había desaparecido prácticamente en el siglo XVII, pues en 1608 tendría «11 encomiendas y encomenderos y solamente 60 tributarios» y pocos años más tarde, en 1633, solamente quedaban 20 tributarios (IBÍDEM, p. 153).

«predicador general de la provincia de Popayan y compañero que ha sido muchos años del Obispo de ella» en 1577, es decir, solo diez y ocho años después que la de López Medel. Jerónimo de Escobar comienza su escrito presentando una idílica visión de la ciudad de Pasto:

Es tierra de grandes pastos para ganados, muy fértil de comidas, muy sana, de lindo temple, porque todo el año sin deferencia hace frío, no frío que dé pesadumbre sino de la manera que lo hace en España por octubre. Hay verano e invierno; el invierno es por agosto porque llueve 2 ó 3 meses, pero el temple es el mismo, solo se llama invierno por el llover. Su altura de este pueblo está en la línea equinoccial y así las noches y los días son iguales. El asiento de este dicho pueblo es muy bueno, en llano y muy buenas aguas; tiene río y fuentes; es muy bastecido de comidas [...] ¹⁶¹.

Señala Escobar que Pasto es la población mayor de la gobernación porque, aunque solamente tiene

28 vecinos en quien están encomendados estos 8.000 indios, pero con mercaderes y soldados y otras gentes, es pueblo a donde a hay de ordinario 200 hombres españoles y muchas veces 250. Para toda esta gente, que aunque parece poca en el número es mucho en calidad porque cada uno de estos españoles o a los menos los más tienen muchos esclavos y gentes que parece pueblos muy mayor.

Sin embargo, a pesar de esa boyantía, la situación del lugar ha empeorado notablemente:

Tienen muchos naturales y aunque es verdad que de los pueblos de esta provincia de Popayán es el que más se ha sustentado en no haber acabado los indios tan aprisa, con todo eso faltan muchos, porque desde la visita que hizo general el Licenciado Tomás López, vuestro Oidor del Nuevo Reino de Granada, el año 1559 siendo gobernador de Vuestra

¹⁶¹ ESCOBAR, Fr. Jerónimo. «Gobierno de Popayán. Calidades de la Tierra» 1577. En: *Relaciones Histórico-Geográficas de la Audiencia de Quito: S. XV-XIX*. PONCE LEIVA, Pilar (Ed.) Madrid: CSIC, 1991, tomo I, pp. 334-335.

Alteza Luis de Guzmán, en cuya visita yo me hallé, hasta ahora «faltan más de la mitad de los naturales, porque tenían entonces la ciudad de Pasto 20.000 indios y ahora tiene 8.000 escasos. De estos 8.000 están encomendados en 28 vecinos que son: El Capitán Rodrigo Pérez, Diego de Benavides, Sebastián de Santo Domingo y el Capitán Ahumada y los demás que vuestra alteza tendrá por lista de los gobernadores¹⁶².

Aún así, como vemos, en dicha relación, Hernando de Ahumada seguía siendo mencionado entre los encomenderos, lo que parece cuestionar lo escrito por J.M. Miranda para el que habría fallecido en Pasto en la década precedente. De estos últimos años, dice Pólit¹⁶³, «sólo hay noticia, a nuestro parecer dudosa, de que regresó a España a solicitar mercedes del rey Don Felipe II y se casó allí con Doña Leonor de Jerez, noble señora avilesa, en la que tuvo a su hija Doña Leonor de Ahumada». Y, ciertamente, tan dudoso es el regreso como la boda.

¹⁶² IBÍDEM.

¹⁶³ PÓLIT, Manuel María. *La familia de Santa Teresa...*, p. 67.

8. LORENZO DE CEPEDA: SUEÑO (CASI) CUMPLIDO EN COMPAÑÍA DE JERÓNIMO

Tal vez sea de Lorenzo de Cepeda del hermano de santa Teresa de quien más documentación disponemos. Por una parte, Lorenzo se convirtió en uno de los personajes más ricos de la Quito colonial de los inicios de la segunda mitad del siglo XVI gracias a sus importantes encomiendas. Como consecuencia, por otra parte, ocupó algunos de los cargos públicos más importantes dentro de las estructuras de poder en esa área virreinal. Si a esto unimos que apoyó financieramente la primera fundación teresiana, sirviendo de amparo en otras posteriores, se explica no solo la ingente documentación existente sobre él, sino, sobre todo, que los biógrafos de santa Teresa le hayan dedicado numerosas páginas.

A esto también ha contribuido que de las numerosas cartas de la Santa que se conservan diez y siete fueran dirigidas a Lorenzo (más otras dos a su hijo homónimo) y, además, sea centro o referencia de otras con destinatarios diversos. Lo cierto es que, por unas u otras razones, Lorenzo, permanentemente acompañado de Jerónimo mientras estuvo en América, aunque tuvieran ambos un éxito disímil, es una referencia recurrente en lo que atañe a santa Teresa de Ávila. Ella misma atribuye su pericia administradora a haberse hecho cargo con agrado del cuidado de los intereses de su hermano:

Trájose aquí [a Sevilla], adonde se darán los dineros a fin de este mes de enero. Delante de mí se hizo la cuenta de los derechos que han llevado; aquí la enviaré, que no hice poco yo entender estos negocios, y estoy tan baratona y negociadora que ya sé de todo con estas casas de Dios

y de la Orden, y así tengo yo por suyos los de vuestra merced y me huelgo de entender de ellos (Carta 25)¹⁶⁴.

No extraña pues que en otra carta le asegure que, por devoción o necesidad, según los casos, más de una vez hubo de poner tanto empeño en el cuidado de los intereses de Lorenzo como en los de Dios.

8.1. TRAS LA PARTICIPACIÓN EN LAS GUERRAS CIVILES

Lorenzo de Cepeda, nacido cuatro años después que su hermana Teresa, llegó al virreino del Perú en 1541. Allí se convertirá por sus méritos militares y políticos en uno de los más importantes oligarcas de la ciudad de Quito. Si bien no voy a repetir lo ya enunciado sobre lo relativo a la batalla de Iñaquito y el servicio al virrey Blasco Núñez Vela, hay que recordar que, tras haber renunciado la víspera de la contienda a sus derechos hereditarios en favor de su hermana Juana, en la desbandada que siguió a la lucha, logró refugiarse, posiblemente malherido, en Pasto con varios de sus hermanos. Así lo atestiguan varias personas tanto en su probanza de méritos como en la de Hernando de Ahumada.

Mientras esto ocurría había llegado a España el enviado de Núñez Vela, Diego Álvarez Cueto, quien trasladó al emperador el estado en el que se hallaba el virreinato. Aún desconociendo los pormenores de los sucesos más graves, los relativos al descabezamiento de su representante, Carlos I decidió modificar parcialmente las «Leyes nuevas». En concreto, el emperador creyó que la mejor forma de pacificar a los encomenderos sublevados era permitir que las encomiendas pudieran heredarse. Para aplicar estas modificaciones, nombró a Pedro de La Gasca, clérigo nacido en Navarregadilla, cerca de El Barco de Ávila, Presidente de la Audiencia Real del Perú, al que otorgó poderes plenos para pacificar el territorio. En esa expedición, que partió con poca gente y mucha prisa el 24 de mayo de 1546, para llegar a Santa Marta el 15 de julio, viajaría Agustín de Ahumada, por lo que no pudo estar en combates precedentes aunque en ocasiones se le quiera situar en ellos.

¹⁶⁴ TERESA DE JESÚS, Santa. *Obras completas...*, p. 892.



Virreinato del Perú (CELESTINO LERALTA)

Tras llegar al continente americano La Gasca supo de la muerte del virrey e ideó una estrategia pacificadora que, con la modificación de la legislación, incluía la oferta de perdón real a todo aquél que abandonase el ejército rebelde para sumarse al leal a la Corona venido de la metrópoli. Uno de los primeros en dar tal paso

sería Pedro de Hinojosa, quien dirigía la flota de Pizarro, con lo que, antes de iniciarse la contienda, este perdió todo su poderío naval. Junto con él, el de numerosos capitanes que siguieron su ejemplo. La Gasca desembarcó en Túmbez y, con un ejército cada vez más numeroso, se dirigió hacia Trujillo y Jauja.

Posiblemente desde Túmbez, Agustín de Ahumada se dirigió hacia Pasto, donde se encontraba Hernando de Ahumada. Allí se reunió con sus hermanos antes de volver con la tropa de La Gasca. A la misma, según refieren las mencionadas probanzas, decidieron sumarse Lorenzo, y su inseparable Jerónimo, cosa que hicieron al alcanzarla en la ciudad de Jauja. Este encuentro cambiaría definitivamente el destino de Lorenzo. Al presentarse ante La Gasca, le haría entrega del sello real, símbolo de poder imperial de la Corona, que había logrado salvar de la batalla de Ñaquito. Así lo cuenta el de Navarregadilla en una larguísima «Relación al Consejo de Indias» enviada desde la Ciudad de los Reyes (Lima) el 26 de septiembre de 1548:

En 15 [de mayo] rescibí el pliego en que venía el sello que el príncipe nuestro señor y vuestra señoría enviaron, y tenía ya otros dos, uno que se halló entre la ropa de Gonzalo Pizarro que era el que traxo el visorrey, y otro, que el visorrey había hecho en Quito, que me traxo un Cepeda, a quien el visorrey le había confiado¹⁶⁵.

Se puede rememorar el encuentro con las palabras de Pólit que, para este caso, comienzan aludiendo a que el presidente se acompañaba de una tropa en la que se encontraba ya Agustín de Ahumada,

bizarro mozo que ya se había juntado antes que ellos con el presidente. Don Lorenzo le entregó el sello real del virrey Núñez Vela, de lo cual se holgó mucho La Gasca, y sabedor de los servicios prestados y de los trabajos sufridos por los tres hermanos en la buena causa, los acogió con mucha benevolencia, tanto más cuanto que debía de conocer su familia, por ser él mismo oriundo de la provincia de Ávila. Siguiéronle,

¹⁶⁵ *Documentos relativos a Don Pedro de La Gasca y a Gonzalo Pizarro*. PÉREZ DE TUDELA, Juan (Ed.). Madrid: Real Academia de la Historia, 1964, p. 259.

pues, desde Jauja hasta el Cuzco, a las órdenes de jefes tan famosos como Benalcázar, Centeno y Valdivia y tomaron parte en el combate, o mejor dicho, fácil vencimiento de Gonzalo Pizarro en el valle de Jaquijaguana, el 9 de abril de 1548¹⁶⁶.

No ha de extrañar que hable el canónigo ecuatoriano de «fácil vencimiento». Tras múltiples vicisitudes y no pocos ardides de La Gasca, el ejército que comandaba terminó encontrándose frente a frente con el que seguía a Gonzalo de Pizarro en Jaquijahuana el 9 de abril de 1548. Aunque las tropas se dispusieron a la batalla, si hemos de hacer caso a las crónicas esta no llegó a tener lugar debido a que gran parte de las huestes pizarristas cambiaron con celeridad de bando tras la promesa del perdón. El resultado del encuentro fue la muerte de doce soldados partidarios del rebelde y uno de la Corona. Gonzalo Pizarro y sus capitanes, entre los que se hallaba su lugarteniente Francisco de Carvajal, natural de Rágama, tierra de Arévalo, fueron apresados y, posteriormente, decapitados (con la excepción de Carvajal quien, por no ser hidalgo, fue ahorcado).

En todo caso, en la probanza de servicios de Lorenzo de Cepeda¹⁶⁷ declara el arzobispo de Lima que

El dicho Lorenzo de Cepeda alcanzó al Presidente Gasca en el valle de Xauxa, e fue en su compañía debaxo del estandarte real hasta el valle de Xaquixaguana, donde se dio la batalla e fue desbaratado e preso en ella Gonzalo de Pizarro, que en toda la dicha jornada el dicho Lorenzo de Cepeda anduvo muy en orden con buenos cavallos e armas, e sirvió en todo lo que se le ha encargado, y siempre hubo de él confianza, como hidalgo.

Así pues, la proximidad de Lorenzo Cepeda y La Gasca podrá explicar, al menos parcialmente, las recompensas que el segundo entregó al primero por sus servicios y que sirvieron para cimentar su despegue económico.

Finalizadas, al menos aparentemente, las guerras civiles entre conquistadores, La Gasca acometió el proceso de reconstitución de las estructuras de gobierno. Parte fundamental de tal proceso fue el

¹⁶⁶ PÓLIT, Manuel María. *La familia de Santa Teresa...*, pp. 64-65.

¹⁶⁷ AGI: PATRONATO, 107, R-5.

reparto de encomiendas para propiciar dentro del contexto de dominación colonial lo que hoy llamaríamos recuperación de la actividad productiva. Una de las primeras medidas adoptadas por el presidente La Gasca fue arrebatar a sus usufructuarios las encomiendas que se hallaban en poder de los que habían apoyado la rebelión de Pizarro. A continuación procedió a repartirlas entre quienes habían sido fieles a la Corona, con la justicia y arbitrariedad que puede suponerse a quien acaba de tener una victoria. Así, el 22 de noviembre de 1548, como recompensa por su lealtad, Lorenzo de Cepeda recibió un «repartimiento de tierras y encomienda de indios» en el muy poblado Tolóntag, no muy lejos de Quito, que incluía también tierras e indios en Píntag y Gao que hasta entonces habían pertenecido a Bartolomé de Zamora. Si Jerónimo de Cepeda o Agustín de Ahumada recibieron algo por la misma compañía, nada se puede afirmar, pero parece que hubieron de conformarse, si lo hicieron, con lo de su hermano.



Plaza de Armas, Lima, con el Palacio Arzobispal (a la derecha) y el Palacio de Gobierno (frente) (ELENA GONZÁLEZ)

Tras recibir esta rentable encomienda, Lorenzo se avecindaría en 1549 en Quito. Un año después, «el primero de enero de 1550 fue nombrado regidor del cabildo, y el 23 del mismo mes y año, tesorero de las cajas reales»¹⁶⁸. Ciertamente este cargo, como dirá más adelante

¹⁶⁸ PÓLIT, Manuel María. *La familia de Santa Teresa...*, p. 77.

Jerónimo cuando también lo ostente, no era muy rentable económicamente, pero no hay duda de que concedía un especial estatus a quien lo detentara.

Ese mismo año de 1550 Pedro de La Gasca regresa a España dejando el Perú «pacificado» pero con un creciente descontento entre los que no resultaron favorecidos en sus repartos o perdieron lo que tenían antes de que llegara. Así pues, mientras llegaba un nuevo virrey, comenzaron a sucederse pequeños levantamientos armados de encomenderos en diversos lugares del virreinato. La llegada de Antonio de Mendoza como virrey en septiembre de 1551 no aplacó los ánimos de los encomenderos. De hecho, en noviembre de ese mismo año se produjo un extendido levantamiento de hidalgos en la zona cuzqueña. El intento de la Real Audiencia de Lima, con la aquiescencia del virrey, de imponer a toda costa la supresión del denominado «servicio personal», que permitía a los encomenderos abusar de los indígenas sin ningún tipo de contraprestación por su trabajo, fue el detonante. Las hostilidades hacia los representantes de la Corona se generalizaron nuevamente con alzamientos armados en diversos lugares que aprovechaban la escasa respuesta que un virrey envejecido y enfermo podía dar.

En este marco, en noviembre de 1553, uno de los más poderosos encomenderos de Cuzco, Francisco Hernández Girón (o Jirón), quien ya había hecho un conato de insurrección tres años antes, logró aglutinar a suficientes españoles como para formar una milicia potente que se levantó en armas al grito de «libertad» y en nombre de los «españoles pobres». Los sediciosos proclamaron a Hernández Girón Procurador General y Justicia Mayor del Perú. Este, al mando de sus tropas, pronto dominó gran parte del sur del virreinato y se dirigió rumbo a Lima tomando en su camino Huamanga y Jauja, en un proceso que comenzaba a recordar al de Gonzalo de Pizarro. Para hacerle frente, la Real Audiencia hubo de configurar un nuevo ejército bajo el mando de Pablo Meneses, como maestre de campo, el oidor Hernando de Santillán y el arzobispo de Lima, Jerónimo de Loayza. Tanto Lorenzo como Jerónimo de Cepeda y, posiblemente, Agustín de Ahumada, se sumaron inmediatamente al mismo. Aunque el primer encuentro entre ambos ejércitos arrojó una clara victoria para los rebeldes, tras numerosos enfrentamientos menores en distintos lugares, las tropas leales a la Corona –entre quienes se hallaban los hermanos de

la andariega— lograron vencerlos y la cabeza de Girón fue a parar a Lima junto a las calaveras de Pizarro y Carvajal que, en una jaula de hierro, se exhibían aún en plaza pública. La llegada de un nuevo virrey en junio de 1556, Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, finalizaría por completo la rebelión y las guerras civiles. Tras varios ajusticiamientos más, la autoridad del representante del rey dejó de ser discutida. Pero, además, para Lorenzo trajo nuevas recompensas en forma de encomiendas e indios, particularmente la feraz del valle del Paute, que le convirtieron en uno de los «principales» de Quito. De lo que recibieran sus hermanos, si algo fue, una vez más, nada se sabe.

A la vez que estas encomiendas lo convertían en uno de los hombres más importantes de Quito, Lorenzo acrecentó aún más su riqueza gracias al matrimonio con Juana de Fuentes y Espinosa, de la que después algo diré, que tuvo lugar el 18 de mayo de 1556 en Lima. Los rendimientos económicos de sus negocios no paraban de aumentar y en 1557, al año de haberse casado, se cifraban ya en torno a unos mil quinientos pesos de oro al año. Esta posición, que hacía que su riqueza creciera con facilidad, le permitió enviar dinero a sus hermanas e incluso a algunos de los criados de la casa paterna. A su vez, la situación contribuía a una estabilidad familiar que se prueba con las cartas que se cruza con su hermana y en la idealización que esta hace de su «visita» sobrenatural a la casa quiteña. Las mismas cartas hablan de las continuas ayudas que Lorenzo enviaba, lo que sirve a Pólit para hablar de una reciprocidad con intermediación divina:

estas largueza de Don Lorenzo de Cepeda, que se había convertido en proveedor de su hermana, la Providencia divina las recompensaba con creces¹⁶⁹.

En cualquier caso, este poder económico servirá para que en 1559 vuelva a ser nombrado Tesorero de la Real Hacienda, cargo que ostentaría hasta dejárselo a su hermano Jerónimo. Aunque aprobado por la Corte, esta sustitución no provocaría ningún problema en la ciudad pues Jerónimo estaba acostumbrado a ejercer el cargo

¹⁶⁹ IBÍDEM, p. 86.

que ostentaba Lorenzo durante las continuas ausencias de este para visitar y controlar sus encomiendas. Así pues, durante 15 años, hasta que en 1574, fecha en que Jerónimo renuncia, los hermanos de Teresa regresen a la Península Ibérica, tuvieron en sus manos la tesorería de la Real Hacienda en Quito¹⁷⁰. Posiblemente este puesto, aunque no estaba excesivamente remunerado, facilitó otros negocios, de forma tal que a comienzos de la década de 1570 era ya uno de los vecinos más ricos de la capital con una fortuna calculada de unos 35.000 pesos de oro, compuesta por casas, tierras y beneficios generados por sus encomiendas, sus negocios y tratos mercantiles. Para estas mismas fechas, según puede deducirse de la relación de Jiménez de la Espada, se calcula que había invertido más de 45.000 pesos en mercancías que pretendía enviar en la flota en que se preparaba para partir. Tres después, en 1573, aparece como titular de la encomienda de Yuyunto, Pinta y Gao. En una «Relación de la ciudad de Quito», firmada en 1577 por Domingo de Orive, pero redactada por el Cabildo de Quito en 1576, en respuesta a las Ordenanzas Reales dictadas en 1573 en las que se pedía se informara al rey de lo que había en Indias, al enumerar los vecinos que tienen encomiendas y repartimientos de indios, se indica que «Lorenzo de Cepeda posee el repartimiento de Pinta con otro pueblo en la montaña de Yumbo por 2 vidas»¹⁷¹. Todavía más tarde, Lorenzo de Cepeda conseguiría una de las más importantes encomiendas de Riobamba: Puni, Zalahore, Chambo y Penipe. Solo el tributo de estos pueblos en los

¹⁷⁰ Las Cajas Reales repartidas por las Indias para, entre otras cosas, recaudar los impuestos y hacerlos llegar a la Corona, estaban conformadas por, al menos, un contador y un tesorero, aunque era usual que hubiese también un factor y un veedor. El tesorero era el encargado de custodiar lo recaudado y, por tanto, era obligación suya controlar qué pagos se hacían. El contador debía certificar los movimientos de la caja. Por su parte, el factor era el responsable de la recaudación de tributos en metálico o en especie. Por último el veedor, se encargaba de controlar que los pesos y medidas que se utilizaban para la recaudación fueran ajustados y no se cometiera fraude.

¹⁷¹ ORIVE, Domingo. «Relación de Quito» 1577. En: *Relaciones Histórico-Geográficas de la Audiencia de Quito: S. XVI-XIX*. PONCE LEIVA, Pilar (Ed.). Madrid: C.S.I.C., 1991, tomo I, p. 254.

que se contaban unas 3.700 personas le proporcionaba una considerable riqueza:

Pesos de plata	2.349
Piezas de ropa	379
Fanegas de trigo	246
Fanegas de maíz	538
Cerdos	61
Aves	791
Arrobas de cabuya ¹⁷²	39

Tributos anuales que recibía Lorenzo de Cepeda de Puni, Zalahore, Chambo y Penipe en 1573 (FUENTE: Ortiz 1993, p. 268)

8.2. LORENZO Y JERÓNIMO EN EL SURGIMIENTO DE UNA OLIGARQUÍA ENCOMENDERA

Inicialmente la riqueza de Lorenzo de Cepeda nace de las recompensas recibidas por combatir, en primer lugar, contra Gonzalo de Pizarro y los encomenderos que le apoyaron, y, en segunda instancia, Hernández Girón y los encomenderos de Charcas y Cuzco que se sumaron a sus huestes. Esta posición de floreciente encomendero le permitiría escalar social y económicamente de manera vertiginosa. Preciso es señalar, en este contexto, que al ser la encomienda el pilar económico fundamental de la sociedad colonial, su legislación mudaba con gran rapidez para irse ajustando continuamente a las necesidades del sistema económico y político, así como a su diversidad geográfica (lo que hacía que pudiera haber legislación particular para cada territorio). Es, en todo caso, lo relativo a la posibilidad de que las encomiendas puedan ser dejadas en

¹⁷² La cabuya es uno de los nombres locales que recibe la cactácea que en España se denomina «pita». Otros nombres serían agave, maguey, cabuya, fique, mezcal, etc. Posiblemente se usaba como fibra para hacer correas y cordajes.

herencia, detonante de la guerra civil que tuvo en Iñaquito uno de sus puntos álgidos, lo que más problemas suscitaron tanto a la Corona como a los españoles asentados en Indias.

Así, aunque la legislación aplicable al virreino del Perú permitía que una encomienda pudiera permanecer, antes de volver a la Corona o su representación, en una misma familia durante el tiempo de dos vidas, es decir hasta los nietos del encomendero original, los grandes encomenderos siempre encontraron el modo de que se prorrogase más allá de tal límite. En todo caso, aunque la sociedad colonial americana comenzaba a librarse de algunas de las ataduras de la metropolitana, no había evolucionado tanto como para que la continuidad de la gestión de una encomienda pudiera traspasar la ausencia de «legitimidad» hereditaria. Es decir, los hijos habidos fuera del matrimonio o los considerados «ilegítimos» no podían heredar una encomienda, por mucho que su progenitor fuera poderoso. En ese sentido, la encomienda, además de ser un bien material que produce rentas económicas,

presuponía un status de benemérito, de nobleza, que como tal correspondía a toda la descendencia, varones o mujeres, hijos, nietos o biznietos [...]. Cualquier hijo o hija de conquistador, encomendero o benemérito era portador y le correspondían los méritos de sus padres. Incluso la mujer, marginada para otros disfrutes materiales o desempeño de funciones, como descendiente directa o como viuda de conquistador o benemérito transmitía los mismos derechos¹⁷³.

Encuentra así cierto sentido la pretensión de Lorenzo de Cepeda de ser tratado de «don» a su regreso a España, pues tal tratamiento le hacía directamente «noble». Por lo mismo, también resulta coherente la respuesta que santa Teresa da, en la carta ya mencionada, diciendo que «allí», en América, lo puede utilizar, pero no en Ávila, donde usos sociales son diferentes. Por otra parte, en el caso de Quito, el matrimonio podía utilizarse para «regenerar a las líneas bastardas»¹⁷⁴. Es decir, un hijo o hija «ilegítimo» se legitimaba al contraer matrimonio con alguien «legítimo». Recuérdesse

¹⁷³ ORTIZ DE LA TABLA DUCASSE, Javier. *Los encomendadores de Quito 1534-1660. Origen y evolución de una élite colonial*. Sevilla: C.S.I.C., 1993, p. 79.

¹⁷⁴ IBÍDEM, p. 80.

que Lorenzo de Cepeda, según cuenta santa Teresa en una de sus cartas, habría utilizado este procedimiento pues «ha casado dos sobrinas, y muy bien; antes que se venga las deja remediadas».

Estos usos nos alertan sobre la utilización de las estructuras del parentesco como un mecanismo para la consecución de intereses políticos o económicos. Como señala Pilar Ponce en su estudio sobre la élite quiteña de los comienzos del siglo XVII, en cuyo germen estaba cobrando gran protagonismo Lorenzo de Cepeda, este grupo dominante pudo consolidarse gracias a la utilización de una adecuada inversión de rentas económicas, como unas

relaciones de parentesco [que] compaginaron la endogamia en el seno interno de los diferentes clanes, con la incorporación de aquellos forasteros cuyas relaciones personales o económicas resultaran de utilidad a ese núcleo laxo, extenso, que era la familia¹⁷⁵.

Con ello, las familias de la élite quiteña se sitúan en un espacio «intermedio entre el linaje y la red social», diferente, por tanto, del modelo familiar imperante en aquellos momentos en España en el que el linaje todavía era preponderante. Es decir, una adecuada selección de la persona con la que se iba a contraer matrimonio, era decisiva si el horizonte buscado era el incremento de la riqueza, del poder político o de ambos.

Tal ocurre con Lorenzo de Cepeda quien al poco de recibir encomiendas adicionales a las que ya tenía, contrae matrimonio con doña Juana Fuentes y Espinosa,

noble doncella de diez y ocho años de edad, nacida en la ciudad de Trujillo del Perú, e hija legítima de Don Francisco de Fuentes y Doña Bárbara Espinosa¹⁷⁶.

Pero, además de «noble doncella», el padre de doña Juana, Francisco Fuentes, fue uno de los que participó directamente con Pizarro en 1532 en la captura de Atahualpa en Cajamarca y, por tanto, de los que posiblemente recibió una parte del oro que el inca pagó por su rescate. A su vez, la madre de doña Juana, Bárbara

¹⁷⁵ PONCE LEIVA, Pilar. «El poder informal...», p. 97.

¹⁷⁶ PÓLIT, Manuel María. *La familia de Santa Teresa...*, p. 77.

Espinosa, era hija de Gaspar de Espinosa, fundador y primer gobernador de Panamá y Tierra Firme y, además de alcalde del Darién, oidor de la Audiencia de Santo Domingo. Gaspar de Espinosa, padre de la suegra de Lorenzo de Cepeda, fue uno de los primeros participantes en la conquista de las Indias Occidentales. De hecho, tras ser nombrado gobernador de Castilla del Oro en 1513, se le encuentra en la expedición de Pedrarias Dávila al Darién y poco después participó en la fundación de la ciudad de Panamá. Nombrado alcalde de Nuestra Señora de Santa la Antigua del Darién, la primera ciudad que los españoles fundaron en el continente, tuvo serios enfrentamientos con Núñez de Balboa, al que condenó como juez de residencia, de los que salió relativamente airoso. Desde allí sería uno de los exploradores del golfo de Nicoya. Tras un breve periodo en Santo Domingo, donde fue regidor, financió parcialmente la primigenia expedición de Pizarro y Almagro e intentó evitar, con escaso éxito, el enfrentamiento entre estos.

Si el matrimonio sirvió a Lorenzo de Cepeda y Ahumada para escalar en lo social, a su hijo homónimo le serviría años después para consolidarse definitivamente en esa oligarquía. Lorenzo de Cepeda y Fuentes acompañó a su padre en su viaje desde Quito hasta Ávila. Pero la licencia que Lorenzo recibió para hacer el viaje avisaba de que si no volvía en dos años, perdería sus encomiendas. Así pues recibió confirmación de tal licencia «para venir a la Corte y traer a sus hijos permaneciendo un tiempo, y que se le respeten entretanto sus posesiones e indios» en 1573¹⁷⁷. Como quiera que el regreso, como después veremos, se dilataba, hubo de pedir prórrogas de dicha licencia. La primera le fue concedida el 18 de noviembre de 1576¹⁷⁸. Un año después, el 23 de julio de 1577, se le concedió otra¹⁷⁹. Finalmente, tras tomar la decisión de no volver, solicitó que sus encomiendas pudieran pasar a su hijo. Una «Real Cédula al presidente y oidores de la audiencia de Quito» de uno de enero de 1578 admite la solicitud «para que encomienden a

¹⁷⁷ AGI: QUITO, 211, L.1, F.271V-272V.

¹⁷⁸ AGI: QUITO, 211, L.1, F.311R-312R.

¹⁷⁹ AGI: QUITO, 211, L.1, F.326V-328R.

Lorenzo de Cepeda los indios que ha gozado su padre»¹⁸⁰. Unos meses después, el 1 de junio de 1578

el rey manda al presidente y a los oidores de la Chancillería Real de San Francisco de Quito que hagan una encomienda a Lorenzo de Cepeda, hijo, con los indios que su padre tenía en encomienda¹⁸¹.

Para que este mandato se lleve a cabo, diez días después,

Lorenzo de Cepeda, hijo de Lorenzo de Cepeda y doña Juana de Fuentes, renuncia y cede la legítima y bienes de su madre y los que le tocasen percibir a la muerte de su padre, a cambio de la encomienda de Indias¹⁸².

Todavía, poco tiempo después, se tramitará un «expediente de confirmación de las encomiendas de indios de Chambo, Perucho y Perugache a Lorenzo de Cepeda». El 27 de noviembre de 1581 aún seguía pendiente¹⁸³ y, finalmente, se dilataría mucho en el tiempo debido a varios pleitos.

Entre medias quedaron la solicitud que hubo de hacer para poder llevar armas en el viaje de vuelta¹⁸⁴ y la concesión de exención de almojarifazgo¹⁸⁵, el impuesto de aduanas que se pagaba por las mercancías que transitaban por los puertos (el almojarife era el «inspector» o tesorero). Esto último resultaba de particular importancia para que Lorenzo (hijo) pudiera reanudar la vida qui-teña pues pretendía transportar múltiples mercancías que quería vender en los puertos intermedios o a la llegada. La cantidad fijada para el almojarifazgo suponía un porcentaje del precio que la mercancía movida podía valer en el mercado una vez desembarcada. Por tanto, no podía ser fijada en el puerto en que subía al barco sino que variaba en función de la demanda del lugar donde se recibía. Así pues, cuanto más lejano estaba el puerto de destino, más

¹⁸⁰ AGI: QUITO, 211, L.2, F.1R-1V.

¹⁸¹ CABEZA SÁNCHEZ-ALBORNOZ, María Cruz. *La tierra llana de Ávila en los siglos XV y XVI: análisis de la documentación del Mayorazgo de la Serna (Ávila)*. Ávila: Institución Gran Duque de Alba, 1985, p. 86.

¹⁸² IBÍDEM.

¹⁸³ AGI: QUITO, 55A, N. 4.

¹⁸⁴ AGI: QUITO, 211, L.2, F.2R.

¹⁸⁵ IBÍDEM.

era lo que se incrementaba el valor añadido de la mercancía y, por tanto, lo que hacía que más valor tuviera.

No mucho después de arribar a Quito, en 1581, Lorenzo de Cepeda y Fuentes emparentó por matrimonio con otra de las familias más poderosas de la ciudad: su esposa, María de Hinojosa y Estévez, era hija del oidor Pedro de Hinojosa y pariente de varios encomenderos. Fruto de este casamiento serían sus hijos Pedro, Ana, Beatriz, Juana y, posiblemente también Lorenzo y Gaspar. En muy buena medida, estos seguirán el modelo endogámico de clase de sus padres y abuelos. Así, Pedro de Hinojosa y Cepeda contraería matrimonio sucesivamente con tres mujeres de la alta sociedad quiteña.

En primer lugar lo haría con Ana de Loma-Portocarrero y Zorrilla. En segunda instancia, como

prohombre quiteño pudo enlazar con una de las familias más ilustres del distrito: casó con doña Ana de Vera y Zúñiga, hija del tesorero de la Real Hacienda Pedro de Vera (natural de Soria) y de la quiteña doña Beatriz de Zúñiga y Arellano. Por parte de su madre doña Ana era miembro de un destacado grupo de encomenderos y beneméritos, ya que doña Beatriz era hija del capitán Rodrigo de Rivadeneira, rico mercader y gobernador de Esmeraldas, y de doña Ana de Zúñiga, encomendera, hija del también encomendero Francisco Ramírez Arellano¹⁸⁶.

Así pues, en el hijo que ambos tuvieron, Pedro Cepeda y Zúñiga (o Pedro Cepeda Ramírez Arellano), quien posiblemente se hizo religioso, convergieron las cuatro familias más poderosas de Quito: Cepeda, Rivadeneira, Zúñiga y Arellano. Todavía Pedro Hinojosa Cepeda (o Cepeda Hinojosa) contraería matrimonio, una vez más, con Mariana de Zúñiga.

Tampoco casó mal su hermana Ana de Ahumada Hinojosa (nieta del hermano de la Santa). Su marido fue el

capitán y rico mercader Francisco Abad, matrimonio con descendencia en los Abad de Cepeda, uno de cuyos hijos, el maestro Lorenzo Abad de Cepeda era clérigo como su primo en 1658. Como en otros

¹⁸⁶ ORTIZ DE LA TABLA DUCASSE, Javier. *Los encomenderos...*, p. 269.

casos la descendencia del conquistador pervivirá en el siglo XVII y XVIII a través de las líneas femeninas¹⁸⁷.

Beatriz, hermana de esta, casaría con Marcos de la Plaza y Salas uno de los comerciantes quiteños más poderosos, dueño de obrajes y mercaderías. La última de las hijas de Lorenzo Cepeda Fuentes, Juana, contraería matrimonio con Álvaro Zambrano, visitador general en la audiencia de Santa Fe de Bogotá.

No extraña pues que cuando en 1626 Lorenzo de Cepeda y Fuentes, hijo de Lorenzo de Cepeda y Ahumada, falleciera en Riobamba, ciudad en la que había fijado su residencia, una numerosa prole de descendientes de los Cepedas y Ahumadas viviera en tierras de lo que hoy es Ecuador. En cualquier caso, tal y como había ocurrido con su padre, el hermano de la reformadora carmelitana, las encomiendas combinadas con adecuadas estrategias matrimoniales hicieron de Lorenzo de Cepeda Fuentes un relevante personaje del Ecuador colonial. De hecho, en 1605 era uno de los tres encomenderos más importantes de Riobamba, junto con Ana de Zúñiga y Juan López Galarza. En ese año, el sobrino de la Santa contaba con 1.217 tributarios distribuidos en 4 pueblos que le proporcionaban pingües beneficios sintetizados en la siguiente tabla:

Patacones ¹⁸⁸	3.651
Fanegas de maíz	607
Aves	2.434
Puercos	71
Mantas de algodón	1.217

Tributos anuales que recibía Lorenzo de Cepeda de Riobamba (FUENTE: Ortiz 1993, pp. 178-179).

¹⁸⁷ IBÍDEM.

¹⁸⁸ Según el DRAE el patacón era una moneda de plata, de peso de una onza, y cortada con tijeras.

Dos consideraciones relevantes pueden deducirse de las componendas familiares en que la familia de santa Teresa participó en Quito. Por una parte, las estrategias de parentesco permitían que las grandes familias quiteñas pudieran repartirse el poder político-administrativo porque en cualquier ámbito del poder local, habría siempre un familiar. De hecho,

de los datos recopilados se desprende que casi un 70% de los cabildantes en activo a lo largo del siglo XVII en Quito, mantuvieron algún tipo de vínculo familiar con otros miembros de la institución¹⁸⁹.

En segundo lugar, como se ha visto tanto en el caso del hermano de la Santa como en el de su sobrino y en el del hijo de este, el ascenso social se logra mediante la incorporación a la familia de la esposa. Eso explica, entre otras cosas, la prelación del apellido, por ejemplo Hinojosa sobre Cepeda. En todo caso, los procesos señalados sitúan a mujeres en el centro de la articulación social y política del Quito colonial:

Teniendo en cuenta que al menos 60 de las 90 esposas de cabildantes conocidas eran criollas, fundamentalmente quiteñas, es decir con parentescos locales, y considerando la estrategia en diversos frentes desplegada por las familias notables de la ciudad, la mujer podía reportar a su esposo capitular sólidos contactos con miembros de las otras dos instituciones clave de la región: la Audiencia y la Real Hacienda. A través de su mujer emparentaron Andrés Orozco Guzmán, Diego Sandoval y Francisco Villacís con el Contador Fernando Loma Portocarrero; a través de sus mujeres tuvieron acceso al polémico oidor Juan Larrea Zurbano capitulares como Manuel Freile Bohórquez, Diego Sandoval Portocarrero, Ignacio Barnuevo y, sobre todo, Antonio Villacís; yerno del oidor Moreno de Mera fue Pedro Ortega Valencia, como lo fue Lorenzo de Cepeda [hijo] del también oidor Hinojosa; suegros del magistrado Sosaya y del relator Salazar fueron los cabildantes Ontañón y Diego Valencia León respectivamente. Sin hacer un recuento exhaustivo de tales vínculos, si podemos concluir que de los más de 30 lazos de parentesco detectados entre miembros de la Audiencia y del Cabildo entre 1563 y 1650, casi la mitad se originaron por vía femenina¹⁹⁰.

¹⁸⁹ PONCE, Pilar. «El poder informal...», pp. 97-111.

¹⁹⁰ IBÍDEM, p. 100.

Con estas estrategias y el adecuado uso del poder,

en la mayoría de los casos de Quito todo aquel que tuvo descendencia legítima consiguió la sucesión en dos y tres vida, de tal forma que durante el XVI estas familias gozaron los mismos repartimientos concedidos por Belalcázar y Pizarro. En Quito [...] en Riobamba y Latacunga, los de la Puente, de la Calle-Fuenmayor-Cabrera, los Porcel y los Cepeda, [...] ¹⁹¹.

El establecimiento de esta estructura oligárquica en torno de poder es fundamental para comprender lo que ocurre cuando acaban o se atenúan las guerras de conquista. Lorenzo de Cepeda y Ahumada comenzó a desarrollar su fortuna al recibir una encomienda de La Gasca en pago por sus méritos de guerra. Pero concluidas las guerras, si las familias poderosas, entre ellas la del hermano y luego del sobrino de Teresa, querían mantener su privilegiado estatus, debían recurrir a otros mecanismos. Es decir, la única forma de obtener nuevas encomiendas en tiempos de paz era mostrarse habilidoso en el seno de la nueva corte «virreinal» encargada de los nuevos repartos. A su vez, la presencia de «nuevos» cortesanos, recién llegados a la ciudad se traduce en una ingente presión «distributiva»: en la medida en que todos los colonos querían ser encomenderos, se hacía necesario fragmentar las grandes encomiendas para que criollos y españoles pudieran acceder a una. En el caso de la familia de santa Teresa, las pérdidas inherentes a tales repartos solamente serían visibles varias generaciones después. Así, aunque una parte del pueblo de San Andrés (Riobamba) estuvo durante varias generaciones en mano de los Cepeda luego de que le fuera consignado a Lorenzo de Cepeda y Fuentes,

en 1638 se situaron sobre dicha encomienda un millón de maravedies concedidos al conde de Castrillo, y al morir en 1622 don Pedro de Cepeda, se le dio la propiedad al conde, instando al presidente de la Audiencia de Quito para que los corregidores de Riobamba cumplieran con la cobranza de sus tributos ¹⁹².

¹⁹¹ ORTIZ DE LA TABLA DUCASSE, Javier. *Los encomenderos...*, p. 81.

¹⁹² IBÍDEM, p. 114.

En el caso de Latacunga, lugar igualmente vinculado a los Cepeda, don Baltasar de Chávez y Mendoza, conde de la Calzada y Santa Cruz de la Sierra, logró una encomienda de 4.500 pesos

que se le situaron de la siguiente forma: 256 pesos en la encomienda que perteneció a don Francisco de Cepeda y el resto en la que fue de don Cristóbal Núñez de Bonilla. Don Cristóbal disfrutaba en tercera y última vida la mitad del repartimiento que fue de su padre y abuelo, del que obtenía unos 6.244 pesos de plata anuales, que a su muerte servirían para cubrir las rentas del conde de la Calzada. La otra mitad de la encomienda sirvió para pagar las concedidas a doña Oroficia de Castilla (nombrada también como Mendoza y Castilla, viuda del encomendero Cepeda)¹⁹³, don Íñigo de Pantoja y las monjas concepcionistas de Cuenca¹⁹⁴.

La posesión de las encomiendas junto a las estrategias matrimoniales permitiría igualmente a la nueva élite colonial el control político de los recursos públicos a través de la gestión de la Real Hacienda. No se puede olvidar, en este sentido, que tanto Lorenzo de Cepeda como Jerónimo fueron tesoreros de la misma. A su vez, el poder económico que otorga el ejercicio de esta autoridad conllevará un adicional prestigio que, en última instancia, se traducirá en la preponderancia en todos los órdenes burocráticos de la administración colonial. Así,

en el distrito de Quito, desde los primeros asentamientos y hasta la década de los 70 estos cargos serían monopolizados por los encomenderos.

¹⁹³ La citada Oroficia es Orofrisia de Mendoza y Castilla, esposa de Francisco de Cepeda, sobrino de santa Teresa e hijo mayor de su hermano Lorenzo que heredaría el mayorazgo. Francisco, como Lorenzo (hijo), nació en Quito y se vino a Ávila acompañando a su padre cuando este regresó. Sin embargo, mientras Lorenzo (hijo) volvió a Quito a hacerse cargo de las encomiendas del padre, Francisco se quedó en Castilla donde casó con la citada Orofrisia que tantos quebraderos de cabeza daría a la Santa. Aunque esta mujer no estuvo en América, una vez fallecido su esposo, hizo lo posible por hacer valer sus derechos. Hay que recordar, al respecto, que Orofrisia era una noble deuda del marqués de las Navas e hija de Beatriz de Castilla, prima del duque de Alburquerque y sobrina del duque del Infantado. El regalo que recibió del rey por su matrimonio con Francisco Cepeda fue una renta de mil pesos en tributo de indios que, mientras pudo, gestionó su marido. El veintiuno de septiembre de 1619 sería emitida una «Real Cédula a las autoridades de Perú y Quito para que hagan enviar a la Casa de la Contratación los bienes de Francisco de Cepeda que reclama su viuda Orofrisia de Mendoza» (AGI: QUITO,212,L.4,F.118R-118V).

¹⁹⁴ ORTIZ DE LA TABLA DUCASSE, Javier. *Los encomenderos...*, p. 116.

Como hombres principales de cada ciudad y debido a la garantía de su sólida situación económica, fueron preferidos a cualquier otro tipo de ciudadanos¹⁹⁵.

Si Núñez Vela nombró a Juan de la Puente y Pedro de Valverde para los cargos más relevantes, más tarde los gobernadores y la propia Audiencia de Quito nombrarían por contadores a Diego Méndez y Antonio de Rivera; por tesoreros a Lorenzo de Cepeda y Carlos de Salazar y factores a Francisco de Vargas, Bonifaz de Herrera y Alonso de Cabrera; todos ellos encomenderos y, además, en varios casos emparentados entre sí.

Una anónima «Descripción de la ciudad de San Francisco de Quito», elaborada en 1573, en la que se enumera a todas las personas que viven en la ciudad o han tenido algún tipo de vínculo especial con la misma, incluyendo, además, su ocupación y, cuando la hay, también las rentas, lo pone claramente de manifiesto. Así, en el capítulo 109 de los 200 de que consta se indica que

la gobernación de la ciudad tiene el virrey y provee oficiales de la Real Hacienda con 300 pesos de buen oro de salario a cada uno. Tesoreros es Jerónimo de Cepeda, y contador Pedro de Valverde y factor Juan Rodríguez [...] ¹⁹⁶.

En la misma descripción, al relacionar los vecinos se cita a Lorenzo de Cepeda, quien «tiene por encomienda del presidente Gasca a Nanbi, Quicha»¹⁹⁷, añadiéndose que sus tributos alcanzan los 1.700 pesos. Cuando, en el capítulo 102, se dice quiénes son «los vecinos más ricos que hay en la tierra» se menciona a

Lorenzo de Cepeda tendrá 50 años; vale su hacienda 35.000 pesos. Estando para se venir en la flota pasada, tenía juntos 27 ó 28.000

¹⁹⁵ IBÍDEM, p. 142.

¹⁹⁶ «Descripción de la ciudad de San Francisco de Quito» [1573]. En: *Relaciones Histórico-Geográficas de la Audiencia de Quito: S. XVI-XIX*. PONCE LEIVA, Pilar (Ed.). Madrid: C.S.I.C., 1991, tomo I, p. 207.

¹⁹⁷ IBÍDEM, p. 204.

pesos en oro; empleó en mercaderías 45.000 pesos, por lo cual dejó de presente su venida. Tiene 1 hijo y 2 hijas muchachos»¹⁹⁸.

Por cierto que un cotejo de las rentas de los principales de la ciudad permite verificar que Rodrigo de Salazar y Francisco Ruiz, que superaban los 50.000 pesos, eran los más ricos, siendo el tercero en esa relación Lorenzo de Cepeda (35.000 pesos) y el cuarto Martín de Mondragón (25.000 pesos).

Más explícita aún es la «Relación que hacen Vuestros Oficiales Reales de Quito [Pedro Valverde y Juan Rodríguez] de las cosas de esta tierra» solo tres años después (1576). En la misma, al describir inicialmente cómo se gobierna la ciudad, se muestran fehacientemente los mecanismos de acceso al poder que permiten la generación de una oligarquía y el preponderante papel que en ella tendrán los hermanos Lorenzo y Jerónimo Cepeda. Aunque sea extensa la cita, resulta esclarecedora pues resulta llamativa la naturalidad con que se muestra cómo la mayor parte de los cargos recaen sobre personas del entorno próximo de los encomenderos y, sobre todo, cómo el más rico de entre ellos es quien los «avala» para que sean aceptados en los cargos propuestos:

En tiempo de Vuestro virrey Blasco Núñez Vela, fueron proveídos por oficiales, contador, a mi Pedro de Valverde, que al presente lo soy, y por tesorero Juan de la Puente, y por factor y veedor Juan de Padilla. Este tesorero y veedor tenían y dejaron indios en encomienda; son fallecidos y eran personas de calidad. Y en el tiempo de vuestro virrey Blasco Núñez Vela se fue retirando el tirano Gonzalo Pizarro y su gente, yo, el vuestro contador, y el vuestro tesorero fuimos en compañía en Vuestro Real servicio, llevando lo tocante a Vuestra Real Hacienda hasta tanto que no hubo quien lo llevase y los tiranos lo tomaron y robaron. Después de estos oficiales, por los gobernadores y Audiencia Real fue proveído por contador Diego Méndez, encomendero, y Antonio de Ribera,

¹⁹⁸ El dato de «hijo y 2 hijas muchachos» es erróneo. Aunque algunas fuentes indican que tuvo siete hijos, otras seis y, aún hasta cuatro, el propio Lorenzo de Cepeda en su testamento, escrito en 1578 en Ávila, dice que «durante el matrimonio tuvimos siete hijos e hijas, e de ellos son vivos solamente la dicha Teresa e Francisco e Lorenzo» (Pólit. 1905. 355). Además de estos tres, sabemos que Esteban falleció en algún momento del viaje a España en 1575 contando con doce años.

encomendero, y Francisco Vargas, factor y veedor, y por tesorero Lorenzo de Cepeda, encomendero, y Carlos de Salazar, tesorero, encomendero, y Bonifaz de Herrera y Alonso de Cabrera factores, y así otros oficiales que han usado estos oficios; y como se daba poco salario con ellos, en lo tocante a Vuestra Real Hacienda no se usaba dar fianzas; hanse dado cuenta y se han cobrado los alcances. Todos estos gente honrada y de calidad. Después de esto, siendo gobernador de estos reinos el licenciado Castro, proveyó por contador de Vuestra Real Hacienda a mí, Pedro de Valverde, y vuestra majestad me hizo merced de la confirmación de este oficio. [...] Asimismo el dicho licenciado Castro proveyó por tesorero de Vuestra Real Hacienda a Jerónimo de Cepeda, que antes lo había sido, nombrado por esta Audiencia, y Vuestra Persona Real le hizo merced de este oficio por nueva merced, el cual es fallecido; [...] Yo, el dicho contador di por mi fiador al capitán Rodrigo de Salazar, vecino de esta ciudad, que tiene en encomienda el más principal repartimiento de ella. Asimismo dio por su fiador el dicho Jerónimo de Cepeda al dicho capitán Salazar¹⁹⁹.

Establecido el control oligárquico del poder burocrático, no resultaba inusual la transmisión de cargos dentro de la propia familia o entre cercanos. Por tal motivo, no resulta particularmente insólito hallar en la Real Hacienda Cepedas con rango relevante en la generación siguiente a la de Lorenzo y Jerónimo. A medida que avanza el tiempo, aunque el poder social, político y económico de estos grupos familiares no disminuye, la irrupción de nuevos grupos sociales que han acaparado nuevas tierras o mercedes a fines del siglo XVI suscitará controversias de diversa índole en el interior de los grupos oligárquicos. Por tal motivo, en 1584 el oidor de la Audiencia de Quito, Pedro Venegas de Cañaverl, enviará una carta al emperador trasladándole varias cuestiones, entre ellas los problemas que plantea con los indios de su encomienda Lorenzo de Cepeda Fuentes²⁰⁰. Pocos años después se establece un pleito que se prolonga durante

¹⁹⁹ VALVERDE, Pedro y RODRÍGUEZ, Juan. «Relación que hacen Vuestros Oficiales Reales de Quito de las cosas de esta tierra». En: *Relaciones Histórico-Geográficas de la Audiencia de Quito: S. XVI-XIX*. PONCE LEIVA, Pilar (Ed.). Madrid: C.S.I.C., 1991, tomo I, p. 235.

²⁰⁰ AGI: QUITO, 8, R.18, N.49.

más de diez años entre el mismo Lorenzo de Cepeda y Francisco Suárez de Figueroa sobre el verdadero valor del repartimiento de Chambo²⁰¹.

Aún así, resultaba muy difícil apartar del poder a los que llevaban mucho tiempo detentándolo porque

los encomenderos quiteños tuvieron la iniciativa de enviar a sus tributarios a las minas y lavaderos de oro del distrito, consiguiendo algunos ingentes fortunas. Igualmente fueron los primeros, por concesiones del cabildo, de los gobernadores y de sus tenientes y luego de la misma Audiencia, en apropiarse de las mejores tierras. Iniciaron también la construcción de molinos de harina y de trapiches de azúcar, explotándolos directamente. Fueron los pioneros en la importación de ganado de Castilla y en la aclimatación de plantas y cultivos europeos, como iban a ser los primeros en desarrollar uno de los pilares más firmes de la economía ecuatoriana: las manufacturas textiles²⁰².

La familia Cepeda, como exponente de esa oligarquía quiteña, fue también poseedora de obrajes de entre los que destacó el situado en Chambo, la encomienda que generó la disputa con Francisco Suárez de Figueroa mencionada líneas más arriba. En Chambo funcionaba uno de los más antiguos obrajes de comunidad, de los que habían surgido en los inicios de la colonia vinculados a las encomiendas para permitir que los indígenas, a los que se consideraba hábiles tejedores, pudieran pagar sus tributos en aquellas áreas en las que esto era más difícil. Estos centros de manufactura irían creciendo a partir de 1560, de modo tal que hacia 1570 había ocho en la comunidad en los que trabajaban más de un centenar de personas²⁰³. Este lugar,

a tres leguas de Riobamba, en la encomienda de doña Ana de Zúñiga y don Lorenzo de Cepeda, contaba con tierras pródigas en bastimentos de pan, carne y maíz, abundantes manadas de ovejas y finas lana. Tenía

²⁰¹ AGI: ESCRIBANÍA, 919A(1604); AGI: QUITO 28, N.5 (1609); AGI: QUITO, N. 18 (1610).

²⁰² ORTIZ DE LA TABLA DUCASSE, Javier. *Los encomenderos...*, p. 206.

²⁰³ ÍDEM. «El obraje colonial ecuatoriano. Aproximación a su estudio». *Revista de Indias*, 149-150 (1977), pp. 471-541.

señalados 160 indios más de mitayos de ambas encomiendas y su producción anual se estimaba en unos 120 paños y otras tantas frazadas, siendo su valor en el mercado de unos 15.000 pesos. Trabajaba en régimen de administración y a comienzos del XVII contaba con unos beneficios de más de 12.000 pesos colocados a censo o en materiales. [...] La encomienda de Riobamba de los Cepeda estaría en manos de esta familia durante varias generaciones hasta 1662 en que pasó a pertenecer al conde Castrillo, noble cortesano, quien desde 1638 gozaba de una renta en ella de un millón de maravedís. En 1681 aparece como repartimiento incorporado a la Corona²⁰⁴.

En cualquier caso, este obraje y encomienda de los Cepeda, saldría de la familia en la cuarta generación, «al morir su tercer poseedor y optar el hábito religioso su único hijo don Pedro de Cepeda Zúñiga»²⁰⁵. No fue este, en todo caso, el único obraje vinculado a los Cepeda pues Francisco de Cepeda obtuvo licencia en 1607 para trabajar con indios voluntarios en uno situado a mitad de camino de Pumblo a Pifo.

Por otra parte, las vinculaciones entre el poder político y el económico, y, por ende, el social, eran posibles porque se ramificaban por el conjunto de los instrumentos de la administración colonial. No en vano, Lorenzo de Cepeda, el hermano de santa Teresa, ostentó cargos de regidor de Quito, regidor del Cabildo, tesorero de las cajas reales y capitán general, entre otros. En octubre de 1564 Diego Méndez y Jerónimo de Cepeda,

como oficiales de esta Real Hacienda de la Ciudad de Quito por haberle dado a vuestros Visorreyes de esta tierra y a los que en Vuestro Real nombre la han gobernado,

enviaron una carta al Consejo de Indias informándole sobre varios asuntos. Uno de ellos tiene que ver con que «ahora que Vuestra Majestad ha sido servido mandar fundar esta vuestra real audiencia en nuestra ciudad». Lo que Diego Méndez y Jerónimo Cepeda cuentan es que, como oficiales de la Real Hacienda, aprueban la fundación

²⁰⁴ ORTIZ DE LA TABLA DUCASSE, Javier. *Los encomenderos...*, p. 212.

²⁰⁵ IBÍDEM, p. 220.

de la Audiencia de Quito y el nombramiento de D. Hernando de Santillán como presidente por ser

experimentado en las cosas de todo este reino y celoso de vuestro real servicio, que esto podemos decir como testigos de esta que le conocemos desde que vino a esta tierra y somos muy antiguos en ella y en las alteraciones pasadas hemos siempre servido a vuestra Majestad y tenemos repartimientos de indios encomendados en vuestro nombre²⁰⁶.

Además, tras ponderar a Hernando de Santillán, los oficiales, entre ellos Jerónimo Cepeda, suplican al rey que, ya de paso, que se refuercen los poderes del presidente de la Audiencia. Como he mencionado más arriba, la Real Audiencia de Lima logró sofocar la rebelión («las alteraciones») de Francisco Hernández Girón con un ejército comandado por Pablo Meneses, como maestre de campo, el entonces oidor Hernando de Santillán y el arzobispo de Lima, Jerónimo de Loayza, en el que pelearon los hermanos Cepeda. Pues bien, el nombramiento de Santillán como presidente de la Real Audiencia de Quito, con el aval de Jerónimo de Cepeda, propició un nuevo ascenso social de ambos hermanos. Lorenzo, que en ese momento era tesorero de las cajas reales, sería nombrado juez de residencia y justicia mayor de Loja, Cuenca, Zamora y sus distritos, con capacidad de decisión sobre todo lo relativo al corregimiento, incluidas sus tesorerías. Por su parte, Jerónimo pasaría, a petición del propio Lorenzo, a sustituirlo provisionalmente en dicha tesorería.

No obstante, esta sustitución provisional terminaría siendo definitiva por cuestiones totalmente ajenas a voluntades políticas. Aunque como juez de residencia y justicia mayor de Loja debería vivir en dicha ciudad, coincidiendo con una de sus frecuentes estancias en Quito, falleció su mujer. La conmoción que este suceso le produjo fue tal que Lorenzo solicitó su renuncia al cargo de tesorero, aunque pidió que se le confiriera a su hermano Jerónimo. El 14 de noviembre de 1567 murió doña Juana de Fuentes y el primero de diciembre tomaba posesión como tesorero Jerónimo pues la burocracia, cuando es de interés, también puede agilizarse. Habida cuenta la especificidad del cargo de tesorero, que manejaba las cuentas de la Corona, era preciso antes

²⁰⁶ AGI: QUITO, 19, N.1.

de tomar posesión que alguien de reconocida solvencia y prestigio avalara al nuevo tesorero, como había ocurrido en su día con Lorenzo de Cepeda de quien salió fiador Rodrigo de Salazar. Jerónimo lo tendrá más fácil: su propio hermano Lorenzo será su fiador²⁰⁷. Posteriormente, este nombramiento sería ratificado tanto por el gobernador del Perú (Lope García de Castro), como por el propio rey quien, en el escrito en que ratificaba el nombramiento, recordaba que Jerónimo se había hallado en las batallas de Iñaquito y de Jaquijahuana, además de prestar otros servicios durante veinticinco años²⁰⁸. Adicionalmente, como quiera que el cargo de tesorero tuviera mucho prestigio, pero poca paga, se emitió una «Real Provisión disponiendo que Jerónimo de Cepeda, tesorero de Quito, sea regidor del pueblo donde resida durante el tiempo que ostente dicho cargo»²⁰⁹. Que el cargo no estaba excesivamente remunerado lo prueba la solicitud de licencia que hará Jerónimo para regresar a España acompañando a Lorenzo unos años después pues indica que

con el salario que tengo con el dicho oficio por ser muy poco, no me puedo sustentar; y si hasta aquí me he sustentado ha sido con ayuda de Lorenzo de Cepeda, mi hermano, que me ha tenido en su casa y dado todo lo que he habido menester²¹⁰.

Igualmente, en una «Carta de los oficiales reales de Quito Jerónimo de Cepeda, Pedro de Valverde y Juan Rodríguez» al rey enviada en abril de 1572 entre varios asuntos de relevancia económica (arriendo del puerto de Guayaquil, vacantes en repartos de indios, gastos excesivos de presidentes y oidores de la Audiencia, etc.)²¹¹, piden un aumento de salarios. Sobre esto mismo insisten los oficiales reales de Quito Pedro de Valverde y Juan Rodríguez en otra carta al rey en enero de 1575, justo al poco de partir Jerónimo de Cepeda de quien le dicen al rey que podrá trasladarle cuanta información adicional desee²¹².

²⁰⁷ AGI: QUITO, 21, N.24.

²⁰⁸ AGI: QUITO, 211, L.1, F.269 R-270V.

²⁰⁹ AGI: QUITO, 211, L.1, F.270 R-271V.

²¹⁰ PÓLIT, Manuel María. *La familia de Santa Teresa...*, p. 91.

²¹¹ AGI: QUITO, 19, N.4.

²¹² AGI: QUITO, 19, N.

Más difícil que en el cargo de tesorero de la Real Hacienda era sustituir a Lorenzo como corregidor de Loja, o de la Inmaculada Concepción de Loja, como correctamente se llamaba. Dicho corregimiento, para el que fue proveído como comisionado especial Lorenzo de Cepeda, se había creado en 1547 para poder ejercer un efectivo control administrativo sobre el área meridional de la Real Audiencia de Quito, por lo que el título de corregidor de Loja incluía también el de Zamora. Por tal motivo, nada más asentarse en Loja como corregidor y justicia mayor, empleó más de un año en recorrer todo el territorio que caía bajo su jurisdicción: Zamora (Zamora de los Alcaldes), Yaguarzongo, en el sureste del actual Ecuador, y Zaruma con su área minera. Además, estos tres lugares incluían territorios inexplorados y por delimitar en las áreas colindantes. Durante sus visitas a los lugares más remotos del corregimiento «prohibió severamente que se sirvieran de los indios como acémilas o burros de carga, salvando a centenares de ellos de una muerte segura»²¹³ y tomó celosamente cuentas de la Hacienda Real en las diferentes ciudades que había.

Esta actitud habría provocado, a decir de Pólit, «envidias, murmuraciones, calumnias y enemistades, cuyo ecos se percibe hasta hoy»²¹⁴. Sin embargo, autores como Jiménez de la Espada apuntan que los enemigos que cosechó el corregidor en esa época no tuvieron que ver tanto con su actitud como con la posible ilegalidad de su nombramiento por parte de Hernando de Santillán. Que este hubiera sido nombrado, como hemos visto, presidente de la Audiencia con el aval de Jerónimo de Cepeda, y que ambos, Lorenzo y Jerónimo, hubiesen combatido junto a Santillán, hizo sospechar a más de uno de la ilegalidad del nombramiento. De hecho, «Martín de Carranza, el de las Esmeraldas» escribió desde Guayaquil el 20 de julio de 1565 una carta al «licenciado Lope García de Castro, gobernador del Perú», en la que le daba cuenta de la arbitrariedad de la designación realizada por Santillán. En la carta, reproducida por Jiménez de la Espada²¹⁵, Martín de Carranza señala que

Luego que Santillán asentó la Audiencia, proveyó a Alonso Manuel de Anaya por gobernador y juez de residencia de la gobernación de

²¹³ MIRANDA, José Miguel. «América, familia de Teresa en»..., p. 75.

²¹⁴ PÓLIT, Manuel María. *La familia de Santa Teresa*..., p. 87n.

²¹⁵ JIMÉNEZ DE LA ESPADA, Marcos. *Relaciones geográficas*..., p. 257.

Popayán y a Álvaro de Figueroa, muy buen caballero y de buen juicio, por juez de residencia y justicia mayor de Loja, Cuenca y Zamora. Recibieron todos un general contento con ver esta elección, que pareció muy acertada a todos; mas duró muy poco, porque en tanto que los caballeros se aprestaban, cayeron en donaire al presidente un Lorenzo de Cepeda, encomendero de Quito, persona contra quien está fulminado un proceso de que en tiempos atrás se quiso alzar en Quito, y quitó las provisiones a Álvaro de Figueroa y diólas al Cepeda y inviole con el proveimiento que había hecho al Figueroa. Y el otro fue un Francisco de Mosquera, mozo tan mozo, que no tiene ningún asiento, hijo de un clérigo y de una morisca y que pone toda su felicidad en una guitarra, que le hacía ser tan perjudicial en pueblos pequeños, que acaeció desterrarle dellos.

No debía andar muy desencaminada la acusación pues, en el juicio de residencia que se hizo al «licenciado Hernando de Santillán» al concluir en 1571 su periodo al frente de la Audiencia, se le condenó por «doce cargos y en seis culpa grave». Uno de estos cargos probados, el segundo de los seis graves, fue que «proveyó a Lorenzo de Cepeda por juez a cierta residencia teniendo indios de encomienda»²¹⁶. En su descargo, Hernando de Santillán señalaría que de su actuación solo se siguieron beneficios, tanto para el virreinato como, sobre todo, para los pueblos originarios:

alega descargos y razones que tuvo para las cosas en ellos contenidas, que son bastantes y probadas. Demás de esto consta por la residencia haber hecho quitar las cargas de indios y aderezar los caminos y poner gran número de arrias con que se sirve la tierra sin las dichas cargas de indios, que quitó el paso al Perú a los que iban sin licencia de Su Majestad, que hizo venir los casados en España, que hizo pagar a los indios de servicio salario competente, que quitó el servicio personal, que hizo a los encomenderos guardar las tasas y tener doctrinas y pagar los sacerdotes, que evitó y castigó los pecados públicos, y conservó las honras de los casados, que desterró los vagabundos y bulliciosos²¹⁷.

²¹⁶ MEDINA, José Toribio. *Colección de documentos inéditos para la historia de Chile desde el viaje de Magallanes hasta la batalla de Maipo, 1518-1818. Segunda Serie, vol. I*. Santiago de Chile: Fondo Histórico y Bibliográfico J. T. Medina, 1956, p. 321.

²¹⁷ IBÍDEM, p. 322.

Añadió, además, que cargos similares se le achacaron cuando fue oidor de la Audiencia de Lima pero que, finalmente, fue absuelto de todos ellos.

8.3. COMPLICACIONES EN EL RETORNO DEL INDIANO

La sólida posición social de Lorenzo de Cepeda en Quito se tambaleó de la noche a la mañana el 14 de noviembre de 1567. Su esposa, Juana de Fuentes y Espinosa, que por entonces apenas contaba con 28 años, fallecería de «sobrepardo»²¹⁸ al intentar dar a luz a una hija, que tampoco sobreviviría. Ya en esos años tenía Lorenzo de Cepeda una sepultura para él y su familia –una bóveda, apunta Pólit– en la catedral, «al pie del segundo pilar del púlpito»²¹⁹. La situación en lugar tan señalado se debía a que

la antigua iglesia catedral debió a las limosnas de don Lorenzo de Cepeda su primer órgano y una campana, pues con trescientos pesos de oro, que dio, el 12 de setiembre de 1564, por la sepultura que le señalaron los Canónigos en la iglesia nueva se pagaron 234 á un tal Ruanes por el órgano, y lo restante al fundidor de una campana para la misma iglesia²²⁰.

Sin embargo, doña Juana, a quien sin conocer había ponderado su cuñada Teresa de Cepeda y Ahumada, dejó estipulado que quería ser amortajada con hábito de mercedaria y enterrada en la capilla de San Juan de Letrán, del convento de la Merced para alcanzar las indulgencias que se concedían a quien tal hacía. Así se hizo «con el consentimiento del capitán don Diego de Sandoval, que lo dio muy gustoso, tan amigo como era de don Lorenzo y sus hermanos»²²¹.

²¹⁸ PÓLIT, Manuel María. *La familia de Santa Teresa...*, p. 87.

²¹⁹ LARA MARCANO, Mercedes de. «Hermanos de Teresa de Jesús...», p. 250.

²²⁰ GONZÁLEZ SUÁREZ, Federico. *Historia eclesiástica del Ecuador desde los tiempos de la conquista hasta nuestros días*. Quito: Imp. Miranda, 1881, pp. 300-301.

²²¹ NAVARRO, José Gabriel. *Contribuciones a la Historia del Arte en el Ecuador. Volumen II. El arte en las fundaciones mercedarias, la Basílica y el Convento de la Merced. La Iglesia y el Convento de la Recolectión del Tejar* [1939]. Quito: Ed. Trama, 2007.

La amistad de Diego de Sandoval y Lorenzo de Cepeda es una prueba más de las múltiples interconexiones de la oligarquía quiteña. El capitán Diego de Sandoval había llegado al continente con Cortés. Tras sus peripecias en México y estar un tiempo en



Catedral metropolitana de Quito (Ecuador)

Sea como fuere, tras este luctuoso suceso, Lorenzo renunció a su cargo de tesorero de la caja real y tomó la decisión, que comunicó por carta a su hermana Teresa, de regresar a España donde creía sus hijos podrían educarse mejor. El 19 de octubre de 1569, Teresa de Jesús se dirige jubilosa a su hermana Juana comunicándole que Lorenzo ha enviado una carta para cada una anunciándoles su decisión de regresar:

Sea con vuestra merced el Espíritu Santo. A Ávila envió dineros para que le hagan este mensajero, porque no podrá dejar de darle gran contento esas cartas; a mí me le ha dado grandísimo, y espero en el Señor, que ha de ser para algún remedio de sus trabajos —y mucho— la venida

Guatemala, pasó con Benalcázar a Quito donde se avecindó y fue regidor perpetuo del Cabildo. En esta ciudad su riqueza se había incrementado sobremanera con las encomiendas que le dio La Gasca. Hombre pío y devoto, con parte de las mismas fundó y pagó de su bolsillo la capilla de San Juan de Letrán del convento de La Merced. Además de levantarla con gran ornato, la mantenía con una renta en oro.

Por otra parte, según Navarro («Contribuciones...», p. 75), «Don Pablo Herrera en la biografía de la hija de don Lorenzo de Cepeda, sor Teresa de Cepeda y Fuentes dice:

«La sepultura que tenía D. Lorenzo de Cepeda en la catedral de Quito estaba al pie del pilar siguiente al púlpito. Su nieto don Pedro de Cepeda e Hinojosa hizo donación de ella el 4 de abril de 1630 a D. Álvaro de Cárdenas y a su mujer, D.^a Ana de Cepeda».

de mi hermano; que tan santos intentos no pueden dejar de suceder en mucho bien, y querríalos yo más en su casa sosegados que estotros cargos, que en todos veo un sino. Bendito sea el Señor que así lo hace. Yo le digo que por el señor Juan de Ovalle y por ella me ha sido, como digo, particular contento; A Gonzalito [el hijo de Juan de Ovalle y Juana de Ahumada] he escrito por vía del inquisidor Soto; aún no sé si le han dado la carta; no he sabido de él ahora. ¿No ven qué es lo que Dios obra en Lorenzo de Cepeda? Más me parece que mire la comodidad con que se salven sus hijos, que con que tenga mucha hacienda. ¡Oh Jesús, por qué de partes le devo y qué poco le sirvo! No hay contento para mí tan grande como es que, a quien tanto quiero como a mis hermanos, tienen luz para querer lo mejor. ¿No los decía yo que dejasen a nuestro Señor, que El tenía el cuidado? Así lo digo ahora, que pongan sus negocios en sus manos, que Su Majestad hará en todo lo que más nos conviene. No escribo ahora más largo, porque he hoy escrito mucho y es tarde. En forma quedo alegre de pensar ha de tener contento. Dénsle el Señor adonde dura, que todos los de esta vida son sospechosos (Carta 23)²²².

Mas, una cosa es tomar la decisión de regresar y otra diferente poder hacerlo inmediatamente. Máxime cuando, como el caso de Lorenzo, había por medio grandes inversiones económicas y, además, se estaba sujeto a la normativa que afectaba a las encomiendas. Así pues, el regreso de Lorenzo de Cepeda se fue demorando tanto que, finalmente, entre el anuncio que recibió Teresa de Cepeda, y la llegada efectiva de su hermano pasaron seis años. En ese tiempo Lorenzo intentó recuperar parte de su costosa inversión, sobre todo en mercancías:

estando para se venir en la flota pasada, tenía juntos veinte y siete o veinte y ocho mill pesos en oro; empleó en mercaderías cuarenta y cinco mill pesos, por lo cual dejó presente su venida²²³.

Además, hubo de solicitar las pertinentes licencias pues, siendo encomendero, no podía partir sin que toda la documentación previa estuviera en regla porque, de lo contrario, se arriesgaba a perder los repartimientos de tierras e indios. Finalmente, en el verano de 1573

²²² TERESA DE JESÚS, Santa. *Obras completas...*, p. 889.

²²³ JIMÉNEZ DE LA ESPADA, Marcos. *Relaciones geográficas...*, p. 217.

Felipe II le autorizó a abandonar las encomiendas por un periodo de dos años. Jerónimo, su hermano, que tres décadas atrás había partido con Lorenzo de Ávila y se había mantenido durante todo ese tiempo a su vera, posiblemente enfermo, según se deduce de una de las cartas de santa Teresa, se suma a la decisión del regreso y solicita igualmente licencia. No teniendo encomiendas, esta le llega rápidamente, si bien se le autoriza a estar fuera de Quito solo un año si no desea perder su cargo de tesorero.

Así pues, a comienzos de 1575, Lorenzo, que en ese momento contaba 52 años, con la compañía de sus hijos Francisco, de quince años; Lorenzo, de trece; Esteban, de doce y Teresa, de ocho; emprende camino hacia España. Con ellos va también Jerónimo, tres años menor que Lorenzo, y, en un indeterminado momento, posiblemente en Pasto, conocedor del proyecto de su hermano, se sumó a la comitiva Pedro de Ahumada. Pero si la partida de España hacia el virreino del Perú fue acompañada de incertidumbres, el regreso lo hizo de sinsabores. Aún no se había iniciado el cruce del Atlántico cuando, en Nombre de Dios, en el istmo panameño, falleció, sin que tengamos noticias ciertas de la causa, Jerónimo de Cepeda, el hermano que siempre había acompañado a Lorenzo. Finalmente en mayo de ese año partió la expedición en busca de las costas de la Península Ibérica que serían vistas en agosto. Durante este lapso de tiempo, sin conocer el momento exacto ni la causa, falleció Esteban, el hijo de Lorenzo. Los seis familiares que partieron juntos se habían reducido en pocos meses a cuatro. Treinta y cinco años después de despedirse de su hermana, se volvió a hallar con ella en Sevilla, donde en aquellos momentos se encontraba.

La alegría del encuentro de los hermanos mitigaría en parte la tristeza del viaje que había padecido Lorenzo. Teresa, además, veía, por vez primera, a los sobrinos de cuya vida sabía por carta. Pero no era el mejor momento para Teresa, la monja carmelita que se hallaba en Sevilla, adonde había llegado con intención fundadora, en delicada situación. Treinta y cinco años después, estando a punto de fallecer, Teresita de Cepeda y Fuentes, la sobrina, en las informaciones para la canonización de su tía recuerda del siguiente modo lo que estaba pasando la Santa:

Estando en la dicha ciudad de Sevilla y habiendo hecho capítulo general los padres carmelitas calzados, y estando el padre general tan

yndignado contra la dicha santa madre [...] la ynvieron un mandato antes que saliese de Sevilla no sólo para que no fundase más monesterios, sino para que eligiese uno de los hechos en que bibiese y no saliese más²²⁴.

De hecho, poco antes del arribo de su hermano y sobrinos, Teresa había sabido que el general de la Orden, Juan Bautista Rubeo –a quien, por cierto, escribió el 18 de junio de 1575 (Carta 82)²²⁵– la amenazaba con «descomuni3n» si proseguía con tal actividad en Andalucía. Resulta también esclarecedor, aunque aquí no lo reproduzca, lo que cuenta la propia Teresa a propósito de estas vicisitudes en el *Libro de las Fundaciones* y lo que le dice al P. Jerónimo Gracián en la carta que le envió el 30 de noviembre de 1575 en la que indica que «hartos años ha que no tuve tanto trabajo después que andan estas reformas», después de haberle pedido:

Deténgase vuestra paternidad, aunque no obedezcan, a poner las cartas de descomuni3n, para que se vean bien en ello. Esto se me ofrece. Allá lo sabrán mejor; mas querría que no pareciese les dan mate ahogado²²⁶.

La presencia de Lorenzo supone para la Santa una ayuda que, no obstante, pronto se trocará en problema:

Lorenzo, una persona de sentimientos religiosos, se mostró dispuesto a darle el dinero para que comprara un inmueble mejor tan pronto arreglara en Madrid el necesario papeleo. Teresa tenía buenas razones para confiar en él. Era el más digno de confianza de los hermanos que le quedaban con vida. (Varios de sus hermanos, incluido Rodrigo, habían fallecido). Ya que también ha muerto la mujer de Lorenzo, Teresa aceptó acoger a sus hijos en Los Remedios [Sevilla] durante su ausencia y poner a su divertida hija de ocho años, Teresita, en manos de sus propias monjas. [...] Por desgracia, la nueva casa estaba cargada de problemas. [...] Lorenzo ya había regresado de Madrid con sólo una minúscula parte de lo que la Corona le debía por sus servicios en Perú y lo único que podía hacer era avalar un crédito. Esto tendría que haber

²²⁴ SOBRINO CHOMÓN, Tomás. *Procesos para la beatificación de la madre Teresa de Jesús*. 2 v. Ávila: Institución Gran Duque de Alba, 2008.

²²⁵ TERESA DE JESÚS, Santa. *Obras completas*..., p. 946.

²²⁶ IBÍDEM, p. 962.

bastado, pero pronto descubrieron que debido a un error en el contrato se debían pagar impuestos por la propiedad. Como avalista, Lorenzo era legalmente el responsable del pago; para evitar el arresto, tuvo que refugiarse en el santuario de Los Remedios hasta poder resolver el entredicho²²⁷.

Efectivamente, no llevaba dos meses Lorenzo en Sevilla cuando hubo de desplazarse a Madrid para solicitar que se le abonaran servicios realizados en Indias. De ello informó santa Teresa al padre Baltasar Álvarez en una carta escrita el 9 de octubre de 1575 (Carta 89). Pocos días después, el 24 de octubre de 1575, Teresa informa a María de Cepeda, posiblemente una prima, que su hermana Juana, acompañada de su marido e hijos, acababan de llegar a Sevilla para ver a los recién llegados. Sin embargo, Juana no pudo ver a Lorenzo pues se encontraba todavía en Madrid aunque «aquí dejó a sus niños y ha de tomar a estar aquí este invierno» (Carta 91)²²⁸. Posteriormente, en febrero del año siguiente, Teresa de Jesús le cuenta por carta a María Bautista que Lorenzo había vuelto desde Madrid con la promesa de cobro pero sin dinero. Intuyendo que, debido a esa carencia de liquidez, se van a incrementar los problemas, Teresa afirma que ha llegado ya el momento de dejar Sevilla y regresar a Castilla.

Todavía el 29 de abril de 1576, en una carta enviada desde Sevilla a la M. María Bautista al convento de Valladolid, Teresa cuenta los inconvenientes que tiene que pasar su hermano –quien anda «retraído», es decir, oculto para evitar la prisión– por avalar la adquisición de la vivienda que habría de servir para convento en Sevilla:

Las injusticias que se guardan en esta tierra es estraña, la poca verdad, las dobleces. Yo le digo que con razón tiene la fama que tiene. Bendito sea el Señor que de todo se saca bien; y yo de ver tantos juntos he estado con un contento estraño. A no estar aquí mi hermano, cosa de la vida se pudiera hacer. Él ha padecido harto, y con ánimo en gastar y llevarlo todo, que nos hace alabar a Dios. Bien con razón le

²²⁷ MEDWICK, Cathleen. *Teresa of Avila...*, p. 271.

²²⁸ TERESA DE JESÚS, Santa. *Obras completas...*, p. 959.

quieren estas hermanas, que ninguna ayuda han tenido, sino darnos más trabajo. Ahora está retraído por nosotras. Y fue gran ventura no le llevar a la cárcel, que es aquí como un infierno, y todo sin ninguna justicia, que nos piden lo que no devemos y a él por fiador. Acabarse ha esto en yendo a la Corte, que es una cosa sin camino, y él ha gustado de pasar algo por Dios. En el Carmen está con nuestro padre, que lo que llueve sobre él de trabajos es como de granizo. En fin que hartito tengo yo que deshacerle los nuestros, que éstos son los que más le han atormentado, y con razón (Carta 102)²²⁹.

Por fin, el 9 de mayo de 1576 en carta al padre Ambrosio Mariano, le indica que, más allá del contento que tienen con la casa conventual,

Con el alcabala tenemos harta contienda; en fin, creo se habrá de pagar toda. Mi hermano nos lo había de prestar y anda en la obra que me quita de hartito trabajo. En el escrivano fue el yerro de lo de la alcabala (Carta 103)²³⁰.

Así pues, Lorenzo pasó en muy poco tiempo de ser uno de los grandes prohombres en Indias, oligarca todopoderoso en la Quito colonial, a estar «retraído» en el convento sevillano de los Remedios para evitar ser apresado. También en el *Libro de las Fundaciones* insiste santa Teresa en los trabajos por los que hubo pasar Lorenzo nada más llegar a Sevilla por culpa de errores burocráticos:

Mi hermano aún no estaba allí, que estaba retraído por cierto yerro que se hizo en la escritura —como fue tan apriesa— y era en mucho daño del monasterio, y como era fiador, queríanle prender, y como era extranjero, diéranos hartito trabajo, y aún así nos le dio, que hasta que dio hacienda en que tomaron seguridad, hubo trabajo²³¹.

Finalmente, el 4 de junio de 1576, diez meses después de llegar a Sevilla, Lorenzo, acompañado de su hermana Teresa, de su hermano Pedro de Ahumada y de sus hijos, dejó la ciudad de Sevilla

²²⁹ IBÍDEM, p. 974.

²³⁰ IBÍDEM, p. 976.

²³¹ IBÍDEM, p. 765.

y se encaminó hacia Ávila. Veinte días después se despiden en Toledo donde santa Teresa se quedará, mientras el resto de la comitiva sigue hacia Ávila.

En 1576 Lorenzo de Cepeda se establece en Ávila, la ciudad que había dejado 36 años antes. A partir de ese momento su hermana Teresa se convertirá en una genuina guía para lo que le queda de vida tanto en lo económico como en lo espiritual. De hecho sus cartas llenas de consejos se suceden. Así, en lo financiero,

especialmente le insiste en el control del gasto y le orienta en sus inversiones [...]. Le anima a comprar la dehesa y monte de 'La Serna' por algo más de 14.100 ducados, pagando la mitad en efectivo y tomando censos para pagar la otra mitad, lo que obligó a Lorenzo a contraer una deuda de 500 ducados anuales, que no conseguirá reducir nunca²³².

A pesar de que Lorenzo dudó si debía contraer ese endeudamiento, Teresa le convenció de que, además de hacienda, la adquisición de esa finca le convertiría en «gran propietario». Ese término no era sólo económico pues en una sociedad que traduce la «honra» en términos económicos, al terrateniente se la otorga la misma sin mayor vacilación, sea cual sea su origen étnico. La carta que le escribe el 2 de enero de 1577 es suficientemente esclarecedora al respecto:

El pesarle de haver comprado La Serna hace el demonio por que no agradezca a Dios la merced que le hizo en ello, que fue grande. Acabe de entender que es por muchas partes mejor, y ha dado más que hacienda a sus hijos, que es honra. Naide lo oye que no le parece gran ventura. Y ¿piensa que en cobrar los censos no hay trabajo? ¡Un andar siempre con ejecuciones! Mire que es tentación; no le acaezca más sino alabar a Dios por ello, y no piense que cuando tuviera mucho tiempo tuviera más oración. Desengañese de eso, que tiempo bien empleado, como es mirar por la hacienda de sus hijos, no quita la oración. En un memento da Dios más, hartas veces, que con mucho tiempo; que no se miden sus obras por los tiempos.

Luego procure tener alguno en pasando estas fiestas, y entienda en sus escrituras, y póngalas como han de estar. Y lo que gastare en La Serna es bien gastado, y cuando venga el verano gustará de ir allá algún día. No

²³² ÁLVAREZ VÁZQUEZ, José Antonio. «Trabajos...», p. 185.

dejaba de ser santo Jacob por entender en sus ganados, ni Abrahám, ni San Joaquín, que, como queremos huir del trabajo, todo nos cansa; que así hace a mí, y por eso quiere Dios que haya bien en qué me estorbe. Todas esas cosas trate con Francisco de Salcedo, que en eso temporal yo le doy mis veces. Harta merced de Dios es que le canse lo que a otros sería descanso; mas no se ha de dejar por eso, que hemos de servir a Dios como Él quiere y no como nosotros queremos. Lo que me parece que se puede excusar es esto de granjerías; y por eso me he holgado en parte cese lo de Antonio Ruiz en esto de estas ganancias, que aún para eso del mundo se deve perder algún poco; y creo vale más irse vuestra merced a la mano en dar, pues Dios le ha dado para que pueda comer y dar, aunque no sea tanto. No llamo granjerías lo que quiere hacer en La Serna, que está muy bien, sino en estotro de ganancias (Carta 168)²³³.



Lorenzo de Cepeda a su vuelta a Ávila compró la dehesa de La Serna (Ávila)
(JOSÉ LUIS GUTIÉRREZ)

Es decir, Teresa de Ávila sabe muy bien que si se quiere ser «principal», además de los censos y jueros, que tenía en abundancia, tenía que tener tierras y, a partir de ahí, diversificar sus inversiones. Algo en lo que hizo caso a su hermana como confirma el testamento de Lorenzo, que luego mencionaré.

²³³ TERESA DE JESÚS, Santa. *Obras completas...*, pp. 1064-1065.

Aún así, Lorenzo debió meterse en más gastos de los que podía, confiado en que le llegaría de América un dinero que nunca vio. Tal vez por ello en 1577, estando en Ávila, pero como vecino de Quito, solicitó al presidente y oidores de la Audiencia de Quito que le concedieran alguna encomienda de indios «por sus prolongados servicios»²³⁴. En todo caso, los problemas financieros comenzaron a aflorarle. Para solventarlos, pronto tuvo que comenzar a vender censos antiguos y reclamar deudas. Aunque, posiblemente por sus sentimientos religiosos, no le reclamó a su hermana los 400 ducados que le prestó para abrir la casa de Sevilla, esta no hacía más que recordárselos a la priora de aquella casa quien le respondía sistemáticamente que estaba a punto de pagárselos. Sin embargo, aunque quisiera esta, no podía devolvérselos pues en tal convento no los había y, solo después de la muerte de Lorenzo, pudo recuperar esa cantidad su hermana para destinarla a la capilla de San José.

²³⁴ AGI: QUITO, 211. L.1, F.325V-326R.

9. «LOCURA» DE PEDRO DE AHUMADA Y MUERTE DE LORENZO DE CEPEDA

Los consejos de la andariega a su hermano Lorenzo no solo se centraron en cómo aprovechar mejor sus inversiones. Las relaciones entre Lorenzo de Cepeda y su hermano Pedro de Ahumada, que convivían en La Serna desde que regresaran juntos de América, también le generaron inquietud y preocupación. Más si cabe, cuando el primero comenzó a quejarse de lo que pudiéramos llamar «inestabilidad emocional» del segundo que la propia santa Teresa, poco amiga de lenguajes políticamente correctos cuando la situación no lo requería, definía como locura. Así lo hace en una carta que escribe a Lorenzo cuando este le comunica que Pedro de Ahumada se ha marchado de La Serna para no tener que verle y que anda vagando por los caminos rumbo a Sevilla:

Yo le digo que parece permite Dios nos ande a tentar este pobre hombre, para saber hasta dónde llega nuestra caridad. Y cierto, hermano mío, que la mía es tan poca para con él que me da harta pena; porque no sólo no es como con hermano, mas aun como prójimo (que sería razón dolerme de su necesidad) tengo bien poca. Remédiome con tornar luego a lo que debo hacer para contentar a Dios; y en entrando Su Majestad de por medio, me pomía a todo trabajo por él. A no ser esto, yo digo a vuestra merced que no le estorbara poco ni mucho el camino; porque era tanto lo que deseava verle fuera de casa de vuestra merced, que sobrepujaba harto más el contento que me dava esto que su trabajo. Y ansí suplico a vuestra merced –por amor de nuestro Señor– me la haga a mí de no tornarle más a su casa, por ruego que haya y necesidad en que se vea, para que yo esté con sosiego; porque verdaderamente, cuanto en este punto de estar con vuestra merced, él está loco, aunque no lo esté en otras

cosas, que yo sé de letrados que puede esto muy bien ser. Y ni tiene culpa La Serna (que antes que hubiese memoria de ir a ella quería hacer lo mismo), sino su gran enfermedad; y cierto que he traído harto temor de algún desmán» (Carta 323)²³⁵.

Apenas hay noticias de las andanzas de Pedro de Ahumada en las Indias. Y algunas de las que hay, son confusas. Parece seguro que, en lugar de proseguir hacia el Perú, como sus hermanos, decidió quedarse en el área antillana. Pólit no debía tenerlo en la misma estima que al resto de la familia de Teresa pues sugiere que «por algunos años, a no dudarlo, estuvo vagueando, por el Mar Caribe, sus islas y costas, en busca de aventuras y riquezas»²³⁶. Su comentario tal vez derive del sarcasmo con que lo menciona el cronista Joan de Castellanos en sus *Elegías de varones ilustres de Indias*. En concreto en el canto «séptimo» de la *VI Elegía* titulada genéricamente «A la muerte de Joan Ponce de León, donde se cuenta la conquista del Boriquén, con otra muchas particularidades», cuenta Castellanos

cómo privaron del gobierno a Joan Ponce de León, el mal galardón que se dio a los valerosos conquistadores que hallaron la tierra, las novedades que hubo después que Joan Ponce dejó el cargo, con otras muchas cosas hasta la muerte del dicho Joan Ponce.

En ese contexto, dice Castellanos, Pedro de Ahumada intentó pasar a la Florida fracasando en su empeño:

«Luego tentó pedir esta jornada
Conclusos estos trances que resumo,
Un caballero Pedro de Ahumada;
Más ahumada fue que no dio humo:
Pues no quiso hacer la tal entrada;
Pareciéndole ser de poco zumo»²³⁷.

²³⁵ TERESA DE JESÚS, Santa. *Obras completas...*, p. 1267.

²³⁶ PÓLIT, Manuel María. *La familia de Santa Teresa...*, p. 55.

²³⁷ CASTELLANOS, Joan. *Elegías de varones ilustres de Indias...*, p. 70.

Por otra parte, si al referirse a Pedro de Ahumada, Castellanos rozaba el sarcasmo y Pólit el desdén, Merino²³⁸ utilizaba la ironía para decir que «pasando a España a pedir mercedes, se las hizo Dios llevándole a su gloria en Ávila».

Aparte del fracaso en la jornada a la Florida, poco es lo que sabemos con certeza de su experiencia americana. Si bien ninguna de las principales crónicas de Indias que hablan de Nicaragua –la de fray Antonio de Ciudad Real o la de fray Antonio Vázquez de Espinosa, entre otras–, lo mencionan, la tradición popular de ese país convierte a Pedro de Ahumada en un relevante personaje, fundamental para entender la extensión en el mismo del catolicismo²³⁹. Nada menos que la imagen de la patrona oficial de Nicaragua, la Inmaculada Concepción de María, conocida como la Virgen del Trono o la Virgen de El Viejo, habría sido depositada en el lugar en que se venera por Pedro de Ahumada. Pero, como siempre con las tradiciones populares, las cosas no están claras y, para curarse en salud, la página web oficial de la Conferencia Episcopal de Nicaragua (<http://www.cen-nicaragua.org/patrona-de-nicaragua.html>) alude a tres leyendas diferentes que se entremezclan.

La primera de las leyendas indica que santa Teresa habría entregado a su hermano Rodrigo dos imágenes de la Virgen con la intención de que dejara una en el virreino del Perú y la otra en la ciudad nicaragüense de León. Tras dejar la primera en algún lugar de dicho virreino, dice la leyenda, habría vuelto a Nicaragua a través del puerto de El Realejo. Desde este se habría trasladado cargando en caballería la imagen hasta un pueblo denominado San Antonio que, al día siguiente, la caballería se negó a abandonar por más intentos que se hicieron. Aunque cambiaron la imagen de animal, en cuanto bruto se colocaba, ocurría lo mismo. Con buen criterio, por tanto, el sacerdote habría interpretado que la imagen debía quedarse en el lugar. Los vecinos del pueblo,

²³⁸ MERINO ÁLVAREZ, Abelardo. *La sociedad abulense durante el siglo XVI. La nobleza. Discursos leídos ante la Real Academia de la historia en la recepción pública el día 11 de Abril de 1926 y contestación del Sr. D. Ángel de Altolaquirre y Duvalé*. Madrid: Imprenta del Patronato de Huérfanos de los Cuerpos de Intendencia e Intervención Militares, 1926.

²³⁹ Debo esta noticia a Humberto Mendoza Ruiz de Zuazu, médico nicaragüense avecindado en Ávila, a quien agradezco los numerosos datos que me trasladó sobre la festividad de la Virgen del Trono que aquí no reproduzco.

con alegría, decidieron llamarla «la Virgen del Viejo» debido a la avanzada edad de Rodrigo.

Una segunda leyenda sitúa a un desconocido «Alonzo Cepeda de Humada», de quien también se dice que era hermano de santa Teresa, como protagonista. En este caso es la propia imagen de la Virgen la que se aposenta en un árbol y, aunque fue trasladada en varias ocasiones, siempre terminaba volviendo a dicho árbol. Tantas veces ocurrió esto, que el citado «Alonzo» decidió erigirle un templo junto al árbol, quedándose a su cuidado hasta que, ya viejo, enfermó y murió.

Pero posiblemente la leyenda más difundida y antigua, pues ya se cita en documentos del siglo XVII, es la que dice que habría sido Pedro de Cepeda y Ahumada quien, trasladándose desde México a Perú habría hecho escala en Nicaragua en 1562 (o, según otras versiones, 1563) dejando la imagen de la Virgen, hoy conocida como la Virgen del Trono. Según este relato, don Pedro de Ahumada llegó al pueblo que hoy se conoce como «El Viejo» el 2 de agosto de 1562 para protegerse de «un diluvio» que le sorprendió en el puerto de El Realejo en su viaje hacia el Perú. Aunque partió de nuevo, al poco de hacerse a la mar, una nueva tormenta hizo que la nave regresara. Fue tal la fascinación que los vecinos del lugar sintieron por la imagen nada más verla, que Pedro de Ahumada habría decidido entregársela directamente a ellos (si bien en alguna versión se indica que la entregó a una comunidad franciscana que allí habitaba). Ciertamente no hay pruebas fehacientes de la estancia de Pedro de Ahumada en tal lugar. Sin embargo, al ser el único de los hermanos de Teresa que anduvo por Centroamérica, varios historiadores lo han situado en Nicaragua en su tránsito hacia Sudamérica. Entre ellos, por orden cronológico, el carmelita fray Severino de Santa Teresa (*Virgenes conquistadoras que Santa Teresa envió a las Américas: la Purísima Concepción y Nuestra Señora del Carmen: historia documentada de estas dos Imágenes y del desarrollo de su culto y devoción en Ibero América*); Alejandro Reyes (*Estampas de nuestra historia*), Agustín Estrada Monroy (*Datos para la historia de la iglesia en Guatemala*), Enma Fonseca (*La Purísima en Nicaragua*) o, Ligia Martínez-Houben (*La virgen María y la mujer nicaragüense: Historia y tradición*), entre otros.

Severino de Santa Teresa, haciéndose eco de García Icabalceta, lo sitúa previamente en México, como mayordomo de Martín Cortés, el hijo de Hernán Cortés, indicando que después se marcharía a Pasto, junto a su hermano Hernando, siendo en ese tránsito cuando arribaría a Nicaragua. Podríamos deducir que a fines de 1561 se hallaba en el virreino del Perú, o así lo creía Teresa, porque en una carta que le envía a su hermano la víspera de la nochebuena de ese año le dice que «a los señores Hernando de Ahumada y Pedro de Ahumada por no haber lugar no escribo; harélo presto» (Carta 2)²⁴⁰. Severino de Santa Teresa señala que en dicha ciudad asistiría como regidor al cabildo celebrado el 6 de septiembre de 1563. También J. M. Miranda indica que Pedro de Ahumada habría llegado a Pasto a encontrarse con su hermano Hernando, y que en esta ciudad sería elegido como regidor en 1564, 1566, 1567 y 1572. La propia Teresa confirma que los hermanos debían andar cerca los unos de los otros pues en una carta que escribe a Lorenzo, a Quito, en enero de 1570, le pide que

al señor Pedro de Ahumada envíe vuestra merced mis encomiendas mucho, que porque de vuestra merced sabrá de mí y tengo tan poco tiempo, no le escribo (Carta 26)²⁴¹.

Igualmente, el mencionado Miranda, señala que en la ciudad de Pasto, Pedro de Ahumada sería mayordomo del hospital «Madre de Dios» y habría contraído matrimonio con Ana Pérez, de la que, no obstante, enviudaría sin tener hijos en 1574.

La noticia del enviudamiento de Pedro le llegó también a la Santa antes de que pudiera verlo. En la carta ya citada que Teresa escribe a su hermana Juana para contarle desde Sevilla que Lorenzo ha arribado a España con la flota de agosto, le dice que también

viene Pedro de Ahumada que, según me han dicho, se murió su mujer. No hay de que tener pena, porque su vida yo la sabía. Ha mucho que tiene oración, y así fue la muerte, que dejó espantados a todos, según me dice el que lo contó (Carta 86)²⁴².

²⁴⁰ TERESA DE JESÚS, Santa. *Obras completas...*, p. 868.

²⁴¹ IBÍDEM, p. 894.

²⁴² IBÍDEM, p. 952.

En cualquier caso, desde su regreso con Lorenzo parece que no se apartó mucho de este y con él vivió hasta que las relaciones entre ambos hicieron la convivencia imposible. Antes de ese momento sabemos por sendas cartas a Lorenzo que, a comienzos de 1577, Pedro de Ahumada pasaba mucho tiempo en la iglesia, por lo que esta le envió una un pequeño braserillo – «esa bolilla es para Pedro de Ahumada, que como está mucho en la iglesia, debe haver frío en las manos»– (Carta 174)²⁴³, y que en el mes siguiente andaba por Valladolid (Carta 179)²⁴⁴.

Los problemas entre Lorenzo y Pedro comienzan a sucederse. El primero le comunica a su hermana que lo va a echar de La Serna porque está loco. Esta, como hemos visto, le da la razón. Sin embargo, aunque sabe perfectamente que la economía de Lorenzo comienza a reducirse, le recomienda que, diríamos hoy, le «pase una pensión». Con ello, razona Teresa, Pedro de Ahumada tendrá para vivir y le dejará tranquilo. Es decir, la solución que le propone a Lorenzo es, en síntesis, resolver los problemas económicos de Pedro dándole la asignación que hasta ese momento le está pasando para que pueda ajustarse a lo que valen las cosas y, ya de paso, reducir los problemas de conciencia de Lorenzo y la propia Teresa. Pero además de rogarle que entregue esa cantidad fija al año, le pide que el pago sea fraccionado, para evitar que se le pueda acabar antes de tiempo. A pesar de que tal medida pueda suponer un cierto quebranto para Lorenzo, se evitará problemas mayores:

Él dice que tiene vuestra merced razón en estar muy enojado, más que no puede más. Bien entiende que va perdido y deve estar harto fatigado; más dice que es tanto lo que sentía de estar aquí que quiere más morir. Ya tenía concertado con un arriero de ir a Sevilla mañana; mas yo no entiendo a qué, que está el cuitado que un día de el sol de el camino le matará –y ya venía con dolor de cabeza– y allá no tiene más remedio de gastar dineros y pedir por Dios; que aun pensé que tenía algo en su hermano de doña Mayor [de Ovalle, hermana de Juan de Ovalle, cuñada de santa Teresa], y no lo tiene. Hame parecido –por solo Dios– hacerle esperar hasta que venga respuesta de esta carta de vuestra merced, aunque él está

²⁴³ IBÍDEM, p. 1076.

²⁴⁴ IBÍDEM, p. 1085.

muy cierto que no ha de aprovechar nada. Mas, como va ya entendiendo su perdición, en fin, espera [...] y si éste está loco (como yo lo creo) en esto, está claro que estaría vuestra merced más obligado en ley de perfección a acomodarle como pudiese y no dejarlo ir a morir, y quitar de otras limosnas que hace y dárselo a él como a quien tiene más obligación cuanto al deudo, que en lo demás ya veo no tiene ninguna; mas menos la tenía José a sus hermanos [...].

Vuestra merced le dava doscientos reales para vestir y más de comer y otras cosas de que él se aprovechava de su casa; que, aunque parece no se sentían, al fin se gasta más quizá de lo que vuestra merced entiende. Ya tiene en lo que le ha dado, para comer este año en donde quisiere. Con otros ducientos reales que vuestra merced le dé cada año para comer, sobre los que le dava para vestir, se estará con mi hermana (que según él dice se lo rogaron) o con Diego de Guzmán. Él le dio cien reales, que gastará en estos caminos. Será menester no se lo dar junto el otro año cuando vuestra merced se lo diere, sino a quien le diere de comer, poco a poco; porque, a lo que yo entiendo, no estará mucho en una parte. Ello es gran lástima; mas a trueco de que no esté en casa de vuestra merced lo tengo todo por bueno. Haga cuenta que parte de esto me da a mí como lo hiciera si me viera en necesidad, que yo lo tomo como si me lo diese y quisiera harto poder yo no dar a vuestra merced ninguna pesadumbre. Yo le digo que ya ha días que no estuviera en su casa, según lo que sentía algunas veces de ver a vuestra merced con ese tormento y de los miedos que he dicho» (Carta 323)²⁴⁵.

Si bien Teresa cree haber argumentado claramente las razones de su consejo, parece que no convence del todo a Lorenzo. Al menos, este no contesta. No sabemos si porque está pensando la respuesta o está esperando a que Pedro de Ahumada se marche definitivamente a Sevilla y desde allí, tal vez, a América. Por tal motivo, Teresa vuelve a escribirle con el mismo tema solo cinco días después (15 de abril de 1580) urgiéndole la respuesta:

Ya havrán dado a vuestra merced una carta larga mía sobre este negocio de Pedro de Ahumada, ahora no tengo más que decir que

²⁴⁵ IBÍDEM, pp. 1267-1268.

suplicar a vuestra merced responda con brevedad y se dé la carta a la madre priora, que muchas personas vienen acá. Está el pobre aquí [en Toledo desde donde escribe] gastando y deve estar muy afligido según está de flaco» (Carta 324)²⁴⁶.

De paso que le encarece la rapidez en la respuesta, le da ciertos consejos sobre cómo gestionar La Serna, entre otros que haga una casa diferente para los «mozos de arada» para que no tengan que estar en la misma casa que él y que haga un tabique que separe la cocina (Carta 324)²⁴⁷.

Más sencillo, presumiblemente, le sería a santa Teresa guiar espiritualmente a Lorenzo pues este había hecho gala en varias ocasiones de tener profundos sentimientos religiosos. Las consultas a esta se suceden y abarcan todos los ámbitos posibles de la religiosidad, desde las lecturas más adecuadas que debe hacer a las experiencias contemplativas que ambos tienen. Por tal motivo, las recomendaciones sobre cómo vivir esos sentimientos, y la cautela que se ha de tener a la hora de expresarlos, se suceden en la correspondencia. Es más, Teresa, en diferentes cartas a distintos destinatarios, pondera reiteradamente el progreso espiritual que está teniendo Lorenzo.

Por otra parte, de dicha correspondencia podría deducirse de que Lorenzo ahondaba en sus sentimientos religiosos porque estaba convencido de su pronta muerte. Esa convicción, junto la pérdida de salud, las incertidumbres sobre sus hijos, en particular el fracaso en la concertación de un matrimonio que su hermana estaba tratando para su hijo Francisco²⁴⁸, la marcha de su hijo Lorenzo a América, o sus problemas económicos, le provocarían una «gran depresión»²⁴⁹. La propia Teresa, como lo muestra en una carta del 15 de junio de 1580, comienza a preocuparse por su salud (Carta 331)²⁵⁰.

²⁴⁶ IBÍDEM, p. 1269.

²⁴⁷ IBÍDEM.

²⁴⁸ El casamiento que aquí [Segovia] se tratava con el cavallero que vuestra merced me escribió, no tuvo efecto ni acá quisieron. Dícame la priora tanto bien de ella, que yo ternía a buena dicha nos cupiese en suerte. Es muy su amiga y me ha de venir a ver. Buscaremos rodeos cómo la priora le dé un tiento para entender si vuestra merced podría tratar de ello» (Carta 331.3, p.1277).

²⁴⁹ MEDWICK, Cathleen. *Teresa de Jesús...*, p. 318.

²⁵⁰ TERESA DE JESÚS, Santa. *Obras completas...*, p. 1276.

Aún así, sólo cuatro días después le reconviene duramente por anunciarle la inminencia de su próxima muerte y, en lo tocante a sus hijos, le dice que no tiene por qué preocuparse:

Yo no sé de dónde se sabe que se ha de morir presto ni para qué piensa esos desatinos ni le aprieta lo que no será. Fíe de Dios, que es verdadero amigo, que ni faltará a sus hijos ni a vuestra merced» (Carta 332)²⁵¹.

Mas, en esta ocasión, Teresa no acertó pues su hermano falleció a la semana siguiente. Este disgusto y no percatarse del alcance del estado de ánimo del hermano llevaría a Teresa a pensar que, tal vez, sería mejor preocuparse de «cómo morir» que de «cómo vivir»²⁵². La propia Teresa tendrá que informar del deceso a su sobrino Lorenzo que, sin saberse huérfano, acaba de llegar a Quito. Cuatro meses después del óbito del hermano, cuenta a su sobrino lo acontecido:

Bien puede creer que me da harta pena las malas nuevas que a vuestra merced he de escribir en ésta. Mas considerando que lo ha de saber por otra parte y que no le podrán dar tan buena relación del consuelo que puede tener tan gran trabajo, quiero más que las sepa de mí; y si consideramos bien las miserias de esta vida, gozarnos hemos del gozo que tienen los que están ya con Dios.

Fue Su Majestad servido llevar consigo a mi buen hermano Lorencio de Cepeda dos días después de san Juan con mucha brevedad, que fue un vómito de sangre; mas haviase confesado y comulgado el día de San Juan. Y creo fue regalo para su condición no tener más tiempo; porque para lo que toca a su alma sé yo bien continuo le hallaría aparejado y así ocho días antes me había escrito una carta donde me decía lo poco que había de vivir, aunque pontualmente no sabía el día. Murió encomendándose a Dios y como un santo y así, según nuestra fe, podemos creer estuvo poco u nonada en purgatorio. Porque aunque siempre fue –como vuestra merced sabe– siervo de Dios, estávalo ahora de suerte, que no quisiera tratar cosa de la tierra, y si no era con las personas que trataban de Su Majestad todo lo demás le cansava en tanto extremo, que yo tenía hartos que consolarle, y así

²⁵¹ IBÍDEM, p. 1277.

²⁵² MEDWICK, Cathleen. *Teresa of Avila...*, p. 318.

se había ido a La Serna por tener más soledad, adonde murió u comenzó a vivir por mejor decir» (Carta 349)²⁵³.

Tras su muerte, que «a mí me ha hecho gran soledad» –dice Teresa–,

la priora María de San José escribió acerca de don Lorenzo: ‘vivió y murió desde que vino en nuestro hábito y vida, aunque en su casa; por lo cual merece el nombre de carmelita. Y creo no es de los que menos gloria tienen, y con él se puede gloriar nuestro Carmelo como de hijo’²⁵⁴.

En la misma línea Salvador de la Virgen del Carmen²⁵⁵ señala que, desde su regreso de América, Lorenzo

tuvo por maestro y director espiritual de su alma a su hermana ¡Cuánto bien le hizo en los cinco últimos años de su vida! [...] en los tres postreros años, corre parejo en la Santa el afán de alegrar y hacer amable la vida a su hermano, que debía tener presente su próxima muerte.

La muerte de Lorenzo, aparte de la sensación de soledad, traerá adicionales trabajos y preocupaciones a la andariega. El occiso dejó claro en su testamento que debía ser ella la albacea que gestionara sus amplias riquezas y, en su ausencia y para ciertas cuestiones, la priora de San José de Ávila:

En el dicho testamento dejo declarado doy poder a Teresa de Jesús, mi hermana, para que ponga y quite lo que le pareciere, especialmente en la partición de Lorenzo y Teresa, mis hijos²⁵⁶.

²⁵³ TERESA DE JESÚS, Santa. *Obras completas...*, p. 1298.

²⁵⁴ SOBRINO CHOMÓN, Tomás. *San José de Ávila. Historia de su fundación*. Ávila: Institución Gran Duque de Alba, 1997, p. 61.

²⁵⁵ SALVADOR DE LA VIRGEN DEL CARMEN. *Teresa de Jesús*. Vitoria: Diputación Foral de Álava, 1968, p. 63.

²⁵⁶ Afortunadamente el testamento completo de Lorenzo de Cepeda, así como el codicillo de su confirmación, fueron publicados completos por Pólit como un apéndice a su obra (1905, pp. 353-373). Lorenzo firmó su testamento el 12 de abril de 1578, pero, posteriormente, el 28 de julio de 1578, dos años antes de su muerte, otorgó una nueva escritura manuscrita por él mismo ante notario modificándolo.

Indudablemente Lorenzo pasó angustiados parte de los últimos años de su vida debido a las contrariedades económicas. Y, sin embargo, lo cierto es que sus rentas no eran tan menores. Desgraciadamente para Teresa de Cepeda, gran parte de las mismas seguían en América y, por tanto, además de repartir la copiosa herencia, con los consiguientes disgustos y complicaciones con quienes no se consideran justamente recompensados, tendrá que ocupar parte de su tiempo en buscar la manera de que llegue parte de lo que está allende los mares. A mayores, ciertas condiciones que pone su hermano en el testamento, relativas a los posibles sucesores de sus hijos le complicarán aún más la vida²⁵⁷.

En síntesis, el largo testamento envía su ánima a Dios, su cuerpo a la tierra y deja numerosos servicios religiosos convenientemente dotados económicamente en templos distintos, tanto en bien de su alma y de las personas que tiene a su cargo como para la «conversión de los infieles indios, especial los que tengo en encomienda»²⁵⁸. Además, en lo tocante a la distribución del resto de los caudales y patrimonio establece el siguiente reparto:

– 300 reales en limosna a quien decida Teresa

– 300 reales en limosna a San José y otros 50 adicionales cada mes, y 10 cargas de leña, hasta que profese su hija Teresa, y, a mayores, lo que cueste cubrir sus gastos de comida y vestido. En el caso de que, finalmente profese, la dote para Teresa será de 1.958 ducados que se tomarán de un juro sobre las alcabalas de Guadix cuya renta anual era de 1.200 reales.

²⁵⁷ Teresa hace una especie de «memoria» reproduciendo el testamento a grandes rasgos en una carta que escribe a las Carmelitas Descalzas de San José, en Ávila, el 7 de octubre de 1580, donde, además de contar cuánto le cansan «estas haciendas temporales. Siempre lo pensé y ahora lo tengo visto por experiencia, que a mi parecer todos los cuidados que he traído en las fundaciones en parte no me han desabrido ni cansado tanto como éstos», señala que «paréceme dice el testamento (que no me acuerdo bien), que en distribución de estos frutos de don Lorenzo haga yo en algunas cosas lo que me pareciere». (Carta 342. 10.6, pp. 1289-90).

²⁵⁸ PÓLIT, Manuel María. *La familia de Santa Teresa...*, p. 354.

– Para cada hijo, un tercio de los bienes que deje su abuela Bárbara de Espinosa,

que quedó viva cuando yo salí del Perú; e dile poder al capitán Rodrigo de Salaza, vecino de la ciudad de Quito, para cuando Dios se llevare a la dicha mi suegra, cobre la dicha herencia, e agora pienso darle a Diego Sánchez de Figueroa, secretario de a Real Audiencia de la dicha ciudad de Quito, para ello ha de ir con él Lorenzo, mi hijo, a quien pertenece de la dicha herencia la tercia parte, e las otras dos partes, se han de traer para los demás hijos a estos reinos de España; hase de tener cuidado de esto, que podrá ser cantidad, a la cual cuando enviudó le quedaron más de cuarenta mil pesos, e no tiene más de otros dos herederos, e no puede mejorarlos a ninguno porque me hicieron escritura de ello, ella y su marido, cuando me casé, ante Barrientos, escribano de la dicha ciudad de Trujillo, en 17 días del mes de junio de 1556 años, la cual dejé en poder del dicho capitán Salazar y el registro está en poder del dicho escribano»²⁵⁹.

– La encomienda que tiene en Quito, que produce unos 1.500 o 1.600 pesos al año que, desde que salió, deben estar siendo cobrados por Salazar, «a mi hijo el que allá fuere». Tras la renuncia de Lorenzo a su legítima y a cualquier parte de la hacienda que hubiere en España, las encomiendas habrán de ser para él, lo mismo que la renta de 3.000 pesos de una merced recibida del rey, a cambio de entregar 3.000 pesos de una vez a sus dos hermanos.

– 872 pesos de oro de Quito, de 19 quilates y tres granos, cobrados de los herederos de Blasco Núñez Vela, de lo que «se repartió entre los secuaces de Pizarro por los daños que había recibido cuando se rebeló»²⁶⁰, y que tiene en depósito Salazar en su nombre, a los herederos que legalmente corresponda de la familia del virrey y su hermano.

²⁵⁹ IBÍDEM, p. 355.

²⁶⁰ IBÍDEM, p. 306.

– Para hacer una buena obra que se utilicen los 20.000 maravedís al año que tiene que pagar su cuñado Juan de Ovalle de un censo situado en la dehesa de la Torre, del que son copropietarios, «en razón de los trescientos mil maravedís, que tomó del dinero que yo envié de Indias»²⁶¹, para comprarle al mismo Juan de Ovalle la hacienda que tiene su hermana en Gotarrendura, que vale mucho menos.

– A doña Juana de Ahumada, su hermana, para acrecentar su dote los 83.000 maravedís que le debe su cuñado Juan de Ovalle.

– A Pedro de Ahumada cada año 500 reales para su sustento, pero si Francisco contrae matrimonio y lo mantiene en su casa, solo 200. En todo caso, le deja también toda su ropa para que la venda.

– A Jerónima de Aranda, su ama de llaves en La Serna, 500 reales al año, salvo que siga en casa de su hijo Francisco, en cuyo caso serían 200.

– 4 reales, y ciertas mandas, para Nuestra Señora de Guadalupe, Santa Eulalia de Barcelona y Trinidad para la redención de cautivos.

– A mayores de lo que recibe San José por su hermana, hasta que profese 12 reales al mes «para lo que ella quisiere».

Sobre el dinero que trajeron de Indias dice que:

no se gasten en cosa alguna, sino es que se pague lo que alcanzare de esta deuda, y lo demás se ha de ir pagando de lo que se cobrare de la renta que dejo, cumplidas las mandas del testamento e lo necesario que hubiere menester gastarse con el dicho Francisco mi hijo, que ha de ser con toda moderación, hasta que esté libre de la dicha Serna²⁶².

– 430 ducados que le adeuda el convento de carmelitas descalzas de Sevilla, si se cobran, para hacer una capilla en San José de

²⁶¹ IBÍDEM, p. 357.

²⁶² IBÍDEM, p. 360.

Ávila. A mayores para dicha capilla, 17.000 maravedís anuales de censo que tiene en Peñaranda a un clérigo de la elección de su patrono que debiera ser Francisco.

El testamento, como en tantas familias, generó toda clase de problemas a pesar de los intentos de la Santa por evitarlos. Problemas, por una parte, como le cuenta el 4 de diciembre de 1581 al padre Jerónimo Gracián, con la suegra de su sobrino Francisco –Beatriz de Castilla, la madre de Orofrisia– que quiso anularlo para poder atribuir a su yerno la parte de Teresita que iría al convento en que estuviera:

Esa carta me escribió la suegra de Francisco, dos ha que me dieron, que me amohiné harto de ver tan malos intentos. Los letrados de acá dicen que si no es pecando mortalmente no pueden dar por ninguno el testamento. Creo que ha de ser necesario quitar de mi esta niña [Teresita], y en fin, en eso no podrán nada ni se lo consentiremos. En ponerla en libertad es lo que temo (Carta 410)²⁶³.

El mismo día, además de escribir al padre Jerónimo Gracián, santa Teresa contesta a la citada Beatriz de Castilla con una carta comedia pero que revela la magnitud de los problemas:

La gracia del Espíritu Santo sea con vuestra merced siempre. Paréceme que lo que yo supliqué a vuestra merced no me escribiese fue en los negocios; que dejar de recibir merced con sus cartas de vuestra merced es desatino decirlo, que bien entiendo cuán grande es cuando vuestra merced me la hace. Mas dame mucha pena cuando se tratan cosas que conforme a mi conciencia no puedo hacer, y algunas en que entiendo –conforme a lo que dicen– que tampoco le está bien a don Francisco hacerlas; y como a vuestra merced dicen otra cosa, no puede dejar de andar sospechosa de mi voluntad, que es harto penoso para mí, y así deseo ver concluidas ya estas cosas en extremo. Hágalo nuestro Señor conforme a lo que más ha de ser para su servicio –en que esto mismo es lo que vuestra merced pretende– y por primer movimiento jamás me pasó tener otro deseo y siempre desear el descanso de vuestra merced y ver lo mucho que merece la señora doña Orofrisia. [...] Aunque sus hijos de mi

²⁶³ TERESA DE JESÚS, Santa. *Obras completas...*, p. 1365.

hermano –que haya gloria– no dieran por bueno el testamento, tiene tanto derecho, por no poder saber quién le rompió, que quedavan hartos pleitos. Vuestra merced tiene razón en que se declare todo, porque es cosa terrible y gasto grande andar en ellos letrados» (Carta 409)²⁶⁴.

Pero problemas, también, en segunda instancia, con su hermano Pedro de Ahumada. En la misma carta a Beatriz de Castilla, le dice Teresa a la suegra de su sobrino que

En lo que dice escribí a su merced que nuestro Señor la daría hijos, ahora lo torno a decir y espero en Su Majestad los tendrá. Yo hice siempre poco caso de querer Pedro de Ahumada pretender lo que decía ny aun ahora le hagon, y estoy tan cansada de meterme en nada que, si no me lo pusiesen en conciencia, todo lo dejaría, y así lo tenía determinado, sino que me dijo Perálvarez que a vuestra merced le parecía disgusto, porque era negocio que tocaba a San José.

Pedro de Ahumada, al fallecer Lorenzo, se siente en un cierto abandono, como reconoce la propia santa Teresa en una carta a su hermana Juana:

De don Francisco [el sobrino] no sé más de que me escribió poco ha su suegra le habían sangrado dos veces. Está harto contenta con él y él con ellas. Pedro de Ahumada debe ser el que menos tiene, según me ha escrito; porque él se debe querer estar con su suegra y no se sufrirá ir allá Pedro de Ahumada. Lástima es lo poco que se sosiega en todo. Escribíome estaba ya bueno y que se iría para los Reyes a Avila a entender cómo cobrar esto de Sevilla, que no le dan nada. Mientras más me informan de este negociolos de Madrid, más hay de qué nos contentar, en especial de la discreción y ser de doña Orofrisia, que dicen mucho (Carta 352)²⁶⁵.

Pero, como quiera que «es lo poco que se sosiega en todo», la relación entre Pedro de Ahumada y su sobrino Francisco, hijo de Lorenzo, pasó por momentos complicados. De hecho, el tío, como se refleja en varias cartas de su hermana, mostró muchas reticencias ante la posibilidad de que Francisco «mudase de estado» y se hiciera fraile. Más

²⁶⁴ IBÍDEM, p. 1364.

²⁶⁵ IBÍDEM, p. 1303.

cuando este abandonó los hábitos, antes de hacerlos definitivos, para casarse con Orofrisia, mostró mayor disconformidad. Contrariedad que se convirtió prácticamente en hostilidad al comprobar que, como se ha indicado más arriba, el testamento de su hermano Lorenzo le dejaba para su sustento 500 reales anuales, salvo que Francisco lo acogiera en su casa, en cuyo caso, la asignación se reduciría a 200. Así pues, el testamento de Lorenzo se convirtió en motivo de discordia hasta el punto de llevar largamente a Francisco de Cepeda y a Pedro de Ahumada a los tribunales. El 25 de febrero de 1583 «Pedro de Ahumada recurre a la audiencia de Valladolid la sentencia dada en favor de Francisco de Cepeda» y el 1 de marzo del mismo año, «la audiencia de Valladolid confirma la sentencia dada a favor de Pedro de Ahumada, desestimando el recurso presentado por Francisco de Cepeda»²⁶⁶.

²⁶⁶ CABEZA SÁNCHEZ-ALBORNOZ, M^a de la Cruz. *La tierra llana...*, p. 99.

10. AGUSTÍN DE AHUMADA: EL AVENTURERO

Agustín de Ahumada fue el más joven de los hermanos varones de santa Teresa, nacido en 1527 o 28, trece años después de la propia carmelita y solo dos antes de que Hernando partiera hacia América. No sería, sin embargo, el último en tomar ese rumbo pues en su determinación antecedió a su hermano Pedro. Mucho se ha escrito acerca del mismo debido a que es «el tipo que mejor representa al conquistador con sus virtudes y vicios»²⁶⁷. También porque Teresa en enero de 1570 le contaba a Lorenzo que «estoy con harta cuidado de Agustín de Ahumada, por no saber cómo va en las cosas de nuestro Señor. Harto se le ofrezco» (Carta 25)²⁶⁸. Sirva como presentación de Agustín de Ahumada la desmedida que de él hace Pólit:

denodado y sufrido, altivo y caballeroso, figuró entre los mejores capitanes, guerreando, ya en las cordilleras, ya en las costas del Pacífico o las selvas amazónicas, y en una extensión de más de ochocientas leguas. Durante cuarenta años continuos hallóse en descubrimientos de tierras desconocidas, expediciones contra los indios alzados en armas, guerras civiles entre españoles, pero siempre del lado de su rey. Le impulsaba la ambición de poder y la codicia de riquezas, a no dudarlo, si bien la honradez nativa y la fe cristiana heredada de sus padres le acompañaron dondequiera²⁶⁹.

Con esta definición del personaje no habrá de extrañar que se le sitúe en más batallas y caminos de los que, posiblemente, pudo recorrer. Así, por ejemplo, de manera errónea, aparece peleando bravamente

²⁶⁷ LARA MARCANO, Mercedes de. «Hermanos de Santa Teresa...», p. 249.

²⁶⁸ TERESA DE JESÚS, Santa. *Obras completas...*, p. 894.

²⁶⁹ PÓLIT, Manuel María. *La familia de Santa Teresa...*, pp. 74-75.

en la ya mencionada batalla de Iñaquito e incluso en sus prolegómenos. El padre Silverio de Santa Teresa²⁷⁰ indica que

al lado de D. Blasco Núñez Vela, primer virrey del Perú, lucharon contra Gonzalo Pizarro cinco hermanos de la Santa: Hernando, Jerónimo, Lorenzo, Antonio y Agustín. Los cinco, antes de entrar en batalla, renunciaron a sus bienes, instituyendo por única heredera de ellos, para el caso que muriesen en la pelea, a su hermana doña Juana.

Sin embargo, como en su momento vimos, la mencionada escritura de cesión hereditaria está firmada por «Antonio de Ahumada y Hernando de Ahumada, Lorenzo de Cepeda y Geronymo de Cepeda, todos hermanos e hijos legítimos de Alonso Sánchez de Cepeda y de doña Beatriz de Ahumada, difuntos.

Posiblemente este error, si lo es, arranque de la fascinación novelesca que en ocasiones recorre la obra de Pólit quien, al narrar lo acontecido a la llegada de Núñez Vela al Perú y la célebre batalla, cuenta que

entre los del virrey hace prodigios de valor Sancho Sánchez de Ávila y cae acribillado por cien enemigos que le rodean; el mismo Benalcázar rueda herido bajo los pies de los caballos, e idéntica suerte les cabe a los jóvenes Cepedas y a su hermano Agustín, mientras Antonio de Ahumada recibe un tiro mortal de arcabuz, y Hernando, abierto el vientre por un terrible lanzazo, abate exánime el estandarte y huye en medio de la derrota²⁷¹.

Ahora bien, sin aparente contradicción, relatando el curso de los posteriores sucesos cuenta que, tras la muerte de Vela Núñez, el hermano del virrey y padrino de la Santa, Lorenzo y Jerónimo de Cepeda partieron desde Pasto al encuentro de La Gasca que acababa de llegar al virreinato. El encuentro se produjo en Jauja y descubrieron que entre la tropa que el presidente Gasca llevaba se hallaba Agustín, «bizarro mozo que ya se había juntado antes que ellos con el presidente»²⁷². Y así debió ser por cuanto Agustín habría

²⁷⁰ SILVERIO DE SANTA TERESA. «Al lector»..., p. 29.

²⁷¹ PÓLIT, Manuel María. *La familia de Santa Teresa...*, p. 62.

²⁷² IBÍDEM, p. 64.

embarcado precisamente en la expedición que, con mucha prisa y poca gente, partió de Sevilla el 24 de mayo de 1546²⁷³, es decir, cuatro meses después de que la tan citada batalla tuviera lugar. Más descabellado parece lo que dice Jiménez de la Espada en su diatriba contra Agustín de Ahumada: «otro de los hermanos predilectos de la gloriosa reformista, entró por primera vez en Quito con Lorenzo de Aldana, teniente de gobernador por don Francisco Pizarro, a fines del año 1538». ¡De ser cierto, se habría hallado en Quito con diez u once años!

En cualquier caso, desde la llegada de La Gasca se le puede seguir la pista recorriendo gran parte del continente en viajes cuyas descripciones, a veces, parecen fantasías imposibles. Con La Gasca, «estuvo a las órdenes de Hernán Mejía en la victoria de Jaquijahuana el 8 de abril de 1548 junto a sus hermanos Lorenzo y Jerónimo»²⁷⁴. Tras esa fase de las guerras civiles que concluyó con la victoria de La Gasca, mientras sus hermanos se repartían por territorios actualmente colombianos (Pasto) o ecuatorianos (Quito), Agustín se habría encaminado hacia el sur, pues poco tiempo después se encuentra en Chile. Este viaje al sur, sin embargo, quedaría interrumpido con las nuevas sublevaciones de encomenderos de tal modo que, casi con toda certeza, estuvo con sus hermanos Lorenzo y Jerónimo en el ejército «realista» que acabó con la insurrección de Hernández Girón en 1554.

A la llegada del nuevo virrey, Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, Agustín se uniría a su hijo, dirigiéndose nuevamente hacia territorio chileno donde, en lo que se ha llamado las guerras araucanas, los pueblos originarios resistían a la penetración española. A decir de Pólit,

iba con sus propias armas, llevando tres esclavos y ocho caballos. Hallase en la fundación de Cañete [algo más de 600 kilómetros al sur de Santiago], donde fue alcalde [...] y salió ‘vencedor en diez y siete batallas’ que se ofrecieron en aquella tierra²⁷⁵.

²⁷³ EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS y STEGGINK, Otger. *Santa Teresa y su tiempo...*; MIRANDA, José Miguel. «América, familia de Teresa en...».

²⁷⁴ MIRANDA, José Miguel. «América, familia de Teresa en...».

²⁷⁵ PÓLIT, Manuel María. *La familia de Santa Teresa...*, p. 68.

En la fundación de dicha ciudad también lo sitúa J. M. Miranda quien añade que habría sido regidor de Cañete en 1560, alcalde ordinario en 1563 y corregidor en 1566 y 1568. Además, desde la misma habría participado en la primera expedición al Chiloé.

La fundación de esta ciudad, y otras no muy alejadas, solo fue posible tras numerosas ofensivas y contraofensivas no siempre victoriosas. En este toma y daca que, a mediados de la década de los 50 hay entre españoles y los llamados araucanos, hubo un momento hacia 1554 que estos tomaron la iniciativa y lograron encadenar varias victorias. Entre los cronistas españoles de la época no ha faltado quien culpara del retroceso de las tropas imperiales a un dominico llamado fray Gil de Ávila quien llegó a Cañete en el contingente dirigido por Francisco de Villagrà. Al parecer, este fraile pacifista se dirigía continuamente a los soldados conminándoles a que no atacaran a los pueblos originarios diciéndoles

que se iban al infierno si mataban indios, y que estaban obligados a pagar todo el daño que hiciesen y todo lo que comiesen, porque los indios defendían causa justa, que era su libertad, casas y haciendas²⁷⁶.

Tales prédicas habrían llevado, dice en 1570 Alonso de Góngora Marmolejo, a un estado de confusión a muchos soldados que dudaban continuamente si obedecer a la autoridad eclesial del dominico o a la que emanaba de sus capitanes.

Fuere por unas razones u otras, mientras Francisco Villagrà «estaba en Puren castigando aquellos indios, desbarataron en Mareguano al licenciado Altamirano y mataron a Pedro de Villagrà»²⁷⁷. Tras la conmoción que las tropas españolas sufrieron por esa muerte, y las que siguieron de otros de sus capitanes, Francisco de Villagrà decidió despoblar la ciudad de Concepción, embarcando a todos los habitantes en dirección a Santiago. Esto provocaría una

²⁷⁶ GÓNGORA MARMOLEJO, Alonso de. «Historia de Chile desde su descubrimiento hasta el año de 1575 compuesta por el capitán Alonso de Góngora Marmolejo [1575]. En: *Crónicas de Chile*. Madrid: Atlas, 1960, p. 143.

²⁷⁷ IBÍDEM, p. 148.

superpoblación en esta ciudad que hizo que, en cuanto se pudo, se reiniciara la repoblación de Concepción. Viene este recordatorio de la precolonial historia chilena

porque Pedro de Villagrá había llegado allí a darle el pésame de la muerte de su hijo, y que era hombre de guerra, le rogó y mandó como a su general se quedase en aquella fuerza con ciento y diez hombres, a los cuales mandó le obedeciesen y hiciesen todo lo que les mandase; y porque se entienda quiénes eran, para lo que se ofreciese adelante, quise ponerlos aquí: Pedro de Villagrá, Lorenzo Bernal [...] Agustín de Ahumada [...] ²⁷⁸.

Con ello, Agustín de Ahumada, que, desde que había pisado suelo americano, había peleado en todas las guerras habidas entre españoles en el área central y septentrional del virreino del Perú, pronto se vio inmerso en las que también sacudieron la zona meridional del mismo. Sin descanso alguno, pues a las batallas entre españoles les sucedían las de conquista y resistencia de los pueblos originarios. El desencadenante de las contiendas entre españoles fue que el cabildo de Santiago no reconoció como gobernador de aquellas tierras a Francisco de Villagrá, que como tal había sido proclamado por algunas de las ciudades sureñas. Como consecuencia de esta ausencia de reconocimiento, los territorios hoy chilenos se encontraron con dos gobernadores simultáneos: al sur Villagrá y en el norte Rodrigo de Quiroga. Tras varias disputas armadas entre partidarios de uno y otro, Villagrá lograría desplazar a Rodrigo de Quiroga convirtiéndose en gobernador único.

Estos avatares no son ajenos a lo que acontece a Agustín de Ahumada a quien se puede seguir durante varios años en el Fuerte o Ciudad de la Concepción. Dicha ciudad había pasado por numerosas vicisitudes desde la llegada de los primeros españoles: tras su primera población, fue despoblada en 1554 por Villagrá —dejando a un pequeño destacamento armado en el que se encontraba Agustín Ahumada para su defensa de los ataques de los pueblos originarios—. En 1556 sería repoblada nuevamente, pero volvió a ser destruida. Finalmente, en 1558 volvería a refundarse con vocación de permanencia. De hecho, a comienzos de 1565, allí sigue

²⁷⁸ IBÍDEM, p. 149.

Agustín de Ahumada. Lo sabemos porque Antonio Díaz, Gabriel Gutiérrez, Alonso de Miranda y el propio Agustín de Ahumada escriben el 23 de enero de 1565 una carta «al licenciado Castro, Presidente de la Audiencia de los Reyes, avisándole estar en conocimiento de su venida al Perú» contra los gobernadores y a favor de la Audiencia. En la misiva, tras alegrarse de la llegada al Perú del nuevo presidente de la Audiencia limeña, de la que el territorio chileno dependía, se indica que

siempre hemos tenido cuidado por nuestras cartas dar relación a esa Audiencia del estado desta tierra y ahora lo hacemos con vuestra señoría verá y a esta causa en ésta no lo hacemos más de suplicar a vuestra señoría sea servido de compadecerse del trabajo y necesidad en que este reino se ha puesto, siendo una cosa tan principal por sólo querer servir el gobernador del seguir su particular interés y ambición de suerte que habemos venido en tanto decaecimiento que si acaso no llegara la nueva de la buena venida de vuestra señoría, tenemos por cosa dificultosa el poder sustentarse estas ciudades y perdidas ellas por ser la llave y sustento de las de nos, con gran facilidad hicieran lo mismo y paréceme que solo la fama de la venida de vuestra señoría mediante Dios lo sustenta todo con esperanza muy cierta que tenemos que en estos navíos vuestra señoría proveerá de remedio, así de persona que nos sustente en justicia como gente que con nos posibilidad sale del asien-to y el fruto destos naturales en conocer a Dios vaya adelante porque ha de entender vuestra señoría que todo el reino está tan cansado destos de gobernadores que la cosa más deseada que tenemos es una Audiencia Real en estas provincias, por donde más claro se entenderá los agravios que se hacen y pues este reino es de Su Majestad como ese y el remedio del es todo a cargo de vuestra señoría, acá no se puede entender sino que vuestra señoría con su muy buena venida lo sustentará en justicia y muya paz y sosiego [...]²⁷⁹.

La llegada del nuevo presidente a la Audiencia limeña, el mencionado licenciado Castro, no logró calmar el territorio. Ese mismo año el virrey ordenó deponer a Francisco de Villagrà, que había contado con la protección del precedente presidente de la Audiencia.

²⁷⁹ MEDINA, José Toribio. *Colección de documentos inéditos para la Historia de Chile...*, vol. I, p. 29.

La caída en desgracia de Villagrá supuso el regreso al poder de Rodrigo de Quiroga. El nuevo enfrentamiento entre partidarios de Villagrá y de Rodrigo de Quiroga fue contemplado como coyuntura propicia por los pueblos originarios para desplegar su resistencia contra los invasores de forma más efectiva. Así pues, Rodrigo de Quiroga, como gobernador de todo el territorio, se vio en la necesidad de combatir por una parte contra los indígenas y, de otra, contra los partidarios de Villagrá. Para conseguir sus objetivos decidió reconstruir la ciudad de Cañete como base para sus batallas por toda la «provincia de Arauco». En un intento de atraerse a sus habitantes, Rodrigo de Quiroga inició una gira por toda la región acompañado de ciento cincuenta hombres. Para que los pueblos originarios creyeran que iba en son de paz y no a preparar algún ataque encubierto, lo anunció por toda la provincia. El efecto, sin embargo, fue muy diferente del perseguido. Los indígenas se percataron que, tras la salida del gobernador, la ciudad de Cañete quedaba inerme y casi despoblada. A mayores, la artillería

que estaba en el fuerte no era de temer, que aun cristianos que la supiesen tirar no los había, y que los más valientes que ellos conocían eran ido con el gobernador, y los que estaba en el fuerte eran soldados mal pláticos de guerra y para poco; con esta nueva, pareciéndoles que la lo tenían todo en sus manos, vinieron sobre la ciudad: los yanaconas que de fuera andaban tocaron arma. El capitán Agustín de Ahumada había quedado para tener aquella ciudad a su cargo; como vido los indios que acercándose venían, mandó recoger el ganado y caballos dentro del fuerte y mandó limpiar el foso y reparar los lugares que estaban de poca defensa, lo cual pudieron hacer, aunque el tiempo fue breve por ser pequeño el sitio en que estaban. Los indios iban con grande ánimo a dar asalto al pueblo; el capitán Ahumada mandó cargar el artillería, que aunque habían llevado en la fragata que el indio dijo, quedaban dos piezas grandes en los cubos; en cada uno de ellos una. Estas dos mandó que dos soldados tuviesen cuenta con ellas, no se ocupasen en otra cosa. Los indios venían cerrados en sus escuadrones para batir el fuerte[...]²⁸⁰.

²⁸⁰ GÓNGORA MARMOLEJO, Alonso de. «Historia de Chile...», p. 180.

Afortunadamente para Agustín de Ahumada, el maestre de campo [Lorenzo de Bernal] llegó con diez hombres a socorrer el fuerte. Los indígenas, al ver la llegada de estos, pensaron que antecedian al resto de la tropa y optaron por regresar a sus lugares de origen sin tomar el fuerte.

Parecida versión de la defensa que de Cañete tuvo que hacer Agustín de Ahumada narra Mariño de Lobera:

En este tiempo le pareció al gobernador dar una vuelta por la tierra en busca de los enemigos, los cuales usando de maña acordaron de dar sobre la ciudad de que él salía, que era la de Cañete nuevamente fundada, donde estaba por capitán y justicia mayor Agustín de Ahumada, [...]. Estando pues este capitán en Cañete de la Frontera al tiempo que sobrevenían los enemigos, ordenó que todas las mujeres y gente menuda se recogiesen en la fortaleza, y él, con la gente idónea para la pelea, salió a oponerse a los enemigos ayudándose de la industria y consejo de un encomendero llamado Alonso de Miranda, natural de Ciudad Rodrigo, y del capitán Gabriel Gutiérrez, por ser hombres prudentes y versados en el ejercicio militar²⁸¹.

Una vez que llegó el refuerzo de la decena de hombres, prosigue Mariño de Lobera, huyeron los indígenas, por lo que «quedaron corridos de haber corrido y de correr con la primera nueva: y así quisieron volver a batir la fortaleza»²⁸². Sin embargo, los pueblos originarios pronto descubrieron el exíguo tamaño del socorro llegado a Ahumada y reclamaron refuerzos que les llegaron al día siguiente,

con cuya vista comenzaron a bravear viendo que no habían salido con la suya y estaban encendidos en coraje por no haber encendido la fortaleza, aunque con el fuego que por de fuera le habían puesto, dejaron ahumado

²⁸¹ MARIÑO DE LOBERA, Pedro. «Crónica del Reino de Chile, escrita por el capitán D. Pedro Mariño de Lobera, dirigida al Excelentísimo Sr. D. García Hurtado de Mendoza, Marques de Cañete, Vicerrey y Capitán General de los reinos del Perú y Chile, reducida a nuevo método y estilo por el padre Bartolomé de Escobar, de la Compañía de Jesús» [circa 1576]. En: *Crónicas de Chile*. Madrid: Atlas, 1960, p. 445.

²⁸² IBÍDEM, p. 448.

al capitán Ahumada, que estaba con hartos humos de cólera mientras no podía salir a vengarse²⁸³.

Serán estas disputas, en las que Agustín de Ahumada se vio como teniente de gobernador de Rodrigo de Quiroga, las que le lleven a aparecer mencionado en el *Arauco domado* de Pedro de Oña junto a Alonso de Ercilla:

Envueltos de coraje en blanca espuma
están los dos Guzmanes y Ahumada.
Y Don Alonso haciendo con la espada,
aún más de lo que dijo con la pluma (Canto VI)²⁸⁴.

A pesar de estos cantos, los conquistadores iban de desastre en desastre en la guerra contra los llamados araucanos. Por tal motivo, en 1572, según cuenta Diego Barros Arana en el segundo tomo de su *Historia General de Chile*, una comisión procedente de los territorios chilenos se dirigió al Cuzco, donde en ese momento se hallaba el virrey Francisco de Toledo, para informarle de la situación y solicitarle refuerzos. Dicha comitiva estaba formada por

el general Juan Jufré, el capitán Agustín de Ahumada (hermano, como ya dijimos, de santa Teresa), y Alonso Picado, rico encomendero de Arequipa y yerno del presidente Bravo Saravia. Parece que el objetivo principal que llevaban era el de enganchar tropas; pero el virrey

²⁸³ IBÍDEM.

²⁸⁴ Parece ser que el soldado Alonso de Ercilla había tenido algunos problemas con García Hurtado de Mendoza hasta el punto de que este llegó a condenarle.

Si bien fue posteriormente indultado, Alonso de Ercilla, no olvidó la afrenta y, al escribir *La Araucana*, presentó una imagen negativa de García Hurtado de Mendoza que contrastaba sobremanera con la idealización de los mapuche (araucanos). Por tal motivo, García Hurtado de Mendoza contrató expresamente a un poeta, el licenciado Pedro de Oña, para que construyera un poema épico que sirviera de contrapunto al de Ercilla y presentase una imagen más acorde con sus intereses. Fue así como Pedro de Oña, chileno de nacimiento, hijo del capitán burgalés Gregorio de Oña, que precisamente había fallecido en las contiendas araucanas, escribió *Arauco domado*, que, a pesar del encargo, y de crear un nuevo tipo de estrofa de ocho versos compuesta de endecasílabos de rima consonante –ABBAABCC–, no puede esquivar la influencia de la obra de Ercilla.

comprendió que aquello era imposible y que, además, el seguir sacando gente del Perú acabaría por reducir considerablemente su población²⁸⁵.

Así pues, el virrey optó por una solución diferente de la que pedían los comisionados: en lugar de acceder a su pretensión, optó por a nombrar a Rodrigo de Quiroga capitán general de Chile para que resolviera la guerra. Así se indica claramente en la «Relación de lo que el virrey del Perú ha entendido de la guerra de Chile y nombramientos de capitán general en Rodrigo de Quiroga y de maese de campo en Lorenzo Bernal»²⁸⁶, firmada en Cuzco el 10 de febrero de 1572, que, además, confirma la presencia de Agustín de Ahumada como uno de los participantes en dicha comitiva. Ahora bien, este nombramiento conlleva el implícito desprestigio para el gobernador Bravo de Saravia.

Cabe la posibilidad de que el encuentro entre Agustín de Ahumada y el virrey Francisco de Toledo antecediase al de la comisión que trató con este último el estado de las guerras araucanas. De hecho, la resolución del virrey sobre las mismas está firmada el 10 de febrero de 1572 y una semana antes, el 4 de febrero Teresa comunica a su hermana Juana, que a la sazón estaba en el salmantino pueblo de Galínduste, que «Agustín de Ahumada está con el virrey; fray García me lo ha escrito» (Carta 37)²⁸⁷. En todo caso, la visita al Cuzco cambiaría el rumbo de Agustín de Ahumada pues desde ese momento permanecerá junto al virrey en Perú ya que éste lo nombró miembro de su Consejo de Guerra. En tal cometido habría participado en numerosos enfrentamientos bélicos entre los que Pólit cita la batalla contra el inca Tupac Amaru en Vilcabamba y De Lara Marcano²⁸⁸ añade las que tuvo contra los chiriguano en territorios hoy argentinos. Esta época, en la que, además sería nombrado «visitador de los indios de Charcas y

²⁸⁵ BARROS ARANA, Diego. *Historia General de Chile, tomo II*. Santiago de Chile. Editorial Universitaria: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2000, p. 233.

²⁸⁶ MEDINA, José Toribio. *Colección de documentos inéditos para la Historia de Chile*, vol. I, pp. 438-448.

²⁸⁷ TERESA DE JESÚS, Santa. *Obras completas...*, p. 905.

²⁸⁸ LARA MARCANO, Mercedes de. «Hermanos de Santa Teresa de Jesús...», p. 249.

de Lima», es sintetizada en muy pocas palabras por su hermana Teresa en una carta que, el 13 de diciembre de 1576, envía a la M. María de San José:

En el Perú es adonde está mi hermano, aunque ahora ya creo ha pasado adelante. De Lorenzo lo sabré. Mas para lo que allá les toca no tiene ese asiento —que aún no es casado— y hoy está en un cabo y mañana en otro, como dicen» (Carta 158)²⁸⁹.

10.1. EL PAÍS DE LA CANELA

En premio a los desvelos que pasó Agustín de Ahumada junto al virrey, el 7 de diciembre de 1579 recibiría como recompensa el nombramiento de gobernador de los Quijos, Sumaco y la Canela. Ahora bien, no era éste laurel que apeteciera mucho: el territorio de los Quijos era tierra hostil y ser nombrado gobernador del mismo implicaba seguramente más problemas que mercedes. Tal puede deducirse fácilmente del documento de su propio nombramiento:

Por cuanto se había mandado residir a Melchor Vázquez de Ávila y la Audiencia sentenciado que se le privase perpetuamente de la gobernación, y que por no haber asistido Melchor Vázquez de Ávila, como por el virrey le estaba mandado, los indios se habían alzado, arrasado las ciudades y sus términos y degollado los pobladores sin dejar uno a vida y haber muerto a los curas que los doctrinaban; y que la causa que a esto les había movido había sido por no haber quien los amparase y defendiese de los agravios y excesivos trabajos en que sus encomenderos los ponían, sin querer guardar las tasas, antes yendo los encomenderos en contra de ellas, por la ausencia del gobernador y ser las justicias los mismos encomenderos, y que la Audiencia, teniendo noticia de esto, había mandado socorro porque no pasase adelante, con lo cual había cesado, aunque muchos naturales se habían levantado y huido a las montañas, por lo cual la Audiencia me envió a decir proveyese de persona aquella gobernación, y vos Agustín

²⁸⁹ TERESA DE JESÚS, Santa. *Obras completas...*, p. 1054.

de Aumada [...] os nombro por cuatro años [...] con los términos de 300 legs. por 200, etc., etc.²⁹⁰.

El 11 de agosto de 1580, ocho meses después de su nombramiento, sería recibido como gobernador en Baeza del Espíritu Santo de la Nueva Andalucía, la capital de la provincia de Quijos, de la que creía Pólit que poco bueno podía esperarse:

La mezquina capital de aquellos territorios, no hacía mucho sitiada por indios rebeldes que ya habían destruido los pueblos de Ávila y Archidona, y cuya sublevación había sido por último reprimida con extraordinarios esfuerzos y castigada cruelmente²⁹¹.

No extraña pues, prosigue Pólit, que

La gobernación de los Quijos, por lo demás, compuesta de extensas montañas vírgenes, con ríos torrentosos, ásperos senderos y apenas algunas aldeas con pretensión de villas, en medio de tribus aún bravías, no era de las más codiciables y seguras.

Pero, ¿cómo se había llegado a esta situación que se encarga remediar a Agustín de Ahumada? La llegada al territorio incaico había desatado una desenfundada búsqueda de botines de conquista. Las primeras tierras que se ocuparon fueron justamente las más próximas a las costas o aquellas andinas en las que había pruebas evidentes de la existencia de oro. Sin embargo, el apetito de riquezas y las luchas de poder propiciaron múltiples enfrentamientos entre los propios conquistadores. La urgencia se impuso a la búsqueda de riquezas y la mayor parte de ellos hubo de utilizar gran parte de su tiempo y de sus energías en pelear entre sí. Por tal motivo, los territorios más alejados, o aquellos sobre los que la información era escasa, fueron olvidándose. Más todavía si las pocas noticias que se tenían de los mismos enfatizaban la presencia de pueblos originarios belicosos. Esto fue lo que ocurrió con el territorio de los Quixos²⁹². Este territorio amazónico, salvo

²⁹⁰ JIMÉNEZ DE LA ESPADA, Marcos. *Relaciones geográficas de Indias...*, vol. III, p. 257.

²⁹¹ PÓLIT, Manuel María. *La familia de Santa Teresa...*, p. 70.

²⁹² Utilizo el nombre de Quijos (o Quixos), que es el usual en las crónicas para referirme a los pueblos que aparecen en la literatura etnográfica como «Quijos»,

dispersas incursiones, había quedado totalmente al margen de las intenciones pobladoras de los conquistadores. Así fue hasta que en 1563 fuera creada la Audiencia de Quito y nombrado presidente de la misma el licenciado Hernando de Santillán, amigo de Jerónimo y Lorenzo de Cepeda. Aunque Hernando de Santillán pretendió establecer un cierto «orden administrativo» en la región, este no llegaría, y de endeble modo, hasta que fuera nombrado el quinto virrey del Perú, Francisco de Toledo.

Posiblemente los españoles conocían el que denominaron «país de la Canela» desde los primeros contactos con los incas, pues algunos huyeron a dicho territorio. Esto explicaría la entrada a tal área llevada a cabo por el capitán Gonzalo Díaz de Pineda a finales de 1538 en la que participó Hernando de Ahumada, el hermano mayor. Desde esa fecha se sucedieron las expediciones convencidos que la inextricable selva ocultaba el Dorado. De entre ellas posiblemente la más numerosa fue la que realizó uno de los Pizarro en 1541 al frente de 220 españoles y más de 400 indios. Su fracaso, tras año y medio perdidos en la selva, aplacó los ánimos de otros exploradores. Por tal motivo, hubo que esperar dieciséis años para que otra expedición se adentrara en dichos territorios.

Algo cambió la situación al ser nombrado virrey del Perú el tercero, Andrés Hurtado de Mendoza y Cabrera, conocido usualmente por su título nobiliario de Marqués de Cañete. Al poco de tomar posesión de su cargo en 1556, ordenó a Gil Ramírez Dávalos que entrase en la zona de los Quijos para pacificar el territorio y fundar ciudades de españoles. Con ello, creía el virrey, podrían hacerse nuevos repartimientos de indios estableciéndose encomiendas con la consecuente imposición de tasas y tributos. Su campaña, iniciada en 1559, un año antes de que concluyera el mandato del marqués de Cañete, no fue llevada a cabo por un numeroso ejército —tan sólo 39 soldados y un franciscano—²⁹³.

«Yumbos» o «Napos». En todo caso, hay que tener presente que, como tantas veces ocurre, estos nombres son los que les han dado los españoles u otros grupos pues ellos «se autodenominan ‘runacuna’, «palabra que, literalmente, significa ‘hombres’, pero en este caso tiene la acepción de “indios de habla Quechua”» (Oberem 1971. p. 27).

²⁹³ LANDÁZURI, Cristóbal. «Introducción». En: HORTEGÓN, Diego et ál. *La gobernación de los Quijos (1559-1621)*. Quito: Instituto de Historia y Antropología Andina, 1889, p. 15.

Sin embargo, obtuvo más éxito que todas las precedentes debido a que hizo acompañar al contingente de un grupo de indígenas cuyo jefe, llamado Latacunga, pudo entenderse con los caciques locales de los pueblos originarios. Se fundó así una ciudad de españoles, Baeza, con la que estos convivirían pacíficamente.

Esta situación no se prolongó en el tiempo. Ese mismo año Ramírez Dávalos, quien con la intermediación dicha había llegado a acuerdos con los grupos originarios, fue removido de su puesto y hubo de ceder la «Gobernación de los Quijos, Sumaco y La Canela» a Rodrigo Núñez de Bonilla quien, nada más llegar, hizo caso omiso de los compromisos adoptados por su predecesor. Esta actitud generó un gran descontento de los pueblos originarios que, paulatinamente, va creciendo hasta que deciden oponerse, incluso de modo violento, a los «repartimientos de indios». Si la situación no fue a más en ese momento fue porque la estancia de Rodrigo Núñez de Bonilla fue efímera: tras sofocar las rebeliones, regresó a Quito donde falleció. Así pues, el nuevo virrey, Diego López de Zúñiga, también conocido por su título de Conde de Nieva, se vio en la necesidad de nombrar un gobernador provisional que lo sustituyera. Tal sería Melchor Vázquez de Ávila, quien llegaría a Baeza en 1562 como gobernador, capitán general y alguacil mayor de la provincia de los Quijos, Sumaco, la Canela y Atunique.

En este periodo (1561-1578) se dio la verdadera conquista y sometimiento de la población de los Quijos, así como la fundación de dos ciudades españolas importantes, Archidona y Ávila²⁹⁴.

El nombramiento de Vázquez de Ávila, que casi suponía entregarle la región como propiedad exclusiva, conllevó la creación de una gobernación a partir de la vinculación de cuatro ciudades «de españoles»: Baeza, Ávila, Archidona y Macas. Al ser adscrita posteriormente esta última a una diferente, la gobernación se dividiría en cuatro provincias convirtiéndose Baeza del Espíritu Santo de la Nueva Andalucía, la capital de la provincia de Quijos, la de toda la gobernación²⁹⁵.

²⁹⁴ IBÍDEM, p. 17.

²⁹⁵ La segunda de las provincias internas, Sumaco, se articularía en torno a la ciudad de Ávila; la tercera se articularía en torno a Alcalá del Río Dorado y, por último, la provincia de los Algodonales, tendría como referencia a Archidona.

Como quiera que Vázquez de Ávila, a pesar de su nombramiento de gobernador por dos vidas, nunca llegara a vivir en el lugar, ese mismo año de 1561 llegó a la región Andrés Contero como teniente de gobernador con la misión de controlar de forma efectiva la región durante su ausencia. Para lograrlo, Contero no dudó mantener una crudelísima actitud con respecto a los pueblos originarios. Como consecuencia de la misma, se produjo un levantamiento general en toda la región:

Primero destruyen los puentes e interrumpen los caminos mediante estacas. Queman los tambos, echan abajo las cruces colocadas en sus pueblos e intentan matar a algunos españoles aislados que se encuentran en el camino de Baeza a Quito o en las poblaciones de Pachamama y Hatunquijos, cosa que no consiguen²⁹⁶.

Desde ese momento, las sublevaciones y los enfrentamientos se suceden hasta que el poderío militar español logra sofocarlas y sujetar a los Quijos con grandes padecimientos para estos:

En la Sierra, la gente de Contero reúne a muchos indios, para llevarlos a la región de los Quijos como sus servidores, y a sus mujeres e hijas las toman por la fuerza y los que se quejan son azotados. Los soldados tratan a los Quijos de la misma manera. A algunos los dejan hacer pedazos por sus perros, a las mujeres les cortan los pechos y toman todos los alimentos, así que muchos Quijos se mueren de hambre. La relación que el visitador Salazar de Villasante escribe cuando llega a la región habla de 5.000 personas muertas²⁹⁷.

²⁹⁶ OBEREM, Udo. *Los Quijos. Historia de la transculturación de un grupo indígena del Oriente ecuatoriano (1538-1956)*. Madrid: Universidad, 1971, p. 66.

²⁹⁷ IBÍDEM, p. 69. Salazar de Villasante escribió una relación en 1571-1572 tras una visita a la zona, que, habida cuenta las numerosas acusaciones que tanto contra él como contra sus subalternos se vertieron, llevó a la Corona a establecer un juicio de residencia contra el gobernador. Ahora bien, considerando que Salazar de Villasante era un declarado enemigo del gobernador Melchor Vázquez de Ávila, bien pudiera ser que sus datos fueran exagerados deliberadamente para poder atacarlo. Eso, por supuesto, no aminora ni un ápice la aversión moral que provoca.

Así pues, el espíritu y la letra de las «Leyes Nuevas» de 1542 que Blasco Núñez Vela, y con él los Cepeda, habían intentado aplicar en el virreino del Perú propiciando el levantamiento de Gonzalo de Pizarro y la subsiguiente guerra civil, eran ya cosa totalmente olvidada. Veinte años después de que se aprobaran aquellas leyes que inspiraron Bartolomé de las Casas y otros dominicos para garantizar la dignidad de los pueblos originarios, Andrés Contero, que había fundado la ciudad de Ávila junto al río Suno, generalizó el mal trato, desarrolló los repartimientos y obligó a los indígenas a «trabajar los campos, tejer telas, lavar oro, ir a la Sierra como cargueros, y prestar servicios domésticos»²⁹⁸. Pronto se les impusieron otros trabajos que consideraban totalmente degradantes, como llevar a hombros las literas en que viajaban las mujeres españolas, hecho que fue autorizado expresamente por una cédula real, o construir las casas de los españoles aportando, además, todo el material que fuera necesario para ello. Como consecuencia de estos tratos, muchos de los Quijos, y del resto de los grupos trasladados forzosamente, optaron por huir al interior de la selva amazónica o a Quito en cuanto les fue posible. Como dirá Alonso de Peñafiel en una Relación de 1570, prefieren «servir como ‘esclavos’ a los caciques de Quito antes de trabajar y labrar sus tierras»²⁹⁹.

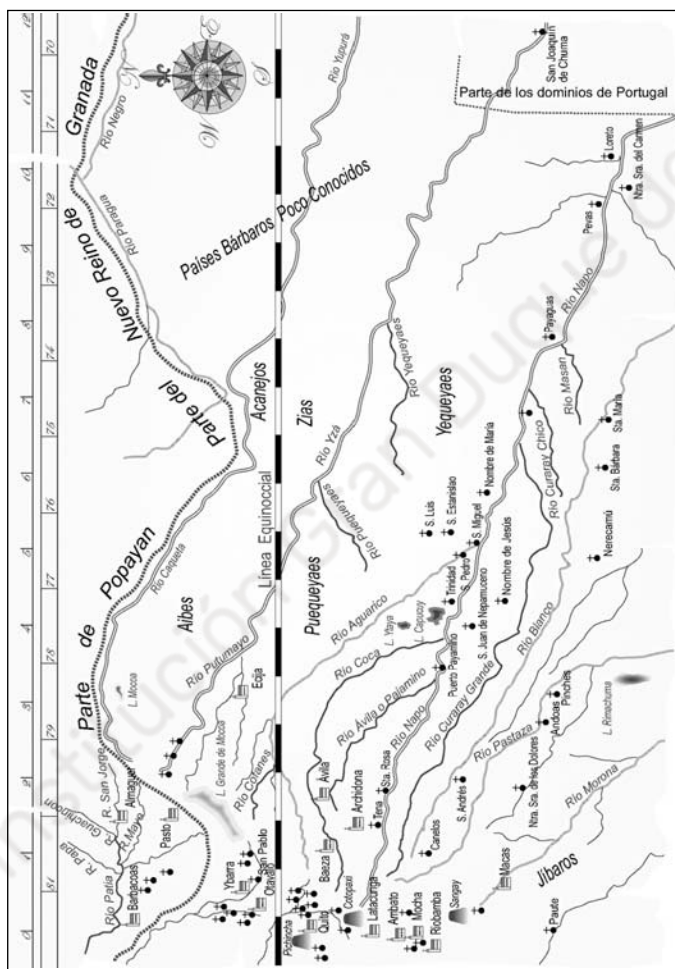
Diego Hortegón, el nuevo visitador enviado a la región en 1576, descubre asombrado que los Quijos de los alrededores de Ávila

habitualmente ponían a sus niños recién nacidos en grandes recipientes y los enterraban, porque querían extinguirse y no verse cristianos en su tierra³⁰⁰.

²⁹⁸ IBÍDEM.

²⁹⁹ IBÍDEM, p. 70.

³⁰⁰ Según Linda A. Newson, un análisis de las tendencias demográficas entre los Quijos permite matizar la idea de que «asesinaran» a sus hijos para que no se hicieran cristianos porque el infanticidio selectivo ya se aplicaba en tiempos precoloniales. Lo que habría sucedido a la llegada de los españoles es un incremento del mismo con un cambio de estrategia «de género», no confirmada por los datos de Hortegón, porque los varones tributan más que las mujeres: «Women were encouraged to take herbal potions to make themselves sterile and to practice infanticide to liberate their children from servitude [...]. Infanticide has been practiced in pre-Columbian times, but it may have increased in the early colonial period. One reporter suggested that female infants were allowed to live, whereas male offspring were killed so that they would not have to pay tribute. However, if anything Ortegón's visita reveal a shortage of women rather than men» (Newson 1995, p. 277).



Mapa de la gobernación de los Quijos (CELESTINO LERALTA)

La relación de sanciones que impone Hortegón en su visita, pues llevaba facultad para sancionar a quien incumpliera las leyes, terminó por legitimar la rebelión de los pueblos originarios en 1578. Ahora bien, a diferencia de lo que había ocurrido con las sublevaciones anteriores, en esta nueva rebelión fueron los *pendes*, los especialistas religiosos, los sacerdotes o chamanes en la inadecuada terminología generalizada, quienes asumieron el liderazgo dejando un tanto al margen a los caciques locales. Posiblemente el asentamiento de las doctrinas católicas que habían ido penetrando en los años previos y que reducía de día en día su poder, explica por qué en esta ocasión adoptaron un papel tan decisivo.

Durante los primeros momentos, la rebelión de los Quijos fue totalmente exitosa. Además de derribar varias cruces en caminos, como habían hecho en otras ocasiones, su ataque a la ciudad de Ávila, indistintamente denominada Ávila de los Quijos o Ávila de los Cofanes, triunfó totalmente: la ciudad, cuyo incendio se inició por la iglesia, quedó arrasada y destruida y sus trescientos habitantes perecieron. Algo semejante, pero en menor medida, ocurrió en Archidona. Sin embargo, Baeza, alertada por los ataques que acabaron con Ávila y Archidona, logró pertrechar unas buenas defensas que hicieron fracasar la acometida. Esta derrota, seguida de otras menores que no eran paliadas por los ocasionales éxitos, supusieron un punto de inflexión en la rebelión. El milenarismo rebelde, o simplemente su carácter profético, se retroalimentaba con las victorias. Pero la sucesión de derrotas hizo pensar a algunos Quijos que en el combate tan importante como la fe eran las armas. Esta leve desmoralización conllevó un decaimiento del poder de convocatoria de los «brujos». Finalmente, tras diez meses de disputas armadas, los Quijos optaron por rendirse. Sus líderes fueron ejecutados públicamente con gran escarnio para la población. Para evitar otra rebelión, las autoridades creyeron que lo más efectivo era nombrar un nuevo gobernador con suficiente experiencia militar: ese fue Agustín de Ahumada.

10.2. DE GOBERNADOR DE LOS QUIJOS A GOBERNADOR DE TUCUMÁN

Cuando Agustín de Ahumada llega a Baeza el recuerdo de la represión de la rebelión está todavía muy presente. Aunque solo

sea porque los derrotados han sido obligados a reconstruir Ávila. Agustín de Ahumada los encuentra en plena actividad. Pero no a todos. Gran parte de los indígenas han huido lejos de sus pueblos para evitar los trabajos forzados. Por tal motivo, expresado en términos amables, se podría decir que gran parte de la «acción de gobierno» de Ahumada se encaminó a detener el éxodo de los indígenas hacia lugares en que esperaban ser tratados mejor y a reunir a los huidos para llevarlos de vuelta a sus pueblos. O, de forma menos políticamente correcta pero más apegada a lo ocurrido, habría que decir que Agustín de Ahumada, como gobernador de los Quijos, en lugar de pacificar a los habitantes de la región, como se le había encargado, se dedicó a reclutar por la fuerza a indios serranos que incorporaba a su ejército. No hubo, por tanto, que esperar mucho para que aparecieran quejas entre los pueblos originarios debido a que

muchos de los cargadores serranos se caen agotados por las cargas tan pesadas en la selva húmeda y calurosa; los quijos tienen que entregar aprovisionamientos y otras cosas, y Ahumada apresa también a muchos de los caciques quijos³⁰¹.

En 1582 Agustín de Ahumada escribió una carta al virrey solicitándole licencia para adentrarse en la selva en busca de el Dorado. La carta, firmada el 25 de octubre de 1582, muy pocos días después de que hubiera fallecido su hermana Teresa, aseguraba que, como gobernador de la región, le había llegado la noticia de que esa tierra de promisión se hallaba muy cerca de Ávila, ciudad de su gobernación. Por otra parte, aseveraba que, aunque es

la más rica de gente y oro que se ha visto, que según lo que della cuentan y señas que dan, se cree sin duda ser El Dorado, en demanda de quien tanto y tantas veces se han perdido mil capitanes y gentes³⁰².

Añadía, no obstante que no era la codicia lo que le impulsaba a buscarla sino que sus trabajos se llevaban a cabo «porque creo que se ha de hacer en ello gran servicio a Dios y a su Magestad»³⁰³. Además,

³⁰¹ OBEREM, Udo. *Los Quijos...*

³⁰² PÓLIT, Manuel María. *La familia de Santa Teresa...*, p. 72.

³⁰³ IBÍDEM.

apoyaba su solicitud de licencia con un argumento realmente sustancial: no tendría coste alguno para la Corona pues la expedición, que estaría formada por más de un centenar de personas, sería sufragada por su sobrino Lorenzo de Cepeda y Fuentes, rico encomendero de Quito que esperaba recuperar con creces su inversión.

Así pues, tras recibir la oportuna licencia, Agustín de Ahumada se adentró en la selva y, según él mismo señala,

aunque no dio en la tierra que iba a buscar, por entrar el invierno y crecer mucho los ríos, fue de mucho provecho a Nuestro Señor y V. Alteza, porque se descubrió el camino, de más que se recogieron de las ciudades pobladas más de dos mil indios y muchos dellos cristianos que andaban huyendo, y en la jornada no perdió ningún español, por el regalo con que los llevaba³⁰⁴.

Efectivamente «se descubrió el camino» en que habitaba un pueblo entonces muy poco conocido por los españoles, los omagua. Sin embargo, la expedición alcanzó la misma conclusión que todas las que hasta entonces habían buscado tan mítica tierra. Como consecuencia del fracaso, Lorenzo de Cepeda no pudo recuperar la inversión y su economía sufriría un grave quebranto. Como dice Jiménez de la Espada con su tono corrosivo,

No pudo Dios encaminar el negocio de Ahumada a medida de su deseo, ni aún con la ayuda de los tres o cuatro mil pesos de su sobrino Lorenzo, por la sencilla razón de ser el rey Dorado y sus dominios pura leyenda indígena, aunque verdadera realidad se la pintase a los descubridores y conquistadores su codicioso anhelo de enriquecerse en un momento y fabulosamente³⁰⁵.

³⁰⁴ MENDIBURU, Manuel. *Diccionario histórico-geográfico del Perú*. 10v. Lima: Imp. Enrique Palacios, 1932-1935, apéndice I, p. 24.

³⁰⁵ JIMÉNEZ DE LA ESPADA, Marcos. *Relaciones geográficas de Indias...*, vol. II, p. 219n. Entre los conquistadores se hizo muy popular una leyenda, basada en una ceremonia chibcha, en la que al cacique del lugar se le cubría el cuerpo desnudo con polvos de oro –adheridos a su piel con tintes de trementina– y se embarcaba en la laguna de Guatavita, en cuyo centro se bañaba y entregaba ofrendas de oro a los dioses. La leyenda corrió primeramente con el nombre de los «indios dorados» o el «rey dorado» (de ahí la referencia al «rey Dorado»), para terminar sustituyendo la persona por el territorio. Pronto el Dorado fue un mítico territorio en el que abundarían el

Por otra parte, aunque Agustín de Ahumada había acometido la búsqueda del Dorado por hacer un «gran servicio a Dios» parece que la extensión de la fe católica no fue una de las prioridades de su estancia en la provincia de los Quijos. Puede esto deducirse de la «situación religiosa» que describe el jesuita Rafael Ferrer muy poco tiempo después de que Agustín de Ahumada «se saliera» de la región. En una carta que este religioso envía al provincial de su orden en noviembre de 1604 le dice que el año antes, 1603, había estado en el área de Ávila de los Cofanes, donde se encontró con indígenas

a los cuales traté de la Eternidad del alma; premio de los buenos y castigo Eterno de los malos; los cuales con esta doctrina quedaron juntados y deseosos de ser Christianos porque nunca les habían dicho otro tanto los Christianos antiguos ni modernos que solían ir a sus tierras, por tener mucho oro, a tratar y contratar con ellos³⁰⁶.

No obstante, hay que señalar que no existen descripciones des-
prejuiciadas de otros grupos humanos, por lo que, cabe la posibilidad de que algunas de sus aseveraciones puedan ser desmedidas. Es decir, la relación del jesuita, como todas las relaciones, no era totalmente desinteresada. Su intención, con estas palabras, era que el provincial de su orden le permitiera abrir nuevas doctrinas en la región.

El día siguiente con el favor del sr. Nos partiremos para los quixos, y sepa v.r. [vuestra reverencia] P. Mío que [si] no lo impiden mis pecados se pueden abrir muchas y muy grandes puertas a bastissimas naciones para el sto. Evangelio por esta parte de los Quixo; no solo en los Cofanes adonde ya parece que el sr. *Gratus misericordis recordatex*. Estos confinan con los coronados y con lo indios del Pu [Putumayo?], que dizen son muchos; pero también en los *humaguas* [omaguas] questan mas abajo y confinan con los indios de la ciudad de españoles que llaman Ávila³⁰⁷.

oro y las piedras preciosas por doquier y que se situaría en un indeterminado lugar del interior de las selvas amazónicas, en las confluencias de los actuales Colombia, Perú y Ecuador.

³⁰⁶ BURGOS GUEVARA, Hugo. *Primeras doctrinas en la real audiencia de Quito, 1570-1640: estudio preliminar y transcripción de las relaciones eclesiales y misionales de los siglos XVI y XVII*. Quito: Abya Yala, 1995.

³⁰⁷ IBÍDEM, p. 390.

Hay que añadir, por otra parte, que el propio jesuita sugiere un beneficio indirecto de tal evangelización ya que, al describir a los omaguas, señala

que mudandoles el havito no parecen indios, y si en estos humaguas se abriese la puerta podría ser diesemos con el dorado, tan nombrado, deseado y buscado, y que tanta gente en su busca se ha consumido³⁰⁸.

En todo caso, parece que ni Agustín de Ahumada ni quienes le siguieron, hicieron mucho por «combatir las idolatrías». Y si lo hicieron tuvieron escaso éxito porque el mismo jesuita, un año después (20 de marzo de 1605), en otra carta al provincial de su orden cuenta lo siguiente:

Llegamos pues al distrito de Ávila con harto cansancio [...] [y en la primera casa] vimos a la puerta cinco ydolos [cinco ídolos] grandes puestos en lugar eminente por su orden, eran los ydolos unos tigres, y el uno de ellos de extraordinaria grandeza que estaba en medio de los otros cuatro no tan grandes; tenían todos colgados del cuello cosas que les avían ofrecido³⁰⁹.

La descripción no se limita a la constatación de que siguen adorando a sus antiguos «ídolos» pues, según Rafael Ferrer, todavía en el distrito de Ávila,

entrando más la tierra adentro hallamos tanta ignorancia en esto que no podía ser mayor porque en todos los pueblos que anduvimos de los calientes no hallamos hombre ni mujer, ni chico ni grande, q. en alguna lengua supiese la menor palabra de la doctrina christiana, ni persona que supiese aun santiguarse³¹⁰.

De la posible poca gana de Agustín de Ahumada y el resto de los españoles de «cristianizar» a estos grupos sería indicio la afirmación que realiza tras hallar un grupo de «cofanos infieles», de

³⁰⁸ IBÍDEM.

³⁰⁹ IBÍDEM, p. 392.

³¹⁰ IBÍDEM, p. 394.

los que todavía andaban huidos y no se habían atrevido a volver, a quienes bautiza y de los que dice

Son estos cofanes unos indios que abrá 15 años que estaban en paz con los españoles pero nunca los bautizaron, ni enseñaron, antes por el mal tratamiento que les hicieron los echaron de sus tierras y les cerraron de tal suerte la entrada que no se an atrevido a entrar allá, qual o qual dellos salía por acá, y los bautizaron, que no devieran porque los dexaban luego volver a su tierra en donde vivían como los demás³¹¹.

Por otra parte, la gobernación de los Quijos mantenía algunas especificidades que la diferenciaban de otros territorios conquistados por los españoles. Una vez que las sucesivas exploraciones por el área habían confirmado que ni el Dorado ni el no menos mítico Valle de la Canela se hallaban ocultos entre los vericuetos de los ríos amazónicos, no habiéndose hallado tampoco minas suficientemente rentables, la producción textil se había convertido en la principal fuente de riqueza para los escasos encomenderos españoles avecindados en las mencionadas ciudades. En consecuencia, desde la llegada de Melchor Vázquez Dávila se estableció que los pueblos originarios pudieran abonar las tasas fijadas por la Audiencia Real en tejidos. Si las tasas eran ya abusivas, los encomenderos, ávidos de una riqueza semejante a la que obtenían los poseedores de minas en otras partes del virreinato, se ocuparon de incrementarlas de modo descomedido. Para pagarlas, el trabajo de los naturales del lugar hubo de multiplicarse, y con él lo hicieron los abusos y penas que sufrían. Nada cambiaría con la llegada de Agustín de Ahumada. Principalmente porque este optó por ocuparse solamente de sus intereses particulares sumándose a un sistema que le reportaría jugosos beneficios y, a la larga, no pocos problemas legales. Así pues, a la pérdida de poder de los penes, el maltrato, el hambre y otros factores que habían provocado la rebelión, habría que sumar con la llegada de Ahumada la generalización de unas prácticas abusivas que agravarían aún más el descontento social. A mayores, a la irritación de los pueblos originarios por las continuas vejaciones se sumaría un paulatino encono de los encomenderos. Este se acentuaría al sentirse menospreciados por el gobernador. Aunque el disgusto era

³¹¹ IBÍDEM, p. 401.

creciente, un suceso de carácter simbólico sirvió como detonante para la irritación generalizada entre los españoles. Al parecer, según Oberem, Ahumada contaba con un sirviente, un mestizo llamado Blanco, que tenía por costumbre obligar a los indígenas a que llevaran cargada a su amante, una india llamada Catalina, desde Baeza a Ávila. Los encomenderos solicitaron a Ahumada que pusiera fin a esa práctica. No se trataba desde luego de un ataque de caridad o de respeto a los indios. Más bien era una cuestión «clasista»: era privilegio exclusivo de los encomenderos que sus esposas fueran transportadas por los indios durante los viajes y que un sirviente actuara como «señor» ponía en riesgo ciertos equilibrios sociales. Sin embargo, el gobernador optó por no hacer absolutamente nada al respecto y su inacción fue tomada como una ofensa a su orgullo al permitir que se equiparara a una indígena, amante de un mestizo, con sus propias mujeres.

Los problemas se acentuaron para el hermano de santa Teresa en 1584, pocos meses antes de que su mandato de cuatro años expirase. Mateo Sánchez y Juan de Ribera, vecinos de Ávila, en representación del cabildo de dicha localidad, presentaron una denuncia formal contra Agustín de Ahumada ante la Audiencia de Quito³¹², acusándole de llevarse indios de sus encomiendas. Según los denunciantes, Agustín de Ahumada habría utilizado a los varones como cargadores en tanto habría mantenido a las mujeres de estos indígenas retenidas para su disfrute y el de sus allegados. Cuatro años después, el juicio seguía pendiente de fallo, a pesar de que el oidor Pedro Venegas de Cañaverál le tomó residencia³¹³. Poco después el gobernador vería como sus problemas se acrecentaban. Aunque algunos autores consideran que «fue calumniado contra los indios y Pedro Venegas de Cañaverál, que presidía la Audiencia de Quito, ordeno su prisión y el secuestro de sus bienes»³¹⁴, Agustín de Ahumada fue acusado de exacciones y abusos contra los indios. El delito no era menor pues su mandato como gobernador incluía expresamente la obligación de proteger a los pueblos originarios de los abusos de los encomenderos. Con ello, se pensaba, las sucesivas rebeliones de los pueblos amazónicos de lo que hoy es Ecuador llegarían a su fin. Sin

³¹² AGI: ESCRIBANIA, 912A.

³¹³ AGI: QUITO, 8, R.18, N.49.

³¹⁴ LARA MARCANO, Mercedes de. «Hermanos de Santa Teresa...», p. 249.

embargo, pudo comprobarse fehacientemente que Agustín de Ahumada había ordenado que los Quijos le tejiesen gratuitamente mantas que después pondría en el mercado por valor de más de doce mil pesos, que se sumarían al salario de dos mil que, como gobernador, tenía³¹⁵. Ante estas acusaciones, el 27 de abril de 1584 el presidente de la Audiencia de Quito ordenó su prisión, el secuestro de sus bienes y que fuera llevado a la ciudad de Quito.

Agustín de Ahumada no debía fiarse en exceso de la Audiencia quiteña porque, en el camino hacia esa ciudad, intentó huir hacia la Ciudad de los Reyes [Lima] para, desde allí, pasar a España y presentarse ante la Corte con el ánimo de vindicarse. Sin embargo, su intento de fuga se vio frustrado y fue detenido antes de que consiguiera su objetivo. Como consecuencia, fue apresado, en régimen preventivo diríamos hoy, durante más de cinco meses mientras se resolvía qué hacer con él. Al final, el 12 de febrero de 1585 se le concedió real licencia para que hiciera su gusto por lo que «logró vindicarse completamente y fue absuelto, pronunciándose auto de condenación contra sus acusadores»³¹⁶.

No parece, por tanto, razonable afirmar, como hacen algunos autores, (Pólit, De Lara Marcano) que Agustín de Ahumada abandonara la gobernatura de los Quijos presionado por su hermana Teresa. Para algunos de los mencionados, Teresa habría dado a entender por carta a su hermano su eterna condenación si no abandonaba tal puesto. Sin embargo, cuando Agustín de Ahumada abandonó tal posición al expirar su mandato, se iban a cumplir ya dos años del fallecimiento de su hermana. No puede negarse, no obstante, que siendo ya «gobernador de los Quijos, Sumaco y la Canela», Teresa había expresado su preocupación por el porvenir espiritual de Agustín en varias cartas. En todo caso, la intranquilidad de Teresa por su hermano, al menos en los últimos años de

³¹⁵ Jiménez de la Espada indica que «les afligía para que le labrasen, como le labraron, mantas y otras ropas por valor de 12 mill pesos». Oberem habla sin más de «tela», aunque da el mismo importe; por su parte, Linda Newson (1995, p. 227), indica que se trataba de «ropa de algodón» («Governor Ahumada was soon accused of abusing the rights of encomenderos, of conscripting Indians to serve on expeditions, and of forcing them to weave cotton cloth»), lo que parece muy extraño para la región.

³¹⁶ PÓLIT, Manuel María. *La familia de Santa Teresa...*, p. 73.

vida de la carmelita, se extendía también a lo material. De hecho, Teresa le hace saber que no parecía muy razonable regresar si no se era lo suficientemente rico como para no tener que depender de nadie en España. Además, sugería Teresa que por mucho que el virrey Toledo, a quien había servido Ahumada, estuviera en la Corte, sería una inconsciencia atravesar el océano por buscar riquezas. Es verdad que el 14 de noviembre de 1581 le había contado a su cuñado Juan de Ovalle que

Agustín de Ahumada dice que verná de aquí a un año, y no rico sino a que le haga mercedes el rey. Dicen se las hará, porque ha servido mucho, y terná el favor del virrey, que es venido³¹⁷.

Ahora bien, solo un mes después, escribió a su sobrino Lorenzo, quien residía en Quito, para expresarle sus temores sobre el destino que esperaba a Agustín de Ahumada si se emprendía el viaje de regreso a la Península Ibérica:

Cuando ésta llegue, según me escribe, estará mi hermano Agustín de Ahumada en el camino. Plega a Dios le traya con bien. Si no fuere venido, vuestra merced le envíe ésta, porque no tengo hoy la cabeza para escribir mucho. Yo le digo a vuestra merced que, si no traí que comer, que tenga harto trabajo, que no habrá quien le dé de comer, y para mí lo será de no lo poder remediar, grande. Ya es venido el virrey, y el padre fray García bueno está, aunque no le he visto. Recia cosa es en tanta edad ponerse a tan peligroso camino por hacienda, que ya no havíamos de entender sino en aparejarle para el cielo³¹⁸.

Tras ser liberado de la prisión quiteña Agustín de Ahumada solicitó que se le hicieran mercedes con escaso resultado. En concreto, en marzo de 1586, en solicitud a su demanda, el Consejo de Indias responde que

Al capitán Agustín de Ahumada, en consideración a sus servicios, se le haga merced de 1.500 pesos de renta por dos vidas en Perú en indios vacos³¹⁹.

³¹⁷ TERESA DE JESÚS, Santa. *Obras completas...*, p. 1355.

³¹⁸ IBÍDEM, p. 1367.

³¹⁹ AGI: INDIFERENTE, 741, N.36.

Poco debió parecerle la renta en cuestión porque, dos meses después, en mayo del mismo año, el expediente seguía su curso incluyendo una nueva petición de Ahumada al Consejo en relación con su demanda³²⁰. Finalmente, a finales de julio, se le amplió la concesión, si bien de modo exiguo:

además de los 1.500 pesos de renta de que se hizo merced al capitán Agustín de Ahumada por consulta del Consejo de Indias, se le podían dar otros 500 pesos».

No obstante, en la misma respuesta se añade que, tal vez mejor que esa cantidad, sería bueno que se mirase si «habría allá algún oficio a propósito en que ocuparle, que podría ser el mejor que esto de los pesos»³²¹.

Agustín de Ahumada empieza a tener claro que, a pesar de las palabras de su hermana respecto de la inconsciencia de meterse a ciertas edades en el océano por hacienda, no tiene otra opción, si quiere tener un futuro económicamente viable y acorde a sus esfuerzos, que regresar a España. Así pues, libre de acusaciones, regresó en 1588 defendiendo su conducta como gobernador entre los Quijos. Además quiso hacer valer la entrada que hizo al Dorado que, por cierto, dice haber pagado de su cuenta. Por último, optó, según un documento que reproduce Jiménez de la Espada, por acusar al oidor Venegas de Cañaveral de haber cometido una injusticia:

Y viniendo yo —dice— a dar cuenta a V. Alteza de la dicha gobernación y agravio hecho y a pedir mercedes por los servicios hechos, el dicho licenciado envió dos jueces tras mí con 3.000 pesos de salario, y alcanzándome el uno en el camino real, andadas mas de 50 leguas de Quito, me volvió, y llegado que fui a la ciudad, el licenciado me molestó con cárceles y prisiones más de cinco meses, sin querer darme la causa porque me tenía preso, y me tomó más de 500 pesos de buen oro, y nunca me los volvió, y dos cofres llenos de papeles, donde estaba una carta para V. M. contra el dicho Cañaveral; y estos papeles los leyó él y doña Madalena [la mujer del oidor] y quien más quiso.

³²⁰ AGI: INDIFERENTE, 741, N.66.

³²¹ AGI: INDIFERENTE, 741, N.83.

Con independencia de la justicia o injusticia del proceder del oidor, cabe señalar que la gobernación, una década después de la marcha de Agustín de Ahumada, era la viva imagen de la desdicha (tal vez no mucho peor que lo que propio Ahumada halló), según puede deducirse del relato que hizo en 1598 fray Pedro Bedón de Agüero:

Que certifico a Vuestra Majestad en Dios y en mi alma que estos miserables yndios quixos están en seruidumbre straña, porque los hazen hilar y tejer perpetuamente sus encomenderos haziéndoles labrar (demás de las ropas de sus tributos) sobremessas, sobrecamas, pauellones y antepuertas con trauajosísimas y prolixas labores, y los tienen tan ocupados en esto, tan a la continua y con tanta vexación, que parece que en aquella tierra no se acuerdan de Dios ni de otra cossa más que hilar, hilar y tejer; y hazer costossas labores en su ropa –y assí ni ay yglesias edificadas en las Doctrinas, ni ornamentos ni ymágenes sino de Papel viejas y ahumadas y si han de viuir los Doctrineros, han de ser solicitadores y mayordomos de los encomenderos y de sus pabellones y ropa, y contemporizar con ellos– y los malos tratamientos y oppresión de estos yndios, se echa de ver claramente por los muchos que se han muerto y van muriendo cada día [...]³²².

Como fuera, Agustín de Ahumada reclama en la Corte lo que cree en justicia le corresponde. Varias son las posibilidades que se ofrecen a su solicitud pues parece ser que Ahumada había solicitado alguna encomienda en el ecuatorial territorio de Otavalo, donde la renta habría de ser por fuerza más elevada que los 1.500 pesos que se le habían prometido en indios vacos en Perú y Chile. Pero, además de eso, a Agustín le quedan amigos. Así, en noviembre de 1588, el arzobispo de México, Moya de Contreras, emite un informe en el que, tras dar cuenta de la finalización del mandato que Juan Ramírez de Velasco tiene como gobernador de Tucumán, en el norte argentino, propone que el abulense le sustituya:

Habiéndome informado, he entendido que el capitán Agustín de Ahumada ha servido a S.M. aventajadamente en el Pirú, como lo significa el presidente [del Consejo de Indias] en esta consulta y en la que hizo el 25 de agosto, proponiéndolo para los corregimientos del

³²² BURGO GUEVARA, Hugo. *Primeras doctrinas...*, p. 42.

Cuzco y Chuchito, demás de haber dado buena cuenta de cargos que ha tenido de gobernación y justicia³²³.

Bien porque al rey le pareciera adecuado, bien, como sugiere Pólit, porque ya eran conocidas «las heroicas virtudes de la Monja Santa, que no era otra que su hermana Teresa, cuyo parentesco ya le servía en la corte para alcanzar merced»³²⁴ ese mismo mes de noviembre de 1588 fue nombrado gobernador de Tucumán y emitida la correspondiente licencia «para pasar a Tucumán a favor de Agustín de Ahumada, gobernador de Tucumán»³²⁵.

Al efecto, una «Real Cédula al presidente y oidores de la Audiencia Real que reside en la ciudad de la Plata, de la provincia de los Charcas» emitida por Consejo de Indias el día de Nochebuena de 1588, ordena que no provean ningún juez de residencia contra el gobernador de las provincias del Tucumán, Agustín de Ahumada, sin que primero den aviso a Su Majestad de las causas que hay para ello³²⁶. Pocos días después, ya en enero de 1589, se le «otorga el título de gobernador de la provincia del Tucumán»³²⁷ y se formula una «Real Provisión al capitán Agustín de Ahumada» en la que se le otorga tal título en lugar de Juan Ramírez de Velasco. Se añade

que use el dicho cargo, así en lo civil como en lo criminal, por espacio de cinco años que se cuentan desde el día que tomare la posesión, y más si fuere la real voluntad. Podrá nombrar alguacil mayor con el salario que hubiesen llevado los otros. Manda que le tomen juramento y le permitan conocer de todos los otros. Manda que le tomen juramento y le permitan conocer de todos los pleitos civiles y criminales, le entreguen las varas de justicia y le paguen el salario desde el día que se hubiese hecho a la vela desde el puerto de Sanlúcar de Barrameda o Cádiz, siempre que en un año contado desde el día del embarque haya llegado a dichas provincias, porque para hacer el viaje se le señaló el dicho año³²⁸.

³²³ JIMÉNEZ DE LA ESPADA, Marcos. *Relaciones geográficas de Indias...*, vol. II, p. 219n.

³²⁴ PÓLIT, Manuel María. *La familia de Santa Teresa...*, p. 73.

³²⁵ AGI: INDIFERENTE, 2097, N.223.

³²⁶ AGI: BUENOS AIRES, 5, L.1, F.36R.

³²⁷ AGI: CONTRATACIÓN, 5792, L.2, f.156-157.

³²⁸ AGI: BUENOS AIRES, 5, L.1, F.36V-37V.

En enero de 1589, tras su nombramiento como gobernador, le llega la confirmación de la encomienda de los mil quinientos pesos por los indios vacos de Perú y Chile, que empleará en aparejar todo lo relativo al viaje. Como corresponde a su título, Agustín de Ahumada se hizo acompañar de varias personas. Así, en marzo se dio licencia para pasar a Perú a «Antonio de la Cueva Maldonado, natural de Ontiveros, criado de Agustín de Ahumada, hijo de Diego de la Cueva Maldonado y María Arias»³²⁹, «Juan González, vecino de Sacedón, criado de Agustín de Ahumada, hijo de Bartolomé González y Catalina Ángela»³³⁰, y «Juan Gutiérrez, natural de Reinos, criado de Agustín de Ahumada, hijo de Blas Gutiérrez y María Sanz de Castañeda»³³¹. También se dio licencia para pasar a Tucumán a «Gaspar López de Noboa, natural de Río de Moíños, criado de Agustín de Ahumada, hijo de Lope Fernández y Leonor de Noboa»³³². Pocos meses después, recibirían igualmente licencia para pasar a Tucumán «Juan Bautista de Olavarría, natural de Sevilla, criado del gobernador Agustín de Ahumada, hijo de Juan Pérez de Olavarría y María de Solís»³³³. La comitiva incluiría también a una familia completa:

Bartolomé Gallego de Vargas, natural de Cazalla, hijo de Agustín de Vargas y Francisca Muñoz, con su mujer María Álvarez, hija de Benito Halcón e Inés Hernández, y sus hijos Agustín, Bartolomé, Benito y María de Gallegos, naturales de Cazalla, a Tucumán como criados de Agustín de Ahumada³³⁴.

Por último, con licencia para ir a Tucumán se incorporaría un religioso:

Bachiller Alonso Cavañas, clérigo, vecino de Sevilla, capellán del gobernador Agustín de Ahumada, hijo de Juan de Vallejo y Leonor de Vallejo³³⁵.

³²⁹ AGI: CONTRATACIÓN, 5232, N.50.

³³⁰ AGI: CONTRATACIÓN, 5232, N.47.

³³¹ AGI: CONTRATACIÓN, 5232, N.51.

³³² AGI: CONTRATACIÓN, 5232, N.46.

³³³ AGI: CONTRATACIÓN, 5232, N.42.

³³⁴ AGI: CONTRATACIÓN, 5232, N.54.

³³⁵ AGI: CONTRATACIÓN, 5232, N.43.

Finalmente, ese año de 1590, ya sexagenario, se embarca el «capitán Agustín de Ahumada, gobernador de Tucumán» con destino a «Tierra Firme». Con él salen de España otras personas relevantes con diferentes destinos en América. Así cruzará el océano³³⁶ entre otros, con el capitán Bartolomé Campuzano, corregidor de Tunja [en la actual Colombia], Rodrigo de Orihuela, tesorero de Arequipa [en Perú] y Rodrigo Hurtado, secretario de la Audiencia Real de las Charcas [actual Sucre, en Bolivia]. Si para cualquier persona el viaje no se presentaba fácil, para alguien de la edad y fatigada vida de Agustín de Ahumada, debió ser una tortura. Tras el paso por Canarias y la travesía del océano, había que llegar hasta Tierra Firme. El viaje proseguía cruzando a través de Panamá, hasta llegar al Pacífico. Una vez en puerto, debían nuevamente embarcarse con destino a la Ciudad de los Reyes, Lima. Desde esta ciudad, todavía quedaba el difícil ascenso a los Andes para, por fin, llegar hasta la provincia de los Charcas (en la actual Bolivia). Por último, desde esa ciudad sede de la Audiencia Real, cruzando las montañas, debía encaminarse a Tucumán en el norte argentino. No extraña pues que el plazo para tomar posesión fuera de un año desde la partida de las naos de los puertos peninsulares.



Agustín de Ahumada se vio en la necesidad de cruzar varias veces los Andes (JORGE MORALES)

³³⁶ AGI: INDIFERENTE, 2098, N.57.

La larga travesía y las condiciones del viaje hicieron que Agustín de Ahumada enfermase y se decidiera a reposar en Lima. Penosamente, el reposo que quería transitorio, terminó por ser definitivo. En 1591, contando con sesenta y cuatro años densamente vividos, falleció en tal ciudad asistido corporalmente por el jesuita Luis de Valdivia³³⁷ y, según contaron los testigos, espiritualmente por su hermana Teresa de Jesús. Tan complejos y alargados en el tiempo eran los viajes, que todavía en 1592 el Consejo de Indias no se había enterado del fallecimiento de Agustín de Ahumada: ese año emitió una «Real Cédula al presidente y oidores de la Audiencia Real que reside en la ciudad de la Plata, de la provincia de los Charcas», en respuesta a una carta de 5 de marzo de 1590 en la que, además de muchas otras cosas, le pedían

que acerca de encargar a Agustín de Ahumada, gobernador de esa provincia, la reformatión de las cosas de ella, le ordenarán que procure cumplir lo que está mandado para el buen gobierno de esa provincia; que no se haga novedad sobre quitar los alcaldes ordinarios de esa ciudad y poner en ella corregidor; que no obstante haber mandado quitar la Audiencia de provincia, los oidores la harán según disponen las ordenanzas de Valladolid y Granada³³⁸.

Beneficiado directo de su muerte fue el cesado Ramírez de Velasco quien, a la espera de la llegada del nuevo gobernador, siguió ejerciendo en calidad de tal no dándose por enterado de su cese. Pero no es el único. Como quiera que el nombramiento de gobernador de Tucumán devengaba salarios desde el momento en que las naves salieran de Sanlúcar o Cádiz, aunque Agustín de Ahumada falleciera sin llegar a Tucumán, quedaron ciertos salarios por cobrar. Así, tres años después de la muerte de Agustín de Ahumada, la Audiencia de los Charcas otorgó una cédula a su sobrino Lorenzo de Cepeda otorgándole un año de prórroga para que

llevase cédula de Su Majestad de aprobación de habérsele mandado pagar a él, como a heredero del capitán Ahumada, gobernador del Tucumán, cierto salario³³⁹.

³³⁷ MIRANDA, José Miguel. «América, familia de Teresa en»..., p. 79.

³³⁸ AGI: CHARCAS, 415, L.2, F.92R-95.

³³⁹ AGI: BUENOS AIRES, 5, L.1, F.45V-46R.

Un año después, en 1595, cuando ya hacía cuatro que Agustín de Ahumada había fallecido, se emitió una nueva «Real Cédula a don Lorenzo de Cepeda» en la que se aprobaba que se le abonara, «como a heredero del capitán Ahumada, difunto gobernador que fue del Tucumán, lo que se le quedó a deber de su salario»³⁴⁰. Ahora bien, como cualquier herencia, este nombramiento de Lorenzo como heredero, generó disputas. En concreto con su hermano Francisco, mayor que él, que también se encontraba, como veremos en las páginas siguientes, en el virreino del Perú.

³⁴⁰ AGI: BUENOS AIRES, 5, L.1, F.48V-49R.

11. LOS SOBRINOS REGRESAN AL VIRREINO DE PERÚ

El prolijo testamento realizado por Lorenzo de Cepeda pone de manifiesto que, a pesar de que no ha recibido todas las mercedes a que él se creía acreedor, la estancia americana había sido muy fructífera. En ese sentido, para que la fortuna generada no se disipe, dejará un único heredero que pueda seguir manteniéndola al cabo del tiempo:

Cumplido este mi testamento y las mandas en él contenidas, nombro y señalo, constituyo e dejo, por universal e legítimo heredero de todos mis bienes, al dicho Don Francisco de Cepeda, mi hijo mayor, a el cual, para más firmeza, mejoro en el tercio e remanente del quinto de todos mis bienes³⁴¹.

Además de numerosos bienes muebles, la herencia incluye, del citado termino de La Serna y Guijo y parte de Valdeprados, la hacienda de Gotarrendura, que se tendrá que comprar a Juan de Ovalle, los 1.000 ducados de renta sobre el duque de Medina- Sidonia, los 10.000 maravedís de censo en Salvatierra y numerosos bienes muebles.

Ahora bien, Lorenzo de Cepeda pone como condición que Francisco se case y tenga herederos para poder recibir su herencia y, caso de que esto no ocurra, pase a Lorenzo. Si Francisco

muriese o tomase estado que no se pudiese casar, que siendo así no le nombro por heredero, ni hago la dicha mejora, sino que sacada la legítima del dicho Lorenzo mi hijo y el tercio y remanente del quinto, lleve la parte que le cupiere, porque muriendo él sin heredero y sucesor, ha de quedar toda la dicha mi hacienda vinculada, como está dicho a los dichos

³⁴¹ PÓLIT, Manuel María. *La familia de Santa Teresa...*, p. 362.

Lorenzo mi hijo o a sus herederos (digo descendientes legítimos habidos de legítimo matrimonio)³⁴².

Si ni Francisco ni Lorenzo tuvieran sucesión todo iría a Teresita y al monasterio de San José donde estaba, excepto los 17.000 maravedís del censo de Peñaranda y los 10.000 del de Salvatierra que debieran ir a Juana de Ahumada, su hermana, o sus sucesores.

Claro que, para mayor claridad, Lorenzo de Cepeda, que «ha casado dos sobrinas, y muy bien; antes que se venga las deja remediadas», como decía Teresa, profundamente religioso y, a la vez, conocedor de los usos sociales, insiste en la necesidad de la «legitimidad» de los herederos. Es más que posible que estuviera apesadumbrado viendo las dificultades que el linaje tenía para seguir adelante pues, ya en una carta que le había enviado Teresa a principios de noviembre de 1576 (Francisco tendría 16 años), le había sugerido que

no case pronto estos niños [Francisco y Lorenzo], por poder hacer más por su alma; porque comenzados otros gastos no terná para tanto, y en fin esto es lo que ha de llevar de lo que ha trabajado en tenerlo (Carta 139)³⁴³.

Aún así, Lorenzo de Cepeda viendo cómo vivían sus hijos y qué podría pasar, va a insistir en la cuestión:

E para más claridad digo que todo el dicho vínculo de toda la hacienda mía, lo mando e dijo al dicho Don Francisco mi hijo mayor, para él y sus descendientes legítimos, habidos de legítimo matrimonio, e no habidos antes; y si tuviere hijos antes de casarse según la orden de la Santa Madre Iglesia, y después se casare con la madre, no quiero que sucedan, porque se evite la ofensa a Dios. [...] Y si el dicho Lorencio cometiere el dicho delito por do lo pueda perder, tampoco le llamo sino a sola la dicha Teresa mi hija y al dicho monasterio³⁴⁴.

Aunque es probable que tuviera noticia de ello, ignoro si en la fecha de redacción del testamento, 1578, había nacido ya su primera

³⁴² IBÍDEM, p. 363.

³⁴³ TERESA DE JESÚS, Santa. *Obras completas*..., p. 1029.

³⁴⁴ PÓLIT, Manuel María. *La familia de Santa Teresa*..., p. 364.

nieta «natural». Porque, efectivamente, Lorenzo de Cepeda y Fuentes, el hijo, antes de partir hacia Quito unos meses antes de la muerte de su padre, contando con 18 años, dejaba en Ávila una hija natural. De hecho, cuando el 15 de diciembre de 1581 santa Teresa le escriba para, entre otras cuestiones, felicitarle por su rápida boda en América —llevaba menos de un año en Quito—, le dice que ella puede cuidarla en el convento hasta que crezca, pero habrá de ser a condición de que él la mantenga:

Harta misericordia de Dios ha sido topar tan bien y haverse casado tan presto, que según de temprano ha comenzado a ser travieso, trabajo tuviéramos. En esto veo lo que le quiero, que con ser cosa para pesarme mucho por la ofensa de Dios, de que veo se parece tanto a vuestra merced esta niña, no la puedo dejar de allegar y querer mucho. Para ser tan chica, es cosa extraña lo que se parece a Teresa [Teresita, hermana de Lorenzo] en la paciencia. Dios la haga su sierva, que ella no tiene culpa; y así vuestra merced no se descuide de procurar que se críe bien, que en haciendo más años, no lo está adonde está; mejor se criará con su tía, hasta ver lo que Dios hace de ella. Aquí puede vuestra merced ir enviado alguna cantidad de dineros —pues Dios se los ha dado— y que se pongan a censo para los alimentos (de que haya doce años ordenará el Señor lo que se ha de hacer de ella, que es gran cosa criarse en virtud), que ahí estará el rédito para lo que huviere de ser ella. Ciertamente lo merece, que es agradable y con ser tan chiquita no querría salir de aquí. No fuera menester enviar vuestra merced nada para esto, si no es porque está casa está ahora en gran necesidad³⁴⁵.

Pero la urgencia en la boda era, en todo caso, mayor para Francisco. Sin embargo, cuando Teresa le habla del posible casamiento con una joven segoviana con quien ya habían tratado estando su padre en vida, el heredero se muestra displicente y anuncia que hará vida religiosa. De hecho, probó fortuna, en el noviciado que en Pastrana tenían los carmelitas. Parece que no salió con bien de la prueba, pues la estancia fue breve. Así pues, igual que

³⁴⁵ TERESA DE JESÚS, Santa. *Obras completas...*, p. 1367.

se acercó a la «frailía», que decía Teresa, se alejó de ellos y de su propia tía.

Y se casó —a ella le dolió— sin avisarle siquiera. Con una joven de alto contorno, doncella linajuda de Madrid, nombre raro y apellidos insignes: Orofrisia de Mendoza y Castilla³⁴⁶.

La boda tuvo lugar el 8 de diciembre de 1580 cuando contaba él con veinte años (había nacido en Quito en 1560) y ella dieciséis (pues nació en Alcalá en 1564).

Para Teresa esta boda supone, inicialmente, un auténtico alivio tanto por las veleidades de su sobrino como, sobre todo, porque más allá de la apariencia, las numerosas mandas que su padre había dejado establecidas en el testamento, lo tenían ya casi arruinado. Por tal motivo, en la misma carta que envía a Quito a su sobrino Lorenzo de Cepeda contándole el fallecimiento de su padre y la boda de su hermano, le pide que, a la mayor brevedad, envíe dinero a este, pues tiene la hacienda totalmente «empeñada»:

A mí no me han faltado trabajos hasta ver a don Francisco como ahora está, porque quedó con mucha soledad, que ya ve vuestra merced los pocos deudos que hay. Ha sido tan codiciado para casarse con él en Ávila, que yo estaba con miedo si había de tomar lo que no le convenía. Ha sido Dios servido que se desposó el día de la Concepción con una señora de Madrid que tiene madre y no padre. La madre lo deseó tanto que nos ha espantado, porque, para quien ella es, pudiérase casar muy mejor, que aunque el dote es poco, con ninguna en Ávila de las que pretendíamos le podían dar tanto aunque quisieran. Llámase la desposada doña Orofrisia; aun no ha quince años; hermosa y muy discreta. Digo doña Orofrisia de Mendoza y de Castilla. Es prima hermana la madre del duque de Alburquerque, sobrina del duque del Infantazgo y de otros hartos señores de título. En fin, de padre y de madre dicen no la hará ninguna ventaja en España. En Ávila es deudo del marqués de las Navas y del de Velada y de su mujer de don Luis, el de mosén Rubí mucho. Diéronle cuatro mil ducados. Él me escribe que está muy contento, que es lo que hace al caso. A mí

³⁴⁶ VÁZQUEZ, Luis. «Ocho documentos de don Francisco de Cepeda, sobrino de Santa Teresa: Madrid 1580-1590». *Estudio* (de la Orden de la Merced), 49, 182 (1993), p. 41.

me le da que doña Beatriz, su madre, es de tanto valor y discreción que los podrá gobernar a entrambos y que se acomodará –a lo que dicen– a no gastar mucho. Tiene doña Orofrisia sólo un hermano mayorazgo y una hermana monja. A no tener hijo el mayorazgo, le hereda ella. Cosa posible podría ser. Yo no veo otra falta aquí sino lo poco que don Francisco tiene, que está la hacienda tan empeñada que, a no le traer presto lo que deven de allá, no sé cómo ha de poder vivir. Por eso vuestra merced lo procure por amor de Dios. Ya que Dios les va dando tanta honra, no falte con qué la sustenta» (Carta 349)³⁴⁷.

Un año después, Teresa sigue estando preocupada por la falta de rentas de Francisco:

A mí me quedaron hartas de ver ir las cosas bien diferentes de lo que yo quisiera, aunque el haver acertado don Francisco tan bien como a vuestra merced escribí, me dio gran alivio; porque, dejado quien es su esposa, que de todas partes es de lo principal de España, tiene tantas buenas en su persona que bastava. Vuestra merced la escriba con toda la más gracia que pudiere y se la haga en algo, que lo merece. Yo le digo que, aunque tuviera don Francisco muchos cuentos de hacienda, estava muy bien casado; mas con las mandas que su padre –que haya gloria– hizo y con el remedio de Teresa y deudas, hale quedado tan poco que, si Dios no lo remedia, no sé cómo ha de vivir» (Carta 411)³⁴⁸.

Sin embargo, pronto empezarían a surgir problemas. Ciertamente la esposa de Francisco de Cepeda era de familia noble. Pero noble no es necesariamente sinónimo de adinerado. De ella dice Luis José María Javierre que era

mujer pretenciosa y sin dinero, pensó que el heredero provinciano de Lorenzo de Cepeda, enriquecido en Indias, robustecería con onzas de oro los blasones lacios de Orofrisia³⁴⁹.

Aunque las mandas y misas encargadas por su padre lo consumían todo, Francisco parecía no hacer excesivo caso del consejo,

³⁴⁷ TERESA DE JESÚS, Santa. *Obras completas...*, pp. 1298-1299.

³⁴⁸ TERESA DE JESÚS, Santa. *Obras completas...*, p. 1366.

³⁴⁹ JAVIERRE, José María. *Vida de Teresa de Jesús*. Salamanca: Sígueme, p. 604.

explicitado en el testamento, de que los gastos fueran moderados. La inicial creencia de santa Teresa de que «se acomodará a no gastar mucho», finalmente, no se vio confirmada por los hechos. Así es que, bien porque había calculado mal sus rentas, bien porque creía que le habría de llegar más dinero de Indias, el caso es que pronto la situación económica de Francisco de Cepeda comenzó a hacerse insostenible. A mayores, su suegra Beatriz quiso controlar todo lo relativo al patrimonio de su hija y su esposo y, al apreciar que el testamento del padre de este había aparecido rasgado, a pesar de haber sido ratificado por el propio Francisco en la Chancillería en Valladolid, pidió que se revisara en su totalidad pues le parecía que el monasterio abulense de San José salía sospechosamente bien parado. Es decir, lo que Beatriz de Castilla cuestionaba era la validez de las actuaciones que Teresa, como albacea, había hecho hasta ese momento, insinuando que había obrado en favor del convento de San José y en contra de los intereses de Francisco, y con ello de su hija Orofrisia.

La reacción de Teresa es tan airada como contenida. Así se aprecia en las cartas ya mencionadas que envía el 4 de diciembre de 1581 a la dicha Beatriz y al padre Jerónimo Gracián, al que da cuenta de la irritación que le ha provocado la misiva de Beatriz de Castilla. Posiblemente, más que los dineros, lo que molesta a Teresa de Jesús es la utilización que la suegra de Francisco quiere hacer de Teresita de Cepeda y Fuentes, la niña de la carta, monja en San José. Como receptora de una parte de la herencia, el tercio legítimo más lo ya expuesto, Teresita no tenía problemas económicos. Pero, a mayores, su estancia en el retiro conventual no precisaba de grandes cantidades por lo que manifestó que no tenía inconveniente en ceder su parte a Francisco. Aunque Teresa «tropezó con el corazón enternecido de Teresita quien sentía lástima por su hermano y consideraba dura a su tía»³⁵⁰, no se plegó a la maniobra de Beatriz de Castilla. No significa eso que no saliera disgustada del envite.

En 1584, el virrey del Perú, conde del Villar, le hizo una merced «para que, de los indios que haya vacos, [se] pague cierta cantidad a Francisco de Cepeda, por los méritos de su padre»³⁵¹. Pero o estos dineros no llegaron o no fueron suficientes porque poco después hubo de vender el mayorazgo de La Serna. A pesar de estos ingresos,

³⁵⁰ IBÍDEM, p. 605.

³⁵¹ AGI: QUITO, 211, L.2, F.125R-125V.

su economía no mejoraba y, finalmente, decidió embarcarse con destino a Quito, la ciudad en que nació con la pretensión de hacer la misma fortuna que su padre. Si bien en el Archivo General de Indias existen dos apuntes diferentes en el Catálogo de Pasajeros, para «don Francisco de Cepeda, natural de Quito, hijo de Lorenzo de Cepeda y de doña Juana de Fuentes, al Perú», uno fechado en 1590 y el otro al año siguiente, será posiblemente en este año en el que se traslade América pues en abril de 1591 se envía una real cédula al presidente y oidores de la Audiencia de Quito «para que faciliten los negocios de Francisco de Cepeda, que va a Quito a solucionarlos, para que no se demore su vuelta»³⁵². Para entonces hacía ya once años que había fallecido su padre, nueve que había dejado de vivir su tía Teresa de Cepeda y Ahumada y dos de la muerte de Pedro de Ahumada en febrero de 1589.

Sin embargo, para Francisco las Indias en que había nacido no fueron tierra de promisión. En una carta a su hermana Teresa, la primera monja nacida en tierras americanas, escrita en abril de 1599 le decía que se hallaba necesitado por la pobreza con que vivía. Como en Lima crecían sus acreedores, decidió probar fortuna en Quito donde «aún logró una merced de 1.500 pesos en el repartimiento de Latacunga, que fue del capitán Don Rodrigo Núñez de Bonilla, y en el de Chachapoyas»³⁵³. Así se confirma en una anónima «Descripción de la Villa de Villar Don Pardo, sacada de las relaciones hechas en el año de 1605 por mandado de su Majestad», si bien redactada el año antes, en la que tras describir estos lugares de las proximidades del Chimborazo, se dice que

residen en esta villa 3 encomenderos de la ciudad de Quito, que son; D. Lorenzo de Cepeda, de edad de 43 años, casado [el sobrino de la santa y hermano, por tanto, de Francisco]; tiene de renta de indios en primera vida, por 2 vidas, 3.000 pesos ensayados. Ha que es encomendero 24 años. Hále de suceder D. Pedro de Cepeda, su hijo. Su renta en los pueblos de Achambo y Licto, Puni y Quimía». [...] Ninguno de estos encomenderos ocupa indios de su repartimiento en su servicio ni haciendas. [...] Tiene el primero de los encomenderos [Lorenzo de Cepeda] mucho lustre de casa, criados, caballos y armas. [...] D. Francisco de Cepeda, vecino y

³⁵² AGI: QUITO, 211, L.3, F.23V-24R.

³⁵³ PÓLIT, Manuel María. *La familia de Santa Teresa...*, p. 255.

encomendero de Quito, alcalde ordinario del Villar Don Pardo, tiene encomienda en el pueblo de Latacunga, que le vale 1.000 pesos. [...] D. Lorenzo de Cepeda tiene su encomienda por 2 vidas por cédula y merced de la Majestad de Con Felipe II³⁵⁴.

Posiblemente es desde este pueblo desde donde el 15 de marzo de 1604 escribe una larga y sentida carta a su esposa Orofrisia que, totalmente arruinada, espera en vano en España la llegada de caudales. La misma, reproducida por Pólit³⁵⁵, se inicia de esclarecedor modo: «Señora de mi alma y de mi vida: ya no sé por dónde empezar ni cómo acabar, según me hallo el día de hoy peor que nunca»³⁵⁶. A continuación le indica que, aunque efectivamente tiene la renta que he mencionado líneas atrás, se la han tomado para pagar las deudas que dejó en Lima, por lo que «estoy sin un real [...] que en este extremo de necesidad me hallo»³⁵⁷. Hasta tal punto su situación es de penuria que, aunque tiene que ir a Quito desde el «pueblo de indios» de donde escribe, «por no tener con qué ir, he andado imaginando estos días de ir a un convento y que allí me sustenten hasta lo que conviniera; y había de venir a ser así»³⁵⁸. A continuación intenta rememorar pormenorizadamente todas las rentas que del testamento de su padre están aún pendientes de cobro, encareciéndole que le envíe cuantos papeles así lo atestigüen por ver si es capaz de hacerse con algo, así como que intente cobrar ella misma en España todo lo que no le han pagado. Su miseria es tal que escribe,

Por necesidad estoy retirado en un pueblo de indios, y en un convento de San Francisco, donde me han sustentado hasta ahora; y sabe Dios nuestro Señor cuánta pena me da el decíroslo, pero es forzoso, porque sepáis cuán imposibilitado estoy de enviaros dineros; que, como me tienen tomados mis tributos, no tengo dellos nada³⁵⁹.

³⁵⁴ «Descripción de la Villa de Villar de Don Pardo, sacada de las relaciones hechas en el año de 1605 por mandado de su Majestad» [1605]. En: *Relaciones Histórico-Geográficas de la Audiencia de Quito: S. XVI-XVII*. PONCE LEIVA, Pilar (Ed.). Madrid: C.S.I.C., 1991, p. 5.

³⁵⁵ PÓLIT, Manuel María. *La familia de Santa Teresa...*, pp. 255ss.

³⁵⁶ IBÍDEM, p. 255.

³⁵⁷ IBÍDEM, p. 256.

³⁵⁸ IBÍDEM.

³⁵⁹ IBÍDEM, p. 258.

Esta situación ha hecho que, incluso, en ese momento sus relaciones con Lorenzo, su hermano, no sean buenas pues éste está gestionando la herencia de Agustín de Ahumada que les corresponde a los dos, sin que él haya visto nada.

Desde ese momento, poco es lo que sabemos, excepto alguna otra carta a su esposa pidiéndole que gestione lo que haya. Finalmente, aunque intentó volver en varias ocasiones a España, la escasez de medios se lo impidió y, empobrecido, falleció en febrero de 1617 en Quito, la misma ciudad donde había nacido en 1560. Dos años después, el 21 de septiembre de 1619, una real cédula a las autoridades de Perú y Quito, les pide que envíen «a la Casa de la Contratación los bienes de Francisco de Cepeda que reclama su viuda Orofrisia de Mendoza»³⁶⁰. Todavía en 1620 la viuda de Francisco recibiría del convento de San José algunas de las transacciones pactadas cuando contrajo matrimonio con este que estaban pendientes de cobro.

Mucho antes de que el hijo mayor de Lorenzo de Cepeda, Francisco, iniciase su retorno a Quito lo había hecho, y de exitoso modo, su hermano Lorenzo de Cepeda y Fuentes. Tras renunciar a la herencia materna y a la legítima paterna a cambio de los repartimientos de Indias, Lorenzo había salido de Ávila en 1580, unos meses antes de que falleciera su padre. Como su padre homónimo, Lorenzo llegaría a convertirse en uno de los más destacados miembros de la élite quiteña. Ciertamente sus encomiendas no eran fruto de méritos bélicos, sino herencia paterna. Aún así, la gestión del poder económico derivado de las mismas, su habilidad para incrementarlas y, por supuesto, las estrategias matrimoniales lo auparían al puesto que llegó a ocupar. Así lo prueba, solo un año después de arribar a Quito, la relación de Miguel Cantos, «corregidor y justicia mayor» en el pueblo de Chimbo, «términos y jurisdicción de la ciudad de San Francisco de Quito de los Reinos del Perú» que incluye, a petición regia una

descripción y nominación de los pueblos de naturales que hay en el dicho su corregimientos grandes y pequeños y de los naturales tributarios casados, solteros, viudos, reservados y niños y mujeres de las edades y lo que pagan de tributo a sus encomenderos y en quién están

³⁶⁰ AGI: QUITO, 212, L.4, F.118R-118V.

encomendados y qué sacerdotes les doctrinan y qué estipendio se da a cada sacerdote y qué pueblos tiene a cargo³⁶¹.

En dicha Relación se asevera que Lorenzo de Cepeda ya ha tomado posesión de las encomiendas pues al señalar «los padrones» del beneficiado Francisco de la Carrera y los casi 250 indios que tiene a su cargo y doctrina «que son de muchos pueblos y encomiendas», se incluyen a «indios de Chambo de don Lorenzo de Cepeda, 3 indios casados y 2 solteros»³⁶².

Aunque dejó en Ávila una hija natural, en 1581, al año de llegar a Quito, casó en dicha ciudad con María de Hinojosa, hija de quien en ese momento, como oidor más antiguo, presidía la Real Audiencia. Su tía, Teresa de Cepeda y Ahumada, al contarle el matrimonio a Juan de Ovalle y su hermana Juana, les sintetiza de modo admirable las estrategias económicas que presidían este tipo de casamientos:

Don Lorencio se casó con una hija de un oidor, porque le diesen los indios de que el rey le había hecho merced. Hánselos dado tales, que dicen tiene cerca de siete mil ducados de renta, y ella muy de buen arte, y él diz que está muy cuerdo y hombre de bien³⁶³.

Efectivamente, confirmadas en su día la encomienda recibida por su padre, ese mismo mes de noviembre de 1581 se inicia el expediente para otorgarle las «encomiendas de indios de Chambo, Perucho y Perugache»³⁶⁴. En cualquier caso, a partir de ese momento, en el que Lorenzo, según la misma carta de Teresa, decía que no podía enviar nada «por estar ahora muy gastado», el rumbo económico de Lorenzo cambia y comienza por sí, por su padre o por su suegro, a crecer rápidamente. Y con el crecimiento de su patrimonio lo hace su posición social. Así, en agosto de 1585, Lorenzo de Cepeda y Fuentes aparece como uno de los firmantes en

³⁶¹ CANTOS, Miguel. «Relación para la Real Academia de los repartimientos y número de indios y encomenderos que hay en el regimiento de Chimbo» [1581]. En: *Relaciones Histórico-Geográficas de la Audiencia de Quito: S. XVI-XIX*. PONCE LEIVA, Pilar (Ed.). Madrid: C.S.I.C., 1991, tomo I, p. 281.

³⁶² IBÍDEM, p. 301.

³⁶³ IBÍDEM, p. 1355.

³⁶⁴ AGI: QUITO, 55A, N.4.

representación del cabildo de Quito que «informan sobre la actuación del licenciado Cañaverall y sus aliados, que privaban de sus cargos a todos los oidores que se enviaban a esta ciudad»³⁶⁵. Sin dejar el cabildo quiteño,

apenas hubo cumplido su mayor edad, fue elegido, en 1587, alcalde ordinario de la ciudad, capital de la Audiencia y una de las más importantes del virreinato del Perú³⁶⁶.

No obstante no todo fueron parabienes. La inversión financiera de la expedición que su tío Agustín realizaría en busca del Dorado que iba a proporcionarle grandes recursos económicos fue, sin embargo, un auténtico fracaso. Pero, además, por su estatus, se vio en la necesidad de contribuir generosamente a la mejora de las defensas que requería el puerto de Guayaquil, frecuentemente acosado por corsarios holandeses. Como consecuencia de estos gastos, su fortuna mermó de tal modo que en 1588 fue acusado de no pagar sus deudas. Aunque se solicitó al cabildo que se le censurase por tal motivo, este no accedió. En todo caso, estas inversiones tuvieron también su recompensa. Por una parte, recibió nuevas encomiendas en pago de la defensa del mencionado puerto – en Chambo y Licto–. Por otra, recibió unos 8.000 pesos en herencia de su tío Agustín que tuvo que ir a buscar a Lima donde este falleciera y que, en 1595, se incrementaron aún más al aprobarse que la Audiencia de los Charcas (en la actual Sucre, Bolivia) debía pagarle como «heredero del capitán [Agustín] Ahumada, difunto gobernador que fue del Tucumán, lo que se le quedó a deber de su salario»³⁶⁷.

Al recibir la nueva encomienda de Chambo y Licto, Lorenzo de Cepeda decidió trasladarse a vivir a sus proximidades, a la villa de Villar Don Pardo, que recibía su nombre en honor de D. Fernando Torres y Portugal, conde del Villar Don Pardo, virrey del Perú. Esta villa, al pie del Chimborazo, había sido fundada en 1587, en la antigua Riobamba. Según la anónima «Descripción de la Villa

³⁶⁵ ORTIZ DE LA TABLA DUCASSE, Javier. *Los encomenderos de Quito...*, p. 9

³⁶⁶ PÓLIT, Manuel María. *La familia de Santa Teresa...*, p. 272.

³⁶⁷ AGI: BUENOS AIRES, 5, L.1, F.48V-49R.

de Villar Don Pardo, sacada de las relaciones hechas en el año de 1605 por mandado de su Majestad» citada más arriba, dicha villa está en

los reinos del Perú, en la provincia de los Purbayes o Purguayes (Puruhaes). Está 25 leguas de Quito; 300 de la ciudad de Los Reyes [Lima]; del puerto y ciudad de Guayaquil 50 leguas. Confinas por una parte con los pueblos de los indios purguayes; por otra con un pueblo llamado Chimbo, que dista 9 leguas y está fuera de la jurisdicción. Por la parte de Quito confina con el pueblo de Ambato, que es de este corregimiento y está a 9 leguas. Por otra, con los términos de la ciudad de Cuenca, que está a 25 leguas³⁶⁸.

Una descripción que los corregidores hacen de dicho lugar invita a preguntarse qué pudo ver el sobrino de santa Teresa en el mismo como para quedarse en él hasta su fallecimiento hacia 1627: es una zona muy fértil en la que se coge

del maíz ciento por uno y de las papas y demás legumbres en gran abundancia. El trigo acude a 10 por fanega, y la cebada a 15 y a 20; pero las heladas son casi ordinarias en esta comarca en la ocasión de granar las semillas, y lo destruyen todo, de manera que se padece gran falta y que obliga a proveerse de otras partes³⁶⁹.

Según dicha Relación, en 1605 los avecindados en el lugar no eran muy numerosos:

Vecinos de Villar de Don Pardo 1605	
Casados	76
Solteros y viudos	63
Niños y muchachos	93
Niñas y doncellas	73
Mujeres viudas	9
Total	314

³⁶⁸ «Descripción de la Villa de Villar Don Pardo...», p. 1.

³⁶⁹ IBÍDEM.

Pero, aunque pocos, conocemos bien a uno de ellos:

D. Lorenzo de Cepeda, de edad de 43 años, casado; tiene de renta de indios en primera vida, por 2 vidas, 3.000 pesos ensayados. Ha que es encomendero 24 años. Hále de suceder D. Pedro de Cepeda, su hijo. Su renta en los pueblos de Achambo y Licto, Puni y Quimia. [...] Tiene el primero de los encomenderos [Lorenzo de Cepeda] mucho lustre de casa, criados, caballos y armas. [...] D. Lorenzo de Cepeda tiene su encomienda por 2 vidas por cédula y merced de la Majestad de Don Felipe II³⁷⁰.

También, como ya hemos visto más arriba, es en esta población donde, posiblemente se halla Francisco de Cepeda quien habría ido en pos de su hermano, bien en demanda de ayuda económica, bien para reclamarle lo que a su juicio le debía, bien por ambas cosas.

Ahora bien, nada se consigue sin problemas, y Lorenzo de Cepeda y Fuentes tuvo que superar no pocos. Así, otra anónima «Descripción de los pueblos de la jurisdicción del corregimiento de Villar Don Pardo en la provincia de los puruhaes» de 1605 muestra cómo el sobrino de santa Teresa no salió siempre victorioso en sus pleitos: a «seis leguas hacia el Oriente del Villar Don Pardo, está un pueblo que se llama S. Francisco del Monte de Penipe», junto a la sierra y próximo a un volcán.

Los indios en costumbres y grangerías y modos de vivir no son diferentes de los demás de esta provincia: siembran papas y maíz y no les sobran tierras... Solían tributar estos indios a D. Lorenzo de Cepeda; quitarónsele por pleito, enterándolo en los indios que pertenecían a su encomienda en otros pueblos y quedaron los de aquí por del Rey, que son tributarios 264[...] ³⁷¹.

³⁷⁰ IBÍDEM, p. 5.

³⁷¹ «Descripción de los pueblos de la jurisdicción del corregimiento de Villar Don Pardo en la provincia de los puruhaes» [1605]. En: *Relaciones Histórico-Geográficas de la Audiencia de Quito: S. XVI-XIX*. PONCE LEIVA, Pilar (Ed.). Madrid: C.S.I.C., 1991b, tomo II, pp. 63-64.

Por otra parte, que no saliera victorioso no quiere decir que le fuera mal. La misma «descripción», al hablar del pueblo de San Juan Bautista de Puni [Punin], señala que

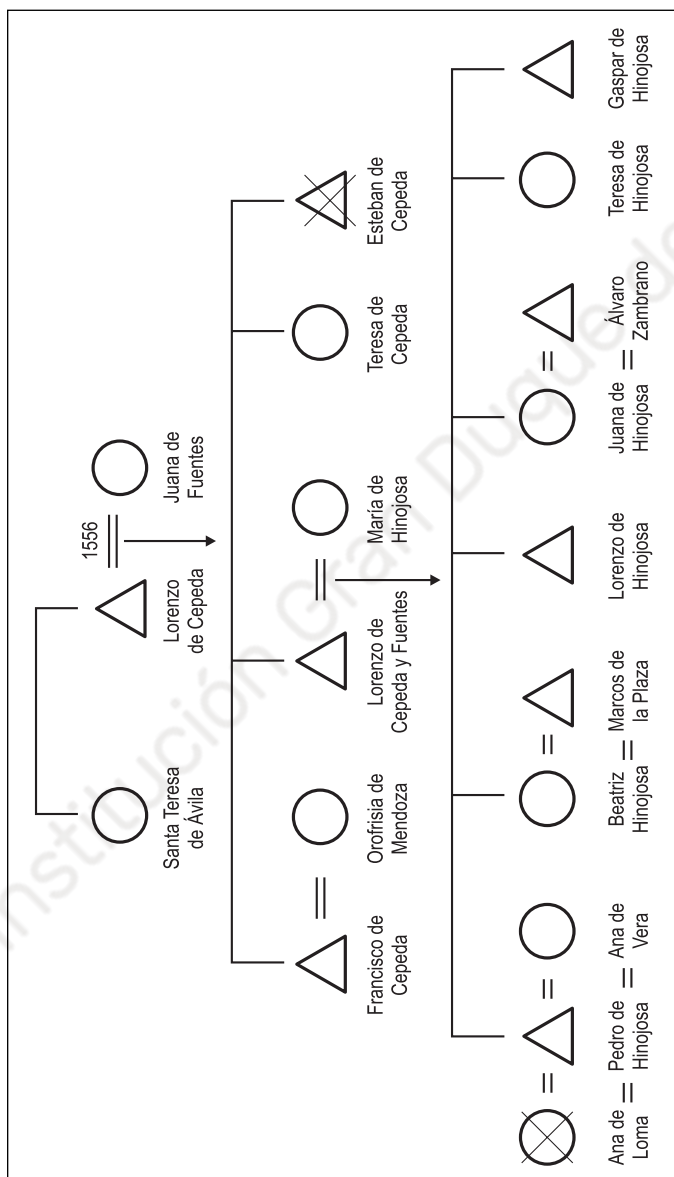
los indios de este pueblo están repartidos a D. Alonso Fernández de Córdoba y a D. Lorenzo de Cepeda en recompensa de otros que dejó como queda dicho. [...] Los de D. Lorenzo de Cepeda son tributarios 75; reservados, 51; mujeres, 140; muchachos, 54; muchachas, 29; que son personas 324, repartidas en 3 aillos con sus caciques sujetos al gobernador. Pagan el tributo que los de los demás pueblos, excepto de que esta relación no hace mención de que estos paguen entre cada 16 un puerco³⁷².

En otras ocasiones, sin embargo, como la demanda de Francisco Suárez de Figueroa pidiendo al Consejo de Indias que determinara un pleito entre él y D. Lorenzo de Cepeda sobre el repartimiento de Chambo³⁷³, la demanda, simplemente se eterniza y prolonga *sine die*.

Sería, en todo caso, desde Villar Don Pardo, donde se situaba la encomienda que heredó, y donde Pedro de Cepeda, nieto del hermano de la Santa, llegaría a ser alcalde ordinario del lugar, desde donde se irradiaría la continuidad el linaje de los Cepeda y Ahumada en América.

³⁷² IBÍDEM.

³⁷³ AGI: QUITO, 28, N.18.



Los sobrinos de santa Teresa en América

BIBLIOGRAFÍA

- AHUMADA, Agustín et ál. [1565]. «Carta de la ciudad de la Concepción al licenciado Castro, Presidente de la Audiencia de los Reyes, avisándole estar en conocimiento de su venida al Perú». En: *Colección de Documentos inéditos para la Historia de Chile. Segunda Serie. Tomo I. 1558-1572*. Santiago de Chile: Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, 1956, pp. 28-29.
- ANTONIO DE SANTA MARÍA. *Dichos y hechos de Santa Teresa de Jesús*. Madrid: Universidad Pontificia de Salamanca : Fundación Universitaria Española, 1983.
- ÁLVAREZ, Tomás. «Familia de Teresa». En: *Diccionario de Santa Teresa de Jesús*. ÁLVAREZ, Tomás (Dir.). Burgos: Monte Carmelo, 2000, pp. 659-667.
- ÁLVAREZ VÁZQUEZ, José Antonio. «Trabajos, dineros y negocios». *Teresa de Jesús y la economía del siglo XVI*. Madrid: Trotta, 2000.
- AUCLAIR, Marcelle. *Vida de Santa Teresa de Jesús*. Madrid: Ed. Cultura Hispánica, 1970.
- BARRENA SÁNCHEZ, Jesús. *Teresa de Jesús. Una mujer educadora*. Ávila: Institución Gran Duque de Alba, 2000.
- BARROS ARANA, Diego. *Historia General de Chile, tomo II*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria : Centro de Investigaciones Diego Barrios Arana, 2000.
- BURGOS GUEVARA, Hugo. *Primeras doctrinas en la real audiencia de Quito, 1570-1640: estudio preliminar y transcripción de las relaciones eclesiales y misionales de los siglos XVI y XVII*. Quito: Abya Yala, 1995.
- CABILDO DE QUITO. «Relación de la ciudad de Quito» [1577]. En: *Relaciones Histórico-Geográficas de la Audiencia de Quito: S. XVI-*

XIX. PONCE LEIVA, Pilar (Ed.). Madrid: C.S.I.C., 1991, tomo I, pp. 251-264.

– CABEZA SÁNCHEZ-ALBORNOZ, María Cruz. *La tierra llana de Ávila en los siglos XV y XVI: análisis de la documentación del Mayorazgo de la Serna (Ávila)*. Ávila: Institución Gran Duque de Alba, 1985.

– CANTOS, Miguel. «Relación para la Real Audiencia de los repartimientos y número de indios y encomenderos que hay en el regimiento de Chimbo» [1581]. En: *Relaciones Histórico-Geográficas de la Audiencia de Quito: S. XVI-XIX*. PONCE LEIVA, Pilar (Ed.). Madrid: C.S.I.C., 1991, tomo I, pp. 281-310.

– CASTELLANOS, Joan. *Elegías de varones ilustres de Indias* [1589]. Madrid: Atlas, 1944.

– CASTRO, Américo. *Teresa la santa y otros ensayos*. Madrid: Eds. Historia Nueva, 1929.

– CIEZA DE LEÓN, Pedro. «Tercero libro de las guerras civiles del Perú el cual se llama la Guerra de Quito». En: *Obras completas*. SÁENZ DE SANTAMARÍA, Carmelo (Ed.). Madrid: C.S.I.C., 1984, tomo II, pp. 292-590.

– *Colección de Documentos inéditos para la Historia de Chile. Segunda Serie, tomo I. 1558-1572*. Santiago de Chile: Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, 1956.

– CUARTERO Y HUERTA, Baltasar. *El pacto de los toros de Guisando y la venta del mismo nombre*. Madrid: C.S.I.C., 1952.

– CHICHARRO, Dámaso. «Introducción». En: TERESA DE JESÚS, Santa. *Libro de la vida*. 10.^a ed. Madrid: Cátedra, 1994, pp. 19-105.

– «Descripción de la ciudad de San Francisco de Quito» [1573]. En: *Relaciones Histórico-Geográficas de la Audiencia de Quito: S. XVI-XIX*. En: *Relaciones Histórico-Geográficas de la Audiencia de Quito: S. XVI-XIX*. PONCE LEIVA, Pilar (Ed.). Madrid: C.S.I.C., 1991, tomo I, pp. 187-223.

– «Descripción de la Villa de Villar Don Pardo, sacada de las relaciones hechas en el año de 1605 por mandado de su Majestad» [1605]. En: *Relaciones Histórico-Geográficas de la Audiencia de Quito: S. XVI-XIX*. PONCE LEIVA, Pilar (Ed.). Madrid: C.S.I.C., 1991, tomo II, pp. 1-9.

– «Descripción de los pueblos de la jurisdicción del corregimiento de Villar Don Pardo en la provincia de los puruhaes» [1605]. En: *Relaciones*

Histórico-Geográficas de la Audiencia de Quito: S. XVI-XIX. PONCE LEIVA, Pilar (Ed.). Madrid: C.S.I.C., 1991b, tomo II, pp. 48-70.

– *Documentos relativos a Don Pedro de La Gasca y a Gonzalo Pizarro*. PÉREZ DE TUDELA, Juan (Ed.). Madrid: Real Academia de la Historia, 1964.

– EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS y STEGGINK, Otger. *Santa Teresa y su tiempo. I. Teresa de Ahumada*. Salamanca: Universidad Pontificia de Salamanca, 1982.

– EGIDO, Teófanos. *El linaje judeoconverso de Santa Teresa*. Madrid: Editorial de Espiritualidad, 1986.

– ESCOBAR, Fr. Jerónimo. «Gobierno de Popayán. Calidades de la Tierra» 1577. En: *Relaciones Histórico-Geográficas de la Audiencia de Quito: S. XVI-XIX*. PONCE LEIVA, Pilar (Ed.). Madrid: C.S.I.C., 1991, tomo I, pp. 332-359.

– FEBO, Giuliana de. *La santa de la raza. Un culto barroco en la España franquista*. Barcelona: Icaria, 1987.

– GANDÍA, Enrique de. *Historia de Alonso de Cabrera y de la destrucción de Buenos Aires en 1541*. Buenos Aires: Librería Cervantes, 1936.

– GÓNGORA MARMOLEJO, Alonso de. «Historia de Chile desde su descubrimiento hasta el año de 1575 compuesta por el capitán Alonso de Góngora Marmolejo» [1575]. En: *Crónicas de Chile*. Madrid: Atlas, 1960, pp. 75-224.

– GONZÁLEZ SUÁREZ, Federico. *Historia eclesiástica del Ecuador desde los tiempos de la conquista hasta nuestros días*. Quito: Imp. Miranda, 1881.

– HITOS HURTADO, María de los. «Cronología». En: TERESA DE JESÚS, Santa. *Libro de la vida*. Madrid: Algaba, 2007, pp. 19-29.

– HORTEGÓN, Diego et. ál. *La Gobernación de los Quijos (1559-1621)*. LANDÁZURI, Cristóbal (Ed.). Quito: Instituto de Historia y Antropología Andina, 1989.

– IGLESIA, Jesús de la. «El debate sobre el tratamiento a los pobres durante el siglo XVI». En: CAMPOS Y FERNÁNDEZ DE SEVILLA, Francisco Javier (Coord.) *La Iglesia española y las instituciones de caridad*. San Lorenzo del Escorial (Madrid): Instituto Escorialense de Investigaciones Históricas y Artísticas, 2006, pp. 5-30.

– JAVIERRE, José María. *Vida de Teresa de Jesús*. Salamanca: Sígueme, 1982.

- JIMÉNEZ DE LA ESPADA, Marcos. *Relaciones geográficas de Indias. Perú* [1881-1897]. Madrid: Atlas, 1965.
- LAFUENTE MACHAÍN, Ricardo. *Los conquistadores del Río de la Plata*. Buenos Aires: Ayacucho, 1943.
- LANDÁZURI, Cristóbal. «Introducción». En: HORTEGÓN, Diego et. ál. *La Gobernación de los Quijos (1559-1621)*. Quito: Instituto de Historia y Antropología Andina, 1989.
- LARA MARCANO, Mercedes de. «Hermanos de Santa Teresa de Jesús en el Nuevo Mundo». En: *Santa Teresa y la literatura mística hispánica. Actas del I Congreso Internacional sobre Santa Teresa y la mística hispánica*. CRIADO DEL VAL, Manuel (Dir.). Madrid: EDI-6, 1984, pp. 245-254.
- LOMA PORTOCARRERO, Fernando y VERA, Pedro. «Relación que dan los oficiales de la ciudad de San Francisco de Quito, por mandado del Rey Nuestro Señor, del valor de la Real Hacienda de su cargo, entrada y salida de ella desde el año de 1624 y hasta el de 1629» [1631]. En: *Relaciones Histórico-Geográficas de la Audiencia de Quito: S. XVI-XIX*. PONCE LEIVA, Pilar (Ed.). Madrid: C.S.I.C., 1991, tomo II, pp. 146-202.
- LÓPEZ ARELLANO, María Luisa. «Las encomiendas de Popayán en los siglos XVII y XVIII». En: PADILLA, Silvia et ál. *La encomienda en Popayán: tres estudios*. Sevilla: C.S.I.C., 1977, pp. 115-252.
- LÓPEZ DE GÓMARA, Francisco. *Historia General de las Indias. Primera parte* [1552]. Barcelona: Ed. Iberia, 1965 [De las varias ediciones realizadas en vida de López de Gómara, con títulos cambiantes, la aquí utilizada se corresponde con la denominada en 1553 *Hispania Victrix, primera y segunda parte de la Historia General de las Indias con todo el descubrimiento y cosas notables que han acaecido dende que se ganaron hasta el año de 1551. Con la conquista de México de la Nueva España*].
- LÓPEZ MEDEL, Tomás. «Relación de Popayán y del nuevo Reino». En: *Relaciones Histórico-Geográficas de la Audiencia de Quito: S. XVI-XIX*. PONCE LEIVA, Pilar (Ed.). Madrid: C.S.I.C., 1991, tomo I, pp. 18-56.
- MARIÑO DE LOBERA, Pedro. «Crónica del Reino de Chile, escrita por el capitán D. Pedro Mariño de Lobera, dirigida al Excelentísimo Sr. D. García Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, Vicerrey y Capitán

General de los reinos del Perú y Chile, reducida a nuevo método y estilo por el padre Bartolomé de Escobar, de la Compañía de Jesús» [circa 1576]. En: *Crónicas de Chile*. Madrid: Atlas (Biblioteca de Autores Españoles), 1960, pp. 227-562.

– MEDINA, José Toribio. *Colección de documentos inéditos para la historia de Chile desde el viaje de Magallanes hasta la batalla de Maipo, 1518-1818*. Segunda Serie, vol I. Santiago de Chile: Fondo Histórico y Bibliográfico J. T. Medina, 1956.

– MEDWICK, Cathleen. *Teresa of Avila. The progress of a soul*. Londres: Duckworth, 1999. [Hay una traducción al castellano con el título de *Teresa de Jesús. Una mujer extraordinaria*. Madrid: Maeva, 2002].

– MENDIBURU, Manuel. *Diccionario Histórico-biográfico del Perú*. 10 v. Lima: Imp. Enrique Palacios, 1932-1935.

– MERINO ÁLVAREZ, Abelardo. *La sociedad abulense durante el siglo XVI. La nobleza. Discursos leídos ante la Real Academia de la historia en la recepción pública el día 11 de Abril de 1926 y contestación del Sr. D. Ángel de Altolaguirre y Duvalé*. Madrid: Imprenta del Patronato de Huérfanos de los Cuerpos de Intendencia e Intervención Militares, 1926.

– MIRANDA, José Miguel. «América, familia de Teresa en». En: *Diccionario de Santa Teresa de Jesús*. ÁLVAREZ, Tomás (Dir.). Burgos: Monte Carmelo, 2000, pp. 69-80.

– MORENO RUIZ, Encarnación. *Historia de la penetración española en el sur de Colombia (Etnohistoria de Pastos y Quillancingas, Siglo XVI)*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 1980 (fac-símil reprografiado de tesis doctoral defendida en 1970).

– MORENO RUIZ, Encarnación. «Noticias sobre los primeros asentamientos españoles en el Sur de Colombia». *Revista Española de Antropología Americana*, vol. 6 (1971), pp. 423-438.

– MUÑOZ SÁNCHEZ, José María. *Santa Teresa de Jesús. Síntesis de su vida. Sus patronazgos*. Ávila: Imp. Viuda de Sigirano, 1961.

– NAVARRO, José Gabriel. *Contribuciones a la Historia del Arte en el Ecuador. Volumen II. El arte en las fundaciones mercedarias, la Basílica y el Convento de la Merced. La Iglesia y el Convento de la Recolectión del Tejar* [1939]. Quito: Ed. Trama, 2007.

– NAVARRO, José Gabriel. *Contribuciones a la Historia del Arte en el Ecuador. Volumen IV*. Quito: La Prensa Católica, 1952.

- NEWSON, Linda A. *Life and Death in Early Colonial Ecuador*. Norman, Ok.: University of Oklahoma Press, 1995.
- OBEREM, Udo. *Los Quijos. Historia de la transculturación de un grupo indígena del Oriente ecuatoriano (1538-1956)*. Madrid: Universidad de Madrid, 1971.
- ORIVE, Domingo. «Relación de Quito» 1577. En: *Relaciones Histórico-Geográficas de la Audiencia de Quito: S. XVI-XIX*. PONCE LEIVA, Pilar (Ed.). Madrid: C.S.I.C., 1991, tomo I, pp. 251-265.
- ORTIZ DE LA TABLA DUCASSE, Javier. *Los encomenderos de Quito 1534-1660. Origen y evolución de una élite colonial*. Sevilla: C.S.I.C., 1993.
- ORTIZ DE LA TABLA DUCASSE, Javier. «El obraje colonial ecuatoriano. Aproximación a su estudio». *Revista de Indias*, 149-150 (1977), pp. 471-541.
- ORTIZ DE LA TABLA DUCASSE, Javier, FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, Monserrat y RIVERO GARRIDO, Águeda. *Cartas de Cabildos Hispanoamericanos: Audiencia de Quito (siglos XVI-XIX)*. Sevilla: C.S.I.C. : Junta de Andalucía, 1991.
- PADILLA, Silvia. «Tasaciones de encomiendas en Popayán en el siglo XVI». En: PADILLA, Silvia et ál. *La encomienda en Popayán: tres estudios*. Sevilla: C.S.I.C., 1977, pp. 3-115.
- PAPASOGLI, Giorgio. *Santa Teresa de Ávila*. Madrid: Ediciones Studium, 1957.
- PASTELLS, Pablo. «Prólogo». En: LEVILLIER, Roberto. *Organización de la Iglesia y Órdenes Religiosas en el Virreinato del Perú en el siglo XVI. Documentos del Archivo de Indias*. Madrid: Sucesores de Rivadeneyra, 1919, pp. VII-LXII.
- PÉREZ, Joseph. *Teresa de Ávila y la España de su tiempo*. Madrid: Alga, 2007.
- PÉREZ DE RADA, Francisco Javier. «Genealogía de los Cepeda, rama de Santa Teresa». En: *XXV Años de la Escuela de Genealogía Heráldica y Nobiliaria*. Madrid: Instituto Salazar y Castro, C.S.I.C.: Asociación de Hidalgos a Fuero de España, 1985, pp. 443-452.
- PÓLIT, Manuel María. *La familia de Santa Teresa en América y la primera carmelita americana*. Friburgo de Brisgovia (Alemania): Herder, 1905.

- PONCE, Pilar. «El poder informal. Mujeres de Quito en el siglo XVII». *Revista Complutense de Historia de América*, 23 (1997), pp. 97-111.
- RIBERA, Francisco. *La vida de la Madre Teresa de Jesús, fundadora de las Descalças y Descalços Carmelitas* [1590]. Barcelona: Gustavo Gili, 1908.
- ROSSI, Rosa. *Teresa de Ávila. Biografía de una escritora*. Barcelona: Icaria, 1983.
- SALVADOR DE VIRGEN DEL CARMEN. *Teresa de Jesús*. Vitoria: Diputación Foral de Álava, 1968.
- SANTILLÁN, Hernando de. «Carta del licenciado Hernando de Santillán sobre su juicio de residencia e informe sin firma sobre él» [1571], en *Colección de Documentos inéditos para la Historia de Chile. Segunda Serie. Tomo I. 1558-1572*. Santiago de Chile: Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, 1956, pp. 319-322.
- SCHMIDEL, Ulrich. «La Admirable navegación realizada por el Nuevo Mundo entre Brasil y el Río de la Plata entre los años 1534 al 1554» [1567], en edición de la Biblioteca de la República Nacional Argentina reproducida en <http://www.cervantesvirtual.com>.
- SILVERIO DE SANTA TERESA. «Al Lector». En: *Obras de Santa Teresa de Jesús*. Burgos: Ed. El Monte Carmelo, 1954, pp. XI-XXXI.
- SILVERIO DE SANTA TERESA. *Santa Teresa de Jesús. Síntesis suprema de la raza*. Madrid: Biblioteca de Nuevas Gráficas e Informaciones, 1939.
- SOBRINO CHOMÓN, Tomás. *San José de Ávila. Historia de su fundación*. Ávila: Institución Gran Duque de Alba, 1997.
- SOBRINO CHOMÓN, Tomás. *Procesos para la beatificación de la madre Teresa de Jesús*. 2 v. Ávila: Institución Gran Duque de Alba, 2008.
- TERESA DE JESÚS, Santa. *Obras completas*. 9.^a ed. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1997.
- TOLEDO, Francisco de. «Relación de lo que el virrey del Perú ha entendido de la guerra de Chile y nombramientos de capitán general en Rodrigo de Quiroga y de maese de campo en Lorenzo Bernal» [1572]. En: *Colección de Documentos inéditos para la Historia de Chile. Segunda Serie. Tomo I. 1558-1572*. Santiago de Chile: Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, 1956, pp. 438-448.

– VALENTÍN DE SANTA MARÍA. «Cronología de la vida y escritos de Santa Teresa», en Junta Nacional Española para el Doctorado de Santa Teresa de Jesús. En: *Santa Teresa de Jesús Doctora de la Iglesia. Documentos oficiales del Proceso Canónico*. Madrid: Espiritualidad, 1970, pp. 13-50.

– VALVERDE, Pedro y RODRÍGUEZ, Juan. «Relación que hacen Vuestros Oficiales Reales de Quito de las cosas de esta tierra». En: *Relaciones Histórico-Geográficas de la Audiencia de Quito: S. XVI-XIX*. PONCE LEIVA, Pilar (Ed.). Madrid: C.S.I.C., 1991, tomo I, pp. 232-250.

– VÁZQUEZ, Luis. «Ocho documentos de don Francisco de Cepeda, sobrino de Santa Teresa: Madrid 1580-1590». *Estudios* (de la Orden de la Merced), vol. 49, 182 (1993), pp.38-89.

– WALSH, W. T. *Santa Teresa de Ávila* [1942]. Madrid: Espasa-Calpe, 1968.

– ZÁRATE, Agustín. *Historia del descubrimiento y conquista del Perú* [1555]. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, 1965.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	5
INTRODUCCIÓN	7
1. LA BIBLIOGRAFÍA SOBRE LOS HERMANOS DE SANTA TERESA EN AMÉRICA	11
2. LAS RELACIONES DE TERESA Y SUS HERMANOS	25
2.1. En la infancia y juventud	25
2.2. En la madurez y ancianidad	31
3. ¿POR QUÉ SE FUERON A AMÉRICA LOS HERMANOS VARONES DE SANTA TERESA?	43
4. LOS HERMANOS VARONES DE SANTA TERESA EN AMÉRICA	55
5. RODRIGO EN EL RÍO DE LA PLATA	59
6. LOS CEPEDA Y AHUMADA EN IÑAQUITO	71

7. HERNANDO DE AHUMADA, VECINO DE PASTO	85
8. LORENZO DE CEPEDA: SUEÑO (CASI) CUMPLIDO EN COMPAÑÍA DE JERÓNIMO	101
8.1. Tras la participación en las guerras civiles ...	102
8.2. Lorenzo y Jerónimo en el surgimiento de una oligarquía encomendera	110
8.3. Complicaciones en el retorno del indiano ..	129
9. «LOCURA» DE PEDRO DE AHUMADA Y MUERTE DE LORENZO DE CEPEDA	139
10. AGUSTÍN DE AHUMADA: EL AVENTURERO	155
10.1. El país de la Canela	165
10.2. De gobernador de los Quijos a gobernador de Tucumán	172
11. LOS SOBRINOS REGRESAN AL VIRREINO DEL PERÚ	189
BIBLIOGRAFÍA	205

